



DE VUELTA A TU
AMOR
ISABEL CRISTINA ACUÑA C.

DE VUELTA A TU AMOR

Melisa Escandón y Gabriel Preciado Lavalle no podían ser de mundos más distintos.

Ella, estudiante de último año de Literatura, y él, un poderoso industrial de una de las familias más ricas del norte del país. Ambos se conocen en el marco del Hay Festival, en Cartagena de Indias.

Gabriel es un hombre enigmático, atractivo y dominante que se siente atraído por Melisa de forma inmediata y empieza la conquista.

Melisa es una joven inexperta e inocente, que inicia su relación con el joven industrial en medio de una nube de desconfianza.

Mientras ellos viven un romance apasionado, la guerrilla planifica el secuestro de Gabriel.

Por venganza, Melisa es implicada en el secuestro y desde ese instante todo se vuelve un caos que poco a poco separa a la pareja.

Es una historia que entrelazará sentimientos insospechados, equívocos, oscuras intenciones, conflictos sin resolver, erotismo y el poder del amor y del perdón.

A mi Ro, gracias por acolitarme mis sueños.

Te Amo.

A mis niños, por ser el mayor regalo de Dios en mí vida.

A mi padre, ruego porque donde tu alma esté, tengas todos los días sueños y aventuras.

A mi madre, por ser el ejemplo de la abnegación en el amor.



Olas que esfuman de mis ojos

a una legión de tus recuerdos

me roban formas de tu rostro

dejando arena en el silencio

....y te busco

Bolero, en la voz de Celia Cruz.



CAPÍTULO I

El regreso

10 de Octubre de 2010.

—Hola, Melisa —le habló su madre con voz afanada—. ¿Tienes internet cerca? Prende la W de Julito.

—No mamá, voy por el campus a una clase. ¿Qué pasó? —le contestó mientras miraba ansiosa su reloj. En Nueva York eran las once de la mañana, no estaba para emisoras ni para noticias. Iba con algo de retraso a clases.

—Lo soltaron, hija.

Melisa casi suelta el celular. Trató de hablar pero fue imposible, tragó en vano varias veces pero parecía que un nudo se había instalado en su garganta y no pensaba ir a ningún otro lugar. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y el alma. “Dios bendito, Dios bendito” recitó en su mente, con los ojos cerrados mientras trataba de calmarse.

Estaba en medio del campus. Era el inicio de la estación que muda la vida y renueva los colores, los olores. Así lo atestiguaban los árboles de diferentes matices que iban del amarillo al rojo, y también el crujido de las hojas en la grama. A pesar del frío, el cielo estaba despejado y algunos rayos de sol se colaban por entre el ramal, y hacían brillar aún más el hermoso paisaje.

“Gracias Dios, gracias Dios”, repetían sus pensamientos en una letanía sin final. A la alegría por su liberación se sumaba una honda tristeza, que aún hoy, después de más de dos años, le tenía el corazón en un puño y la vida en suspenso.

—Responde, di algo. ¿Estás bien?

Silencio.

— No debí haberte dado la noticia de sopetón. Tú padre me va a matar.

—No te preocupes por mi —abrió los ojos y por un momento todo dio vueltas—. ¿Cómo se encuentra?

—En apariencia bien. Lo entrevistaron y hoy mismo vuelve a su ciudad.

—Me alegro, ahora tengo que colgar —le dijo en un susurro entrecortado—. Te llamaré esta noche.

Sin perder tiempo se dirigió a la cafetería más cercana del campus de la Universidad de Columbia. En el camino tropezó con algunas personas que no alcanzó a ver, sus ojos anegados de lágrimas le nublaban la visión. Entró en el lugar y con rapidez pasmosa se abrió paso entre la gente, ubicándose en la primera mesa con que se tropezó. Pidió un café y con manos temblorosas abrió el ordenador y lo conectó a Internet mientras se quitaba la chaqueta. Balanceaba el pie sin descanso a la espera de la dichosa señal. ¡Por fin! exclamó cuando apareció el buscador e indagó afanosamente noticias de Colombia.

“Mi amor, qué te hicieron”, susurraba con el estómago encogido y un latido fuerte en su pecho ante la imagen que se desplegaba en la pantalla del portátil. Empezó a sudar frío al observar los desolados rasgos de su cara y el tono translúcido en su piel, mientras contestaba las preguntas de una periodista. Se angustió aún más, al verlo tan delgado, con el cabello largo y expresión de animal acorralado en sus enigmáticos ojos verdes.

Repitió el video de la noticia una y otra vez, como si pudiera evidenciar algo más de lo que la filmación le mostraba. Perdida ya el alma en la incertidumbre y con el corazón derretido, delineó con el dedo la imagen que le devolvía el computador.

Cerró el ordenador sin saber si habían sido minutos u horas los que pasó con la mirada fija en la pantalla. Por fin se dirigió a clase, había dejado el café intacto sobre la mesa.

—¿Y ahora qué? —se preguntó, mientras atravesaba la puerta de la facultad. La cátedra de hoy era sobre personajes de la literatura infantil, merecía toda su atención. Pero no pudo concentrarse, la situación la superaba. “Tienes los ojos más asombrosos que he visto en mi vida”. La frase irrumpió en su mente sin pedir permiso, como le sucedía algunas noches, cuando las defensas estaban bajas y la invadían los recuerdos. No, no se permitiría una emoción así. Estaba segura de que todo estaría bien, de que él volvería a su vida de millonario repleta de modelos y mujeres hermosas, sin tener siquiera un pensamiento de caridad hacia ella.

El problema vendría más adelante. Sabía que el reencuentro era cuestión de días, tal vez meses. Pero que volvería a verlo, lo haría... Así fuera para deshacer aquello que en primer lugar nunca debió haber sido iniciado. Trató de serenarse, pero parecía algo imposible de lograr después de la noticia.

Resignada a tener que pedir apuntes más tarde, salió de clase. Camino a la biblioteca, un hombre de ascendencia latina la llamó:

—Melisa.

—Hola, Raúl.

La verdad era que no quería hablar con nadie. Lo único que deseaba en aquel momento era que la dejaran en paz.

—¿Puedo acompañarte? —Melisa no dijo nada y él caminó al lado de ella—. ¿Qué te pasa? —le preguntó, algo preocupado—. Estás pálida y con una mirada... ¿Recibiste malas noticias de Colombia?

—No, no. Más bien son buenas noticias. No me pasa nada —contestó, y lo miró con cariño. Raúl era un becario, un muchacho atractivo, alto, de cabello negro y largo recogido en una coleta.

—¿Si son buenas noticias por qué estás como si te fueran a dar una paliza?

—No estoy así. Son tonterías tuyas —le soltó impaciente por librarse de él. Lo único que quería era enterrarse en un hueco y no salir jamás de allí.

—Está bien. Te conozco y sé que deseas estar sola. Te dejo, adiós. —se despidió agitando su mano.

—Raúl, espera.

El chico frenó en medio del pasillo.

—Discúlpame. No es nada personal, mañana estaré mejor ¿Me perdonas? —lo miró con sus ojos azul aguamarina plagados de incertidumbre.

—Solo si mañana a la noche vienes conmigo donde Joe's a comer pizza —la convidó ansioso.

—Está bien, acepto —dijo mientras se alejaba—. Adiós, Raúl.

Barranquilla

—Mamá, de verdad, estoy bien.

Trataba de consolar a su madre que aún lloraba y le daba gracias a Dios por tenerlo de vuelta después de dos años de secuestro.

Estaba recluido en una clínica del norte de la ciudad, atendido con todos los lujos a los que estaba acostumbrado.

Se les acercó un hombre de edad.

—Deja en paz al chico, Amalia —dijo.

Observó a su padre que era la versión más vieja de él.

Estaba en la cama con una bolsa de suero y conectado a un aparato que leía las funciones de su organismo. Menos mal que no podía leer la amargura y la rabia que habitaban en su alma, y que solo ahora estaban aflojando.

Gabriel Preciado Lavalle, no acababa de comprender lo que había pasado.

Esa mañana se había levantado en la madrugada después de soñar con María mulatas y alcatraces; él volaba al lado de ellas hasta llegar al jardín de la casa de sus padres. Se acercaba su cumpleaños número treinta y cuatro y estaba más nostálgico que de costumbre. Le pasaron una taza de café negro con panela.

—Tenga hombre, que se enfría —le recibió el pocillo a su captor, un guerrillero de no más de veinticinco años, era trigueño y bajito, pelo liso, largo y la barba rala. Se llamaba Carlos y era la mano derecha del comandante guerrillero del séptimo frente de uno de los grupos al margen de la ley, más sanguinarios del país.

—Nos pondremos en camino, parece que hay movimiento —no le dijo más, y se alejó por el lodo con sus botas pantaneras. Era plena selva, con arboles inmensos, lluvias eternas, fango resbaladizo y animales que ni sabía que existían. Había tenido paludismo hacía seis meses y ahora lo aquejaba la leishmaniosis. La mañana estaba nublada y el índice de humedad saturaba el ambiente, la camiseta que llevaba lo atestiguaba y se percató de que ese día tampoco se secaría la ropa que había lavado en la orilla del río la tarde anterior. Compartía sus dos años de cautiverio con un político importante de la región del Huila. Un hombre de cuarenta y cinco años, aficionado al ajedrez

—Buenas, Gabriel. Hoy es la revancha —le soltó el hombre con ánimo festivo.

En ese preciso momento todo se desmadró en el campamento. Había apenas cuarenta guerrilleros cuidándolos cuando entraron los hombres del grupo élite del ejército. Eran como cien, con las caras pintadas de verde y los cascos compuestos de hojas. Inmovilizaron a todos los guerrilleros, se acercó un hombre joven, armado hasta los dientes.

—Tranquilos, somos del Ejército Nacional. Desde este momento están libres.

—Libre, libres, libres —las palabras le retumbaban en el oído—. La

pesadilla había terminado, una pesadilla de dos años de duración. Como alorado, se acercó al hombre y lo abrazó. Algo aturdido, observó el sitio en el que había estado confinado durante meses; los diferentes cambuches donde pernoctaban él y el otro secuestrado, las tiendas y ranchos donde dormían sus captores, el fogón de leña donde cocinaban los alimentos día a día. Percibió el olor a madera podrida y a selva. En ese momento quiso tener una antorcha y prenderle fuego a ese espacio cruel y violento de su vida.

Respiró profundo.

Un soldado con mirada de pesar le quitó el candado con la cadena que tenía anudada al cuello y después, como en un sueño, empezó un recorrido de cuatro kilómetros de trocha. Gabriel se percató de que habían sido separados de los guerrilleros capturados. A modo de despedida, y sin mirarlos siquiera, levantó el dedo medio por encima de su cabeza.

Seguían una cuadrilla de soldados especializados en detectar minas antipersonales. Los guerrilleros tenían la costumbre de sembrar de minas los alrededores de cualquier campamento para evitar fugas, deserciones o incursiones del ejército como la que acababa de tener lugar. Pero Gabriel sabía que no iban a encontrarlas. Este frente era perezoso y descuidado. Los había estudiado, esperando su oportunidad de escapar, pero la operación le evitó el escape.

Caminaron hasta un claro en medio de la selva donde los esperaba un helicóptero para llevarlos hacia la libertad.

Llegaron a Bogotá sobre el medio día. Atendió a los medios de comunicación, durante una media hora. Por la tarde Gabriel voló directo a Barranquilla. Su salud aún lo permitía.

Lo internaron en una clínica al norte de la ciudad, para que lo atendiera su médico de confianza, el Dr. Ricardo Méndez. Si los resultados de los exámenes salían bien, al día siguiente le darían de alta y podría volver a su hogar.

Estaba ansioso por recomenzar su vida en el punto en que la había dejado. El problema era que no estaba seguro de cuál era aquel punto, porque un golpe en la cabeza al momento del secuestro había borrado sus recuerdos y no los ubicaba hasta unos tres meses antes del hecho. En la selva poco pudo hacer, trataba de sobrevivir día a día. Pero ahora el galeno podría hacerle un estudio profundo. Sus padres le habían insistido que viajara a Suiza para un mejor diagnóstico y tratamiento, pero él creía en los profesionales de su región.

Se había dado una larga ducha, trataba de desprenderse el hedor a

selva, a animal cautivo. Después intentó dormir. Le costó trabajo. Dos años sin pegar los ojos en una cama decente pasaban factura a su cuerpo. Observó la habitación, con dos sillones, un sofá, un televisor pantalla plana y un ramo de flores en una mesa esquinera. Lujos que le habían sido vetados durante casi dos años. Sonrió irónico al tomar el control del televisor y hacer un recorrido por los diferentes canales.

Entró una enfermera en la habitación y al ver que no lograba conciliar el sueño, por orden del médico, le suministró un sedante suave y pronto volvió el sueño de siempre.

Está en una casa en la playa. En un tronco a la orilla del mar hay una mujer sentada.

Puede observar su espalda blanca como el nácar y su largo cabello negro y liso. Él se acerca poco a poco para acariciarla. Lo que más le impacta del sueño son sus sentimientos hacia ella. Son sentimientos de dicha, de posesión, de ternura. Nunca se ha sentido así en su vida. “Mírame” le dice su mente, “mírame, por favor” y en el momento en que el rostro de la mujer voltea despacio, logra captar su boca voluptuosa y se despierta enseguida.

Sudando, Gabriel le preguntó a la noche:

—¿Quién eres? ¿Quién eres? ¿Por qué te escondes de mí?

En ese momento entró una enfermera y le dijo:

—¿Se siente bien don Gabriel?

La joven se acercó, le tomó el pulso y, antes de ponerle un termómetro en la boca, Gabriel respondió:

—Fue solo un sueño.

Al día siguiente llegaron sus padres, Amalia y Rafael, su hermana Amparo, casada con un libanés llamado Omar Nassir, dueño de una empresa de empaque de Atún en la zona franca de la ciudad, en la que Gabriel tenía una participación. Tenían dos hijos, de ocho y diez años, que entraron como una tromba en la habitación de su tío.

—Niños, dejen la alharaca —les llamó la atención la abuela.

A los chicos no les importó y se botaron a abrazar a su tío. Fueron quizás las únicas lágrimas que se permitió en dos años de vida. Amparo lo abrazaba y besaba llorando.

—Gracias a Dios, Gabriel, —lo acariciaba sin poder creerlo—. No sabes las oraciones y la doblada de rodilla todo este tiempo —le decía llorosa.

—Gracias Amparo —contestó emocionado.

Al medio día le dieron de alta y algo más tarde salieron de la clínica. Esquivaron la nube de periodistas que estaban apostados en las puertas

del lugar. Sus padres insistieron en llevarlo a su casa. No lo dejarían solo en su apartamento.

Los ojos de Gabriel recorrieron las diferentes calles. Por entre los vidrios polarizados de la camioneta observaba los cambios en su ciudad, los modernos edificios y urbanizaciones, el nuevo centro comercial. La pequeña urbe guardaba un lejano parecido con Miami.

Al llegar a la casa de sus padres una honda emoción lo embargó. Los recibió el muchacho encargado de la vigilancia, de regar el jardín, y cuidar los perros. Era una de las casas más lindas y lujosas de la ciudad, de paredes altas y blancas, portada de varias revistas de decoración. Totalmente modernizada, con una amplia piscina rodeada de palmeras. Estaba ubicada a las afueras. A lo lejos se observaba el mar Caribe.

Gabriel respiró el aire salobre con fruición.

—Bienvenido don Gabriel —lo saludó Miguel, feliz.

Al momento salió una mujer, con el pelo entrecano y uniforme de empleada del servicio. A Gabriel se le iluminó la cara.

—¡Negra, mi amor! —gritó cuando la buena mujer voló a sus brazos sin ceremonias y sin importar que él fuera el patrón. Al fin y al cabo le había cambiado los pañales, limpiado las rodillas y sonado los mocos durante toda su niñez.

—Mi niño, mi niño... El arcángel San Gabriel me hizo el milagro de traerte con bien — le decía la negra emocionada—. Te preparé toda tu comida favorita, los quibbes y las carimañolas de queso, con jugo de corozo.

—Se me hace la boca agua, negra, vamos a la casa —entró abrazado a ella, saludó al resto del servicio y se sentó en la sala.

—Mamá, cambiaste la decoración —miraba sorprendido a un lado y a otro.

—Es la última moda, hijo. Minimalista —le dijo ella orgullosa del entorno, y procedió a explicarle el nuevo estilo de decoración que imperaba en ese momento.

Pero de pronto cambió la expresión y las lágrimas inundaron sus ojos.

—Pero a ti qué carajos te va a importar eso.

La abrazó y ella lloró en sus brazos. Desconcertado y ansioso, no sabía qué hacer para calmarla.

—Tranquila, mamá, tranquila.

Tomó su cara entre las manos y le dio un beso en la frente.

La observó con detenimiento. Los años de secuestro habían hecho mella en su semblante. Ahora algo apagado, pero nada podía mermar la

elegancia de esta mujer, pensó Gabriel al estudiar sorprendido su cabello corto teñido de rubio, los ojos del mismo color que los suyos y su buena figura. También notaba que la relación entre sus padres estaba algo tensa, pero lo achacó a su ausencia.

Gabriel lucía ajeno a todo lo que lo rodeaba. El paso de la miseria en la que había vivido a la opulencia, trastocaba aún más sus emociones. Su familia tenía todo lo que el dinero podía comprar. Una infinidad de negocios en la ciudad y en el país los habían enriquecido por generaciones. Se sabía dueño de empresas y destinos, en esa ciudad pujante y acogedora con uno de los puertos más importantes del país. “El mejor vivero del mundo”, como afirmaban sus coterráneos y la gente que se iba de otras partes del país a vivir en ella.

Sabía cómo superar cualquier obstáculo que pudiera presentarse en su camino, era un digno representante de su estirpe. Dominante, artero y sagaz, había triplicado la fortuna de la familia en el tiempo en que había manejado sus negocios.

“Sí”, sonrió irónico, “cualquier obstáculo, menos el que lo había refundido dos putos años en esa maldita selva”, caviló frente a uno de los ventanales mientras observaba el mar.

Gabriel deseaba de forma vehemente, recuperar sus recuerdos de los meses anteriores al secuestro, pero los médicos fueron contundentes. Tenía que tomarse las cosas con calma o podía desencadenar un shock profundo. Era por el bien de su recuperación.

Almorzaron en relativa calma. Gabriel sonreía con las ocurrencias de Nana Rosa que supervisó en todo momento, la delicia de manjares que había preparado en su honor y que sabía eran sus platos preferidos. Arroz con coco, filete de róbalo en salsa de camarones, patacones crujientes y Napoleón, su postre favorito. De nada valió que su madre y su padre le advirtieran que pusiera cuidado en comer en pequeñas cantidades. Gabriel los observaba con cariño y comía uno que otro bocado, de esa manera los engañaba y no saturaba su estómago.

Descansó un rato y luego recibió la procesión de familiares cercanos, amigos y políticos, que se acercaron a saludarlo y a preguntar por la toma del campamento guerrillero por parte de las fuerzas armadas, que ya era noticia en todos los noticieros del país, y por todos los detalles morbosos inherentes a su secuestro. Los complació en la medida de lo posible, pero había cosas que siempre quedarían entre la selva y él.

—Amigo, qué alegría...

Álvaro Trespacios, su amigo del alma, lo saludó con un abrazo. Era abogado de la Universidad del Rosario de Bogotá y el encargado de todos

los tejemanejes legales de sus negocios. Tenía a su cargo un colectivo de abogados compuesto por los hombres más preparados de su generación. Era de la misma edad que Gabriel y se conocían desde niños. Era un hombre atractivo: rubio, de ojos cafés y buena estatura.

—No tienes idea —Gabriel le señaló una terraza apartada de todo el mundo y lo invitó a sentarse.

—Sabía que volverías. Solo mandaron una prueba de supervivencia, pero sabía que estabas bien. —De pronto exclamó furioso—: ¡Dos años negociando con esos hijos de putas!, no era un caso político. No entiendo qué pudo haber pasado, nunca se ponían de acuerdo en la cifra.

—Yo sí.

Lo dijo con la seguridad del que lo ha pensado durante mucho tiempo y continuó:

—Entre más tiempo pasara, más podrían subir la demanda de dinero, jugando con los sentimientos de mi familia.

Gabriel tenía la mandíbula cada vez más tensa. Álvaro intentó aplacarlo enseguida:

—Lo importante es que ya estás en casa y lo mejor es que no hubo que pagar rescate.

—Le debo mi vida al Ejercito —concluyó pensativo—. Solo quiero seguir con mis negocios y retomar mi vida en el punto en que la dejé. Pero no recuerdo nada de lo que sucedió tres meses antes del secuestro.

Gabriel no entendió en ese momento por qué Álvaro se tensaba y trataba por todos los medios de cambiar de tema.

—Debes darle tiempo al tiempo, mi hermano. Cada día trae su propio afán.

—Es cierto —dijo mientras aceptaba un vaso de whisky que le ofrecía una de las sirvientas.

—La fiesta está en su apogeo, hermano.

Gabriel miraba a la gente mientras pensaba que sería bueno para todo el mundo retirarse antes de que empezara una parranda con Papayera y conjunto Vallenato, que podría durar hasta el otro día. No estaba de ánimo para eso. Sabía que la gente estaba sorprendida de verlo tan bien físicamente, pero nadie percibía que las secuelas emocionales estaban ahí.

En esas lo interrumpió una bella mujer con todo el garbo y la elegancia de la mujer Caribe. Había sido candidata al reinado de belleza por el departamento del Atlántico, y también había sido reina del carnaval. Era el paradigma del buen gusto: con un vestido de Olán blanco arriba de las rodillas que dejaba ver unas hermosas y largas piernas,

cabello espeso, oscuro y largo, corte a la moda, accesorios de marca.

—Mi amor —se lanzó a los brazos de Gabriel emocionada. Álvaro la observaba impassible.

—Paula, qué alegría verte.

Lo abrazó y le dio un beso en la boca que le disparó unas ansias que en el secuestro se había negado a admitir. La mujer sonrió encantada. Gabriel intuía que era el sueño de ella y el de toda la familia que los dos se casaran. Pero él no la amaba. La estimaba, le tenía cariño, pero no más. No se casaría porque sí, aunque su madre le hiciera la encerrona. Se liberó de su abrazo al tiempo que la observaba admirado.

—Estás muy bella Paula y me alegra mucho verte —le dijo encantado de verdad, y la miró de arriba abajo con ganas.

—Lo mismo digo, mi amor. Mañana estás invitado a comer a mi casa con tus padres. Por favor no faltes —dijo y se alejó con un contoneo de caderas calculado.

—Cuidado. Se ve que la falta de mujer te puede llevar a dar un paso en falso —le decía Álvaro burlón.

—Sí, tengo ganas de una mujer —dijo Gabriel exasperado—. Pero no te preocupes. Si me insinuó a Paula, mañana estará comprando el ajuar de novia.

—Tienes razón. En cuanto a lo de tu falta de mujer, podría llamar a alguien —le dijo Álvaro con mirada expectante.

—Tranquilo, amigo. No creo haber olvidado cómo se hace —le contestó riendo.

A una insinuación de Álvaro de que Gabriel debía descansar, los invitados poco a poco se marcharon para sus casas.

—Qué diplomático, hombre —le dijo Gabriel al ver que a los últimos los despachaba sin contemplaciones de ningún tipo. —Ven, vamos a la piscina. Quiero tomarme unos whiskies.

Sus padres se despidieron cariñosamente y se quedó solo con su amigo. La casa estaba por fin en calma, una calma tan distinta del silencio tenso de la selva. El reflejo de la luna bailaba sobre el agua transparente de la piscina, el olor del mar lo sosegaba. Las palabras de Álvaro lo sacaron de su ensueño.

—No quiero imaginarme lo duro que fue, Gabriel. Y lo difícil que será superarlo.

—No te lo imaginas, mi hermano. Todavía tengo la sensación de que es un sueño y de que voy a despertar tirado en mi cambuche.

—Poco a poco te acostumbrarás nuevamente y reto-marás tus negocios.

—Bien, ahora sí. Cuéntame acerca de la mujer que me envió un mensaje por radio diciendo que me extrañaba. ¿Me confundió con otra persona?

Álvaro se atragantó con el whisky. Tosió ruidosamente. No esperaba que Gabriel tocara el tema tan rápido. Se salió por la tangente.

—Sí, se confundió por el nombre. Era el de otra persona que conocía.

—Vaya, qué raro. En la primera prueba de supervivencia les dejé claro que no quería mensajes por radio. No quería darles ese poder a esos hijos de puta —exclamó Gabriel furioso.

—Esos mensajes por radio a los secuestrados son su único vínculo con el mundo real —Revolvió el vaso con los cubos de hielo—. Ya sabes, gente tantos años en poder de esos grupos. Es una labor importante.

—Con el tiempo me arrepentí —no se había permitido los primeros meses de secuestro, pensamientos familiares de celebraciones, cumpleaños y esas cosas, se hubiera enloquecido, esos recuerdos se colaron con el tiempo y teñidos de nostalgias.

Gabriel no podía imaginar cómo sería la vida de los soldados, policías y políticos que llevaban casi una década en poder del grupo guerrillero.

—Lo importante es que sobrellevaste muy bien tu cautiverio. Estamos orgullosos de ti.

—Qué va, hermano, no hay de qué sentirse orgulloso —le dijo burlón—. Orgulloso si hubiera logrado escapar como el cabo John Pinchao o como Fernando Araujo. Créeme, lo intenté, y lo único que gané fue una cadena al cuello de este grueso —pegó el dedo índice con el pulgar.

—¡Son unos hijos de putas!

—Y un candado de esté tamaño —señaló la mitad de su mano.

—No jodas —lo miraba Álvaro con conmisericordia—. ¿Cuántas veces lo intentaste?

—Tres. Pero en mi mente siempre estaba la idea, solo era esperar el momento justo.

—La operación de tu rescate fue impecable —le dijo Álvaro—. Igual que la operación Jaque.

—Sí, gracias a Dios.

—Y sin disparar un solo tiro.

—Cuando esa gente se enteró, hermano, yo creo que deseaban pegarnos un tiro.

—Me imagino que tomaron represalias. Porque Ingrid, en su alocución por televisión, lo primero que hizo fue pedirle al grupo

guerrillero que respetara las vidas de todos los secuestrados.

—Cuando ocurrió eso, lo primero que nos quitaron fueron los radios. Después desmejoraron más la comida —le sonrió irónico—. Y nos encadenaron todo el tiempo.

—¿Cómo no te volviste loco?

—Con una fuerza de voluntad muy grande. El deseo de sobrevivir y la cualidad que tenemos todos los seres humanos de adaptarnos a cualquier circunstancia.

—Sí, es cierto —le respondió Álvaro.

Se quedaron en silencio, cada uno con sus pensamientos, con la camaradería que da la amistad de muchos años, donde no es importante llenar los silencios con palabras inofensivas.

Gabriel suspiró al mirar el cielo y las pocas estrellas en él. Daba gracias a Dios como nunca en la vida. Había regresado. Eso era lo más importante.

Ahora lo único que debía hacer era abrir esa puerta que se había cerrado y borrado tres meses de su existencia, para poder entender que le había pasado y porqué había tenido que vivir ese infierno.

Nueva York

No se sentía cómoda en su piel.

Hacía cinco días que había recibido la noticia. Pensó que cuando la recibiera volvería a respirar, pero no. Debía ser sincera con ella misma. Lo que esperaba era que él la recordara y fuera a buscarla, que la encontrara y con su sola presencia le ayudara a olvidar todo lo ocurrido. Pero al paso de los días se dijo que no iría tras ella.

La había olvidado.

Como a un objeto viejo en el fondo del closet. Y el resentimiento y todo lo que había truncado su relación estrujaban su corazón como tenazas calientes. No, no podía ser injusta con él. Había perdido la memoria, ni siquiera sabía que ella existía. Él no había tenido la culpa de nada, ambos eran víctimas inocentes de una situación que amputó su relación en el momento de más dicha.

No puedo seguir así, se dijo.

Había faltado a varias de las clases y alegó un resfriado cuando Raúl la llamó. Se levantó de la cama y cepilló su larga cabellera negra. Recordó sus palabras: “Deja que sienta tu cabellera en mi pecho”. Dejó el cepillo en la cómoda y se dedicó a arreglar el apartamento hasta dejarlo impecable,

como si así pudiera calmar la agitación que vivía en su interior después de recibir la noticia.

Observó otra vez su imagen en el espejo, sus ojos antes risueños y chispeantes habían perdido la luminosidad. Había perdido todo rastro de la joven que había sido. Las facciones estaban más cinceladas, y resaltaban la voluptuosidad de su boca. La mirada que le devolvió el espejo fue una mirada dura. Volvió a cepillar su cabello con manos temblorosas. Él adoraba su cabello. Quería ahuyentar tantos recuerdos antes de caer en la desgana, pero era imposible, las memorias se colaban porque sí. Debería dejar la puerta abierta, pensó para sí. Y que pasaran todos de una vez para echarlos de su corazón y de su mente, y así poder seguir con su vida.

CAPÍTULO II

El comienzo, conociéndose

*Cartagena de Indias
Dos años y medio atrás*

Era virgen.

Había decidido dejar de serlo esa noche.

Tenía veintidós años y salía con Javier Cortés desde hacía tres meses. Él la presionaba para llevársela a la cama, pero no era por eso que había tomado la decisión; presentía que se estaba perdiendo de algo importante en su vida. Quería a Javier y le daría la sorpresa.

Estudiaba el último año de Literatura en la Universidad Javeriana en Bogotá.

Había ahorrado y planificado el pequeño viaje con meses de antelación. Con Javier y una amiga decidieron viajar a Cartagena para asistir al “Hay Festival”. Habían alquilado un apartamento en Bocagrande por seis días. Dejó de prestarle atención a la charla, su mente estaba en todo lo que tenía planeado para esa noche.

Observó por entre la gente. No vio ni a Javier ni a Carolina. En vista de su distracción, renunció a quedarse en el salón de conferencias.

Pensó que tendría tiempo de hacer algunas compras para la cena, antes de la otra charla sobre autores Latinoamericanos. No quería perdersela. Salió sin demora hacia el supermercado.

Dejó las compras en el apartamento y volvió de nuevo al centro de convenciones, la charla duró dos horas. Al salir, decidió dar un paseo por la ciudad amurallada. ¿Dónde estaría Javier? Se sentó en la terraza del hotel Santa Clara. Era un pequeño lujo que deseaba darse desde que había llegado a la ciudad.

A Carolina no le faltaría compañía esa noche. Prepararía la cena: espaguetis vegetarianos, una botella de vino, pan de ajo. Comerían primero. Luego iría a su habitación, estaba indecisa sobre el baby doll transparente, sabía que lo dejaría con la boca abierta, pero no estaba segura de hacerlo. Carolina que era más desinhibida lo haría sin pensarlo dos veces, podría intentarlo. Ordenó a uno de los camareros que pululaban por allí una bebida helada.

La había observado toda la tarde.

Le atraía cantidades.

En la charla sobre autores Latinoamericanos en el Centro de Convenciones se preguntaba qué era lo que le llamaba la atención de esa mujer. Había mujeres más acordes con su personalidad. Pero no, se sentía atraído hacia una muchachita que parecía recién salida del colegio.

Aunque era preciosa...

Lo primero en lo que se fijó fue en su cabello, largo y liso, de color negro. Estaba de espaldas y, curioso por verle la cara, se sentó en diagonal a ella para observar su perfil, pero lo que lo dejó sembrado en su sitio fue que al voltear ella a corresponder el saludo de alguien, se encontró con los ojos y la boca más hermosa que había visto en su vida.

Tan pronto terminó la charla, sus pasos lo llevaron detrás de ella por un recorrido que desembocó en el hotel Santa Clara.

¿Qué hacía un empresario del calibre de Gabriel Preciado Lavalle en el Hay Festival?

Los periodistas de la prensa rosa dirían que estaba tras una escritora o artista de las que concurren al dichoso festival. Los más mercantilistas, seguro, pensarían que el verdadero motivo para estar en el evento más importante de la literatura en Latinoamérica era entrar al negocio de las editoriales.

Lo que nadie adivinaba era que Gabriel estaba allí por pura coincidencia. Había estado reunido el día anterior con un grupo de

extranjeros interesados en invertir en el país. Le gustaba la lectura y aprovechó el marco del festival para ponerse al día. Le encantaba asistir a las charlas de los diferentes autores, tenía libros en cantidad, podía disertar desde los últimos nobel de literatura hasta el último bestseller de Stephen King, pasando por los clásicos de siempre. Esa tarde volvería a la capital.

La mujer que atrapó su atención se había sentado en la cafetería al aire libre, pidió una bebida helada y se perdió en la lectura de un libro que parecía de Julio Cortázar.

Estaba embrujado por el color nácar de su piel y sus extraordinarios ojos azules aguamarina, como el color de las playas de Barú, ahora cubiertos por unas pequeñas gafas de lectura. No era muy alta, pero era bien proporcionada de pechos abundantes. Sus piernas estaban ocultas por un vestido blanco casi hasta el tobillo, de espalda destapada. Unas sandalias y un bolso rustico de esos tejidos por los indígenas, completaban su atuendo. Vio cómo observó su reloj con mueca de fastidio, era un artículo de plástico azul oscuro, de manilla gruesa y que le bailaba en la muñeca. No tenía anillos, solo un par de pulseras de hilo, de las que hacen los hippies y venden sobre una tela en el suelo de cualquier esquina. Cerró el libro, le gustó la blancura de sus manos de largos dedos y uñas cortas y limpias. Se levantó, se olvidó las gafas y tropezó con él.

—Perdón —soltó ella con una voz que le paró los pelos de la nuca a Gabriel.

—Tranquila, déjeme ayudarle —la sostuvo mientras volvía a colocar el bolso en su puesto. Seguía con las gafas puestas y Gabriel no pudo evitar una sonrisa.

—Perdón que me entrometa, pero ¿no caminará mejor sin esas gafas? —le preguntó mirándola divertido.

Con manos temblorosas, Melisa retiró sus gafas del rostro. Todo rastro de risa burlona murió en los labios de Gabriel, para ser reemplazada por una mirada ávida.

—Disculpe —la observó salir del hotel.

El caminó detrás de ella.

—Cene conmigo esta noche —le dijo rotundo.

—No creo, no lo conozco —le contestó ella con el rostro en llamas.

— ¿Por qué? Permítame presentarme. Soy...

—Sé muy bien quién es usted. Me pregunto cuáles serán sus motivos para asistir al festival. Éste no es su entorno.

—¿Por qué lo dice? —contestó furioso—. No me conoce, por Dios —

insistía ya resignado a no cenar con esta mujer que lo impactó, porque esa era la palabra adecuada para describir lo que sentía. ¿Hacía cuánto una mujer no lo impactaba?

Años.

Se dio cuenta de que ella lo miraba con curiosidad.

Ya más calmado le preguntó:

—¿Puedo saber su nombre?

—No, creo que no —le contestó ella mientras lo miraba con cautela—. Usted y yo no tenemos nada en común.

Frunció el ceño con impaciencia mientras trataba de seguir apresurada su camino.

—Por lo menos tome un café conmigo.

—No me gusta el café —lo miró seriamente—. Y tampoco usted.

—¿Por qué? —abrió los ojos sorprendido—. Si se puede saber —le preguntó intrigado y fastidiado por su indiferencia.

Ninguna mujer lo había rechazado en años. No le gustaba la sensación.

—Mire, no deseo ahondar en el tema —miró a un lado de la plaza—. ¿Ve esa mujer? Es una modelo famosa. Estoy segura de que con ella sus atenciones serán bien recibidas.

Y sin más siguió su camino.

—Espere. Esta noche voy al restaurante Donde Olano. Si desea ir será bienvenida. Nos vemos —y se fue dándole la espalda.

Melisa lo miró alejarse por una de las callecitas rodeadas de balcones primorosos, desde los que se desprendían materas llenas de buganvillas, campanillas y enredaderas de todos los colores, y siguió su camino intrigada. No le gustaba la reacción que había tenido hacia él. Se le había acelerado la respiración y secado la boca al oír su voz.

Nunca había reaccionado así ante ningún hombre. A todos los veía como sus iguales, pero a este no. Tenía el presentimiento de que no podría controlarlo como a los hombres que acostumbraba tratar. La manera de mirarla. ¿Qué clase de mirada era? Se preguntó a sí misma. Era una mirada ávida y claramente depredadora; nunca la habían mirado así. Era un hombre muy guapo, de ojos verdes. Tenía una hermosa boca. ¿Cómo sería besando?

Se espantó las ideas. Tenía planes y no los iba a dejar de pronto solo porque este hombre manifestara interés en ella.

Entró al apartamento. La cerradura estaba sin llave. Seguro Javier ya estaba en casa pensó mientras devolvía las llaves a su bolso.

Decidió no hacer ruido. Dejó algunos paquetes con compras de

última hora en la cocina y se dirigió al cuarto de su novio. Percibió algunos ruidos. Con los ojos cerrados, y muy quieta en el corredor, escuchó.

Gemidos.

Las manos le temblaban. Con el corazón en un puño abrió la puerta. Melisa abrió los ojos asustada. Carolina le hacía el amor a Javier acaballada encima de él.

—Viste por qué tienes que estar conmigo y no con esa mojigata —le decía la chica, ignorante de la presencia de Melisa mientras lo besaba y lo acariciaba. Él, a su vez, le acariciaba los pezones y llevaba las manos a su trasero.

— Sí, tienes razón, estás muy buena, Caro —le dijo en tono áspero y lujurioso.

—¡Hijos de puta! —exclamó Melisa furiosa.

Brincaron de la cama enseguida. Carolina se tapó con una sabana. Javier se tapó con una toalla que había cerca y trató de decir algo:

—Melisa, yo...

Pero solo podía mirarla apenado.

—Cállate, hijo de perra. Y tú —señaló con un dedo a la que consideró su amiga hasta ese momento —eres una zorra.

Sin más se dirigió a su habitación. Lloró de indignación y de pena por el engaño. Se dio cuenta en ese momento de que estaba frente a un par de falsos. Se restregaba las lágrimas, furiosa.

Un momento después sintió golpes en la puerta del cuarto.

—Isa. No sé qué decir, perdóname —le decía Javier con la voz pegada a la puerta.

—Vete, sigue haciendo el amor con esa furcia —miraba furiosa la puerta—. ¿No que está muy buena?

No podría seguir con ellos en el apartamento y se negaba a irse de la ciudad por esa mala jugada.

Dios, cómo había podido equivocarse tanto.

Ella lo quería, deseaba que su relación funcionara, pero por lo visto todo era una mentira. Por primera vez en su vida tenía roto el corazón.

¿Y ahora qué voy a hacer? Recordó la voz de Gabriel. “Voy Donde Olano, será bienvenida”. No, sería ridículo aparecerme en ese lugar. Y con los ojos hinchados de llorar, además.

¿Por qué no? No le debía explicaciones a nadie.

Sí, si le debía explicaciones a alguien: a ella misma.

Mientras se daba una larga ducha pensaba que ojalá las penas y el desengaño salieran por el sifón, así como lo hacían el jabón y el champú.

Durmió mal. Al otro día se levantó temprano. Quería salir de ahí antes de encontrarse con ese par. “Como si yo fuera la culpable”, pensó indignada. Abrió la puerta dispuesta a enfrentarse con el primero que encontrara y se dirigió a la cocina por un vaso de jugo, tenía sed, el llanto de la noche anterior se la había provocado.

No había nadie. Se fue a su conferencia.

Percibió la presencia de Gabriel unas filas más allá, y también sintió que no le había quitado la vista de encima en lo que duró la charla. Al terminar se acercó a ella:

—Buenos días —la saludó formal.

Lo había rechazado.

Era la primera vez que una mujer lo rechazaba. La noche anterior casi no había podido dormir pensando en ello. No recordaba haber sido rechazado alguna vez, pero la mujer que tenía enfrente lo miraba con total indiferencia. Había aplazado su viaje un par de días con la loca esperanza de que ella acudiera a la cena.

Lo había dejado plantado.

Y eso había afilado su vena depredadora. En la mañana ya tenía un informe de donde vivía, y de la charla en la que ella estaba en ese momento.

Se dirigió sin falta al lugar.

La observó venir hacia él. Es muy hermosa, pensó mientras se le acercaba. Gabriel Preciado Lavallo era conocido por su tenacidad, vivía para los desafíos, entre más difíciles, más atrayentes. No conocía el miedo o los límites. La manera en que había crecido su grupo económico lo atestiguaba.

—Buenos días —contestó ella dirigiéndose hacia la salida.

—Tenía la esperanza de encontrarla aquí, ya que no pudo ir al restaurante anoche.

—Yo le dije no iba a ir —lo miró sorprendida—. Discúlpeme si lo hice esperar en vano —lo último lo dijo con total sarcasmo.

—Disculpada —le contestó él en el mismo tono.

—Pero me imagino que la soledad no le duró mucho.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que oyó. —le contestó meditabunda.

—Si no va una, ¿entonces otra estará bien? —preguntó él más ofendido a cada minuto que pasaba al lado de ella.

—Sí, eso mismo.

—No me conoce, no puede afirmarlo. —“Qué rayos le pasaba a esta mujer” pensó molesto por las sensaciones que bullían en su interior ante

la presencia de ella. No tenía muy buena opinión de él, pensó extrañado. Las mujeres lo adoraban, lo adulaban, se desvivían por sus atenciones, pero con ella...

—Lo menos que espero es una disculpa.

—¿Perdón? —contestó ella, y levantó la una ceja con un gesto altanero.

Ese gesto, en vez de ofenderlo más, le cambió el humor enseguida. Esta mujer tenía ojos matadores, eran capaces de hacer arrodillar a cualquiera.

—Cuando alguien atenta contra el honor y el buen nombre de una persona, lo mínimo es pedir una disculpa —le soltó él aparentemente ofendido.

Melisa soltó la carcajada. Gabriel quedó pasmado, adoró su risa, cautivadora, amable y musical. Había leído en alguna parte que una simple sonrisa era capaz de desatar pasiones, pero no lo había creído hasta ese momento.

—Entonces debe vivir exigiendo disculpas a todas esas revistas que publican cosas de usted.

—Sí, eso mismo —la miró pensativo, su tono de voz lo envolvía—. Cene conmigo esta noche y quedará disculpada.

Le molestó el timbre de ruego que acompañaron sus palabras.

—Lo veremos —y se dirigió a la salida caminando veloz.

— En el mismo sitio que le nombré ayer.

—Lo pensaré.

Lo pensó toda la tarde. Al llegar al apartamento y encontrarlo solo, volvió a pensarlo.

¿Por qué no? No iba a tener los mismos remilgos del día anterior. Sí, eso es lo que iba a hacer. Sin perder tiempo y después de una larga ducha, se arregló con un vestido blanco de flores amarillas y hojas verdes amarrado al cuello y espalda destapada, hasta los tobillos. Se colocó unas sandalias blancas de tiras y tacón, unos aretes de perla que había comprado en la playa, una pulsera de nácar que compró en la plazuela de Santo Domingo a un grupo de hippies que tenían un puesto de artesanías en el sector, se cepilló el cabello y salió a la sala, más beligerante de lo que en realidad se sentía.

Sabía que alguno de ellos estaría allí.

—¿A dónde vas? —le preguntó Javier. Estaba sentado en una de las sillas de mimbre del recibidor, esperando que ella abriera la puerta. Tenía el gesto totalmente descompuesto.

—No te importa —le contestó Melisa ofuscada—. De ahora en

adelante no te debe importar nada de lo mío.

Lo miró furiosa y con lágrimas en los ojos.

—Claro que sí, no puedes salir sola. Te puede pasar algo.

—No necesito que me cuides —se limpió las lagrimas.

—Mi amor, no hagas una locura —le decía él consternado—.

Perdóname, por favor, no sé que me pasó.

—Oh, yo sí sé. No pudiste tenerla quieta dentro de los pantalones —le espetó furiosa.

—Melisa, yo...— trató de acercarse a ella, pero ella fue más rápida.

—Adiós —y salió del apartamento dando un portazo para aceptar la invitación, pensando que quizá hoy la dejarían plantada a ella. Ya iba medio arrepentida, y al llegar a la puerta del recinto se dijo que si estaba acompañado, o si no estaba sentado en una de las mesas, se iría por las mismas y no habría pasado nada. Al entrar en el restaurante, observó nerviosa el lugar, lo divisó al momento. Él se levantó enseguida del puesto y le hizo una seña al mesero y al par de escoltas que estaban en una de las mesas laterales para que no entorpecieran el encuentro. La recibió con una sonrisa. Ella se acercó a la mesa. Gabriel la observaba sin pudor, desde su cabello hasta la punta de los pies. Fue una mirada de descaro que la hizo sentir mujer por primera vez en su vida. Estaba vulnerable.

—Buenas noches —le dijo con su voz ronca y sensual, tomó su mano y se la besó.

Melisa no pudo evitar sentir un escalofrío y, abochornada, lo saludó:

—Buenas noches. No sabía si lo encontraría.

—Estás muy hermosa. Yo estuve rogándoles a los Dioses porque vinieras. Parece que me han concedido el deseo —la miró satisfecho.

—Gracias —no sabía qué más decir. Recordó que él no sabía su nombre y se presentó—: Soy Melisa Escandón.

— Hermoso nombre ¿Qué deseas tomar? —le preguntó acucioso.

—Un vino blanco está bien —le contestó mientras observaba el restaurante—. Es un sitio hermoso.

A un gesto de sus dedos se acercó un solícito mesero, Gabriel pidió una botella del mejor vino blanco que había en el lugar.

—Sí, me gusta la comida. Es cocina francesa y creolle—. Le dijo mientras la contemplaba.

Melisa observaba el pequeño el restaurante. Era acogedor, con sus arcos, sus cuadros y su pequeño espacio, respiraba estilo, era uno de esos sitios donde hay que hacer reserva para poder disfrutarlo.

—No conozco mucho de esta comida. Siempre es bueno aprender.

—¿Qué te hizo aceptar mi invitación? —le preguntó, sin apartar la

mirada de sus ojos.

—Ayer en la tarde encontré a mi novio en la cama con mi mejor amiga —le contestó recordando la bochornosa escena.

Gabriel se atragantó con el vino. Tosió dos veces; ya recuperado se obligó a contestar:

—Lo siento mucho. Debió haber sido un golpe duro para ti —dijo molesto.

—Sí, es triste —suspiró con el corazón oprimido—. Pero el haberlos encontrado me evitó hacer algo de lo cual me habría arrepentido más adelante.

Se percató de que Gabriel la miraba cada vez más sorprendido. Alzó la ceja y no pudo evitar preguntar:

—¿Qué sería ese algo?

—Me temo que no podré contestar a eso —le señaló con una risa matadora. Pasmada por la profundidad de su mirada verde, desvió otra vez sus ojos hacía el lugar. Estaba repleto de mujeres hermosas, en varias mesas había extranjeros y un grupo de jóvenes reía en una esquina del local. Los meseros pululaban llevando y trayendo platos y vinos.

—No hay mal que por bien no venga —le devolvió la sonrisa de dientes blancos y labios carnosos.

—Sí, estoy de acuerdo —se terminó el vino y bajó la mirada hacía su copa, pensativa.

Al volver a levantarla, observó a través de la mesa, sus movimientos suaves y elásticos, sus manos bronceadas. Eran manos hermosas, fuertes, y de pronto sintió un escalofrío al pensar cómo sería ser acariciada por unas manos así. Y estaba tan guapo, vestía una camisa blanca de algodón con un pantalón color beige de lino puro, mocasines casi del mismo color del pantalón.

—¿Ordenamos? —preguntó él en un tono de voz que evidenciaba alguna molestia, notó ella.

—Ok —contestó ella, preocupada y arrepentida de haberle contado lo que pasó con Javier.

Melisa ordenó un filete de pargo en salsa de mariscos, y Gabriel una Langosta. Como entrada mariscos gratinados, y de postre, bananos flambeados para él y postre de café colombiano para ella.

—¿Dónde te hospedas? —le preguntó, aunque ya lo sabía.

—En un apartamento en Bocagrande con mi ex novio y mi ex amiga —lo señaló en un tono de voz resignada—. ¿Dónde te hospedas tú? —decidió tutearlo.

—Yo tengo casa aquí en la zona amurallada.

—Cierto, lo olvidé —lo miró burlona.

—¿Olvidaste qué?

—Que no eres un hombre común y corriente. Debo recordarlo—. Esto último lo dijo más para sí misma.

—Soy un hombre común y corriente —le refutó tratando de convencerla.

—No, no eres común y corriente. Te gusta la literatura y a mí me gusta eso —le sonrió de forma pícaro.

Melisa sabía que lo había sorprendido, soltó la carcajada.

—Tú eres especial. Te lo digo en serio —se quedó pensativo sin dejar de observar sus labios.

—¿Dónde vives? —indagó—. Por tu acento pareces del interior. ¿Bogotá tal vez?

—Sí, soy bogotana. Estudio Literatura en La Javeriana. Último año —tomó otro sorbo de vino—. Tú, por lo que sé, vives en Barranquilla.

—Sí, vivo allí, pero también viajo mucho a Bogotá, la mitad del tiempo en una parte y la mitad en otra.

—Debe ser emocionante. Debes conocer muchos lugares.

—Algunos —dijo despreocupado. Y melisa se percató de que no deseaba sonar petulante, ni creído.

A medida que avanzaba la cena la embargó una sensación de tranquilidad y confianza. Le gustaba el tono de su voz y la cautivaban sus movimientos. Reparó nuevamente en su boca, en su mandíbula de ángulos rectos.

Era consciente de que no debería confiar en él. Era un desconocido, pero no podía evitarlo.

—¿Qué estás leyendo en este momento? —le preguntó ella.

Melisa era una mujer que ocultaba sus verdaderos sentimientos tras una coraza de desenfado e indiferencia. Estaba impresionada con Gabriel. Y no solo por el hombre que era.

Le parecía el hombre más apuesto que había conocido.

Le gustaba el color de sus ojos, que le recordaba el color del prado del jardín de su madre, cuando las gotas de rocío del amanecer lo bañaban. No debió aceptar la invitación. Sus sentimientos estaban hechos un lío. Por un lado su desengaño, y por otro una inevitable atracción hacia un hombre tan distinto a ella. Sentía un nudo en el vientre y la garganta seca, que mojaba con vino para poder pasar los pocos bocados que se permitió.

—Memorias de Adriano, de Yourcenar —apuntó él.

—Buen libro —lo mira pensativa—. La soledad del hombre en el

poder.

—No solo es eso y lo sabes bien —le contestó él con petulancia.

—Sí, lo sé. Para mí es un compendio de los valores que deben regir la vida de una persona o de una nación.

—Hay que tener en cuenta el momento en que fue publicado — continuó él—. Aunque el libro llevara más de veinte años cocinándose, casó perfectamente con los ideales de la posguerra.

—Sí, es cierto —lo miró con algo de reserva—. Debes dedicarle bastante tiempo a la literatura —era una afirmación.

—No tienes idea —le hizo señas al mesero, sus escoltas se encargaron de la cuenta—. Te invito a dar una vuelta en coche por la ciudad.

—Muchas gracias —le contestó ella educada, algo más relajada por la conversación y el vino.

Melisa pensaba en lo que haría al llegar al apartamento. Se sintió mal. No podía juzgar duramente a Javier; si ella estaba en estos momentos hipnotizada por este hombre que tenía al lado. *“Pero si no hubiera sido por lo que pasó, tu no estarías aquí para empezar”*, pensó retomando su desengaño.

Nunca había sido tan consciente de la presencia de un hombre. La invadía una desazón que no sabía nombrar. Deseaba irse y, a la vez, acercarse más. Le gustaba el aroma de su piel. Pero también sentía miedo, percibía en él una esencia fuerte con una mezcla de sensualidad y no podía entender que se hubiera fijado en ella. ¿Qué quería?

Gabriel alabó mentalmente todos sus encantos, su delicada piel con poco maquillaje, no había podido apartar sus ojos de ella durante toda la comida, admiró sorprendido, la manera en que bajaba los parpados. Era muy joven, ¿Qué carajos hacía él con casi una niña sentada a su mesa? El hastío, dedujo él, cuando se levantó para invitarla a pasear en coche.

Salieron del restaurante. Él colocó una mano en la espalda de ella. Le gustó que a ella se le pusiera la piel de gallina. Sonrió satisfecho. En ese momento ella hizo un giro y su aroma le estalló en la cara. No era el aroma de perfumes ni nada parecido. Era el aroma de su piel, dulce y especiado, que lo envolvió poniéndolo de un talante diferente. Entornó los parpados y, despacio, se acercó más a ella. Quería olfatearla.

Subieron al coche tirado por un caballo. Era bastante confortable. Se acomodaron uno al lado del otro. Gabriel no quería romper el hechizo, quería envolverse en ella, probar sus labios, pero ella hablaba de temas a los que solo contestaba sí o no.

Mientras el coche rodaba por las callejuelas reflexionaba porque la

ciudad era declarada Patrimonio Cultural de la Humanidad, era una ciudad mágica, bella, de grandes contrastes, que iban desde sus calles empedradas, por donde paseaban en ese momento, sus murallas de la época colonial y sus casas antiguas con hermosos balcones llenos de flores que encerraban siglos de historia, hasta el sector moderno de la ciudad, con todas las edificaciones y comodidades de la vida moderna. Era uno de los principales puntos turísticos de la región y también destino turístico de clase mundial.

—Es una ciudad mágica —pronunció Melisa solemne.

—Sí, el realismo mágico García Marquiano está presente en cada esquina —le contestó él.

Ella sonrió.

Estuvieron unos momentos en silencio, sin sentirse incómodos el uno con el otro.

Mientras iban en el coche, él le iba contando algunas anécdotas de la ciudad, historias que la hacían reír. Lo hacía en un tono suave y pausado que no podía disimular lo oscuro e insinuante de su voz.

Gabriel aparcó frente al apartamento de Melisa. Él percibió que ella no se había dado cuenta de las dos camionetas con vidrios blindados, una adelante y la otra atrás, que los acompañaron durante todo el recorrido.

—¿Habrá algún problema allá arriba? —dijo preocupado indicando las ventanas del edificio.

—No creo —le contestó ella.

—¿Qué planes tienes para mañana? —preguntó Gabriel aparentemente tranquilo.

—En la mañana, tengo unas charlas, pero la tarde la tengo libre.

—Te espero mañana a las dos en Los Pegasos. Trae traje de baño.

—¿Adónde iremos?

—Es una sorpresa.

—Ok, allí estaré. Gracias por todo. A pesar del momento que estoy pasando, me divertí mucho —le dio la mano y se acercó a darle un beso en la mejilla.

Gabriel no desaprovechó la oportunidad. Volteó la cara y le rozó la boca suavemente.

Ella se separó enseguida, sonrojada.

—Adiós —dijo mientras salía veloz del coche.

Entró al edificio como alma que lleva el diablo.

Gabriel quedó sorprendido por su reacción. Quería volver a verla. Necesitaba hacerlo. Se sorprendió de la ansiedad que lo embargó en ese momento. Qué piel tan suave...

Hubiera querido profundizar el beso, pero ella lo evitó. No quería pensar que estuviera enamorada del imbécil del novio. Además, no le gustó que pasara la noche ahí. Nunca había conocido una mujer como ella, que le volteara sus esquemas así como así. Estaba molesto por ser plato de segunda mesa, mejor dicho el hombre de rebote. Ni de coñas que lo iba a hacer.

Alzó su mirada nuevamente al edificio, y trató de adivinar donde estaba la ventana de su habitación.

En diez minutos de conversación se había dado cuenta de que a ella no la impresionaba su riqueza. Había ido a la cena por una pelea con su novio nada más. Podría ser él o cualquier otro. No tenía nada de especial para esta mujer. Eso lo cabreaba como nunca.

Jamás se había sentido tan ignorado.

Las mujeres se le tiraban no tenía que perseguir a ninguna. Pero con esta... Había deseado terminar la cena que sintió atragantada y, haberla escoltado hasta su casa o haberla enviado con alguno de sus escoltas, pero a medida que transcurrió la comida se sintió como envuelto en una nube, su aroma, sus gestos y sus rasgos lo hechizaron.

¿Qué sentiría al estrecharla entre sus brazos?

Mañana la tendría en su casa.

Esa mujer será mía, se repitió con laudo.

CAPÍTULO III

La conquista

Melisa no fue a ninguna charla esa mañana. Solo vio de lejos a Ángela Becerra rodeada de varias personas. En otras circunstancias se habría acercado, pero en esos momentos, sus pensamientos estaban en otra parte. Después de pelear duramente con Javier, que la esperó levantado, se había ido a dormir. Carolina no le había dado la cara. Todavía.

Lo que más deseaba en ese momento era que se marcharan del apartamento, pero ninguno de los dos tenía dinero para ir a otro lugar.

Eso significaba dos días más soportando a ese par de cretinos.

Estaba furiosa.

Utilizó su tarjeta de crédito —solo la usaba en situaciones de emergencia— para agenciarse un vestido de baño nuevo. Era un hermoso

bikini azul aguamarina, con el pantalón en un solo tono y el sujetador con motivos de colores alegres. Además venía con un pareo debajo de la rodilla. Las sandalias que tenía le servirían.

Iba embelesada pensando en el casi beso que recibió de Gabriel la noche anterior ¿Por qué lo habría hecho? ¿Habría sido intencional? O ¿fue un ligero accidente al girar ella la cara?

Javier la seguía a pocos pasos, la notó distraída, feliz.

Melisa ¿qué estás haciendo?, se preguntó, y deseó poder retroceder en el tiempo para evitar cualquier contacto con Carolina. El día que Melisa los encontró, no había sido la primera vez que habían estado juntos, eran amantes hacía un año. Había sido un verdadero estúpido. Estaba tan hermosa con ese pareo y su cabello suelto y brillante. Su atención se desvió hacia el yate lujoso que estaba en el muelle y que parecía ser el lugar al que se dirigía. Se dio cuenta de que tenía apretados los dientes por los corrientazos en la mejilla. Se desmoralizó al ver a un hombre joven y alto salir a recibirla. “No, Melisa, no lo hagas, por favor”. “Eres mía, mía...Vuelve, por favor”, rogó entre dientes mientras ella desaparecía de su vista. Esto no se iba a quedar así, con el ánimo descompuesto se alejó por la ciudad amurallada. Melisa le pertenecía y no iba a dejar que otro la tuviera.

En el puerto había un hermoso yate anclado, junto con dos embarcaciones más. El lugar bullía de actividad por la cantidad de turistas nacionales y extranjeros que hacían tours por las islas vecinas. Un vendedor ambulante se acercó a ofrecerle unas gafas y una negra con un platón de dulces le ofreció una cocada. El olor de la golosina le abrió el apetito, la compró y la guardó en el bolso. Al acercarse más al muelle, un hombre joven la abordó.

—¿La Señorita Melisa? —preguntó el muchacho, acuerpado y de gafas oscuras con porte claramente militar.

—Sí, soy yo —contestó extrañada.

—El señor Gabriel la está esperando. Sígame por favor.

—¿Por qué no salió él mismo a recibirme?

—Periodistas. Pero es más por usted, señorita.

—Ok.

Subió al yate con un nudo en el estómago y la premonición de que las cosas no volverían a ser como antes. Avistó a Gabriel enseguida. Estaba muy guapo con sus bermudas, la camiseta pegada al cuerpo, chanclas y gafas que retiró al acercarse a saludarla. Melisa se sonrojó ante la mirada de él. Se daba cuenta de que deseaba quitarle el pareo para

observarla a sus anchas.

—Hola —dijo con una sonrisa y ojos chispeantes—. Bienvenida.

La saludó con un suave beso en la mejilla. Melisa respondió al beso tímida. El contacto aunque leve, la había afectado como una descarga eléctrica.

—Es un yate hermoso —dijo al tiempo que observó todo alrededor y trataba de calmarse—. ¿A dónde vamos?

La superficie del yate estaba rodeada por sillas plásticas. Por medio de una pequeña escalera se llegaba a una salita con un sofá ancho, un bar y un mesón.

—Vamos a Islas del Rosario. Mejor dicho, a una islita particular. Almorzaremos allá.

—Me parece perfecto.

En ese momento el yate abandonó el puerto.

Bordearon la bahía observando el paisaje.

—Es tan hermoso. Podría vivir aquí para siempre —le dijo ella soñadora.

—Sí, tienes razón.

—Dicen que el océano Atlántico es más salado que el Pacífico —expresó ella, pero al mirarlo se calló enseguida, avasallada por el imperio de su mirada.

—Discúlpame —añadió él contrito—. Ya había oído ese dato en alguna parte —le aseguró él.

—¿A qué crees que se deba? —preguntó ella.

—Parece que es debido a la rotación de la tierra y a la atracción de la luna. Es más denso, pero no estoy seguro. ¿Deseas tomar algo?

—Sí, una coca light, gracias.

—Muy bien —entró en el yate y volvió minutos después con una coca-cola y una cerveza Águila para él.

—¿Qué planeas hacer cuando te gradúes?

—Deseo hacer una especialización en literatura infantil.

—¿Piensas escribir historias para niños o enseñar en alguna parte?

—Si pudiera, haría ambas cosas.

Tomó un sorbo de la bebida y se pasó la punta de la lengua sobre la parte superior del labio.

Se sonrojó ante la avidez con que la miró.

—Explícate —le susurró con voz densa.

—Tengo una beca en perspectiva. Mi tesis será el camino para lograrlo.

Él la escuchaba con atención.

—Nuestra cultura es muy rica en mitos, leyendas, pero nuestra educación siempre ha ido en contravía de lo autóctono. Lo que yo me propongo hacer es rescatar todas esas leyendas, y luego plasmarlas en cuentos infantiles para que puedan llegar a los niños de educación primaria de todas las regiones del país. Además, estoy recopilando una serie de datos curiosos de Colombia y de otras partes del mundo para hacer un libro.

—Muy loable de tu parte. Como textos de estudio, me imagino —concluyó admirado.

—Sí, es lo que deseo. Los verdaderos cambios en este país se lograrán el día en que la educación sea igual de importante que un desayuno —lo miró, exhaló un suspiro y continuó—: Los fines de semana realizo talleres de lectura para una fundación de niños desplazados, en Ciudad Bolívar.

Melisa observaba con embeleso cómo el cabello negro de él brillaba al sol. Lo tenía corto, pero se le hacía remolinos en algunas partes. Tenía un perfil regio y la boca era carnosa y bien delineada.

—No solo la educación ayudaría. ¿No es algo peligroso ese sitio al que vas?

—Sé que se necesita más que educación para solucionar los problemas de este país, pero me gusta pensar que apporto mi grano de arena —le contestó ella, sin querer profundizar en sus argumentos. No se pondrían de acuerdo debido a su diferencia de clase social—. En cuanto a la seguridad, sí, es peligroso. Pero la gente me conoce y me respeta por lo que hago.

Dejaron de lado ese tema.

Hablaron un poco de sus gustos musicales antes de volver a los libros. Pronto divisaron la pequeña isla. Con su playa y su muelle, la casa que se evidenciaba a lo lejos era preciosa. Salieron a recibirlos un par de hombres jóvenes y dos mujeres.

—Que alegría verlo por aquí, don Gabriel —le dijo una de las mulatas de hermosa sonrisa.

—Gracias Ana, a mí también me alegra. Les presento a mi invitada, la señorita Melisa Escandón.

—Bienvenida, señorita. Esta es su casa.

—Muchas gracias —les contestó ella, algo tímida.

Los sirvientes la miraban extrañados. A lo mejor las mujeres que acostumbraba a traer su jefe no podían ser más diferentes que ella, que derrochaba sencillez, por cada uno de sus poros.

—Rosa, vamos a estar en la playa. Llévanos dos coco locos, por favor.

—Sí señor.

—Es una casa hermosa —le dijo Melisa mientras apreciaba el entorno.

—Te la mostraré.

Era una casa no muy grande, de cinco habitaciones. La sala era amplia con muebles de ratán tapizados en telas de flores, de techos altos y abanicos grandes girando. Un comedor en madera rustica, adornado con plantas. Por un hall se iba a la cocina y por otro a las habitaciones. En la sala había una puerta corrediza que daba a una moderna piscina con caída de agua como las de ahora, dos juegos de mesas con sus sillas, en una esquina, todo perfecto y bien cuidado, las paredes blancas.

—Te felicito, es una gran casa —le dijo ella no queriéndose sentir más impresionada de lo que ya se sentía.

—Gracias.

Salieron a la playa. Ya estaban los cocos locos esperándolos. Se sentaron en unas tumbonas, dispuestos a disfrutar de la tarde.

La playa los llamaba con sus aguas cristalinas azul claro.

—Del mismo color de tus ojos, —le dijo él sin quitarle la mirada de encima—. Vamos a darnos un chapuzón —se levantó y se quitó la camiseta.

Melisa quedó absorta al observar su pecho lleno de músculos y tendones, con un suave vello negro. Quiso decirle que sus ojos también eran muy bellos, pero no se atrevió. Nunca le había echado un piropo a un hombre y no iba a empezar ahora, con un hombre que claramente no los necesitaba. Tenía ganas de acariciarlo, no creía que recuperara el aliento nuevamente. Tímida, Melisa se retiró su pareo, y lo colocó en la tumbona, se dirigió a la playa sin mirarlo.

Estaba feliz y asustada al mismo tiempo por el cúmulo de sensaciones en su interior. Gabriel le gustaba. Le gustaba su don de mando, sus movimientos, la forma en que la miraba cuando creía que ella no se daba cuenta.

Gabriel estaba más que sorprendido. Era escultural. Sus piernas largas, esbeltas. Y su cintura de avispa, imaginó sus manos rodeándola, y bajando por sus nalgas redondas y llenas. No pudo evitar una oleada de lujuria que trató de controlar como fuera. Si ella supiera lo que él pensaba seguro saldría corriendo. La miraba preguntándose cómo podía tener esa boca. Era tanto su deseo de besarla, de probar la suavidad de sus labios.

Ya sabía que estaba ante una mujer diferente de todas las que había

conocido. Esta no era una mujer que conquistaría con joyas o trapos finos. Ya sabía que la riqueza no la impresionaba. Más la impresionaba el carácter de las personas y lo que hacían por los demás. Bueno, él hacía caridad, pero le dejaba esa labor a terceros. No se ensuciaba las manos en el asunto. Ella era distinta. Estaba seguro de que sería capaz de construir una casa con sus propias manos si era en favor de algún desposeído, tenía esa certeza. Recordó el brillo de sus ojos y la pasión con la que hablaba de todos sus proyectos; eso para un cínico como él era como una bocanada de aire fresco. Estaba acostumbrado a ese mismo brillo en los ojos de las mujeres pero ante una joya o un reloj costoso.

Se acercaron a la playa de arenas blancas y formación coralina, con oleaje imperceptible y su mar de varios tonos de azules y verdes.

—El agua es transparente —le dijo sorprendida.

—Sí, podemos hacer snorkel. Voy por unas caretas —dijo Gabriel yendo hacia la casa.

Al volver se detuvo un momento en la playa para observar cómo las luces y el centelleo de los corales provocaban en la piel de Melisa un brillo luminoso. Jamás había visto algo tan hermoso. El corazón le brincó en el pecho, y una dicha inmensa lo embargó.

—¿Sabes nadar? —le dijo en un tono de voz más ronco que de costumbre.

—Claro —le contestó y tomó la careta que Gabriel le ofrecía, mientras le sonreía de forma devastadora.

A él casi se le doblan las rodillas.

Las miles de lucecitas le daban un aspecto mágico y majestuoso al océano. Hicieron snorkel en buena parte de la isla, observaron los peces de colores, la forma y el color de los corales. Al salir del agua, en una mesa improvisada, los esperaba un succulento almuerzo tardío.

Estaban felices, disfrutaban la alegría de descubrirse. Comieron langosta, mariscos y unos patacones delgados y crujientes que acompañaron con cerveza helada. Vieron el atardecer en medio de charlas y confidencias con música Vallenata de fondo.

—Creo que debemos irnos —le dijo ella de pronto, al ver que se hacía noche.

—¿Por qué no nos quedamos? —le preguntó él contundente y ansiando su respuesta.

Ella abrió los ojos de verdad sorprendida:

—No —dijo—. No puedo.

—¿No puedes o no quieres? —le retrucó él.

—Quiero y no puedo —le contestó ella—. Créeme, si siempre

hiciera lo que quisiera no sé qué sería de mi vida en este momento.

—A veces te puedes dejar llevar por algún impulso —le expresó él sabiendo que no iba a cambiar de idea.

Nunca le había rogado a una mujer. No iba a empezar ahora.

—Gracias, pero no.

¿Por qué lo rechazas?, se preguntó a sí misma. Por puro y físico miedo, se contestó con honestidad. Una relación con él sería bastante complicada. Tenía la impresión de que ese hombre era capaz de absorber todo de una mujer, de que no se andaría con miramientos al ir detrás de ella. Lo sabía, sería una conquista contundente, todo o nada. Y se veía que no le gustaba perder, podría salir profundamente lastimada. Además, todavía estaba el tema de Javier y Carolina. Aunque algo mitigada la pena, su orgullo aún estaba herido.

—Bien, vamos entonces.

—Gracias por todo. Me divertí mucho.

En el viaje de vuelta, Melisa se acomodó en la barandilla, deseaba observar el golpeteo del mar contra las paredes del yate. Gabriel se le acercó por detrás y, con su mano izquierda, presionó su vientre en un gesto que ella no rechazó pero que le alteró los latidos y le aceleró la respiración. No quería que él lo descubriera. Se mordió el labio, ruborizada y, sin aguantar las ganas, colocó su mano encima de la de él.

Gabriel no pudo evitar pensar cómo sería esa mano acariciando su cuerpo. ¿Cómo se sentiría? Melisa... pronunció su nombre solemne. ¿Sabría ella el significado de su nombre? Demás que sí. Poco a poco le dio la vuelta y le susurró en su oído:

—Quiero saber si le haces justicia a tu nombre —y con lentitud deliberada bajó sus labios, pero ella en un gesto reflejo le cicateó la boca y eso despertó un anhelo en él que no pudo soslayar. Le fijó la mandíbula con sus dedos y con la otra mano apresó la cintura y la besó.

Fue un beso largo y profundo. Con el ánimo desbocado introdujo su lengua y recorrió los rincones de su boca, explorando y adueñándose de todo lo que descubría e incapaz de disminuir el arrebató que lo subyugaba. Fue como empaparse del agua de la playa en la que habían estado en la tarde: agradable, tibia, tropical. Sus sabias embestidas no le daban tregua. Gabriel deseaba morder, saborear, quedarse en su boca para siempre. “¡Qué suave es!” pensaba en medio del frenesí “Si, es la boca más dulce que he besado”. Se perdió totalmente en ese beso. Su sabor e intensidad lo tenía en llamas. Apenas podía respirar. Por primera vez en muchos años, sentía las rodillas débiles ante una mujer.

Cuando finalizó el beso, le sonrió.

—Sí, Melisa, le haces justicia a tu nombre. Eres pura miel, suave y dulce. Podría besarte toda la noche.

Ella suspiró, se dio cuenta que deseaba ser besada otra vez. Le miraba la boca con insistencia. Él no la defraudó. Le sujetó la nuca, la pegó a él y la besó. Sin técnicas y misterios la chupó con ganas, aferrándola en sus brazos, consiente de cada una de sus reacciones, de cada pulso, cada jadeo y cada respiración.

Era una delicia y sabía que tenerla en su cama era cuestión de días. Porque la tendría o dejaría de ser él.

La soltó renuente y, obligándose a calmarse, la acarició con ternura. La tomó del cabello con suavidad, agasajándolo con los dedos de arriba abajo. La miró en silencio, tenía la boca entreabierta por donde escapaba su respiración.

— Eres adorable.

— A veces —contestó insegura.

Él detectó vulnerabilidad en su mirada. Nunca podría jugar con ella. Era diferente a las otras mujeres y se sintió como un cretino por sus tórridos pensamientos y sus bajas pasiones.

—No lo creo. ¿Lo dices para que salga corriendo? —le dijo en broma.

—Es tu última oportunidad. Podrías enamorarte.

—Soy un hombre de riesgos —le contestó. El nunca se había enamorado. Había tenido caprichos, le gustaban las mujeres, las apreciaba, las disfrutaba, pero nada más.

—Ya lo creo que sí —estuvo de acuerdo ella.

Al llegar al muelle, Melisa se dispuso a despedirse. Pero él, la apresó de la mano, le dijo:

—Melisa, no quisiera importunarte, pero no me gusta la idea de que vuelvas al apartamento con ese cretino. Te propongo algo.

—Dime —lo miró con cautela.

—Te ofrezco alojamiento en mi casa, no quiero verte pasar un mal rato.

No era solo eso, pensó furioso. La verdad era que no la quería al lado de ese hombre, no la quería perder y que, de pronto, a ella le diera por perdonarlo. Las mujeres eran así.

—No sé, te soy sincera, no quiero verme presionada por el hecho de estar en tu casa —le retrucó ella.

—Ni más faltaba, tienes mi palabra. No pasará nada que tu no quieras que pase —le dijo molesto.

Cualquier otra mujer habría saltado en un pie, pero Melisa era Melisa, pensó Gabriel irónico. Pero algo sí tenía claro, no la quería cerca del tipo que la había hecho sufrir.

—Si es así, acepto —le dijo solemne.

—Déjame acompañarte a ir a buscar tus cosas —le dijo él, solícito.

—No creo que sea necesario.

—Ya lo creo que sí —insistía él.

—No cambiarás de opinión, por lo que veo —replicó ella.

—Exactamente.

—Ok, vamos.

Al llegar al apartamento, Melisa le insistió de nuevo para que la esperara en la camioneta, pero fue en vano.

Entraron en la sala, donde un Javier, bastante pasado de tragos, los observaba furioso.

Carolina se levantó enseguida.

—Pero Melisa... —la miró preocupada y apenada a la vez —¿Qué haces?

—Vengo por mis cosas —le imprimió un tono molesto a su voz—. Pueden quedarse aquí los días que haga falta.

Javier y Carolina no la miraban a ella. Gabriel se percató de la mirada de inquina del ex novio y la expresión algo pasmada de la chica. Con gesto posesivo, enfrentó junto a ella al par de cretinos que le habían hecho pasar tan mal rato.

Javier señaló furioso a Gabriel:

—¿Tú eres el cabrón que se va a aprovechar de ella?

—No tienes que contestar —añadió Melisa. Pero Gabriel la hizo callar con un gesto.

—No te preocupes, ve por tus cosas —le habló firme.

Melisa no quería ir, pero el tono perentorio de su voz hizo que ella se fuera a su cuarto a hacer la maleta.

Javier no le quitaba la vista a Gabriel.

—Ella no es cualquier mujer —dijo.

—Ya lo sé —le contestó Gabriel por decir algo.

Observaba al par de chicos, casi de la misma edad que Melisa. El hombre delgado y no muy alto, de tez blanca, pelo largo y gafas redondas. La chica, buen cuerpo, interesante. Nada más. No entendía qué le había pasado a ese joven para preferir a esa chica en vez de la hermosa mujer que estaba en el cuarto. Gracias Dios, se dijo a sí mismo. De otra forma estaba seguro que no hubiera tenido la oportunidad.

—A ella no la puedes desear como un trapo como haces con las

demás.

—Chico, no creo que tengas suficiente autoridad moral para opinar sobre el tema —contestó Gabriel, y su mirada recorrió a la joven con curiosidad. Ésta enrojeció enseguida.

—Era mi novia.

Javier lo miraba de la misma forma en que lo miraba mucha otra gente. Con resentimiento por ser él quien era.

No le importó.

—Amigo, bien dicho. Era. Porque no la vas a volver a tener. Eso te lo aseguro.

—Ya veremos —le contestó el joven con un brillo de furia en sus ojos.

Gabriel calaba a las personas a los pocos minutos de conocerlas, era una ventaja que había desarrollado a lo largo de su carrera. Y Javier no le gustó, no solo porque fuera el ex novio de Melisa. Había algo más en él. Estaba seguro de que el tipo era un pusilánime.

Melisa regresó a la sala con una maleta mal cerrada.

—Estoy lista —dijo algo agitada. Se notaba que había guardado sus cosas en tiempo record, seguro preocupada por la confrontación en la sala.

—Vamos entonces.

Gabriel tomó la maleta y, con una mano apoyada en su espalda, la llevó hasta la puerta.

—Te arrepentirás —fue la despedida de Javier.

—No lo creo —le contestó ella, más valiente de lo que en realidad se sentía.

Entonces Gabriel se inclinó sobre el oído de ella y le susurró:

—No, no te arrepentirás.

Llegaron a la casa de Gabriel en una callejuela de la ciudad amurallada, cerca de las casas de grandes personajes del mundo literario, de la música y de otros empresarios como él.

—Te enseñaré todo —la tomó de la mano y la llevó a recorrer la estancia.

Melisa sabía que era un sector de élite, donde solo los muy ricos tenían sus viviendas de recreo, y los turistas de clase media como ella, la recorrían empapándose de su historia.

Gabriel le contó que la casa tenía más de doscientos años de antigüedad y había sido restaurada hasta el más mínimo detalle, gozaba de una vista privilegiada gracias a su ubicación esquinera. Le notaba el cariño por el lugar. Melisa se acercó a uno de los ventanales de la parte

frontal, observó la terraza con jacuzzi. Se podía apreciar el mar. Había un juego de tumbonas y una mesa en metal, todo rodeado por la exuberante vegetación.

Se dirigieron hacia los dos patios interiores con palmeras alrededor de la hermosa piscina moderna, que ocupaba un espacio holgado en el primer piso, el comedor era amplio y tenía una cocina que haría las delicias de un chef.

La llevó a la habitación de huéspedes cuya ventana daba a la calle y desde donde se vislumbraba a pocos metros el mar. Estaba decorada en tonos pastel. Además del escritorio, un tocador y un baño amplio, se destacaba una gran cama con doseles.

—Muchas gracias, Gabriel, todo es muy hermoso —le sonreía la joven con el miedo pintado en la cara.

—Te dejaré sola para que descanses.

Ella, evidentemente, se relajó.

—Hasta mañana —se despidió dándole un beso en la frente.

Estaba asustada. Tanta riqueza la hacía sentir incómoda, no era su ambiente. Ella era una típica chica de clase media que si venía a Cartagena de vacaciones con sus padres, se hospedaba en los hoteles de la avenida San Martín, en plan turista, con todo incluido. Jamás se imaginó esto.

Pero su principal preocupación era Gabriel. Cada minuto que pasaba a su lado la turbaba más.

Hubiera querido que se despidiera de ella con un beso, como el del yate. Eso no le había pasado nunca, ni siquiera cuando se había sentido enamorada de Javier. Los besos de Javier no le despertaron nunca los latidos, ni le formaron ese nudo en el vientre, que si se le formaba con los besos de Gabriel y que aún no había aflojado. Deseaba ser besada y algo más. Pero no se atrevía a pensar el más. Se acercó al espejo, este le devolvió una imagen de ojos brillantes que no se conocía, tenía los labios turgentes rojos cereza, se notaba a leguas que había sido besada. Se llevó una mano a sus labios y sonrió nerviosa. Pobre Gabriel, venir a tropezarse con la mas mojigata de las mojigatas. Era de risa.

Él la miraba con deseo y a ella no le era indiferente. No se le había pasado por alto la frase: “No sucederá nada que tú no quieras que suceda”. Era una respuesta trampa.

Estaba segura de que él haría todo lo posible por atraerla a su cama y ése era el cenit de su miedo.

Miguel Robles levantó la vista sorprendido cuando vio entrar a su jefe en la sala de billar de la casa. Era el empleado más cercano a Gabriel, era su jefe de seguridad. Pero además eran amigos. Con él podía relajarse.

—Pensé que no te vería hasta mañana —le dijo burlón.

—Pensaste mal.

Todavía estaba algo molesto por tener a Melisa en su casa y no poder meterse en la cama con ella. Melisa le tenía miedo. Gabriel podía leer en su rostro como en uno de sus libros.

Cogió unos de los palos de billar. Miguel interrumpió el juego y organizó todo para volver a empezar.

—O se hace la difícil o no está interesada —le dijo, y lo miró con cautela.

—No sé, hermano. Quisiera saber qué pasa por su cabeza.

Eran pocas las personas que podían tratar a Gabriel con tal familiaridad. Hacía tres años ya que estaban juntos. Miguel era oficial retirado del ejército y preparado en seguridad personal en una academia americana y era de una de las pocas personas en las que Gabriel podía confiar plenamente.

—Debes tener paciencia —siguió Miguel—. Vi cómo miraba todo impresionada, y te puedo asegurar que no era la mirada calculadora de las otras mujeres que normalmente te rodean. Parecía algo asustada.

—Sí, yo también me di cuenta. —Se acercó a la pared de donde cogió un taco. Tomó una de las tizas y pintó la punta.

Empezaron a jugar. Gabriel se sirvió un whisky. Miguel rechazó la invitación con un gesto. La invitación a beber fue un gesto mecánico por parte de Gabriel, sabía que Miguel no bebía mientras trabajaba.

—Es un poco diferente del modelo de mujer al que estás acostumbrado —le señaló curioso.

—Si, ¿verdad? No sé, algo en ella me llama poderosamente la atención.

—No parece tener mucha experiencia.

—Oye, Miguel. Quiero que investigues al tipo del apartamento y a esa amiga suya —. Se quedó quieto un rato mirando fijamente una bola para planear la jugada—. También investigala a ella. Quiero saberlo todo sobre ella.

—Está bien, pero tendré que viajar a Bogotá para organizar todo.

—Lo que sea necesario. Cuenta con ello.

—Ok.

Gabriel se fue a dormir dos horas más tarde. Durmió incómodo y mal. Tuvo un sueño rarísimo. Melisa estaba cerca de él, pero él no podía alcanzarla. Entre más se acercaba, más lejos de su alcance se ponía ella. Se despertó sudando por la sensación de impotencia que lo embargó. Decidió ducharse y volver a la cama.

Un poco más tranquilo, se durmió.
CAPÍTULO IV

La rendición

Melisa casi no pegó el ojo en toda la noche. El lecho era suave, el cubrecama agradable, pero su espíritu no estaba tan cómodo como el entorno de la habitación.

Se levantó un rato. Trató de leer algunos apuntes de las charlas, pero no se concentró y volvió a la cama. Dio vueltas. Contó ovejas. Contó hacia atrás. Hasta que casi en la madrugada logro conciliar un sueño que no fue ni mucho menos descansado.

La despertó el pregón de un vendedor que pasaba por la calle, debajo de su balcón “Piña para la niña, guineo para el recreo”. Se quedó quieta en la cama, observó el techo hasta que se diluyó la voz. Su alma estaba turbada, sentía mariposas en el estómago y unas ganas inmensas de salir corriendo por el corredor para volver a verlo, para envolverse en su mirada esmeralda.

Salió algo más tarde de la habitación con el alma cubierta de anhelos.

—Buenos días —lo saludó algo turbada.

Había ido a su estudio. Él estaba frente a un ordenador trabajando. Se levantó enseguida.

—Buenos días. ¿Descansaste?

Se acercó a ella, tomó sus manos y le dio un suave beso en la mejilla.

—Sí, muy bien gracias. Voy a ir al centro de convenciones a una charla, vendré al mediodía.

—¿Ya desayunaste?

—No, aún no —le contestó ella, y observó lo guapo que estaba, lo bien que olía y lo que deseaba ser abrazada. Sus sentimientos la tenían confundida. Recordó sus pensamientos de la noche anterior y se sonrojó.

—Desayunemos juntos —la invitó él.

—No puedo, voy algo tarde —. Concluyó algo avergonzada por las molestias que estaba causando.

—Por lo menos tómate un jugo.

Gabriel se dirigió a una mesa esquinera donde descansaba una bandeja con una jarra de cristal, con jugo de naranja, una hielera y un par de vasos. Ella era incapaz de quitarle la mirada.

Se acercó a ella, brindándole el vaso de jugo. Melisa tembló al sentir el roce de sus manos. El verde intenso de sus ojos le quitaba el aliento.

—Eres hermosa —le susurró con mirada chispeante—, deseable y

quiero besarte como loco.

Melisa casi se atragantó con el jugo que él le había brindado.

Se arrimó más a ella, colocó una mano en su cuello, el cual acarició con el pulgar. Con la otra mano tomó su barbilla y acercó su boca a los labios de ella. Melisa le devolvió el beso con ardor. Supo que lo había sorprendido, y se alegró de saber que sus besos lo afectaban. Decidió profundizar el beso e introdujo su lengua en la boca de él con impaciencia por saborear su esencia que ya sentía familiar.

—Eres deliciosa —murmuraba él. Terminaba el beso para apartarse y volvía a empezar nuevamente.

Melisa sentía circular el deseo por su sangre. El aroma de su piel la arrebatava. Quería más. Se pegó a él, con lo que ganó que él la oprimiera en sus brazos, y le recorriera la columna con caricias suaves que le pararon los pelos de la nuca.

Gabriel decidió ser más osado, se percató ella, al sentir por donde iban sus manos. Los pulgares reptaron por el abdomen hasta que los llevó a la parte baja de sus pechos. El gemido que Melisa tenía atravesado en la garganta le devolvió algo de cordura, se tensó enseguida y se apartó.

El se recostó en la esquina del escritorio, la escrutó con mirada vigilante, la atrajo hacia él y con tono de voz mortificado le susurró:

—¿Qué pasa? ¿No quieres estar conmigo? —Suplicante añadió—: ¿Por qué me rechazas? No lo soporto.

—No es eso, es que apenas nos estamos conociendo —le soltó ella confusa y algo asustada por la forma en que la miraba. Aún temblaba de miedo y excitación, sentía que estaba en la guarida del lobo, a lo mejor había sido un error haberse quedado en la casa. Tenía el presentimiento que podría controlar más fácilmente su situación con Javier y Carolina que los avances de Gabriel.

—Sé que me deseas, lo sé.

—Dame tiempo, no puedo conocerte antes de ayer y meterme en tu cama porque tú lo dices.

—¿Y por qué no? ¿Qué tiene de malo?

—Yo no hago eso —y salió de la habitación.

Pero él la alcanzó, la tomó del brazo y le dijo:

—Vamos a desayunar.

—No, gracias. En serio se me hace tarde. Nos vemos después.

—Entonces te llevo.

—No quisiera molestar.

—No es molestia.

—Está bien.

Finalmente la dejó en el Centro de Convenciones y le dijo que mandaría el chofer a recogerla.

¿Qué carajos iba a hacer? No tenía idea. ¿En qué lío se estaba metiendo? Se preguntó aún ebrio de sus besos y de su aroma. No sabía qué era lo que le pasaba cuando la besaba. ¡Por Dios! El arrebató que se apoderaba de él en cuanto juntaba su boca con la de ella, no lo había sentido nunca.

La deseaba como no había deseado a nadie en mucho tiempo. No podía ir por ahí excitado todo el tiempo. Con solo mirarla ya estaba listo, se rió de sí mismo. Era algo que no le pasaba desde los diecisiete años.

Qué tenía esa muchachita para ponerlo de ese talante, no tenía idea.

Había tenido mujeres mucho más bellas y sofisticadas a su lado. Le gustaban las mujeres agresivas y desinhibidas en el sexo, pero con ninguna de ellas, había querido salir corriendo a buscar una cama en cuanto la tenía enfrente.

Ella, con sus faldas largas, sus sandalias planas y sin gota de maquillaje, con su manera de ver la vida, lo estaba cautivando. Y no le gustaba mucho la sensación. Nunca había necesitado a nadie en su vida y no deseaba empezar ahora.

Sabía que la afectaba, tanto como ella a él. Temblaba como una hoja, cuando él la acariciaba. Recordó su piel, tan suave, tan tersa, el sabor de sus besos.

Deseó en ese momento devolverse por ella, subirla al auto y llevarla a su casa, encerrarla y marcarla como suya. Estaba ansioso por saborearla, deseoso de poseerla.

Pero debía controlarse, tratar de ir más despacio.

Era tan difícil.

Sin analizar el enredo en el que tenía los sentimientos, supo en ese momento que estaba en problemas.

Melisa salió del salón Pegasos, uno de los salones de conferencias del Centro de Convenciones. Por el hall Obregón se dirigió a la salida. El día era precioso. A lo lejos observaba los alcatraces en La Bahía de las Ánimas.

La conferencia había sido interesante. A su izquierda estaba su profesor preferido, que la saludó con la mano. Ella le correspondió el saludo. Era un periodista joven e incisivo.

Al llegar a la salida, se topó con la mirada preocupada de Javier.

—¿Cómo estas Melisa?

—Muy bien.

Melisa caminaba buscando al chofer de Gabriel. Divisó la camioneta

a unos pocos metros. Javier se puso lívido al verla caminar hacía la camioneta.

—¿Ya te acostaste con él? —le preguntó con rabia.

—No es de tu incumbencia —le contestó ella furiosa.

—Ya lo creo que sí. Si no hubiera pasado lo de Carolina las cosas serían diferentes.

Ella lo miró largamente. Estaba muy dolida.

—Si —dijo—, muy diferentes. Ese mismo día había decidido entregarme a ti, pero Carolina se me adelantó. No sabes cuánto le agradezco el que me haya evitado hacerlo.

Javier trataba de controlarse, notó ella.

—Lo que tenemos es especial. Ven conmigo, mi amor. Lo arreglaremos todo, perdóname, por favor.

—Lo siento Javier. Es tarde. —Ahora podía mirarlo bajo una nueva perspectiva y no le gustaba lo que veía, cambiaba de repente, en un momento estaba calmado y al segundo alterado—. Nunca podrías tener mi confianza y esto se volvería a repetir una y otra vez.

— No es así, te lo puedo jurar —le suplicaba con labios temblorosos.

—No insistas. Nuestro tiempo ya pasó, lo siento—. A la pena se le sumaba algo de culpa. A cada segundo sentía crecer una fuerte atracción por Gabriel, pero no quería que Javier lo percibiera.

—Ya te enamoraste de ese tipo. Serás solo una muesca en su cinturón.

La agarró fuertemente del brazo haciéndole daño. Melisa desvió la mirada hacía el brazo apresado y luego con lentitud deliberada le espetó:

—Quítame las manos de encima. —Levantó la vista y la expresión de sus ojos amedrentó al joven.

—Adiós, Javier. Ya déjame en paz.

Apretó los labios, se soltó como pudo y llegó rápidamente al auto que la esperaba. Había sido una estúpida, cómo pudo fijarse en un hombre tan desleal a ella.

Cuando Melisa llegó a la casa, una de las empleadas le dijo que el señor la esperaría en media hora en el comedor para el almuerzo. Fue a su cuarto a ducharse y a cambiarse.

Eligió un vestido de flores de tirantes arriba de la rodilla, se colocó lápiz labial, se cepilló el cabello y salió al comedor, donde encontró a Gabriel con el ceño fruncido.

—Te topaste con ese imbécil otra vez. ¿Es que nunca te va a dejar en paz?

—¿Cómo lo supiste? —contestó sorprendida—. Ah ya, tu chofer —concluyó molesta.

—Sí, me dijo que presencié una escena algo desagradable, eres mi invitada, Manuel creyó que debía saberlo.

—Que diligente —refutó ella sarcástica.

—Sí, mis empleados cumplen con su trabajo —le contestó él en el mismo tono—. ¿Qué quería?

—Gabriel, déjame decirte algo —replicó ella con irritación—. El hecho de que esté en tu casa en calidad de invitada, no te da derecho a entrometerte en mi vida.

—No aún. Pero tengo la intención de que cambien las cosas —le dijo solemne—. No voy a estar fuera de tu vida.

El tono de voz de Gabriel, no le dejó dudas a Melisa acerca de cuáles eran sus intenciones. Quería abrazarlo, pegarse a él, y a la vez salir corriendo por esa puerta como alma que lleva el diablo.

Se dijo que él no estaría así si no sintiera algo por ella y eso la confortó.

En el tenso momento que siguió, midieron voluntades mirándose fijamente. Melisa se sonrojó. Él esbozó una ligera sonrisa. Los salvó la mujer que entró con una bandeja y los exhortó a sentarse a la mesa.

—Gracias Tomasa, todo se ve delicioso —dijo Gabriel a la mujer, que le sonreía agradecida. Le separó la silla a Melisa para que se sentara.

Tomasa terminó de arreglar la mesa. De entrada les sirvió una primorosa ensalada de frutas, con piña, papaya y melón. Comieron en relativa calma. Entablaron una conversación casual. De plato fuerte comieron pescado asado, ensalada de vegetales y yuca frita crujiente.

—No puedo más —dijo ella y dejó los cubiertos en el plato—. ¿Cómo estuvo tu mañana?

—Productiva. Trabajo y más trabajo —contestó él, sin apartar la mirada de su boca—. También estuve pensando en ti.

—Yo igual.

Se miraron a los ojos fijamente.

—¿Por qué no te reúnes conmigo en el jacuzzi en una hora? Debo esperar unas llamadas de Nueva York.

—Está bien —le contestó ella levantándose.

Él le agarró su mano, se la acarició, le observó detenidamente los dedos y le dijo:

—Perdona mi comportamiento de hace un rato.

Ella no sabía qué decir. Estaba sorprendida por su caricia.

—No te preocupes, ve a trabajar. Nos vemos más tarde —dijo, a cada paso sentía su mirada. Se sintió torpe y ordinaria. Quería caminar con elegancia, pero lo único que logró fue que sus pasos fueran más rápidos. Pretendía salir de su vista cuanto antes.

Javier recordó con rabia lo sucedido ese mediodía, y el auto que recogió a Melisa ¿Por qué diablos había tenido que sucumbir a Carolina? Le valía cinco, a la que quería era a Melisa, siempre había sido así.

Pero ahora, con este tipo de por medio, no podría hacer nada. Se quedó un momento pensando y en ese preciso momento lo vio... Martín Huertas.

Hacía unos meses lo había frecuentado. Era miliciano de la guerrilla y estudiante como él, pero de distinta universidad.

Vaya coincidencia. Podría averiguar. Una maligna idea cruzó por su mente.

—Hola, compañero —saludó amable. Era un agradable y atractivo hombre de veintitantos años, cebo en la ciudad para reclutar jóvenes para el movimiento. Le había hecho la vuelta a Javier, pero cuando éste conoció a Melisa se olvidó del asunto.

—Hola Martín. Eres justo la persona que estaba buscando.

—¿Cambiaste de idea? —El hombre lo miró con curiosidad.

—No es eso. Tengo información de interés para ustedes.

—Soy todo oídos. Vamos por unas cervezas. —Salieron del centro y se dirigieron calle abajo por el barrio Getsemaní. Se sentaron en una tiendecita donde una hermosa mulata les sirvió un par de cervezas heladas.

—¿Qué opinas de Preciado Lavalle?

—Parece buena gente. Es atractivo y con un reguero de mujeres detrás.

—No es eso lo que quiero oír —le contestó furioso—. ¿A tu grupo le interesa? Puedo obtener información sobre él.

—Creo que está en la lista de intocables, pero podría hablar. —Martín lo miró con curiosidad.

—¿Por qué te interesa de pronto?

—Tiene algo que es mío y lo quiero recuperar.

—¿Es por la mujer con la que discutiste en la mañana?

—Sí.

—Hermano, ¿te das cuenta por qué debes unirme a la causa?

A Javier, la verdad, no le parecía suficiente motivo. Pero para lograr lo que estaba empezando a maquinarse, le juraría lealtad al mismo diablo.

—Tienes razón. Esa mujer era mía y no será de él mientras pueda

evitarlo —espetó furioso.

—Esos ricos de mierda, siempre creyéndose con derecho a todo. Mientras tanto, el pueblo lamiéndose con migajas —le señaló indignado.

—Podría hacerle inteligencia. Seguirlo. A tu grupo le serviría.

—No sé, hermano. Su esquema de seguridad es muy completo.

—No te quepa duda. Bueno, ¿no se supone que es alguien importante? ¿Y que tu grupo podría sacar una tajada económica?

Martín lo observaba pensativo.

—No están muy bien en estos momentos —retrucó para convencerlo.

—Es cierto. Pero debo estar seguro. A ti te vale cinco mi grupo, y si tenemos millones o nos morimos de hambre. Si tomas nuestra causa no será por amor al grupo. —Su mirada cambio. No era la del hombre atractivo que quería atraer jóvenes universitarios a la guerrilla. Era la mirada de un hombre duro, un hombre que ha visto de todo y que es capaz de cualquier cosa—. Tú lo harías por despecho, y eso puede ser un problema a la larga.

—¿Por qué?

—Porque tú no me estarías dando tu lealtad. En cuanto los tiempos cambiaran nos podrías vender.

—Ponme a prueba —le dijo él decidido.

Pidieron otra ronda de cervezas.

—No sé, Javier. Déjame pensarlo. Debes tener a alguien de confianza cerca de él. Alguien que pueda informar todos sus pasos.

Javier pensó de inmediato en Carolina.

—Puede hacerse.

La amistad de Melisa y Carolina databa de años, eran compañeras de colegio. Tendría que envolver a Carolina, darle lo que quería, con tal de que hiciera las paces con Melisa. Con un rictus amargo reflexionó que si Melisa sintiera algo por él, nunca le perdonaría a Carolina la traición. Pero a estas alturas sabía que sus sentimientos no eran los mismos que los de él. La perdonaría. Ella no era rencorosa.

Cuando Gabriel llegó al jacuzzi, Melisa ya estaba dentro de el.

El cielo estaba nublado, el sol se había escondido. Llovería dentro de un rato.

—Perdona por no esperarte. No me pude aguantar.

—No te preocupes —le contestó mientras se unía a ella. Había una botella de vino en una cubeta helada y dos copas. La habían dejado no hacía ni cinco minutos. Estaban solos.

Gabriel ordenó que no los molestaran.

—Va a llover —le dijo, y observó el cielo gris y el mar embravecido.

—Sí, no podremos disfrutar mucho rato del jacuzzi. Las tormentas eléctricas pueden ser peligrosas —le dijo él al observar los detalles de su cuerpo. Lo abismaba la blancura de su piel, su luminosidad, su frescura. Se perdía en los detalles de su cuerpo, la curva de las caderas, el pequeño lunar en la parte izquierda de la cintura, esas piernas... Se moría por morder y adueñarse de cada centímetro de piel.

—Para las mujeres no tanto —le contestó. Para Gabriel fue evidente que estaba avergonzada por la mirada ávida que detectaba en él.

—¿Por qué lo dices? —añadió curioso.

—¿Sabías que los hombres son seis veces más susceptibles de ser golpeados por un rayo que las mujeres?

—No, no lo sabía —le dijo él sorprendido. —¿Es en serio?

—Es algo que leí.

—No me sorprende —le contesto él muriéndose por besarla. Se dirigió al cubo con la botella vino y sirvió dos copas. Le ofreció una a ella.

—Me vas a malacostumbrar —le sonrió con picardía

—Es la idea —le contesto él, y se acercó más. Dejó su copa en el borde y le acarició el cabello. Le delineó el rostro y le dijo—: ¿Sabías que el color de tus ojos es el mismo de la playa en la que estuvimos ayer?

— No creo —le sonrió ella.

—Créelo.

Gabriel acercó la boca al lóbulo de su oreja. Lo besó primero; lo lamió y lo chupó después. Luego fue bajando por su cuello. Su aroma dulce y penetrante lo rodeaba. La textura del vello de su nuca, la tersura y la suavidad de su piel lo enardecían. Ella estaba sonrojada. Gabriel tenía una expresión intensa y profunda.

Se detuvo un momento y, con el pulgar de su mano, delineó el contorno de sus labios.

Poco a poco tomó su boca con suavidad, totalmente a contravía de lo que estaba sintiendo.

Ella le respondió el roce con total entusiasmo. Abrió su boca y, al momento, la lengua de Gabriel empezó a hacer diabluras con ella, y eso hizo que profundizara el beso. Ella temblaba como un pajarillo atrapado y él se empapó en uno de esos besos que tenían una cadencia igual al de las olas estrellándose en la playa. Él llevó las manos a sus senos. Está vez, gracias a Dios, ella no lo rechazó. Los acarició por encima del sujetador del vestido de baño. Ella gimió, con lo cual trató de soltarle el sostén, pero ella tomó su mano, quedándose los dos en suspenso. Ella con la cabeza hacia atrás y las mejillas sonrosadas. Sus pupilas eran pozos oscuros.

Apoyó su frente caliente en ella, le rodeó el rostro con las manos y le dijo:

—¿No me deseas? ¿Es eso? Por favor. —La miró a los ojos y trató de comunicar su urgencia—. Déjame, te deseo tanto.

Melisa dejó de resistirse.

Él le soltó el sujetador para encontrarse los senos más bellos que había visto nunca. Pechos llenos, abundantes, de pezones rosados. Los acarició con ternura, con el pulgar y el índice, aprendiéndoselos de memoria.

Pasó saliva, bajó la cabeza y tomó el pezón en su boca. Al tiempo la abrazó por la espalda para evitar que se retirara.

Gabriel se volvió más atrevido. Llevó sus manos a las nalgas por dentro del pantalón de baño. Se estremeció bajo el peso de su propio deseo. Melisa sentía sus caricias en todas partes, que dejaban un reguero de trazas calientes en todo su cuerpo.

—Melisa, Melisa —exclamó Gabriel de forma apasionada. —Ven —dijo con voz espesa mientras la sacaba del jacuzzi y la acomodaba en una de las poltronas. Ella se cubrió los senos y lo siguió asustada.

—Eres perfecta —susurró mientras le acariciaba el vientre, el ombligo y la cintura, totalmente concentrado en ella. Melisa se estremeció ante su toque. Él volvió a capturar un pezón en sus labios y, al tiempo, la despojó del pantalón del bikini. Ella trató de protestar, pero él le tomó la boca en un beso intenso que la hizo olvidar que ya estaba totalmente desnuda ante él. Cuando él colocó su palma en el monte de Venus, Melisa gimió desesperada:

—Gabriel...

Ella trataba de apartarle la mano.

Gabriel gimió también. No sabía cuánto tiempo podría aguantar sin enterrarse en ella, porque aunque estaba excitada, aún la notaba reticente.

Empezó a acariciar su centro suavemente con los dedos, mientras ella gemía y se retorció. Él se retiró para observarla. Su piel estaba enrojecida, sus ojos más oscuros. Era la visión más adorable que había visto nunca.

Necesitaba saborearla, lamerla, marcarla. Era de locos. Besó su ombligo, el vientre y refregó la barbilla en el pubis de ella. Su boca chupó y devoró su clítoris. Era deliciosa, su olor, su sabor dulce y picante a la vez, los gemidos que emitía.

Sentía la sangre hervir en su cabeza, estaba duro como el acero. Sería tan fácil tomarla ahora, pensó lujurioso. Melisa empezó a luchar

contra él, como si hubiera adivinado sus pensamientos, trataba de retirarse. Esa lucha despertó sus deseos más oscuros y peligrosos.

Nunca antes había tenido que ejercer un auto control tan grande como en ese momento. Luchó contra el impulso de tomarla por la fuerza, y el reconocer eso lo enfureció totalmente. Se separó de ella con la respiración agitada, como si hubiera corrido una maratón.

Ella aprovechó para colocarse el vestido de baño.

—Eres una provocadora —le dijo furioso.

—No, lo siento, no fue mi intención —dijo ella y trató de retenerlo tomándolo de la mano, un gesto que él rechazó.

—¿Entonces cuál es tu intención? ¿Volverme loco? —¿Qué estoy haciendo? Pensó descompuesto. Jamás en su vida se había impuesto a una mujer, pero Melisa tenía algo que sacaba al bárbaro que llevaba dentro.

—No, no es esa mi intención. Es que esto es nuevo para mí —le susurró apenada.

Gabriel no le entendió bien. Pensó que se refería a salir con un hombre como él, y no como el gandul que la traicionó.

—No te volveré a molestar con mis mal recibidas atenciones, discúlpame —y salió con su deseo insatisfecho, dando un portazo.

Melisa se quedó estupefacta en el lugar sin saber qué hacer. Él no había entendido. Qué vergüenza. Él creía que ella era una provocadora, pensó preocupada. Debía sacarlo de su error, pero no tenía la valentía suficiente para decirle: “Oye, lo que pasa es que soy virgen”. Seguro se la sacudiría enseguida.

Volvió a la habitación. Se duchó, se cambió y salió a buscarlo por la casa, pero no lo encontró.

Una de las empleadas que estaba regando el jardín interior, le informó que el señor había salido a una reunión, que no sabía a qué hora volvería, que cenara sin él.

Una punzada de celos la asaltó enseguida. “Y qué te creías”, pensó consternada. Si no encuentra diversión en su casa, pues es obvio que la busque por fuera. “Mujeres no le faltarán para terminar lo que yo no fui capaz de concluir en la tarde”.

Eso te pasa por tonta, por dejarte llevar de ilusiones pendejas, pensaba cada vez más disgustada consigo misma.

Mañana volvería a su casa, a su vida, y todo esto quedaría atrás como un interludio de tres días, un permiso en su inalterable rutina.

Habría querido que las cosas fueran diferentes. Le gustaba muchísimo Gabriel, más de lo que le había gustado Javier en el tiempo en que estuvieron juntos.

Gabriel y ella eran de mundos distintos, era consciente de eso, pero se complementaban en muchos aspectos, tenían los mismos gustos.

¿Qué habría pasado si se hubiera entregado a él esa tarde? Pues sencillo, habría dejado de ser virgen y ya. Pero, ¿y sus sentimientos? ¿Qué hubiera pasado con ellos?

Estaría vulnerable, porque no quería que su entrega fuera libre de sentimientos. No quería entregarse porque sí, o solo por dejar de serlo. Le parecía una estupidez hacer eso. Mejor no hacerlo y seguir tranquila. Pero había algo en Gabriel que la llamaba. Era una fuerza imperiosa que no podía desoír.

Gabriel había salido rabioso y excitado. Una emoción poco agradable, y también nueva para él. No estaba acostumbrado a esperar y menos por una mujer, normalmente entre el deseo y la consecución era poco el tiempo transcurrido.

Le molestaba sobremanera la vulnerabilidad de sus sentimientos hacía ella. Sus reclamos a la hora del almuerzo; no quería sonar como un adolescente que celaba a su novia. Se enfureció aún más de saberse dueño de sensaciones tan primitivas.

Había salido con la intención de ligarse a cualquier mujer, y así saciar la lujuria que lo tenía atontado desde que esa muchachita había irrumpido en su vida.

Tres horas después, se dio cuenta de que no deseaba estar con nadie más. Había estado en la discoteca de moda, había hablado con mujeres hermosas, que no tendrían reparos a la hora de meterse en su cama, pero la quería a ella. Prefería pasar su rato con Melisa, así no la llevara a la cama, que con cualquier mujer caliente que se le presentara.

Al volver a la casa, la encontró en el jardín. La luz de la luna le daba un aspecto sobrenatural a su piel. Admiraba las flores y se hacía una trenza en el cabello. No sabía cómo abordarla, se sentía avergonzado por lo ocurrido en la tarde, solo era mirarla y quedaba sembrado en su sitio sin saber cómo actuar. Se profesó hechizado por el movimiento de sus manos, la delicadeza de su perfil, la línea de su cuello. Y de nuevo el deseo lo invadió, pero no solo era el deseo de su cuerpo y de las caricias de sus manos, era el deseo de reclamarla como suya, de apoderarse de su alma y de que sus pensamientos solo giraran en torno a él.

Estaba hecho un soberano imbécil.

Soltó una risa nerviosa ante lo absurdo de la situación, ella se le negaba. La observó sin pudor y sin que ella se percatara. Era su casa, era su patio y sin embargo no se sintió digno de romper el encanto que ella había lanzado alrededor. Esa noche estaba hermosa con un vestido azul

claro. Vestía con mucha sencillez, pero eso no opacaba su belleza. Terminó la trenza y Gabriel decidió entrar en su mundo. Lo necesitaba.

—Quiero pedirte excusas por mi comportamiento de la tarde —le dijo contrito.

Melisa se sorprendió, estaba tan distraída que no había oído sus pasos. Lo miró a los ojos y se dio cuenta de que de verdad estaba avergonzado. La miraba de un modo intenso y pesado. Le sonrió para disimular el sonrojó que la atacó. Y como si ese hubiera sido el permiso que necesitaba, se acercó a ella.

—No te preocupes, ambos nos dejamos llevar —le tomó la mano invitándolo a que se sentara con ella—. Este jardín es precioso, transmite mucha paz.

—Es la primera vez que veo lo hermoso que es, pero es porque tú estás en él.

Melisa soltó la carcajada y le dio un codazo en las costillas.

—Adulador.

Melisa inspiraba su aroma, quería acercarlo a ella, quería que la volviera a besar con ese desmadre que la tenía embobada, pero no se atrevía a dar algún paso, el temor hacía de las suyas. Gracias a Dios, él tomó la iniciativa. Asíó aún más su mano y la llevó a los labios, la besó con ternura y luego la dejó descansar en su mejilla.

—Casi nunca dices mi nombre.

Levantó los parpados sorprendida.

—Yo...

—Dilo.

—Gabriel.

Cerró los ojos en ese momento como si estuviera saboreando el timbre de su voz. Lo pudo observar a sus anchas mientras una extraña pesadez la invadía. Reparó en sus manos, grandes, blancas y bien cuidadas y se imaginó todo el placer que podrían prodigar.

—Me voy a descansar.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, Gabriel le sonrió de forma seductora.

—Buenas noches.

La acompañó un trecho del pasillo y la dejó a unos metros de la puerta de la habitación.

Con sus turbulentos pensamientos, Melisa trató de dormir, pero el perverso sueño no llegaba. Lo que sí le llegaban eran las imágenes de Gabriel en vestido de baño, con su pecho y su figura perfecta que la dejaba de una condición distinta cada vez que lo miraba, aunque ella sabía

disimularlo muy bien. La forma que tenía de mirarla, como si ella fuera algo único y fascinante. Gabriel la anhelaba, la deseaba y eso le alteraba las pulsaciones, le formaba un nudo en la boca del estómago y le reblandecía las piernas. Por primera vez en su vida deseaba a un hombre, deseaba compartir su cama, que sus manos se fundieran en su piel.

¿Qué sucedería si iba a su habitación?

Era más de la una, a lo mejor había salido otra vez. Quería ir con él, pero se moría del susto.

Se levantó de la cama con la decisión tomada y el coraje que da el fin de una lucha interior. Dejó sus armas en la habitación, se cepilló el cabello y salió en busca de su destino arropada de amor e inocencia.

Gabriel se duchó y trató de dormirse pensando en la estrategia que utilizaría con ella al día siguiente. Era bueno ideando tácticas. Debía existir una manera de derrumbar sus defensas. Rato después el sueño no venía y se puso a revisar unos papeles en la cama. Tocaron a la puerta. Pensó en Miguel. Él era el único que lo podía molestar sin importar la hora.

—Adelante.

Pero era ella.

La vio entrar como en un sueño. La tenue luz de la lámpara enviaba sombras a su cuerpo. Tenía un ligero pijama de algodón de tiras y a la rodilla. Alcanzaba a ver el contorno de su cuerpo a través de la tela, los pezones erguidos, la mata de vello de su centro.

Estaba asustada, podía leer a través de sus ojos.

—Hola —le dijo con la garganta seca.

Gabriel no contestó, la observó acercarse a la cama mientras colocaba los papeles en la mesa de noche. Llegó al lado de él. Podía sentir su respiración agitada. Ella llevó una mano a su cabello, lo acarició. Una oleada de su olor le hizo ensanchar las fosas nasales. Empezó a sudar frío.

—Gabriel.

Melisa lo miraba sin saber qué hacer. Bajó la cabeza y rozó sus labios con suavidad y ternura, pero él la tomó de ambos brazos y, con ojos turbulentos, le espetó:

—No empieces algo que no puedas terminar.

Esperó la reacción de ella, la miró a los ojos, y se imaginó que saldría corriendo. En vez de eso, ella le acarició la cara con ternura, con la yema de los dedos le repasó la oscura barba, de la mejilla al mentón. Bajó la mano por su pecho, lo tocó de arriba abajo. Volvió a besarlo, esta vez más profundamente.

Gabriel no obvió la invitación y la tumbó en la cama. Se adueñó

enseguida de la situación, le levantó los brazos y la despojó del camión sin dejar de admirar su piel, su pelo desparramado por la almohada. Le acarició el vientre y la línea de la cintura, se percató que temblaba como una hoja. Él estaba desnudo debajo de la sabana. Empezó a besarla con pasión. Mejor dicho, a devorarla con la lengua, ella se abrazó a él. Totalmente excitado, la acariciaba por todas partes, concentrándose, deleitándose en la sensación de tener su piel bajo su cuerpo. Mientras le besaba el cuello, sus manos se apoderaron de sus pezones, los chupó y los enardecíó al tiempo que acusó cada unos de los gemidos emitidos por ella.

—Mírate... Tus pezones erguidos, imponentes —le murmuraba con tono entrecortado.

Melisa jadeaba con la respiración irregular. A Gabriel le encantaba la sensación piel contra piel.

Encajaban a la perfección. Ella le acarició los hombros, el pecho, trazó la línea de su columna con la yema de los dedos. Gabriel prosiguió con sus caricias y frotó la barbilla y los labios en el pubis de ella. Con voz ronca y brusca, le decía —Tu olor es delicioso, toda tú eres deliciosa. — Más gemidos por parte de ella. Y cuando se apoderó de su centro, la besó y lamió sin tregua. Sobre su vulva, musitaba—: Tu sabor me encanta, tan dulce tan picante.

Estaba totalmente lista para él.

No separó su mirada de ojos abrasadores, de la de ella. Le abrió las piernas con las rodillas. Ella contuvo el aliento y trató de detenerlo, pero no se lo permitió. Clavó sus manos, una en la cadera y otra en la cintura, para acomodarla y retenerla en el momento de la embestida. Volvió a besarla fieramente y, al separar sus bocas, le susurró con fiereza —: Serás mía... Lo quiero todo de ti.

Ella abrió aún más las piernas. Gabriel se quedó quieto, saboreaba el momento, un instante en el tiempo que no se volvería a repetir. Entró poco a poco en ella, sorprendido por su estrechez y por la deliciosa fricción de su miembro en las paredes vaginales de ella.

Al ahondar más, se dio cuenta de la verdad.

Contuvo la respiración, estupefacto. Nada lo había preparado para la violenta satisfacción que lo embargó al atravesar la membrana de su himen y sentir su miembro empapado con su sangre.

Una profunda emoción llenó su pecho. El grito de ella lo volvió a la realidad y, separándose un poco, la observó. Había lágrimas en sus ojos y una mueca de dolor.

El corazón le martillaba en el pecho.

—¿Por qué no me lo dijiste? —susurró con ternura y agitado a la vez, por fin entendió la reticencia de ella, su desconfianza, entendió muchas otras cosas. Por primera vez en su vida entendía la importancia que algunas personas dan a la virginidad.

Al saber que era el primer hombre que la tocaba, el primero que penetraba su centro cerrado hasta hoy, un sentimiento de posesión lo embargó como nunca en su vida.

—No creí que importara —balbuceó ella.

—Sí que importa, habría actuado diferente. —Le acarició el cabello calmándola, profundamente enterrado en ella. No se iba retirar por nada del mundo. Ella debía acostumbrarse a él. —Deja que tu cuerpo se acostumbre al mío —musitó posesivo—. Acostúmbrate a tenerme dentro de ti —le dijo con fiereza, y empezó a moverse con lentitud pero sin tregua.

Se dio cuenta del momento exacto en que remitió el dolor de la penetración y fue sustituido por el placer. Gabriel recuperó un último vestigio de cordura. Decidió ir despacio y con calma, al contrario de lo que deseaba hacer realmente. No quería hacerle más daño.

Empezó a acariciarla con ternura, a hablarle sobre lo hermosa que era y lo que él sentía al estar dentro de ella. De pronto ella empezó a jadear y a moverse debajo de él, buscaba algo que no sabía qué era, pero Gabriel le susurraba: “déjate llevar, preciosa, todo está bien”. Intensificó sus caricias hasta que sintió contraerse las paredes de la vagina de ella en un estremecedor orgasmo, lo que lo llevó a él por el mismo camino, hacia una liberación que no había sentido en la vida.

Cuando explotó en el interior de ella, gritó y gimió como si estuviera preso de un dolor profundo. Siguió con sus embestidas, totalmente perdido en ella. Ambos temblaron y gimieron desconcertados por las nuevas sensaciones. El primer pensamiento que se le coló fue que no quería separarse de ella, no quería salir nunca de esa cama. Pero poco a poco debió volver a la realidad. Se obligó a aflojar el amarre de sus manos y, como una tortura, salió lentamente de dentro de ella y la abrazó. No quería soltarla, aún temblaba.

—¿Cómo estás? —la miró fijamente. Tenía la piel rojiza, los labios hinchados por sus besos, y en sus ojos una expresión entre soñadora e incrédula.

Estaba adorable.

—Estoy bien, dadas las circunstancias.

Gabriel sabía que estaba adolorida. Mientras la agarraba por la cintura en gesto posesivo, pensó que todo esto era nuevo para ella. La

invasión y el orgasmo. Estaba pletórico por haber sido el primero, y el único, susurró una voz en su oído. Su inocencia era peligrosa. Lo succionaría, de eso estaba seguro; y de paso devoraría su corazón.

Él se levantó despacio, tomó su mano y le dijo: “Ven, preciosa”. Con toda la delicadeza del mundo, la llevó al baño. Abrió el agua caliente y, con una ducha de mano, la lavó y la limpió. Luego la jugó y la secó como si se fuera a romper.

—Gracias por todo —susurró ella avergonzada.

—De nada.

Gabriel no sabía qué decirle. No sabía cómo expresarle lo que sentía. Volvió a abrazarla y la llevó nuevamente a la cama. Mientras ella lo observaba apenada, él cambió la sábana.

—Ven aquí —le tendió la mano, se acostaron nuevamente y él susurró —: No utilizamos protección.

La carita con que lo miró lo enterneció; su rostro luminoso quedó como si le hubiera caído de repente una ducha de agua helada.

—Oh, Dios mío —se levantó asustada—, no pensé en eso.

—No te preocupes. De ahora en adelante tomaré precauciones.

—Pero... y qué pasa si... si...—Era incapaz de pronunciar la palabra. Lo miraba aterrada.

—No te preocupes por nada —la tranquilizó él—. Duerme un rato.

La atrajo hacia su cuerpo y se durmieron con una sonrisa en la cara.

Gabriel la despertó con sus caricias de nuevo en la madrugada. Quería sentirla otra vez, pero no sabía cómo lo recibiría y si estaba adolorida. Empezó a acariciarla con delicadeza y, al introducir un dedo en la vagina, Melisa jadeó.

—¿Quieres recibirme? —le preguntó en un susurro ronco.

—Sí...—jadeó ella.

Gabriel se colocó rápidamente un condón y cambió de posición. La colocó a horcajadas sobre él, le acarició los pezones que estaban hipersensibles y la penetró poco a poco hasta que quedó empalado en ella.

Gabriel colocó sus manos a ambos lados de las caderas y la guió en los movimientos.

Ella se veía tan adorable mientras trataba de adaptarse a él. Esos movimientos inexpertos casi le hacen perder el control.

Melisa le acarició el cuello y el pecho, lo besó en la boca, le lamió una vena del cuello y, en un momento dado, acercó su boca a su oído y le

murmuró con fiereza:

—No quiero otras mujeres en tu vida mientras estemos juntos. Tus besos, tus caricias y esto, quiero que sean solo para mí.

Se irguió enseguida y lo miró pendiente de su respuesta.

—Te lo prometo —dijo él extasiado—. Te lo prometo —repitió otra vez.

Entonces ella lo acaballó totalmente y le impuso su ritmo.

Gabriel, gemía y susurraba cosas que ella no entendía hasta que los alcanzó el orgasmo, y los lanzó al precipicio.

Pero como estaban juntos, unieron sus manos y no les importó.

CAPÍTULO V

La felicidad

—Despierta princesa y dame un beso —expresó Gabriel en tono ronco. Al ver que no le respondía, la tentó—: el desayuno está listo.

Le acarició la cara con ternura. No podía dejar de mirarla con su cabello desparramado en la almohada, respiraba de forma suave, y los labios sobresalían por la presión de la almohada en un lado de su rostro. Aún no lo podía creer. A pesar de su inocencia era sensual y apasionada. Lo había sorprendido la promesa que le sacó en medio de la lujuria. Al contrario de lo que creía, estaba ante una personalidad tenaz y fuerte.

Las apariencias engañan, se dijo.

Con gusto cumpliría su promesa. Después de probarla a ella, las mujeres de su pasado quedaban desdibujadas. Desde aquella tarde en la plaza estaba preso de sus ojos, de su cabello y de su cuerpo.

No había marcha atrás.

—Mmmmmm —contestó ella—. Abrió primero un ojo y después el otro. No se quería mover. — ¿Nos podemos quedar otro rato en la cama? —preguntó con voz ronca y perezosa. Dormía boca abajo y estaba totalmente desnuda, con la sabana enredada en su cadera.

Gabriel sintió otra punzada de deseo. Le besó la espalda y se la recorrió con caricias suaves.

—Despierta amor. Son más de las nueve.

Melisa se espabiló por completo y saltó de la cama buscando su camisón. Le dio un rápido beso de buenos días.

—¡Dios mío!, debo estar en el aeropuerto en hora y media —Se volvió hacia él y lo miró apenada—: Debo irme.

—¿Por qué? —le preguntó él, sorprendido.

—Tengo vuelo reservado a las once y treinta —contestó ella y se colocó el camisón enseguida.

—¿Por qué debes irte hoy?

—Mañana tengo una cita importante para la revisión de mi tesis y no puedo cambiarla.

Gabriel colocó las manos en sus hombros, se perdió en el color de sus ojos y descansó la boca en los labios entreabiertos que aún estaban hinchados por sus besos. El acercamiento los asombró a los dos. Gabriel le sujetó la nuca y se apoderó de su boca con la potestad del que se sabe dueño. La besó no solo con su boca —como hacía con las otras mujeres—, sino con el corazón, con la felicidad, con el deseo, todo junto, lo que ocasionaba una mezcla la mar de sorprendente. Y ella le salía al encuentro una y otra vez, enredaban e incitaban sus lenguas en un beso sin final. Se separó de ella al cabo de un rato, estaba jadeando.

—¿Estás bien?

—Sí. —contestó ella con los ojos aún cerrados.

Se quedó mirándola fijamente y le señaló:

—Me imagino que tu ex novio y tu ex amiga tienen vuelo al mismo tiempo que tú —exclamó algo molesto por la reacción de celos viscerales que volvía a experimentar. Una mierda que vas a volar en el mismo avión que él, pensó.

—Sí, tienen el mismo vuelo —le contestó con cautela.

—Viajaremos juntos en la tarde. Yo también debo ir a Bogotá —dijo él sin admitir réplica.

—Está bien —contestó ella risueña y, acercándose más a él, le dio otro beso largo y profundo—. Entonces me temo que tenemos más tiempo en nuestras manos —lo miraba risueña—. ¿Qué deseas hacer? —preguntó mientras lo acariciaba de arriba abajo—. Podríamos ir a La

Popa, o al castillo de San Felipe, ¿tú qué opinas? —dijo mientras tocaba su miembro y lo oprimía con la mano—. O tal vez ir a visitar iglesias coloniales —lo miró interrogante—. O puedes enseñarme algo que te gustaría que te hiciera.

Gabriel soltó la carcajada y dijo:

—He creado un monstruo.

Llegaron a Bogotá a última hora de la tarde. En medio de una lluvia suave y un frío pertinaz.

—¿Entonces no te quedas conmigo esta noche? —le preguntó expectante.

—¡No! Mis padres deben estar que se suben por las paredes porque no he llegado —le dijo Melisa preocupada. Sacó el celular del bolso y lo prendió. —Mira, quince llamadas perdidas del celular de mi madre. Papá debe estar volviéndola loca. No te harían muy buena cara que digamos.

—Llámala, diles que irás en un par de horas —la engatusaba, le besaba el lóbulo de la oreja y enterraba la nariz en el inicio de su cuello.

—No me tientes. Mañana nos vemos —le dijo mientras se subían al auto.

En el auto no perdieron el tiempo. Ante la mirada impávida de Miguel, que estaba al volante, Gabriel besó a Melisa en la boca, en la frente, en los ojos—. Te voy a extrañar, —le dijo con un suspiro resignado.

—Yo también. ¿A qué horas me recoges? —lo miraba embobada.

—Tan pronto salga de la reunión te llamo al celular para saber dónde estás.

Siguieron besándose. Gabriel percibía que Melisa deseaba quedarse con él, hizo un último intento.

—Anda vamos, amor, quédate conmigo esta noche—. Le murmuraba entre besos.

—No insistas —contestaba poco convencida.

Gabriel decidió dejarla en paz.

Llegaron a la casa de Melisa veinte minutos después. Vivía en el barrio Modelia, en una sencilla casa de dos pisos con verja y jardín. Su papá era empleado oficial, y su mamá secretaria de un colegio de monjas. Era única hija y el mayor tesoro de sus padres. Tenían todas sus esperanzas puestas en ella.

—Hasta mañana —se despidió Gabriel mientras le daba otro beso profundo, que Melisa respondió sin pena por la presencia de Miguel.

—Hasta Mañana —Miguel se bajó del auto para ayudarle con la pequeña maleta. Melisa casi se parte de risa.

—Hasta mañana, Miguel.

—Hasta mañana, señorita —contestó respetuoso.

—Dime Melisa, por favor —le sonrió amable al muchacho.

—Gracias por la deferencia.

Se subió al auto y miró de manera inquisitiva a su jefe y amigo.

—Estás en problemas.

Era una afirmación. Gabriel se sonrió:

—Y no sabes cómo me gusta este problema en particular.

Melisa encontró a Luis Eduardo y Mariela Escandón sentados en la sala, con una expresión más asustada que furiosa.

—Hija —dijo su padre, algo ansioso.

—Hola papá, hola mamá —respondió ella con la desfachatez que da la absoluta felicidad y la juventud.

Melisa cambió algo la expresión en cuanto vio la cara de angustia de su padre, estaba sentado en su sillón favorito. La sala era sencilla y acogedora, un sofá y dos sillas isabelinas tapizadas en un solo tono, mesa de centro con un jarrón de cristal donde descansaban unas hermosas rosas color naranja, producción del jardín interior. Inspiró el aire con deleite, olía a rosas y a torta de vainilla. Adoraba el olor de su hogar, que era único en el mundo. El aroma de los postres o tortas se mezclaban con el olor de las rosas que con tanto amor cultivaba su madre.

—Javier llamó temprano para contarnos que no llegaste a tiempo a tu vuelo, y que tampoco te quedaste en el apartamento con él y con Carolina.

Su padre la miraba con el ceño fruncido. Estaba furioso. Era un hombre en la cincuentena, alto, delgado, los ojos del mismo color de los de su hija.

—Papá, no quería tocar el tema, pero ya que estamos en ello pues ni modos —se sentó en una de las sillas y miró a su padre seriamente.

—No me quedé más con ellos porque encontré a Javier con Carolina... en la cama.

Su padre se puso pálido.

—¡Dios mío! —musitó su madre. A duras penas había abierto la boca, y no era precisamente por sumisión. Era una mujer a la que le gustaba analizar todos los ángulos antes de lanzar una opinión. Pensaba Melisa mirándola aprensiva. Como resultado de ello, pocas veces se equivocaba. Era una mujer bajita, de cabello negro y ojos cafés, algo rellenita por la edad.

—Como veras, no podía seguir viviendo con ellos.

—Esos malnacidos —gritó su padre indignado—. No puedo creer

que hayas tenido que pasar por algo tan bochornoso.

—¿Dónde te quedaste entonces? —volvió a la carga Luis Eduardo.

—¿Javier no les contó? —respondió irónica.

—Nos dijo que habías conocido a un hombre y que te habías ido con él —soltó su madre, y la miró pensativa.

—Sí, mamá —les dijo ruborizada.

—Entonces es cierto —escrutó su madre preocupada—. No pareces la misma que salió de esta casa hace cinco días.

—¿Cómo pudiste hacer eso? —la miró su padre con la decepción pintada en el rostro.

—No es cualquier hombre. Me gusta. Y además quiere conocerlos el fin de semana.

Esto último era mentira, ni siquiera habían hablado de ello, pero tenía que protegerse de alguna forma.

—¿Quién es él, hija? —preguntó su madre con curiosidad.

—Gabriel Preciado Lavalle —pronunció ella, contrita.

—¿¡Cómo dices!?! —bramó su padre.

—Ya oíste el nombre —le retrucó Mariela.

—¡Por Dios, Melisa! ¿Qué haces tú con un tipo como él? —le preguntó su padre exasperado.

—¿Qué tiene de malo? —contestó ella.

—¡Todo, jovencita, todo! —Luis estaba furioso—. Es demasiado viejo, demasiado rico, ¡demasiado todo! —explotó.

—No puedo creerlo ¿Crees que no soy digna de un hombre como él?

—¡Claro que no! Eres demasiado para cualquiera —recalcó él—, pero ese tipo te va a hacer sufrir. Es demasiado vivido. El montón de mujeres con las que sale en las revistas —la miraba compungido—. Te romperá el corazón. Y no quiero verte llorar por un cretino.

—Melisa ya es mayor de edad —le señaló Mariela a su esposo—. Y si no quiere dejarlo, no lo dejará, así tú y yo lo pintemos como el mismo diablo.

Melisa nunca amó más a sus padres como en ese momento. Ellos solo querían protegerla. Los abrazó con todo el amor del mundo.

—Papá, mamá, al contrario de lo que puedan pensar, Gabriel es un buen hombre —los miró a los dos—. Deben tener más fe en mí.

Ya más tranquila, cenó con ellos. Un rato después se retiró a su cuarto. Había sido un día largo, deseaba descansar.

Javier Cortés vivía en un barrio al sur de la ciudad. Su casa era un pequeño apartamento, apéndice de una casa algo más grande, rodeada de tiendas, talleres de mecánica y a una cuadra de la plaza de mercado del

sector.

Su madre era aseedora en una oficina de abogados y su padre era un mecánico alcohólico que la golpeaba sin compasión.

Al llegar a su casa encontró un plato de comida tapado en el fogón de la estufa. Comió con hambre. Miró alrededor la humilde vivienda y se sintió más miserable que nunca.

Solo su inteligencia y su amor a los libros lo sacaron del hueco en el que vivía. En seis meses se graduaría y podría ejercer de profesor mientras ahorra para una especialización, pero nunca le podría ofrecer a Melisa lo que le daría ese hombre. Una bilis amarga le subió por la garganta.

Melisa era lo mejor que le había ocurrido en la vida.

La había conocido por medio de Carolina. Siempre había sabido del amor de Carolina por él, y se había aprovechado de ello las veces que le había dado la gana. Había utilizado su cuerpo y sus sentimientos de forma egoísta y sin remilgos; pero en cuanto vio a Melisa fue como encontrar un ángel en medio de tanto resentimiento por su situación, por el maltrato de su padre a su madre y a él.

Pero ahora Melisa se enamoraría de ese hombre y él no tendría otra oportunidad. A Javier le había quedado claro que Gabriel la quería para él. Más aún, a estas horas a lo mejor ya había conseguido lo que él no pudo.

Maldita sea mi suerte, pensó.

Se prometió que las cosas cambiarían.

Carolina llegó temprano a la mañana siguiente a buscar a Javier.

—Hola, amor —lo saludó, y entró en el cuarto.

Sus padres acababan de salir de la casa.

Javier con su objetivo en mente le hizo señas para acercarla a la cama.

—Hola, preciosa —le empezó a acariciar las piernas y, poco a poco, llevó la mano hasta su trasero.

Carolina, se arrodillo en la cama y fue quitándole las cobijas.

Estaba desnudo.

Ya estaba excitada, se le doblaron las rodillas. Él empezó a acariciarla con pericia; sabía cómo volverla loca y, en medio de sus caricias y antes de penetrarla, le arrancó la promesa de que haría las paces con Melisa.

En medio de la pasión, Carolina le prometería esta vida y la otra. Por unas migajas de su amor, y así fuera por tenerlo de esta manera, haría las paces hasta con el mismo diablo. Javier sabía que tenía ese poder

sobre ella.

—Javier, por favor, tómame —le rogaba la chica.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. ¿Verdad?

—Sí, sí, sí, lo que sea.

La llevó por las cumbres del placer sonriendo satisfecho.

Podría reunirse con Martín en la tarde.

Mariela entró en el cuarto de Melisa temprano en la mañana, con una taza de café caliente.

—¿Qué piensas hacer con ese amor que no te cabe en el alma? —le dijo, y se sentó en la cama a su lado.

—Mamá, no seas exagerada —contestó ella mientras tomaba el café en sus manos, le agradó el calorcillo que desprendía el pocillo.

—No, no lo soy, solo observo lo evidente —la miró con ternura, le acarició un mechón de su cabello que colocó detrás de la oreja.

— Soy tan feliz. Nunca sentí algo pericido, ni siquiera con Javier.

—Sí, lo sé, no cualquiera se ganaría tu corazón.

—Nunca te gustó Javier.

—Javier no era hombre para ti. Es demasiado conflictivo y maltratador como todo cobarde. A esos es a los que hay que tenerles miedo.

—¡Qué exagerada! Sólo porque cometió un error no lo puedo juzgar como un delincuente.

—No es tan sencillo, hija. Tu inexperiencia a veces no te deja ver lo evidente.

—No soy tonta mamá.

—Lo sé. Y ahora cuéntame de ese hombre. ¿Es tan guapo como en las revistas? —le dijo sonriente.

—Sí, mamá, es precioso. Y tan caballero. En cuanto supo lo que había pasado con Javier, me ofreció su casa para evitarme un disgusto.

—Tenlo por seguro que no lo hizo solo por eso —dijo mirándola inquisitivamente.

Melisa se sonrojó completamente.

—Debes tener cuidado, te puede romper el corazón —le señaló preocupada.

—Sí, mamá. Sé cuáles son los riesgos cuando una persona se enamora.

—Lo más importante, Melisa, es que tienes metas que debes cumplir por ti misma y por la gente que depositó su confianza en ti. No renuncies a eso, así se te aparezca el propio príncipe de Inglaterra.

—Ok, mamá, lo tendré en cuenta, no te preocupes.

Hablaba con la seguridad que da el amor recién descubierto.

Porque lo amaba, de eso estaba segura. Que solo se conocieran desde hacía solamente tres días no tenía importancia. Era como si entre un montón de gente lo hubiera reconocido. Se sentía como la princesa de algún cuento infantil y Gabriel fuera su príncipe. Claro que un príncipe con ciertos defectos. Era dominante y posesivo, pero eso no importaba en ese momento. Sentía que era su hombre, lo sentía en lo más profundo de su corazón.

—Te recojo en veinte minutos ¿te parece? Estoy cerca de la universidad.

Gabriel estaba ansioso por volverla a ver, le sonreía embobado al celular.

—Sí, claro que sí. Acabo de salir de la reunión, quiero verte —le dijo en un susurro.

—Yo también, preciosa, yo también —contestó él con una sonrisa en los labios. Se había dormido casi en la madrugada con su mente en ella. No había sentido esa urgencia y ese afán por una mujer en toda su vida. Se derretía pensando en ella, en sus ojos, en su piel.

La divisó en la puerta principal de la universidad. Iba como cualquier otra estudiante con bluejeans descaderados, saco de lana y chaqueta moderna. Unos botines negros completaban su atuendo. El cabello peinado en una trenza apretada. Mejor, pensó para sí, no quería que nadie viera su glorioso cabello. Era de él.

Se asustó un poco ante la dimensión de sus sentimientos.

Miguel bajó para abrirle la puerta de la camioneta.

—Hola, Miguel —lo saludó risueña, pero sin quitarle la mirada a Gabriel.

—Buenas tardes, Melisa —la saludó el joven.

Cuando entró al auto, unos brazos la atrajeron enseguida. Gabriel la besó como si se hubiera separado hacía tiempo. Fue un beso intenso, húmedo y ardiente, que enseguida dejó a Melisa ciega de deseo.

—Te extrañé —le decía al oído.

—Yo también —contestó ella mientras le acariciaba el pecho.

—¿Cómo te fue en tu reunión de tesis?

—Oh, muy bien, me aprobaron todo. La podré presentar a fin de mes —le sonrió ella satisfecha y algo más calmada.

Llegaron al lujoso edificio ubicado en los cerros de la capital, donde vivía Gabriel. Entraron en el ascensor. Hacía frío en la ciudad, luego el ambiente del lugar fue bien recibido. No le quitó la vista de encima a Melisa, mientras ascendían al apartamento ubicado en el último piso.

El ascensor los dejó en la entrada de una lujosa sala, con pisos de mármol y gruesas alfombras, muebles claros y una mesa de centro inmensa, un cuadro de Guayasim y unas esculturas de Grau y Negrete completaban el entorno. Al fondo un elegante comedor de diez puestos; en otra estancia un estudio con una amplia biblioteca y un bar.

Gabriel le recibió la chaqueta que colocó en un armario empotrado.

—Ven —la tomó de la mano—, vamos a la cocina. Quiero ver qué nos dejó Lucy de comida.

Ella lo siguió hasta una cocina de gran tamaño, con todas las comodidades y lujos que se pudieran encontrar. Gabriel se dirigió al horno y luego a la nevera.

—Tiene trabajo el apartamento —miraba de un lado a otro—. Me imagino que una empleada no será suficiente.

—Sí, tienes razón. Tenemos dos, pero no me gusta que se queden a dormir. Me gusta llegar a casa y relajarme totalmente, sin empleados revoloteando alrededor.

—Vaya, pues qué raro. Yo pensaba que los hombres como tú siempre iban con un ejército de sirvientes dispuestos a satisfacer todos sus deseos.

—Las apariencias engañan —sacó una bandeja de ensalada de la nevera y la colocó en la mesa, mientras iba de un lado al otro, arreglando la mesa con platos, servilletas y cubiertos. Prendió un par de velas y apagó la luz de la cocina.

—Déjame ayudarte —ofreció solícita.

—De ninguna manera, señorita. Eres mi invitada. Siéntate, te voy a alimentar.

Melisa comió poco, en cambio Gabriel devoró todo lo que se sirvió, de tanto en tanto le acariciaba la barbilla, le daba la comida en la boca, no dejaba de mirarla, estaba pendiente de cada uno de sus gestos y palabras. Después de repetir ración de postre, levantó los platos y los dejó en el lavaplatos. Hablaron de las familias, de música, de su tema favorito, los libros, y de diversos temas más.

—¿Qué gestiones has hecho para la especialización? —preguntó él curioso e impaciente por llevarla a la cama mientras sorbía de una taza de café.

—Estoy gestionando una beca para la Universidad de Columbia —y procedió a explicarle todo lo referente a dicha beca—. El posgrado dura dos años —lo miró sin saber qué más decir.

Gabriel se quedó callado, pero por dentro iba maquinando una serie de ideas.

Él perfectamente podría vivir en Nueva York dos años. Se iría con ella y viajaría a Colombia cuando fuera necesario. Podrían llegar en otoño, una de sus estaciones favoritas. La llevaría de paseo por Central Park, la mimaría con cosas bellas compradas en la quinta avenida, le enseñaría toda la ciudad. Deseaba que ella cumpliera todos sus sueños. La apoyaría; diablos, si hasta le compraría una editora que publicara sus libros si era necesario.

Melisa se explayó en sus planes, le habló de sus sueños y ahí fue cuando se terminó de enamorar de ella. Ese fue el instante preciso en el que su corazón dejó de pertenecerle. No supo si fue su parloteo feliz, la expresión de sus ojos o el movimiento de sus manos. Era tan diferente a su modelo de citas, su frescura, la belleza natural de su cuerpo. Sentía como si un camión se hubiera aparcado en su pecho. Ella bajó la mirada y cuando elevó nuevamente los ojos, él se sintió perdido. Estaba loco por volverse a acostar con ella. Pero lo que sentía era algo más que sexo. Estaba seguro de que haría cualquier cosa por la mujer que tenía enfrente. Era muy fuerte su deseo de protegerla.

—Debes hacerlo, sé que te irá bien. Cuentas con todo mi apoyo —le acarició un mechón de su cabello colocándolo detrás de su oreja. —Vamos —dijo con voz ronca. La tomó de la mano. La llevó a su habitación.

Hicieron el amor casi hasta medianoche.

Rato después, mientras Gabriel iba a la cocina, Melisa se duchó rápidamente y empezó a vestirse.

—¿A dónde vas? —dijo Gabriel con el ceño fruncido. Traía una bandeja con queso, algo de fruta y vino. La dejó en una mesa y se acercó a ella, con el ceño fruncido.

—A casa —le contestó ella terminando de vestirse—. ¿Puedo llamar un taxi?

Gabriel estaba mudo de la indignación.

—¿Por qué no te quieres quedar? —inquirió furioso.

—No puedo —le contestó ella distraída, mientras se arreglaba la chaqueta —mis papás me matarían si llego después de la una.

—Pensé que podías pasar la noche conmigo.

—No, cómo se te ocurre —objetó aterrada—. Me echarían de mi casa por desvergonzada.

—No eres desvergonzada, y no creo que se atrevan a tanto.

—No conoces a mi papá.

Para Gabriel era toda una sorpresa encontrar una mujer que no fuera libre para hacer lo que quisiera, y más si él estaba de por medio. No le gustaba la sensación, porque se dio cuenta de que haría un recorrido

diferente con ella. Tenía que adaptarse a las reglas de alguien, y no al revés. Ella era un enigma y estaba loco por descifrarlo. Se perdía en el brillo y el color de sus ojos, en la blancura de su piel. Sus cejas eran delgadas y bien delineadas, se las acarició con el pulgar, lo que hizo que ella se sonrojara.

—Yo te llevo entonces.

Se acercó a un teléfono, llamó a sus guardaespaldas y pidió uno de los vehículos.

—No creo que debas. Si quieres, me prestas a tu chofer para que me lleve. No quiero causar molestias —le decía ella preocupada.

—No es molestia, vamos.

Salieron alrededor de la media noche, Gabriel aún con cara de disgusto, como se pudo percatar Melisa. Llegaron a su casa en minutos, las calles estaban desiertas.

—¿Cuándo te volveré a ver? —le preguntó ella, mirán-dolo embobada.

Gabriel sonrió, la acarició con ternura y le dijo:

—Tengo que viajar a Barranquilla, pero estaré aquí para el domingo.

—Gabriel, me apena decirte esto —juntó sus manos algo nerviosa—, pero las cosas serían más fáciles para nosotros si vinieras a conocer a mis padres —le soltó, sin dejar de mirarlo, impaciente por conocer su reacción.

—No hay problema —expresó él tajante—. Dime cuándo y dónde.

—¿Podrías venir el domingo a almorzar? Sería importante para mí.

—Claro que sí, aquí estaré —se acercó a besarla como deseaba hacerlo desde hacía rato.

—Me vas a hacer falta —le dijo ella respondiendo al beso.

—A mí también, amor. —La soltó. Si no lo hacía rápido estaba seguro de que no la dejaría marchar—. Hasta pronto, amor, te llamaré.

—Hasta pronto —le contestó ella.

CAPÍTULO VI

Los problemas

—Me lo prometiste —le decía Javier a Carolina. Mientras ella salía desnuda de la cama.

Carolina se tropezó con una serie de periódicos y revistas que hablaban de Gabriel Preciado.

Javier Cortes llevaba días tratando de investigar al hombre. Había seguido a Melisa pero parecía que el industrial se había esfumado. Renació su esperanza de volver a recuperarla, hasta que una mañana habló a la oficina del hombre haciéndose pasar por un periodista de una revista de alta circulación. “El señor Preciado se encuentra de viaje”. Una bilis amarga le subió a la garganta y con absoluta firmeza, continuó con su plan.

—Sí, lo sé —A carolina le provocaba gritar de impotencia—. ¿Por qué te interesa tanto el romance de Melisa con ese hombre?

—Tengo planes. Ese cretino me cae mal.

No le iba a dar más explicaciones.

—No vayas a hacer una locura, Javier —lo miró consternada.

—¡Ya! —la calló enseguida—. ¿Puedo contar contigo o no? —la agarró del brazo y le hizo daño.

—Ay, está bien.

Javier la soltó y ella se alejó, veía como se masajaba el brazo donde la había lastimado. Lo miraba dolida. Él encendió un cigarrillo y dio una larga pitada; sus labios se aferraron a la colilla con avidez.

—No tienes idea, de cuanto la odio.

—Mucho mejor.

—Reflexiona, por favor —se acercó impotente a él.

—Vete, estoy esperando una llamada —la despachó sin sutilezas.

Al rato lo llamó Martín.

—Hermano, el hombre con el que te vas a entrevistar te espera en esta cafetería. Anota la dirección y la hora del encuentro.

Al día siguiente se encontraba en la humilde cafetería a la vuelta de la plaza de mercado del Siete de Agosto, un barrio popular al occidente de la ciudad, cuando un hombre pequeño, de cabello ralo y mirada de lince, se acercó a él. Javier sabía que no podía desperdiciar su oportunidad de hablar con aquella fuente. Era el momento de vender su idea a como diera lugar. Si después de esa entrevista todo se iba al carajo no podría volver a contactarlos. Se percató de que un par de hombres se sentaron tres mesas más allá, en una posición que les permitía observar todo el perímetro del local.

—Martín Huertas me dijo que es importante lo que usted tiene que decirme —chasqueó el dedo y pidió un café negro a una muchachita que se alejó presurosa a cumplir el pedido, lo observó de forma despectiva, y le espetó—: Hable.

—Sí— carraspeó algo nervioso—, es sobre el señor Gabriel Preciado Lavalle.

El hombre soltó la carcajada.

—Sabía que era una pérdida de tiempo.

—No, escúcheme, por favor —demandó Javier desesperado, lo que hizo que el hombre levantara una ceja inquisitivo.

—Tengo un infiltrado en su casa. Puedo tener información sobre él. Sé que para ustedes sería un pez gordo del calibre de Ingrid o de Alan Jara.

Javier sabía que Reinaldo lo calibraba mientras su mente trabajaba con lo poco que le había dicho.

—No voy a negar el calibre del pez gordo que nos presenta —reconoció algo escéptico—. Nos daría con que negociar.

—Más en esta época, en que el actual presidente los tiene agarrados de las pelotas —insistió Javier en un intento de convencerlo. El hombre le devolvió una mirada de ojos rabiosos, que lo enmudecieron enseguida y le alteraron las pulsaciones.

—Cuidado hermano, no se equivoque con nosotros, que parezcamos atrincherados es una cosa, que en realidad lo estemos...

—No quise ofenderlo —contestó Javier preocupado de que todo se fuera al traste.

—Volvamos al principio —le habló el hombre y cambió enseguida de tono.

—Como le decía, hay alguien infiltrado en su entorno, es mi novia. Es la mejor amiga de la nueva novia de Preciado.

Javier no pudo evitar un deje de amargura al emitir esas palabras.

—Lo que necesito saber es cuántos guardaespaldas tiene, cuáles son sus rutinas. Mejor dicho, todo lo que tenga que ver con la seguridad. No me importa cuántos polvos se echa al día —le espetó petulante.

—Bien, puedo hacerlo —apuntó Javier. Así tuviera que amenazar a Caro, esa vuelta estaba hecha.

—Tiene seis días hermano, no más que eso —lo miró seriamente—. Si no tiene algo positivo para entonces, no nos vuelva a contactar —y sin pagar el café se marchó.

El domingo, Melisa iba de un lado para otro como gallina asustada. Quería que todo estuviera perfecto. Junto con su madre, habían dejado la casa impecable.

—Lo que hace el amor con las mujeres inteligentes —le decía su madre, y movía la cabeza de un lado para otro.

—¿Y qué es lo que le hace a las mujeres inteligentes? —le preguntó Melisa, que desde hacía rato le sacaba brillo a los cubiertos.

—Las hace unas completas idiotas —sentenció ella y volvió a la

cocina. Melisa la siguió para repasar que todo estuviera perfecto. Habían preparado un lomo de cerdo en salsa de manzana, papas gratinadas, ensalada verde con algunas frutas y de entrada unos champiñones al ajillo. De postre: un Napoleón.

—Mamá, no seas tan sectaria. Te apuesto a que cuando te enamoraste de papá sentiste lo mismo que estoy sintiendo yo por Gabriel

—Oh, sí, claro que sí. Pero con la diferencia de que estaba absolutamente segura de su amor. Sabía que estaba loco por mí, me demostraba que me amaba.

—Pues déjame decirte que para el poco tiempo que llevamos saliendo, Gabriel no lo ha hecho nada mal.

Tomó del mesón de la cocina el jarrón de flores que su madre había arreglado más temprano y lo llevó a la sala. Mariela la siguió.

—Esperemos a ver qué pasa en tres meses y entonces hablamos.

—Ay, mamá, tú sí que sabes bajarle el ánimo a cualquiera.

—No es eso. Soy realista, que es diferente.

—Te darás cuenta de tu error.

—Nada me haría más feliz, hija, que equivocarme en este asunto.

—¿Qué es lo que tanto cotorrean ustedes, eh? —preguntó su padre que entró en la sala con el periódico en la mano y observó con una ceja levantada los arreglos que las mujeres habían hecho.

—¿A qué horas llega su majestad? —volvió a la carga algo molesto por el silencio de las mujeres, mientras se sentaba en un sillón y se disponía a leer la prensa del domingo, que era sagrada para él.

—¡Papá! Él es un hombre sencillo, te darás cuenta cuando lo conozcas. No demora en llegar.

Pero Melisa estaba asustada, tanto su padre como Gabriel eran de temperamentos fuertes. Ojalá no volaran platos en el almuerzo. Para Melisa era importante la aceptación de su padre y también deseaba tener a Gabriel en su entorno y saber cómo se portaría con su familia. Hacía cinco días que no lo veía, si él supiera como lo pensaba y lo añoraba, como extrañaba sus besos, y sus caricias, su vanidad no tendría límites. Recordaba por las noches antes de dormirse la manera en que la había acariciado en el jacuzzi de su casa en Cartagena y horas más tarde lo ocurrido en la habitación y se llenaba de anhelo. Le parecía que había pasado meses en vez de los nueve días en que había acaecido todo. La invadía la ansiedad ante el encuentro y con una agitación ajena a ella, revisaba que todo estuviera perfecto, ante la sonrisa burlona de su madre y el ceño fruncido de su padre.

Rato más tarde llegó Gabriel, vestido de manera informal pero

elegante, con un enorme ramos de rosas para Mariela y una botella de Coñac para Luis Eduardo. Mariela le agradeció el gesto con una sonrisa algo tensa, y Luis Eduardo le dio las gracias sin revelar absolutamente nada.

Se hicieron las presentaciones dentro de un ambiente más o menos tenso. Gabriel lo comparó a la atmósfera de una de sus juntas cuando se enfrentaba a una compra algo hostil.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó Mariela para iniciar una conversación.

—Muy bueno. El cielo despejado, sin problemas —les contestó gentilmente.

Melisa le recibió la chaqueta. La notó nerviosa y no quería que fuera así; quería verla tranquila. Estaba hermosa, con un vestido del color de sus ojos, arriba de las rodillas, y unas botas negras. Se veía súper sexy, cuando se acercó a besarla en la mejilla atisbó su aroma y quiso retenerla un rato junto a él. “Estás tan linda” le decían sus ojos. El caos en sus sentimientos le impedía apartar la mirada, seguía todos sus movimientos. Percibió la expresión del padre de la chica y se sonrojó, parecía adivinar sus pensamientos.

Hablaron de política, del próximo nombramiento de Fiscal General de la Nación, de las ventajas y desventajas de la Ley de Justicia y Paz. Gabriel se dio cuenta de que estaba ante un hombre inteligente y preparado. Ambos congeniaban en sus ideas políticas.

Luis Eduardo se relajó un poco y bebieron del coñac que Gabriel había traído. Las mujeres, algo más relajadas, se dirigieron a la cocina para servir el almuerzo.

—¿Cuáles son sus intenciones para con mi hija? —le preguntó Luis Eduardo a quemarropa y sin misticismos.

—Las mejores, señor Escandón —Gabriel echó un vistazo a su copa, y luego, posó su mirada en él, dijo—: Estoy enamorado de ella.

Gabriel se sorprendió a sí mismo al decirlo en voz alta. “Enamorado” Nunca le había pasado, no entendía la anarquía de emociones que la sola presencia de Melisa obraba en él. ¿Enamorado? ¿Obsesionado? Ansiaba hacerla feliz, por eso se encontraba en aquel lugar, deseaba agradar a un hombre de índole sencilla que no había visto en la vida. Pero que era una de las personas más importantes para su Melisa. Si, porque era de él, así lo atestiguaba su cerebro y su corazón, en tanto observaba los ojos del hombre que eran los mismos que los de ella.

—¿Y cuánto le durará el capricho? Usted no es de noviazgos largos —le señaló en tono serio.

—Nunca había sentido esto. Debe creerme.

—Oh sí, yo le creo. Mi hija es un raro diamante entre las demás muchachas, de eso estoy seguro. Pero no quiero que juegue con ella. Es una buena chica, no quiero verla con el corazón destrozado.

—Lejos de mí está el hacerla sufrir. Ella me importa demasiado.

En ese momento Gabriel tomó la decisión de que se casaría con ella. No la iba a perder, pero si pedía su mano tan pronto asustaría a Melisa y a sus padres. Eran buenas personas y en ese momento deseó hacer las cosas de forma correcta.

—Yo sé lo que una mujer como mi hija significa para usted. Es joven e inocente, y para los hombres de su clase, hastiados de tanta modelito y actriz pagadas de sí mismas, mi hija es un regalo del cielo. No quiero verla sufrir porque su capricho termine en unos meses. Donde la haga sufrir, le juro que se las verá conmigo.

—Tiene mi palabra. Mis intenciones son serias.

—Bien.

Apareció Melisa por la puerta, los invitó a pasar al comedor.

Gabriel la contemplaba de forma ávida, intensa. Ella iba revoloteando de acá para allá, lo atendía, lo mimaba, se preocupaba por él. Le gustaba la forma en que lo miraba. Si, esa mujer sería para él. Gabriel iba tras lo que quería sin contemplaciones de ningún tipo.

El almuerzo discurrió placido y en calma. Gabriel ensalzaba las dotes culinarias de su suegra y comía con verdadero placer.

—Cocina usted delicioso, señora, la felicito —le dijo Gabriel, al tiempo que tomaba otra porción de lomo.

—Melisa me ayudó, ella también cocina muy bien. —Gabriel sorprendió a Melisa con una sonrisa que la derritió en su asiento. La había mirado con ternura y ella lo único que deseaba hacer era abalanzarse sobre la mesa y llenarlo de besos. Sonrió nerviosa y se sonrojó cuando le pasó el postre.

Tomaron el café en la sala y conversaron de todo un poco. Melisa no quería que acabara la tarde, a la tranquilidad por el éxito del almuerzo, se le sumaba una leve inquietud, por las ligeras caricias que Gabriel le prodigaba. Al sentarse juntos, Gabriel aferró su mano a la de ella y la besó en el dorso, Melisa se percató de que Gabriel desafió a su padre con la mirada. Este, a su vez, simuló que no lo observaba. Rato más tarde Gabriel se despidió de los padres de Melisa y la llevó a ella hacía la puerta.

—Amor, mañana iré a Barranquilla, y luego voy para Miami. Será más o menos una semana —le acariciaba con ternura la mejilla y el contorno de su boca. —¡Dios, me vas a hacer falta!

Y la besó. La sujetó por la cintura y acaparó su boca con deleite, Melisa se percató de que fue un beso ávido, como si no encontraría saciedad en los labios que besaba, y eso la llenó de dicha. Gabriel terminó el beso, llevó su boca a la nariz, a los ojos y luego al cuello donde la olió con fruición.

—A mí también, pero tenemos el celular y el correo electrónico, podremos chatear.

Gabriel le había regalado un celular de última generación, un regalo que ella aceptó reticente. Él quería lo mejor para ella, pero Melisa era clara con él, nada de regalos costosos.

—Sí, estaremos en contacto todo el tiempo —la besó nuevamente y se despidieron.

Ya en su habitación Melisa recordó lo ocurrido durante el almuerzo. A duras penas había podido probar bocado. Lo había mirado embobada, aún no podía creer que ese hombre hubiera estado sentado a su mesa. Lo había alimentado con algo que ella había ayudado a preparar. En ese momento se dio cuenta de que lo amaba con locura y de que haría lo que fuera para estar a su lado.

Se asustó de las dimensiones de sus sentimientos hacia un hombre que apenas conocía.

Eran tan distintos, provenían de mundos casi opuestos, pero en ese momento no quería estar en ninguna otra parte.

Lo quería para ella, sentía que era el hombre de su vida.

Todos esos pensamientos la atravesaron mientras se alistaba para acostarse a dormir. La sorpresa en sus ojos cuando vio el postre que era su favorito. Él se lo había dicho y ella había querido complacerlo. Había buscado la receta por todos lados hasta que la encontró en internet — bendito seas San Google— y lo había preparado el día anterior.

Miraba sus manos y recordaba las caricias de esos dedos recorriendo su cuerpo, la tarde en el jacuzzi, y todo lo demás. Quería ser acariciada de nuevo por él. Lo amaba por todo: por su temple, por su capacidad de trabajo, por la manera de relacionarse con ella, por haber estado ahí hoy complaciéndola y relacionándose con sus padres porque sabía que era importante para ella.

Melisa aprovechó la semana para adelantar su tesis. Se la pasó pegada al computador, haciendo los ajustes necesarios.

Un día a la salida de la universidad se encontró con Carolina, casi pasa de largo, pero no valía la pena pelear con ella por un hombre que ya no significaba nada para ella.

—Por favor, Melisa, sé que me merezco tu odio eterno, pero

perdóname, eres mi única amiga —le decía la chica, al parecer arrepentida. Sin embargo, a Melisa sus disculpas no dejaban de sonarle falsas.

—Eso te lo creo —le dijo—, porque si vas por ahí robándole los novios a tus amigas, dudo mucho que puedas conservar una amistad.

—Lo sé, es la primera vez que hago algo así. No sé que me pasó. Me enamore de él, pero sé que para él soy solo un cuerpo y nada más.

—No me extraña —le contestó Melisa mientras recordaba la manera en que la presionaba para que tuviera relaciones con ella. Gracias a Dios que no había sucedido nada entre ellos.

Estaba más que satisfecha por cómo había salido todo con Gabriel.

—Cuéntame. ¿Cómo vas con Gabriel? —le preguntó curiosa.

—Muy bien —le contestó ella enseguida, quería cambiar de tema. No quería suspicacias ni malos pensamientos.

—Deseo que seamos amigas otra vez —le insistía la chica.

—Está bien, Caro. Pero debes darme tiempo, aún estoy molesta por tu actuación. —Por más que ya no sentía nada por Javier, no podía obviar la traición de Carolina. No era una persona de fiar, había traicionado su confianza. Sentía lástima por ella. Debido al abandono de sus padres, muchas veces pasaba navidad en casa de Melisa. Recordó todo lo vivido con ella, las fiestas, las presentaciones, los cumpleaños y le dolió aún más la traición, no por Javier sino por ella.

—Por favor amiga, —le insistía ella.

Pero si no hubiera sido por ese incidente, su corazón no estaría hoy día a rebosar. Gracias a ese incidente había encontrado el amor de su vida. Se sabía ajena al rencor y también que terminaría perdonándola.

—Está bien Caro, pero no más malas jugadas de tu parte, porque no te lo perdonaré una segunda vez.

—Gracias amigos —la tomó del brazo y salieron juntas.

— Amigas otra vez.

—Vamos por un capuchino. ¿Te parece? Quiero que me cuentes todas las novedades de ese pedazo de hombre que te levantaste.

—Ok.

Era la tercera vez que Amalia daba vueltas alrededor de Gabriel. Estaban sentados en la terraza que daba a la piscina, tomaban jugo de frutas y hablaban de los últimos acontecimientos de la ciudad. Gabriel tecleaba el celular y mandaba mensajes. A cada rato miraba la pantalla con una sonrisa embobada.

—¿Quién es ella? —preguntó su madre de sopetón.

—El amor de mi vida —le contestó él solemne.

—¿Estás hablando en serio? —volvió a la carga su madre.

—Claro que está hablando en serio —contestó Amparo, que lo miraba burlona—. ¿Recuerdas acaso haberlo visto alguna vez tan embozado y pendiente de los mensajes de su celular?

—Cuéntanos, por favor —se sentó por fin Amalia.

—No la conocen —tomó un sorbo de su jugo de corozo, su favorito—. Es Bogotana, tiene veintidós años y es hermosa. Está en último año de Literatura, en la Javeriana.

—Pobre Paula, con todo lo que te ha esperado —decía Amparo—. Y viene una chiquilla y le tumba el puesto solo porque es algo más joven.

—Nunca he estado enamorado de Paula —saltó de pronto Gabriel—. Y no tengo la culpa de que nuestros padres quieran casarnos a la brava. Y sí, ella es algo joven, nos llevamos nueve años.

—Tampoco es así —contestó Amalia resentida—. Solo pensamos que podrían congeniar, eso era todo.

—Ay, mamá —le decía Gabriel escéptico.

A Gabriel no le pasó desapercibido la mirada de curiosidad de su madre y soltó la carcajada, la abrazó y le dijo emocionado: —Ya sé que te mueres de curiosidad por saber quien se robo mi corazón. Te encantará.

—¿Cuándo podremos conocerla? —preguntó Amalia.

—Pronto mamá, llevamos poco tiempo juntos —la verdad no quería dañar la magia de sus momentos con presiones familiares, aplazaría el encuentro unas semanas más, pues sabía que con sus padres las cosas no serían fáciles—. Tan pronto vuelvan de Europa, la conocerán.

—¿Quiénes son sus padres?

—No se mueven en nuestros círculos.

—Una forma de decir que no son de nuestro mismo nivel social —retrucó Amparo.

—¿Es eso cierto? —inquirió Amalia.

—Sí. Y si para mí no tiene ninguna importancia, para ustedes tampoco debería tenerla —y colocó en su rostro un gesto de dureza y obstinación. Ellas ya sabían que no le sacarían más.

En ese momento llegó el papá de Gabriel. A sus sesenta años, era todavía un hombre atractivo. Viéndolo a él; Gabriel se podía imaginar cómo sería en el inicio de la vejez.

—Hola hijo. ¿Cómo te fue en la reunión? —le preguntó su padre mientras tomaba asiento y estaba pendiente de cada una de sus palabras.

—Es algo difícil, pero no imposible —empezó Gabriel a rendirle un informe a su padre sobre las diferentes reuniones que había tenido en la mañana acerca de la adquisición de una mina de carbón. Se necesitaría el

apoyo de la banca extranjera y algunos socios estratégicos para llevar a buen puerto la negociación. Ése era el motivo de su viaje a Miami: conseguir financiamiento.

—Está bien, hijo, dejo todo en tus manos. Sé que saldrá muy bien —dijo, y llamó a una de sus empleadas del servicio que andaba por ahí—: Josefa, tráenos un par de whiskys de la botella que está en el mueble del estudio.

—Sí, señor —contestó la muchacha.

—Necesito que me hagas un favor. Hay una fiesta en el Country club, es el cumpleaños del Gerente de la Electrificadora, Martín de la Rosa. Vendrá gente del interior, del ministerio de minas y necesito que nos acompañes. Nada mejor que una fiesta para saber cómo van las cosas. Y qué hilos se mueven en la capital.

—¿Cuándo es la fiesta? Acuérdate que tengo viaje para pasado mañana.

—Es mañana en la noche. No hagas planes, por favor.

—Está bien, los acompañaré.

Gabriel fue a la fiesta y habló con quien tenía que hablar. También disfrutó de sus amigos. Pese a ello no podía dejar de pensar en Melisa, extrañaba todo de ella, su risa, su voz. La llamaba una docena de veces al día, le era imposible concentrarse. Estaba en medio de una reunión y de pronto le venía a la mente el recuerdo de la tarde en que la saboreó, se moría por hacerlo otra vez.

“Esa mujer es mía, quiero su alma también. No descansaré hasta tener todo de ella”. Era un amor fuerte, avasallador, que lo tenía obnubilado. Necesitaba saber qué hacía las veinticuatro horas del día. Se casaría con ella, sería la madre de sus hijos, su compañera del alma y su amante apasionada. La deseaba como había deseado pocas cosas en la vida.

—Hermano tienes una cara como la del gato que se tragó el canario —le espetó su amigo y abogado Álvaro Trespalacios—. ¿Algún adelanto en el negocio de la mina?

—No. ¿Sabes que viajo mañana a Miami para buscar financiación?

—Entonces es cierto —afirmó Álvaro al ver la mirada de embozado de Gabriel, que en ese momento tomaba su celular y leía un mensaje de Melisa, reía encantado.

—¿Decías? —preguntó volviendo a la tierra.

—Estás enamorado. Amparo me lo contó —soltó Álvaro, curioso, seguro por verlo de esa manera por primera vez en la vida.

—Ese par de mujeres... No son capaces de mantener la boca cerrada

—fingió ofenderse y terminó riendo.

—¿Cómo es ella? —volvió a la carga. Gabriel sabía que no lo iba a dejar pasar.

—Es hermosa, muy joven, inocente y me tiene loco.

Esbozó una sonrisa de deleite al recordarla. Esa mujer le calentaba el corazón.

—Debes tener cuidado, Gabriel —lo miró serio—. ¿Ya la investigaste?

—Estoy indeciso —había hablado con Miguel para suspender la orden de investigarla—. Es una buena mujer, le tengo confianza.

—Como andan las cosas, no es para que te andes con chiquitas —añadió—. ¿Cuándo la conoceré?

—Pronto amigo. Muy pronto.

Al salir de la fiesta coincidió sin querer con una hermosa mujer que también salía en ese momento, era una conocida, la saludó brevemente. Sintió el flash de una cámara, pero no le prestó atención.

El sábado en la tarde llegó a la fundación para niños víctimas de la violencia. Ya había veinte niños esperándola.

—¡Melisa!, ¡Melisa!, ¡Melisa! —gritó emocionado un muchachito como de ocho años que bailoteaba alrededor de ella.

—Felipe. ¿Cómo estás?

—Contento de verla—. El niño la miraba con adoración. Ella lo abrazó.

—Yo también estoy contenta.

—Vaya, vaya, pero si es Melisa. Pensé que no volvería a verte —le dijo una mujer en la treintena, morena, bajita y con la expresión de quien ha visto más de lo que ha podido soportar. Era María Teresa Rojas, una de las líderes de la fundación.

—Estaba de viaje —se acercó a abrazarla—. Pero ya estoy otra vez aquí.

—Bien, porque hay más niños y necesito toda la ayuda posible. Aquí tengo unos dibujos para que los veas, te rompen el alma.

Por medio del dibujo y el relato, estos niños podían exorcizar su pena de haber perdido a uno de sus familiares por culpa de la violencia que imperaba en la parte rural de algunas zonas del país, a manos de dos grupos alzados en armas: guerrilla y paramilitares. Habían desangrado el país durante varias décadas, y las verdaderas víctimas del conflicto estaban allí mismo, mirándola con ojos que habían perdido la inocencia hacía rato.

Aunque no la esperanza, susurraba Melisa para sí.

Cuando visitó el lugar por primera vez, observó los primeros dibujos y escuchó los primeros testimonios, lloró una semana entera. No se creía con la fuerza suficiente para lidiar con tanta pena y dolor.

Pero a los pocos días se sintió avergonzada de su comportamiento. Ella era una privilegiada. Había tenido una niñez tranquila, había recibido educación. Era su obligación ahora, devolver algo a los que no habían tenido la misma suerte en la vida.

Aún recordaba el caso de Ricardo, un niño de siete años que, a pesar de su tragedia, no dejaba de sonreír. Su padre había sido sacado a la fuerza de su casa por un grupo paramilitar y, ante la mirada espantada de su madre y el llanto de sus hermanos, le habían volado a su papá la tapa de los sesos, como repetía el chiquillo. Y luego habían raptado a su hermana de catorce años, a la que devolvieron a los quince días, violada y embarazada.

Ésa era la niñez a la que Melisa debía enfrentarse cada sábado, para que, por medio de la lectura de cuentos, concursos de lectura e invención de historias, esta pequeña generación aprendiera a soñar, a esperar algo mejor de la vida y, lo más importante, a no renunciar a la esperanza.

Les leyó una historia, hicieron comentarios y después les colocó una actividad: ¿qué le cambiarían a la historia que acababan de oír? Duraron debatiendo hasta las cinco, cuando María Teresa se acercó a ella.

—Se te va a hacer tarde, te acompaño al transporte transmilenio.

—Se me pasó el tiempo volando —miró a los chicos con cariño—. Adiós chicos, y ya saben: sueños, sueños, sueños.

Melisa sintió un cosquilleo en la nuca. Desde hacía días se sentía vigilada y no le gustaba la sensación.

—¿Estás nerviosa por algo? —le preguntó María Teresa observándola preocupada.

—Siento que me están siguiendo.

María Teresa volteó la mirada para corroborar lo que le decía la chica.

—Son milicianos de la guerrilla. No entiendo que pueden querer de ti. —Le sostuvo la mano con cariño.

—Yo tampoco.

—No te preocupes, averiguaré que sucede.

Al día siguiente de la fiesta, Gabriel salió para Miami. La semana se le hizo eterna. Concretó las reuniones y luego le tocó viajar a Nueva York, donde estaba la filial del banco que sería el principal aportante del proyecto.

Fueron dos tensas reuniones, donde además de tocar el tema del

dinero, presentó su proyecto sobre el cuidado y reparación del medio ambiente, al ser una mina a cielo abierto, y enumerar las desventajas ambientales y las soluciones que atajar en algo esas desventajas. En el mundo actual, la legislación ambiental por primera vez era tomada en serio en el marco de cualquier negociación.

Salió de esa reunión sintiéndose diez años más viejo, deseoso de ver a Melisa.

Volaría de regreso al día siguiente a primera hora.

Melisa estaba en la biblioteca, pulía un capítulo de su tesis, cuando apareció Javier y se sentó al lado de ella. Traía un morral de libros en sus manos, y una mirada satisfecha.

—Hola muñeca. ¿Cómo estás? —le preguntó entre disgustado y anhelante.

—Hola Javier ¿Qué haces aquí? —inquirió molesta.

Lo que menos quería era un enfrentamiento con él.

—Saludarte, ver cómo estás —al tiempo que hablaba, sacaba lo que parecía una revista de su maletín—, y mostrarte por qué fue un error que te involucraras con ese imbécil.

—No es ningún imbécil. Por favor, a Gabriel lo respetas —le contestó furiosa cerrando su libro y su ordenador de golpe.

Se levantó para irse. Lo miraba de arriba abajo y no podía darse cuenta qué le había visto en su día. Debió haber estado loca de remate para pensar que este tipo podía ser su pareja. Le bastaron apenas unos cuantos segundos para saber que nunca lo había amado, lo había apreciado, pero no tenía nada que ver con el amor. Por primera vez hicieron eco en su mente las palabras de su madre. Sí, había sido una tonta ilusión.

Javier le tiró la revista donde salía Gabriel de una fiesta con una hermosa mujer. Melisa se puso pálida.

—No tienes derecho —le espetó indignada mientras trataba de esquivarlo. Aferraba sus cosas como si en ello le fuera la vida. Era la única manera de no desmoronarse delante de él.

—Ya lo creo que sí. Debo abrirte los ojos a ese cretino —respondió él, orgulloso de su acción.

—¡Déjame en paz! —Temblaba como una hoja y ya las lágrimas asomaban a sus ojos; estaba anonadada y molesta porque Javier fuera testigo de su reacción. Lo odió enseguida.

—Ni lo sueñes, pequeña, tú me perteneces —le espetó con los puños apretados y con gesto furioso.

—Estás loco, si piensas que por esto, vamos a volver —contestó

desdeñosa. —Siéntate a esperar.

—Ok, aquí estaré —le dijo burlón.

—En tus sueños —dijo y salió como una tromba.

En ese momento timbró el celular. Era él. No le iba a hablar, si le contestaba se echaría a llorar como una estúpida y no le iba a dar ese poder. Apagó el aparato y no lo volvió a prender. En cuanto llegó a su casa lo guardó en uno de los cajones del escritorio. Valiente estúpida había sido. Ella creyendo en las palabras de Gabriel y él compartiendo fiestas con mujeres hermosas, elegantes y de su mismo círculo social, ella estaba lejos de parecerse a una de ellas. Trató de dormir pero en la madrugada renunció a su empeño. Prendió el interruptor de la lámpara. Miró el reloj; eran las cuatro de la mañana. Cerró los ojos y dejó que las lágrimas rodaran por su rostro hasta mojar la almohada. ¿Compartiría con esa mujer la misma intimidad que con ella? Se imaginó a Gabriel, besando y tocando a esa mujer así como la había tocado a ella y fue como si una piedra hubiera caído sobre su estómago. Esa era la vida a la que estaba acostumbrado, seguro les hacía promesas a todas las mujeres con las que se acostaba. Si será caradura, pensó. Pero qué esperaba...Llevaban apenas tres semanas juntos, a lo mejor ya se había hartado de ella.

Se encontró a Carolina al día siguiente, a la salida de la biblioteca. Melisa no tenía muy buena cara, sabía que estaba pálida y con los ojos hinchados.

—¿Qué te pasa? —le preguntó curiosa.

—Javier es un cretino —contestó ella enseguida.

—¿Qué te hizo? —preguntó con un tono de voz que Melisa no supo distinguir.

—Me mostró una revista donde Gabriel sale retratado con una mujer. —No quería evidenciar ante ella lo mal que se sentía.

—Ay, Melisa, los hombres como él actúan así todo el tiempo.

—Pensé que Gabriel era diferente —suspiró resignada, se sentía la más tonta de las tontas.

—¿Qué te hizo pensar eso? A ver, dime, ¿dónde vive? —Y con tono conspirador y chismoso prosiguió—: ¿Ya conociste su casa, sus amigos, su oficina?

—Aún no, está ocupado.

—Pero sabes donde vive, por lo menos —continuó ella.

—En Torres de Calabria, en los cerros.

—¿Cuántos escoltas tiene? —volvió a la carga.

—No sé —la miró inquisitiva—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Para darte mi punto de vista. Confía en mí. Dime.

—Como seis.

—Ya. ¿Te das cuenta de lo diferente que es este hombre del resto de los mortales?

—No entiendo —la miraba confundida, no entendía que tenía que ver el número de escoltas con su relación.

—Melisa, Melisa, piensa. Un hombre como él nunca estará solo —la miró fijamente—. Siempre habrá gente detrás de él, cumpliéndole todos sus caprichos.

—¿A dónde quieres llegar?

—A que es alguien diferente a ti. ¿Te imaginas a Gabriel acompañándote a Ciudad Bolívar al refugio?

—No, la verdad no —la embargó la tristeza.

—Dime, ¿en qué momento se relaja totalmente? ¿Hace cosas por sí mismo?

—En casa, cuando se queda sin servicio o cuando va a jugar tenis, apenas lleva seguridad—. Le había contado eso en una de sus charlas.

—No olvides cuando hacen el amor.

—No deseo hablar de eso —enrojeció enseguida. No le quería contar más, algo en sus ojos la hizo callar enseguida.

—Te haces la difícil. Bien por ti. Lo único que te digo, amiga, es que si deseas estar con él, tienes que aceptar muchas cosas.

—No voy a aceptar otras mujeres —le dijo contundente.

—Entonces térmalo, porque no puedes esperar fidelidad de un hombre como él.

Melisa se quedó pensativa y con el alma oprimida. Cuánta razón tenía su amiga... Además ella no tenía experiencia para tratar con un hombre como él. Demasiadas complicaciones y un corazón roto, eso sería todo lo que podría sacar en limpio de esa relación.

—Vaya, vaya, —murmuró Carolina—. No creí que fuera tan fácil.

—¿Decías? —preguntó Melisa volviendo a la tierra.

—Nada amiga, nada.

CAPÍTULO VII

Los conflictos

Gabriel estaba furioso cuando aterrizó en el aeropuerto El Dorado de Bogotá, sin paciencia para esperar el equipaje, dejó esa labor en manos

de uno de los escoltas que lo esperaba a la salida de pasajeros. Y su ánimo no mejoró al ver a Miguel hacerle un gesto negativo con la cabeza.

—Hola Gabriel, no sé qué pasa con Melisa, pero está en su casa y dijo que no vendría a recibirte —le soltó preocupado.

—Mierda.

—No sé que pudo haber pasado.

—Llévame allá enseguida.

Con que esas tenemos, pensó. Si ella creía que podía jugar con él, estaba muy equivocada. A lo mejor en una semana habían cambiado sus sentimientos, y mientras él se moría de amor como un soberano imbécil, ella pensaba en olvidarlo.

La punzada que sintió en el pecho le hizo rechazar esa suposición enseguida.

Al llegar a su casa casi brinca del auto. Tocó el timbre y ella le abrió enseguida.

—Ve por tu abrigo —le espetó enseguida, con mirada furibunda.

—No —le contestó ella beligerante.

—Me niego a tener esta conversación aquí —se acercó más a ella. ¡Dios santo! Su olor lo aturdió. Se debatió entre zarandearla o abrazarla y besarla como loco.

—Pues aquí será —le contestó ella en el mismo tono. Era testaruda, no cabían dudas—. No pienso ir a ningún lado.

Gabriel, que ya había aprendido a conocer sus gestos, la miró fijamente unos segundos y le dijo:

—Como quieras —se cerró sobre ella, la alzó del suelo y se la echó al hombro. En tres zancadas ya estaba dentro del auto.

—¡Eres un bruto! —explotó enseguida y añadió—: ¡Un neardental!

—No estoy muy contento que digamos —la miró furioso, el color de sus ojos se había oscurecido y en tono irónico continuó—: Perdona mis modales.

—Suéltame.

Él no le hizo caso.

—¡Miguel, sal del auto! Tengo un asunto que arreglar con Melisa.

Miguel bajó aterrado del vehículo. Gabriel sabía que su comportamiento le era ajeno.

—¿Por qué no me esperaste en el aeropuerto? —le gritó furioso. Se sostuvieron la mirada como los dos contrincantes de un duelo. Tenía tantas cosas que reprocharle que la pregunta del aeropuerto le pareció una estupidez. No había contestado sus llamadas, no le había dicho que lo amaba, no la sentía suya a pesar de lo ocurrido entre ellos.

—No tengo que ir siempre que tú quieras —le contestó con un resoplido iracundo y con la vista puesta en la calle.

Gabriel se percató por el tono de voz, que Melisa, apenas aguantaba las ganas de llorar y se regodeo satisfecho.

Con la mano en la barbilla la obligó a mirarlo y acercó su rostro hasta que quedó a milímetros del de ella. Su corazón se agitó al encontrar los ojos de Melisa. El la tomó de ambos brazos y le señaló:

—¡Estás equivocada! ¡Tienes que ir siempre! —decía con timbre alterado que le daba un tono aún más ronco a su voz—. ¡Debes estar conmigo siempre! ¡Cada minuto de las veinticuatro horas, si es necesario! —La miraba con ojos relampagueantes—. ¡Pero qué diablos estoy diciendo! —La soltó enseguida.

Se sintió estúpido ante una mujer por primera vez en su vida. ¿Qué hacía reclamando el amor de una mujer que parecía no tener los mismos sentimientos que él? Y sin embargo, no deseaba estar en otro lugar. Su olor, su cabello, todo lo idiotizaba y eso lo sulfuraba más.

—Pero yo no puedo decir lo mismo ¿verdad? —le contestó, algo apaciguada al ver la expresión de sus ojos.

—¿Qué quieres decir? —la miró extrañado.

—Sabes muy bien qué quiero decir —respondió dolida—. Mientras yo estoy a tu entera disposición cada minuto de las veinticuatro horas del día, tú sales en revistas con mujeres hermosas y elegantes —le lanzó las palabras con los puños apretados y con tono de voz frío e impasible.

Gabriel observó su actitud digna e indiferente y se sulfuró aún más, pero un destello que le oscurecía la mirada le hizo saber que ella también estaba rabiosa.

—¿Lo dices por eso? —le respondió extrañado. Casi se le ríe en la cara, pero no quería tentar más su suerte—. ¿Estás celosa por una foto que ni recuerdo cuando la tomaron?

—¿Así de concentrado estabas en esa mujer? —La mirada de ojos aguados que le lanzó su Melisa era una advertencia. Ella le haría pagar cada una de sus lágrimas.

—¡Por Dios! ¡Ni siquiera sé quién es esa mujer! Salimos al mismo tiempo, pero no somos pareja.

—¿Cómo puedo saber si me dices la verdad? —susurró, aún dolida, ya sin dignidad y llorándole en la cara.

—Yo no miento, Melisa. Acúsame de lo que quieras, menos de mentirte —le contestó dolido y atestiguó con su mirada, sus palabras.

—No me gusta la manera en que me siento Gabriel —replicó ella al tiempo que negaba con la cabeza—. No me siento una buena persona en

este momento.

Gabriel podía adivinar que pasaba por la cabeza de ella. Estaba seguro de que ella deseaba lastimar, gruñir y arañar. Era celosa, posesiva, pero no tanto como él.

—Esto es tan difícil. Somos tan distintos, es mejor que no sigamos con esto —señaló, atormentada y triste—. Acabemos de una vez, Gabriel.

—¡Melisa, te amo! —dijo de pronto y con intensidad. Hubiera querido hacerlo en otras circunstancias, pero no podía aguantar más—. Eres la única en mi vida, ¡mi amor! —la abrazaba como poseído—. ¡No puedes dejarme! ¡No te lo permitiré!

Acusó la expresión atónita de Melisa.

Gabriel la abrazaba angustiado y eufórico a la vez. Por fin le había dicho que la amaba. ¿Pero, y si no le correspondía? ¿Si para ella era solo un capricho? No podría soportarlo, esta mujer se le había metido en el alma.

—Yo también te amo, hombre imposible.

Melisa suspiró y abrió sus labios a él, en un gesto de rendición que hizo que Gabriel tomara su boca. Las manos de Melisa se elevaron hasta la nuca de él y le prodigaron caricias que atizaron sus deseos. Devoró sus labios, e irrumpió en su boca como deseaba hacerlo desde que le abrió la puerta de su casa. Asustados por la dimensión de locura que estaban tomando sus sentimientos, unieron sus lenguas con desesperación, mordisqueándose los labios una y otra vez, querían imprimir en sus bocas el sabor del otro. Desaparecieron las dudas, los celos, solo eran hombre y mujer, como debía ser.

—Mi amor debemos parar, no quiero dar un espectáculo en frente de tu casa.

Melisa soltó la carcajada, pegó su rostro al pecho de él y le contestó:

—Mira lo que me haces.

Percibió el movimiento de sus labios en su piel. Lo recorrió un escalofrío, con ojos brillantes y mientras le acariciaba el contorno de su cara Melisa continuó:

—Vamos a tu apartamento. Quiero sentirte, mi amor.

Gabriel tomó el rostro de Melisa en sus manos y la besó con todo el poderío del que se sabe dueño. Le comió la boca, la aferró a su cuerpo sin quererla soltar.

—¿Qué me haces? —instó él jadeante—. ¿Por qué contigo pierdo los papeles de esta manera? ¿Por qué? ¿Por qué?

Le abrió la blusa y recorrió con el pulgar la curva del seno hasta toparse con la erguida punta, lo que produjo un gemido en ella. Posó la

cabeza entre los pechos y con la boca tomó posesión de uno de sus pezones. Ansioso, le acariciaba las piernas por debajo de la falda.

—Mi amor, por favor —rogó ella agitada.

Se separó renuente. Esperó a que ella se compusiera la blusa.

—¡Miguel! —Bajó el vidrio tintado del auto y llamó al joven que estaba sentado en una verja. Se acercó enseguida y continuó—: Llévanos volando al apartamento.

Nunca supieron cómo llegaron hasta allí. Gabriel le acariciaba las rodillas, y ella lo retiraba. Trató de calmarse, tampoco quería dar un espectáculo ante el jefe de seguridad. Se contuvo de besarla y acariciarla.

Se bajó del vehículo sin pronunciar palabra. Abrió la puerta del lado de Melisa para ayudarla a bajar. Subieron al ascensor en silencio. No quería acercarse a ella en ese momento o la tomaría enseguida. Con impaciencia observaba los diferentes botones que se iluminaban a medida que el elevador ascendía.

Al llegar al apartamento, Gabriel la arrinconó contra la primera pared que encontró.

—¡Te necesito ahora! —le susurró de forma ronca y brusca en el tono que siempre utilizaba cuando lo invadía la pasión, y mientras, la besaba de forma salvaje.

La ayudó a quitarse el suéter, le subió la falda a la cintura en segundos y le quitó las bragas sin dejar de besarla. Gabriel le aferró con las manos las nalgas que estaban pegadas a la pared. Las acarició y las estrujó a su antojo. Ella respondió con avidez a sus caricias repletas de delirio y desesperación.

—Gabriel...

Solo ella tenía el poderío de encenderlo de forma fulminante con solo pronunciar su nombre.

—¿Qué pasa?

—Te quiero dentro de mí.

Lo único que él hizo fue soltarse el cinturón, bajarse la cremallera y liberar la erección que lo estaba matando. Melisa le agarró el pene con ansiedad, a lo que él gimió con destemplanza. La penetró sin miramientos ni contemplaciones, rogándole a Dios que estuviera lista para recibirlo.

Lo estaba.

Ni le pasó por la mente usar protección.

—Eres tan deliciosa, me estás matando —le decía en susurros ahogados, mientras la embestía fuertemente. Ella le respondía con besos en el cuello, en la quijada y caricias en la espalda hasta que llevó las manos a su trasero, lo que produjo un aumento en las embestidas. Quería

atravesarla, calmar el miedo visceral que sentía de poder perderla.

La agarró por el cabello y le volvió a devorar la boca. Fue bajando por el cuello, con besos intensos, feroces. Era una posición incómoda. Gabriel con los zapatos puestos y los pantalones a la altura de las rodillas, actuaba con una pasión impaciente, totalmente perdido en la sensación de estar dentro de ella.

—Eres como un bizcochuelo de miel, podría devorarte entera —le susurraba pegado a su piel.

Melisa apenas se podía mover, él estaba tan encima de ella que creyó que la iba a aplastar. Ella quería imprimir en sus caricias la magnitud de sus sentimientos, nada le importaba más.

Gabriel no le dio tregua, y entre jadeos y gemidos agónicos, le abrió más las piernas y con un par de embestidas más, la hizo llegar al orgasmo casi enseguida.

Al momento él capituló llegando a un orgasmo con embestidas brutales, que creyó que la iban a partir en dos. Su gemido dio fe de lo que estaba sintiendo y Melisa se regodeó satisfecha. Le había dado placer y se felicitó por ello, su feminidad estaba exultante.

—Perdóname —dijo apenado—, por mi falta de control.

—No tengo nada que perdonarte. No lo hubiera querido de otra forma —le respondió ella extasiada.

—Melisa, Melisa, te amo —la abrazaba quitándole la respiración, mientras la llevaba a la habitación—. Te amo tantísimo —dijo vulnerable.

Ella nunca lo había visto así. Trató de aplacarlo con palabras de amor y suaves caricias.

—Te amo más allá de todo, Gabriel.

Le tomó la cara con las manos y lo besó.

Volvieron a amarse, ya un poco más calmados.

Más tarde asaltaron la cocina y, después de comer, tomaron un baño en la tina. Jugaban en el agua, con las manos entrelazadas.

—Cuando vi esa revista quise morirme —expresó mirándolo fijamente.

—No sé qué decir. Sabes que soy conocido para la prensa. Me retratan en cualquier ocasión.

—No quiero que vuelva a pasar.

—No pasará, te lo prometo. Las únicas fotos que saldrán de ahora en adelante serán las de los dos —concluyó enfático.

—No usamos protección, es la segunda vez que nos pasa —dijo ella impasible.

—Desearía tener un hijo contigo. —La voz oscura en que pronunció su deseo, le erizó la piel de los brazos y las piernas.

—A mí me gusta la idea.

Suspiró satisfecha. No necesitaron más palabras, ambos sabían que se pertenecían.

Salieron de la tina, se secaron mutuamente y volvieron a la cama.

—Tienes la piel suave, sensible —indicó Gabriel observando algunas marcas que le había dejado en su primer encuentro, tan pronto habían llegado al apartamento.

Empezó a besarle la columna y, con una lluvia de besos, bajó hasta sus nalgas, que acarició, besó y mordisqueó a su antojo. Luego le dio la vuelta y empezó a acariciar sus pezones. Con besos suaves llegó hasta su ombligo, que chupó con igual dedicación.

—¿Sabías que eres una trampa de miel? Lista para atrapar a tu oso. Melisa soltó la carcajada.

—Solo a ti se te ocurre decir algo así.

—No eres solo tú la de los datos curiosos.

—Ya veo, pero creo que tendrás que hacer mucha investigación sobre el terreno, tendrás que estudiarlo y trabajarlo —lo miraba sonriente.

—Es cierto, en este momento voy a trabajarlo —y acercó la boca a su centro—. Eres pura miel, la más fina, la más exquisita y delicada, solo para mi disfrute.

Empezó a lamerla y a besarla como si de verdad fuera de miel. Melisa jadeaba. Lo tomó del cabello pegando aún más su cara a ella. Friccionaba todo su sexo en su cara, en su nariz, en su boca, como una desvergonzada. Quería marcarlo como suyo, dejarle impreso su aroma para que ninguna mujer se atreviera a acercarse.

Esos sentimientos le desataron un intenso orgasmo.

Gabriel la penetró enseguida, acomodó la pelvis y se hundió más en ella. Atesoró el momento de la unión con mirada ávida. Hizo lentas las embestidas sin dejar de mirar el punto de unión entre los dos. Ella se debatía desesperada.

—Más fuerte, mi amor —le susurró, con los dientes apretados mientras le acariciaba el pecho.

—¿Cómo? No te oigo —le contestó con mirada oscura y sin aumentar las embestidas.

—Por favor...

—Por favor ¿Qué?

Ella no le contestó. Llevó las manos a su trasero y enterró los dedos en él. Gabriel se tensó, las embestidas, la respuesta de ella y su propia necesidad, le decían que se acercaba la liberación.

—Quiero que nos corramos al tiempo.

Ambos se acercaron al filo del abismo, y con la confianza que da el amor y el ser uno solo, se lanzaron al vacío. Gabriel gruñó perdido en las contracciones de la vagina de su Melisa. Era como una fiebre que lo consumía. Le encantaba sentirla desmoronarse en medio de susurros y temblores. Él llegó a un orgasmo intenso y desesperado. Su corazón galopaba de dicha por saberla suya, de amor por todo lo que le brindaba y de desenfreno porque intuía que con ella siempre sería así. Nunca antes se había sentido poseído de esta manera por una mujer.

Lo tenía en sus manos.

Ella haría de él lo que quisiera y eso lo angustiaba.

La necesitaba hasta para respirar.

Estaba aterrado.

Su nombre de combate era Pablo, y luego de tres años como guerrillero urbano y de su formación en logística y guerra de guerrillas, era el encargado de reunir todos los datos de Gabriel Preciado. Después de una reunión con la cúpula del movimiento en el sur del país, llegó con bríos para empezar a coordinar la Operación-Esmeralda como habían decidido llamar al secuestro del industrial. Era un hombre alto y delgado de cabello rizado y desordenado con una ligera cojera producto de un accidente de auto.

—¿Cuánto tiempo tendré para reunir la información?

—Dos meses —contestó Martín Huertas.

—Necesito dinero, infiltrar gente.

—Calcula los costos.

—Bien. ¿Con cuántos hombres cuento?

—Los que sean necesarios.

Las cosas estaban difíciles en la capital. La guerrilla urbana había sido duramente golpeada en los años anteriores y muchos de sus compañeros estaban muertos, o habían caído presos o peor, los muy cobardes se habían desmovilizado. Tomó otro trago de aguardiente, la botella iba por más de la mitad.

Estaban reunidos en un bar de mala muerte en el centro de la

ciudad. Una prostituta se les acercó, pero ellos la espantaron enseguida. El lugar era ruinoso olía a cigarrillo, orines y cerveza. Pero la noche era su aliada.

—Javier Cortés nos dará alguna información pero no me fio del tipo. Debemos hacerle creer que todo lo que hace nos ayuda, pero la verdadera información será la que reunamos nosotros.

—Está bien, quiero a los mejores.

—¿Sabes el origen de la palabra Okay? —le preguntó Melisa a Gabriel mientras entraban a desayunar a un restaurante de la calle noventa y tres.

Había ido a recogerla temprano a su casa. Aún le molestaba no poder pasar la noche completa con ella, pero pronto solucionaría el impase.

—No amor, no sé —le decía mientras la miraba tomar un jugo de naranja.

—Imagínate que en la guerra civil americana, cuando regresaban las tropas a los cuarteles sin ninguna baja, colocaban en una pizarra cero Kills, es decir, cero muertes. De ahí proviene la expresión para indicar que todo está bien.

Gabriel se tensó ante la mirada de un par de hombres a Melisa y la manera en que se les iban los ojos a su rostro y a sus pechos. Si esas miradas fueran para otra mujer Gabriel ni siquiera se habría molestado, jamás reparaba en las miradas de otros hombres a sus conquistas. Pero con ella era diferente, no deseaba que la miraran y de esa forma tan codiciosa. La quería para él, era el único que la podía contemplar. Se le agrió el genio ante sus rudos pensamientos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Melisa mientras acariciaba el contorno de su cara.

—Nada—. Tomó su mano y la llenó de besos.

Sus caricias lo calmaban. Allí sentado frente a ella, se preguntaba qué poder esgrimía esa mujer sobre él. Lo enervaba y lo calmaba, todo al mismo tiempo. Solo ella era capaz de llevarlo de un extremo a otro. Con su vasta experiencia se percató de que ella era la que sostenía el mango de la sartén en la relación y eso lo mortificaba. Quería revelarse, lo molestaba no tener el control absoluto de sus sentimientos, pero una simple mirada a esos ojos, y su alma se bañaba de luz, de paz. Decidió dejarlo estar no estaba de ánimos para pelear contra la corriente, quería sumergirse en ella.

—¿Cuántos datos tienes recolectados? —preguntó curioso, volviendo al anterior tema de conversación.

—Centenares —respondió ella, mientras el mesero les colocaba el desayuno en la mesa, tostadas francesas, huevos benedictinos para ella, revueltos para él, té en leche para ella, café solo para él.

—Yo también tengo bastantes datos recolectados sobre ti. Algún día te haré un libro.

Melisa lo miró como a un Dios.

—Gracias, amor. Es lo más bello que alguien podría hacer por mí —se acercó y lo besó emocionada.

—Dudo que pienses igual cuando lo leas —señaló él, burlándose de ella.

—¿A qué te refieres? —dejó la tostada a medio camino de la boca.

—Por ejemplo, que roncas cuando duermes bocabajo.

—Eso es mentira —le dijo ella segura.

—Dime la primera persona que reconozca que ronca. —Gabriel reía. Era una mentira, pero quería provocarla. Le encantaba verla mortificada—. Además, cuando te quieres salir con la tuya tienes un gesto especial, aprietas la mandíbula y levantas una ceja.

No sigas. Si no, no me hará ilusión —dijo falsamente dolida.

—Mi amor, no te pongas así, es broma —la miró preocupado—. Verás que te sorprenderá —le acarició la palma de la mano con el pulgar. Luego le preguntó:

—¿Qué más hacemos hoy?

Quería complacerla, consentirla, iba a estar unos días fuera del país.

—Vamos al mercado de las pulgas de Usaquén.

—Allá iremos, mi amor.

Tomados de la mano salieron del restaurante. Estaban vestidos informalmente con jeans, chaquetas de cuero, gafas oscuras. Caminaron un rato. Los guardaespaldas los seguían a distancia prudente. Gabriel observó a una pareja que tomaba fotografías. Había un pequeño niño con ellos, la cara del hombre se le hizo conocida, pero lo descartó de sus pensamientos en el momento en que Melisa lo acercó a ella para besarlo.

Pasearon por todo el mercado de las pulgas, curioseando en los diferentes puestos. Era un mercado pintoresco. Podía encontrarse desde ropa vieja y muebles antiguos, hasta lámparas modernas y portarretratos en diferentes materiales.

Melisa le compró un portarretratos en madera gruesa de color oscuro.

—Vamos a tomarnos una foto y lo colocaremos en la habitación —le dijo emocionada.

—Está bien —contestó él con ternura.

Almorzaron en uno de los restaurantes de la zona y luego, con ella abrazada a su cintura, se dirigieron al apartamento. Gabriel estaba nervioso, tenía algo para ella. Melisa colocó la fotografía en el portarretratos y la puso en la mesa de noche.

Gabriel no sabía por dónde empezar, apenas llevaban cuatro semanas juntos. Estaba nervioso como un demonio y le sudaban las manos. La tomó de la muñeca y la sentó en sus rodillas. Sus ojos vagaron por sus labios que estaban más llenos que de costumbre y de un rojo encendido por los besos que habían compartido minutos atrás. Deslizó la mano por su mejilla “Nunca he acariciado una piel tan suave”. Estaba levemente sonrosada y con la nariz enrojecida debido al sol y al frío que bajaba de las montañas y que quemaba más que cualquier sol caribeño.

Por fin se decidió a entregarle el anillo que llevaba dando vueltas en su bolsillo hacía dos semanas.

—Tengo algo para ti —le dijo emocionado—. En cuanto lo vi supe que debía ser tuyo —le entregó el anillo y le expresó—: Estoy profundamente enamorado de ti.

Ante el pasmo de Melisa continuó:

—¿Quieres ser mi esposa?

Melisa abrió los ojos sorprendida y se le llenaron los ojos de lágrimas. Tomó el hermoso anillo de oro blanco con un diamante de tres quilates, lo miraba anonadada.

—Nunca había tenido algo tan valioso —le dijo ya con las lágrimas rodándole por las mejillas.

—Es una de las muchas joyas que tendrás —contestó él sonriendo mientras llevaba un pulgar a sus mejillas para borrar el rastro de las lagrimas que surcaban su rostro.

—No me refería al anillo, Gabriel —lo miró y con aire solemne continuó—. Me refiero a tu amor. Aunque el anillo es precioso, es tu amor el que me llena. Nunca lo olvides.

El corazón de Gabriel dio un salto de júbilo. Ella lo abrazó, lo besó y le refregó la barbilla azulada con la nariz.

—Le agradezco a Dios todos los días tu presencia en mi vida —le decía con mirada enamorada.

A Gabriel se le secó la garganta, ninguna mujer lo había mirado así jamás. La necesitaba como no había necesitado a nadie más. Ella era su faro en medio de la tormenta. Era su asidero en el mundo cínico y déspota en el que se desenvolvía, necesitaba su candor, su ternura y su pasión. Ella no tenía idea del cúmulo de sentimientos que despertaba en él. Veneraba de igual manera su cara inocente, su cuerpo de infarto y su alma

transparente.

—¿Por qué quieres casarte conmigo Gabriel?

—Por qué te amo más allá de la razón. Porque no puedo vivir sin ti. Porque calientas mi alma de una forma que no creí que existiera. Melisa, sé que soy una persona difícil y a veces siento que no te merezco. Por favor, mi amor, por favor.

Gabriel se frenó antes de decir lo que de verdad pensaba. “Serás mía, llevarás mi nombre”. “Me pertenecerás siempre”. “Me darás hijos”. Se regodeaba ante la sensación de que un simple papel o una ceremonia le dieran ese poder. Aún no entendía por qué ella despertaba al salvaje que había permanecido en su interior durante toda la vida hasta ahora. No quería que nadie la mirara, solo él. En ese momento se contenía de llevarla a la cama y amarla como Dios manda, marcarla con sus caricias. En vez de eso estaba ahí, pendiente de su respuesta.

Le acariciaba el cabello y el rostro mientras ella le sonreía con los ojos aguados.

—Te amo y será un gran honor para mí ser tu esposa. Me has hecho muy feliz.

—Oh, Melisa, no sabes lo que significa para mí todo esto que estamos viviendo—. Le murmuraba mientras la abrazaba con necesidad.

Melisa miraba los hermosos ojos verdes de Gabriel que brillaban de emoción.

—Tienes mi corazón, con tu nombre y tu rostro grabados en él. Y así será siempre.

—Nos casaremos tan pronto lleguen mis padres de Europa. Te llevaré a Barranquilla a conocer a toda mi familia.

Gabriel le hablaba mucho de su familia, de su casa, de nana Rosa y de los diablillos de sus sobrinos, a quienes adoraba.

—Está bien, lo que quieras —le contestó ella embelesada con su anillo.

—Mayor Martínez, tengo algo importante que decirle —le dijo un joven teniente de la policía de la central de inteligencia al oficial superior que estaba sentado detrás de un escritorio.

—Hable, joven —le espetó el Mayor mientras firmaba unos papeles para la autorización de operaciones. Estaban en la central de inteligencia de la policía nacional, en un lugar resguardado de la capital. Pocos tenían acceso al bunker. Las diferentes oficinas contaban con tecnología de punta para cualquier tipo de investigación. Los profesionales, muchos de ellos preparados en el exterior, realizaban un trabajo de inteligencia concienzudo y efectivo.

—Según mis fuentes, la

guerrilla está planeando el secuestro de un pez gordo aquí en la capital.

—¿Cómo se llama?

El joven negó con la cabeza.

—Solo sé que para despistar a inteligencia, están siguiendo a un montón de gente.

El mayor lo miró fijamente, exhortándolo a que continuara.

—Han empezado a llegar algunos mandos medios de la selva.

—¿La fuente es confiable?

—Sí, claro que sí, pero hasta el momento los rumores y las conversaciones oídas a terceros no nos suministran ningún nombre.

—Cite a reunión a última hora de la tarde. No nos podemos dar el lujo de que vaya a haber algún secuestro masivo, o algún atentado.

—No, mis fuentes me dicen que es solo una persona. —El joven continuó—: alguien lo ofreció a la guerrilla. El hecho se perpetrará antes de que finalice el mes.

—No si los atrapamos antes.

Despachó al joven oficial y levantó el teléfono para comunicar la noticia al general.

Al sábado siguiente Gabriel y Melisa tuvieron una discusión por culpa de la visita de ella a la fundación.

Como Gabriel estaba encerrado en su estudio trabajando, Melisa le pidió a Miguel que la llevara al refugio de niños. Llevaba algunos cuentos, colores y una bolsa de dulces.

El gesto de Miguel evidenciaba su desagrado al pisar el humilde barrio.

—Miguel, si quieres puedes entrar a la salita y esperarme allí. Hoy solo estaré dos horas —le dijo ella totalmente inocente, de los pensamientos del joven.

—No creo que lo haga —contestó Miguel y su mirada recorrió todo el lugar.

—No te preocupes. Sé lo que estás pensando, pero me conocen y no pasará nada.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Miguel dubitativo.

Melisa entró y los chiquillos armaron la algarabía de siempre.

Decidió hacer una ronda de juegos con ellos.

“El puente está quebrado, con qué lo curaremos, con cáscaras de huevo, burritos al potrero, que pase el rey, que ha de pasar, que alguno de sus hijos se ha de quedar.”

Después jugaron a la rueda, rueda, y más tarde los sentó para

leerles la historia de ese día. Ayudó a repartir la merienda de la tarde que consistía en un jugo de mango y un pequeño sándwich de jamón y queso que les regalaba una ONG. Recogió los diferentes escritos y les prometió que para el otro fin de semana le daría su opinión a cada uno de ellos. Así como también les dijo que les traería algunos rompecabezas, para armar.

Al llegar al apartamento los recibió Gabriel sonriente:

—¿Cómo te fue, amor? —Se acercó a besarla.

—Bien, muy bien.

Melisa se percató del gesto que compartieron ambos hombres, pero no les prestó atención.

—Amor, ¿aún queda postre napoleón del que me hiciste ayer?

—Sí, claro, les traeré un poco —y salió para la cocina con la tranquilidad del que ha hecho una buena obra.

Al volver cinco minutos después, Gabriel la observó en silencio, con una expresión de dureza que borró la sonrisa de ella y las ganas de bromear y contarle su jornada con los chiquillos.

Miguel ya se había retirado.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Miguel?

—¿Por qué no me dijiste a dónde ibas? —le espetó furioso.

—Porque no preguntaste. Y además pensé que ya sabías que todos los sábados voy a la fundación —le contestó confundida.

—No puedes volver a ir allá —le señaló terminante.

—¿Por qué? —preguntó ella, ya con el gesto de obstinación que Gabriel había aprendido a conocer.

—Porque es peligroso. No quiero que te pase nada.

—No es peligroso para mí, me conocen y...

Gabriel la interrumpió.

—Me importa un bledo que te conozca hasta el último habitante de ese barrio. ¡No vas a volver y ya está!

—Tú no puedes darme órdenes porque sí. Si quiero ir, pues voy —contestó furiosa.

—¿Y qué carajos pasa conmigo? Si algo te llegara a pasar...

Melisa se percató de la mirada llena de temor que pobló su semblante. Se acercó, se puso en punta de pies y le dio un breve beso en la boca. El no se lo devolvió. La mirada tormentosa de Gabriel, le dijo que no cedería un ápice. Pues ella tampoco. Se separó de él. Gabriel la aferró de ambos brazos y aplicó presión con los dedos en la carne.

—Puedes hacerlo en otro lugar.

—Esos niños me necesitan. Les doy mi tiempo porque han sufrido mucho. ¿Crees que los voy a dejar por un capricho tuyo?

—¡Debes hacerlo! Pronto serás mi esposa, tu seguridad es más importante que cualquier otra cosa. —Gabriel se calmaba y se enfurecía de nuevo. Aflojaba el amarre y luego presionaba otra vez—. ¡Es que no te das cuenta! Al pasar a formar parte de mi familia pasas a ser blanco de la gente que tiene cubierto en sangre este país —explotó él, al tiempo que la soltaba y caminaba de lado a lado de la habitación.

—Por pasar a ser parte de tu familia no puedo renunciar a mis responsabilidades —lo miró dolida—. ¿Eso es lo que quieres? ¿Qué me dedique a recorrer las boutiques gastando tu dinero? ¿Qué me llene de cosas lujosas?

—¿Por qué no? —le contestó arrogante—. Como mi mujer puedes hacerlo.

—A mí esas cosas me importan una mierda —lo miró enfurecida—. Si eso es lo que buscas, estás con la mujer equivocada.

Tomó los dibujos y relatos de una carpeta, los había observado en el auto. De pronto se los pasó a Gabriel, que, algo renuente, los recibió.

—¿Crees que puedo darle la espalda a un hermoso niño de siete años? —Melisa lo miraba decepcionada—. Un niño que vio morir a su padre y a otros hombres del caserío en el que vivían, atacados a machetazos, y cuyo hermano mayor no habla desde ese día.

—Lo siento —dijo él.

—¿Crees que voy a dejar de ir? Cuando esta pequeña de nueve años —señaló a la niña de la foto—, vio cómo quemaban la casa de al lado con la gente dentro, y les dieron cinco minutos para perderse por el camino, alejándose de todo lo que era importante para ella.

—¿Qué quieres que haga?

—No te estoy pidiendo nada, simplemente no voy a dejar que el hecho de estar contigo me impida ejercer mi responsabilidad social.

Dios santo, si la perdiera, ya nada tendría sentido para él.

Ella no entendía que por involucrarse con él ya no podía seguir con su vida de antes. Que debía tener un esquema de seguridad. Que ella era ahora objetivo de delincuentes, guerrilleros o paramilitares; en fin, de todo aquel que pudiera sacarle tajada a él y a su familia.

—¡¿Y tu responsabilidad para conmigo, qué?! —espetó él de pronto. Quería ser lo primero en la lista para ella. Lo volvía loco pensar que para ella hubiera algo más importante que él.

—Tú eres mi vida, Gabriel. Eso no lo pongas en discusión. No tienes que pelearte con mis deberes.

—Te oigo y no parece que yo fuera lo más importante.

—Me gusta lo que hago. Necesito que ames esa parte de mí, lo necesito de veras Gabriel —lo miró seriamente.

Gabriel sabía que si no cedía corría el riesgo de perderla, quizás no hoy, pero sí más adelante. Se tragó su indignación al darse cuenta del poder que con sus acciones ejercía sobre él, pero también tenía que ser sincero consigo mismo. Todas esas contradicciones era lo que amaba de ella, porque era distinta, porque no se moría por su dinero ni por su poder. Lo amaba por el hombre que era en conjunto y él necesitaba ese amor.

Lo necesitaba con desesperación.

—Está bien, tú sabrás lo que es mejor —ella iba a decirle algo, pero él la silenció, colocó un dedo en sus labios decidiendo finalmente—. Pero tendrás un esquema de seguridad cuando vuelvas para allá, y eso no es negociable—. Tendría que hablar con Miguel, destinarle un par de escoltas, tal vez se había demorado en hacerlo, si algo le llegara a ocurrir... Por más que en ese momento ella había accedido para contentarlo, la conocía y sabía que el que aceptara algo de seguridad sería un dolor de cabeza.

—Me conformo —se acercó a él—. Y ahora... ¿quieres postre o tienes en mente otra cosa? —lo miró anhelante.

—Quiero el postre y otras cosas —la miró, sonrió y acercó su boca al oído de ella y le susurró con voz ronca y sensual—. Es más, creo que tomaré el postre mezclándolo con algo de miel.

Melisa se estremeció ante el sonido de su voz. Le sonrió y alzó la cabeza para recibir su beso.

Martín Huertas se citó con Reinaldo Acero alias “Pablo” en un centro comercial al occidente de la ciudad.

—Q’hubo hermano.

—Q’hubo —contestó Martín, mientras subían la escalera eléctrica del centro comercial que desembocaba en una plazoleta de comidas.

Se dirigieron con andar pausado a una de las mesas. Era sábado, día familiar. Había parejas y niños por todas partes. Martín había escogido ese sitio por la cantidad de gente que pululaba alrededor, las promociones

de sus almacenes y la música estruendosa de un concurso para chiquillos que organizaba el centro comercial. Eran totalmente ignorados. Al observarlos nadie diría que pertenecían al grupo terrorista más sangriento del país. Minutos después, se acercaron a un puesto de hamburguesas y pidieron dos combos. Se instalaron en una de las mesas minutos después con el par de bandejas.

—¿Cómo va todo? —inquirió Martín.

—Javier piensa que tiene todo en sus manos, pero ya tenemos fichado el objetivo.

—Bien.

Martín le dio un mordisco a la hamburguesa y bebió del vaso de refresco.

—Aunque me pregunto, ¿no sería mejor darle al Preciado donde más le duela?

—Explícate —se limpió Martín con una servilleta.

—Podríamos secuestrar a la mujercita. Se ve que está encoñado.

—No seas estúpido, eso se pasa, y nos encartaríamos con la mercancía.

—Me preocupa el tal Javier.

—No es problema. Si algo falla, pues lo silenciamos y listo.

—Esperemos que no meta la pata.

—Lo necesitamos.

—Sí, tan pronto bajen la guardia, Preciado estará en nuestras manos.

—¿Ya escogiste la gente para el trabajo?

—Claro —le contestó Reinaldo enseguida—. Tengo todo listo.

—Bien.

—El único problema es la salida de la ciudad.

—Ya cruzaremos el río cuando llegemos a él.

CAPÍTULO VIII

La unión

El sábado siguiente contra todo pronóstico, Gabriel la acompañó a la fundación. Melisa no lo podía creer. Le había dado dinero para comprar regalos para todos los niños. El despliegue de seguridad fue apabullante. La gente del barrio se apostó a la salida del lugar como si hubiera llegado una estrella de cine. Los chiquillos los rodearon y brincaron alrededor de él, felices por su compañía. Melisa estaba tan contenta de tenerlo en el

lugar que casi brincaba con los niños. Minutos después, hizo las presentaciones y acomodó los paquetes encima de una mesa. Varios niños se acercaron y acariciaron los envoltorios. Una de las voluntarias los reprendía. Melisa quería repartirlos después de la lectura de cuentos, pero las caritas ansiosas, la hicieron desistir de sus propósitos y los compartió enseguida.

María Teresa se acercó a ella en un momento en que Gabriel ayudaba a un par de chiquillos a armar unos helicópteros y exclamó:

—¡Es muy guapo tu hombre!

—Sí.

—Se te nota el amor.

Ella soltó la carcajada y se acercó a él, feliz. Después de los juegos se sentaron a escuchar a Melisa.

Gabriel la observaba mientras leía el cuento al grupo. Con una dulce voz les relataba la historia de un sirviente llamado Juan. Los mantenía embelesados.

“Juan sirvió durante siete años a su amo, y cuando cumplió el tiempo de su trabajo le dijo:

—Mi amo, ya he cumplido y quiero volver a casa a ver a mi madre. ¿Me da el sueldo?”

No podía dejar de mirarla. Con un sencillo jean y un buzo color negro, zapatillas de cuero color gris y una mochila indígena de varios colores que descansaba a su lado, parecía apenas recién salida de la adolescencia.

—Así es siempre —le dijo María Teresa—. No entiendo qué les hace. Los hipnotiza, creo que podría estar contando la historia más cutre del mundo y la mirarían igual.

“—Esto de montar a caballo es una broma pesada; sobre todo un animal como este, que al menor descuido te tira y estás a un tris de romperte la cabeza.”

Se oyeron las risas de los niños.

Lo subyugaba el sonido de su voz, el movimiento de sus manos. Era la primera vez que la veía en una actividad diferente a todo lo que compartía con ella. Lo invadió un deseo arrollador que, mezclado con el orgullo, le alteró el pulso. “Es mía” caviló posesivo al observar las miradas de los chiquillos y la sonrisa que ella les brindaba. “Es mía”. No quería pensar que sería de su vida donde algo le llegara a pasar. El humilde barrio al que habían ido podría ser un problema a la larga, pero tenía la certeza de que Melisa se rehusaría a dejar el sitio.

Se despidieron una hora más tarde. Los chiquillos abrazaban a Melisa y Gabriel se sintió un cretino por tener celos de las sonrisas, los besos y las caricias a los cachetes o a la cabeza a uno u otro chico.

Hicieron el trayecto al apartamento en silencio. Melisa se recostó en su hombro todo el recorrido.

Alquilaron una casa pequeña al occidente de la ciudad en un barrio de clase trabajadora llamado Fontibón. Hasta apenas dos meses atrás había vivido allí una familia compuesta por cinco personas. Martín Huertas y Reinaldo Acero se instalaron enseguida, al otro día llegaron un par de mujeres guerrilleras que se harían pasar por sus respectivas esposas. En el barrio serían dos parejas de esposos trabajadores de alguno de los cultivos de flores de las afueras de la ciudad. Lo que les había llamado la atención de la vivienda era el pequeño sótano al que se llegaba por una puerta de la cocina. Ahí podrían tener la mercancía sin problema mientras la sacaban de la ciudad.

En el garaje ya estaba el camión que habían comprado días atrás en la plaza de mercado del siete de agosto al dueño de un local de verduras y frutas. En quince días llegarían algunos mandos de la selva, no serían más de cuatro, los harían pasar por hermanos que venían a trabajar. El resto estaría en otro lugar. Se integraron a la comunidad en pocos días y sin despertar sospechas. Salían en la madrugada y llegaban en la tarde. En la noche se dedicaban a adaptar el camión con el que sacarían al industrial de la ciudad.

Sonó el timbre. Una mujer se asomó por la ventana.

—Hola mi amor, ya bajo a abrirle —dijo Zaida Martínez a Martín Huertas cuando llegó a la casa.

—Es que dejé las llaves, mi vida.

—No importa, ya bajo.

Era una mujer acuerpada y trigueña, con el cabello ondulado y fríos ojos negros. Vestía con jean y camiseta, tenía varios escapularios al cuello y pulseras de hilo en las muñecas.

Hablaban en tono alto para que los vecinos los escucharan.

El hombre entró con una maleta, que contenía parte del armamento que se utilizaría en el secuestro. Una ametralladora, dos fusiles AK-47, un fusil M-15, un par de pistolas y varias granadas de mano.

Al rato llamó Reinaldo.

—Sí.

—Ok.

Desconectó sin despedirse.

—¿Qué pasó? — preguntó Zaida.

—Buenas noticias. Ya conseguimos infiltrar a uno de los nuestros en la celaduría del edificio. El tipo enfermó y estará ausente dos semanas. El nuevo vigilante pasó las pruebas sin problema, así que a trabajar.

—Bien.

Reinaldo Acero entró en la iglesia de Lourdes en el barrio Chapinero de la capital. Estaba casi vacía, con tres o cuatro feligreses en diferentes lugares. Unos pasos retumbaron en el lugar. Esperó. Un hombre joven se acercó.

—¿Lo tiene?

—Sí —contestó el aludido.

Reinaldo lo miró: era un hombre bajo, moreno, muy, muy joven, de pelo lacio y mechón en la frente, poco dado a las palabras y a las sonrisas. Cada día son más jóvenes, caviló para sí.

Este golpe era su obsesión. Cada detalle le quitaba el sueño, necesitaba de la precisión, lo que lo hacía ser un déspota en el trato con los demás. Gabriel Preciado representaba todo lo que odiaba de esta maldita sociedad. Pronto tendría su merecido, así como su maldito grupo económico.

El joven le entregó un paquete pequeño; era un sobre de manila algo abultado y se alejó sin despedirse. Se levantó del asiento sintiendo el dolor en su pierna y salió del lugar sin mirar a nadie.

Gabriel estaba estresado.

De las siguientes reuniones dependía el éxito de sus tres meses de gestión. Lo de la mina de carbón era un hecho, pero había algunas cláusulas que discutir y, a su saber, eran las más importantes.

En siete días vendrían a Bogotá varios extranjeros: dos norteamericanos y un mexicano. Los norteamericanos pertenecían al banco estadounidense que avalaría el proyecto, y el financista mexicano sería otro de los socios capitalistas.

Su padre llegaría en doce días y Gabriel quería tener todo a punto.

Y Melisa no llegaba...

No sabía qué la había demorado.

Decidió leer un libro, pero recibió una llamada de su asistente y se pasó el tiempo dándole instrucciones.

Sintió abrirse la puerta del ascensor y se puso de pie de un salto al percibir los pasos de su amada, seguidos por su hermosa presencia que aún le oprimía el corazón.

—¿Dónde estabas? —le preguntó afanado. —¿Por qué demoraste

tanto?

—Disculpa, amor. Me entretuve con Carolina, tomamos un capuchino y se me pasó el tiempo —se acercó a él, le echó los brazos al cuello y lo besó.

—¿La misma Carolina de Cartagena? —inquirió curioso. La abrazó, estaba helada, le tomó las manos y las masajeó, sopló sus palmas para hacerla entrar en calor.

—Sí, la misma —contestó tranquila. Se sentó en una silla y empezó a quitarse las botas. Gabriel enseguida acudió en su ayuda. Empezó a masajearle los pies.

—¿Ya la perdonaste?

—Pues claro, me hizo un gran favor, ¿no te parece? —le respondió, y estiró los dedos de los pies sonriéndole.

—Hace un frío atroz y no ha parado de llover —le dijo él, acariciándole las piernas—. Debes cuidarte más, estas helada, no quiero que te enfermes.

—No me enfermaré. No te imaginas el sacrificio que será salir después con este frío.

—Pues no salgas —le contestó Gabriel.

Melisa se mordió un labio y lo pensó.

—No puedo, amor, lo sabes bien —lo miró apenada.

—No tolero más esto —se levantó de golpe—. Ponte las botas. Vamos a hablar con tus padres ya.

—¿Y de qué vas a hablar con ellos, si se puede saber? —lo miraba inquisitiva.

—No es nada que te pueda molestar —le sonrió—. O al menos eso creo.

—Explícate —insistía ella mientras se colocaba las botas.

—Casémonos mañana por lo civil —la miró pendiente de su reacción y, antes de que replicara, continuó—: Mis padres llegan en doce días. Entonces organizaremos la boda por la iglesia, pero por lo menos ya estaremos casados por lo civil y no nos separaremos más —le decía al tiempo que salía del vestier con un abrigo y una bufanda.

Melisa con gesto descomedido de ojos abiertos como platos y boca separada, se quedó mirándolo turbada. Corrió hacia él y lo abrazó. La boca de ella buscó la de él y entre labios y respiraciones agitadas le susurraba: —Sí, sí, amor de mi vida. Sí, quiero.

—¿Estás de acuerdo? —preguntó, como si ella no le hubiera respondido segundos atrás.

—Me parece perfecto —lo siguió hasta la puerta del ascensor—. ¿Y

si no les gusto?

—¿A quién? —levantó una ceja incrédulo por pensar que a alguien no le fuera a gustar la mujer que le había robado el corazón.

—A tus padres —interpuso ella, con voz contrita e insegura.

—A ellos les encantarás, tenlo por seguro.

Mariela y Luis Eduardo quedaron pasmados. No sabían qué decir. Ya estaban al corriente de la proposición de matrimonio, pero esto...

—Melisa, ¿me estás ocultando algo? —preguntó el bueno de Luis Eduardo, y sin rodeos continuó: —¿Tendrá nombre en unos meses este afán de ahora?

Gabriel se sonrojó, comprendía la preocupación de los padres de Melisa, a veces se arrepentía de lo impetuoso de sus acciones, pero en esto no, nunca había estado tan seguro de algo en toda su vida. Los padres de Melisa eran unas buenas personas, y entendía las aprensiones del padre, pero necesitaba a su Melisa casi como al aire para respirar, era la única mujer que había tocado su alma y la había estrujado al derecho y al revés, y lo único que deseaba era hacerla feliz.

—No, papá —le contestó ella. Faltaban algunos días para su período—. Solo queremos estar juntos y deseamos su bendición.

—Hija, te agradezco el gesto. Sé que ya eres mayor de edad y no necesitas de nuestro permiso para vivir tu vida. —Luis Eduardo miró a su esposa, y ésta enseguida dijo:

—Es un gran paso, van a iniciar una nueva vida juntos. Espero que el amor les sobre y les baste para todo lo que tendrán que vivir en su vida matrimonial.

—Gracias mamá.

Mariela los observó emocionada y aprensiva a la vez.

—Mi esposo y yo les deseamos toda la felicidad del mundo.

Se levantó, abrazó a su hija y a su yerno. Luis Eduardo hizo lo mismo, y después se dirigió al sitio donde guardaba el licor.

—Mariela, trae unas copas —le señaló a su mujer—. Abriré la champaña, parece que llegó la hora de celebrar.

Brindaron con champaña, charlaron un rato más y después Gabriel se despidió. Ya en la puerta, agarró a Melisa por la cintura y, hablándole al oído, le dijo—: ¿No puedes dejar una ventana abierta? Me colaré sin hacer ruido —a Melisa se le pararon los pelos de la nuca ante la sensualidad de su voz. Lo adoraba.

—¿Estás hablando en serio?

Gabriel rió.

—Es broma, amor. Tengo muchas cosas que planear. Mañana te

llamo temprano.

Le dio un profundo beso y se fue.

Gabriel casi no durmió en la noche, preparando todo para el día siguiente. Miguel llegó a las seis de la mañana y ya Gabriel estaba listo para empezar su día.

—Anoche llamé a Efraín Guerra —era el notario de la familia en Bogotá—; debes llevarle estos papeles.

Los papás de Melisa le habían entregado una serie de documentos la noche anterior.

—¿No es algo sorprendente? ¿Qué dirán tus padres?

—Ya estoy grandecito como para pedir permiso. Envías a Fernando que recoja a Melisa y que la lleve a esta dirección —le pasó la dirección de un elegante salón de modas al norte de la capital—. Quiero que escoja su vestido, no importa el precio. Después le dices que la lleve al salón de belleza que ella elija. Aquí tienes mi tarjeta. Lo que ella quiera, ¿ok?

—Sí, claro. Se hará lo que tú digas. Me alegró por ti, es una buena mujer, y muy hermosa además—. Se dirigió a la puerta y con gesto burlón le espetó: —Te tiene comiendo de su mano.

Gabriel simplemente sonrió.

Fernando recogió a Melisa a las ocho. La llevó a la boutique donde ella escogió un sencillo vestido color beige ante la mirada impávida de las vendedoras, que le mostraron todo tipo de creaciones. Como la boda se realizaría al medio día, el vestido era a la rodilla, sin breteles en una seda fría, ajustado a la cintura, con una delicada chaqueta corta del mismo material, medias transparentes y zapatos de tacón alto de color beige.

Melisa no se acostumbraba, a gastar el dinero de esa forma, pero no escatimó ese día porque era el más importante de su vida y quería estar deslumbrante para él.

Luego fue al salón de belleza donde se realizó un baño de novia que la relajó y le dejó la piel más suave aún. Se despuntó el cabello después de un masaje y se lo cepillaron liso. El maquillaje era suave y elegante a tono con el vestido, la hora y la ocasión. Se vistió enseguida.

Se dirigió a la notaría donde estaban todos reunidos. Miguel, y una tía suya, hermana de su madre, serían los padrinos.

Estaba muy nerviosa. ¿Y si algo salía mal? ¿Y si todo era un sueño y de pronto se despertaba en Cartagena? No quería ni pensarlo.

Su padre la recibió en la puerta de la notaría con expresión orgullosa y emocionada, entraron del brazo al recinto.

—Ojalá pueda llevarte pronto así a la iglesia —y le dio una palmadita en la mano para tranquilizarla.

El salón de la notaría donde se iba a celebrar el matrimonio, estaba arreglado para la ocasión. Melisa se dio cuenta de que todo había sido obra de Gabriel. Estaba adornado con rosas blancas, lirios y astromelias. Su madre le entregó el ramo de lirios, narcisos y rosas blancas.

Gabriel ya estaba allí. Quedó sin respiración al verla. La amaba de forma desesperada, la necesitaba para sentirse vivo. Sería mía ante Dios y ante los hombres, sonrió con orgullo, y su mirada verde, dominante y concentrada hablaba por su corazón.

No dejó de mirarla hasta que llegó a él. Ella era la mujer que encarnaba un sinfín de sentimientos contradictorios: el profundo amor, la pasión, la vulnerabilidad y la ambición por poseerla.

La ceremonia fue corta pero intensa para los contrayentes. Intercambiaron los votos matrimoniales y, en un santiamén, Melisa Escandón pasó a ser Melisa Escandón de Preciado. Firmaron emocionados.

Los invitados aplaudieron emocionados.

Salieron como marido y mujer a celebrar en una pequeña trattoria italiana cuyo dueño era un italiano amigo de Gabriel. Les había separado un saloncito privado donde podrían disfrutar del festejo sin curiosos alrededor.

—Gabriel, qué alegría verte —se acercó un pequeño hombre de unos cuarenta años, calvo y de bigote, algo rollizo y de mirada bonachona.

—Vittorio, amigo, hacía tiempo que no nos veíamos.

—Pero qué tenemos aquí... —miraba a Melisa con curiosidad.

—Te presento a mi esposa —dijo Gabriel solemne, mirándola con orgullo.

—Bienvenida, signora, es un placer. Es usted muy hermosa. Los felicito.

Los guió hasta la puerta del salón. Adentro había una larga mesa adornada con jarrones de flores como centros de mesa y manteles de lino blanco. Era una mesa especialmente preparada para la ocasión. Allí se acomodaron, junto con los papás de Melisa que estaban felices por su hija, Miguel y la tía Raquel, que estaba sorprendida del magnífico hombre que se había llevado el corazón de su sobrina.

Almorzaron en medio de succulentos platos italianos y bebieron el mejor vino de la casa. Gabriel estaba feliz, brindó junto con su suegro con la botella de más fina champaña del lugar. Vittorio se acercaba cada tanto para bromear con ellos. Finalmente hizo un brindis deseándoles toda la dicha conyugal.

Se despidieron rato después.

Gabriel tenía una pequeña sorpresa para su flamante esposa. Como no podía salir de viaje de luna de miel, se tomaría dos días de vacaciones. Deseaba llevarla a una cabaña que tenía en la playa, cerca del parque Tayrona en la bahía de Santa Martha.

Volaron en la avioneta de la empresa. Llegaron a la cabaña al anochecer.

Gabriel sabía que la casa era pequeña y sencilla comparada con lo que Melisa había conocido de él hasta ahora.

—Es preciosa.

De las manos de su marido, la recorrió de arriba abajo.

Estaba construida en madera, con un techo de paja. En el hall había una escalera que daba al segundo piso, donde había un balcón con una bella hamaca blanca. Luego recorrió la sala, cómoda y con grandes ventanales que daban al mar, el comedor en madera lisa y la cocina integrada al ambiente. Se subía tres escalones en madera que llevaban a las dos habitaciones que poseía la cabaña. La habitación principal tenía un techo alto y una cama grande con un pequeño armario para la ropa, una mesa y un espejo. El olor a mar recorría el ambiente. Oyeron a lo lejos las olas susurrantes, las ráfagas de viento que se movían silbantes entre las hojas de las palmeras.

—Me encanta —le decía feliz, yendo por todos lados y curioseando el baño y el paisaje por la ventana.

—Sabía que te gustaría —la abrazó por detrás—. Te amo. ¿Sabías que cuando te conocí soñé con traerte a este lugar?

—No te creo —le dijo ella pegándose más a él—. ¿Por qué lo dices?

—Porque estamos completamente solos. Porque podremos hacer el amor en la playa. Todo este tiempo he soñado con hacerte el amor en la arena del mar, con las olas lamiendo nuestros pies.

—Vaya, sí que has tenido tus fantasías —le dijo en broma y se volvió hacía él.

—Todo el tiempo.

La miró, y lo que vio lo emocionó. Podía leer en sus ojos.

—No te he hecho mis promesas. Éste es el momento —dijo echándole los brazos al cuello.

Él la miraba. Se le había enredado el pelo, algunos mechones estaban pegados a su cuello, estaba sonrosada y sudada por el cambio de clima. Lucía absolutamente adorable, lanzó una mirada a sus hombros que estaban reclamando sus besos. Gabriel observaba atentamente su boca y volvió la mirada a sus ojos. La pegó más a él.

—Gabriel Preciado Lavalle, prometo hacerte feliz y despertar a tu

lado todos los días de nuestra vida. Darte los hijos que Dios tenga a bien mandarnos. Serte fiel y leal. Ser tu solaz cuando vuelvas a casa de luchar contra el mundo. Amarte y adorarte porque eres mi vida.

Gabriel le susurró con voz entrecortada:

—Te amo, Melisa Escandón, y prometo amarte y respetarte todos los días de mi vida, y que nunca te arrepientas de haberme entregado tu corazón.

Y ahí, en medio de la noche, con la luna y el mar como testigos, entrelazaron sus almas con hilos de promesas y sentimientos.

—La mercancía voló.

—¿Cómo así que voló? —espetó Reinaldo, alias “Pablo” al hombre que lo miraba con temor.

—Él salió al medio día de la casa y se casó en la notaria con la mujercita.

—¿Y?

—Estuvieron en un restaurante, luego salieron y se dirigieron a una pista pequeña en el norte. Tomaron una avioneta pero no pude averiguar hacía donde...

Pablo se abalanzó sobre el mensajero y le propinó una trompada en la mandíbula y otra en el estómago que lo tiró al suelo. El muchacho lo miraba aterrado.

—Déjalo hablar —profirió Martín que observaba indiferente la escena.

—¿Qué mierda es eso de que no pudiste averiguar?

—Nadie dice nada. Traté de hablar con una recepcionista pero no soltó prenda.

—¡Hay que hacer hablar a alguien! —Pablo pensaba que la oportunidad de secuestrar a Gabriel en otro entorno simplificaría las cosas—. ¡Pedazo de mierda no fuiste capaz de camelear a una simple mujer!

—Yo me haré cargo —sentenció Martín.

A Marín Huertas no le agradaba mucho trabajar con “Pablo”. Era demasiado volátil, una persona así podría arruinar las cosas. Pero ya era tarde para quejarse con alguien. El tiempo corría en contra de ellos y aún no habían fijado la fecha del secuestro. Averiguaría a donde había ido mañana a primera hora, si no con la recepcionista con alguna otra, se le daban bien las mujeres. Observó a Zaida, hasta ya se había acostado con ella. Sí, mañana sería un día ajetreado.

Martin Huertas observaba con unos prismáticos el pequeño aeropuerto del que había despegado la avioneta el día anterior. Estaba en

un automóvil a varios metros de distancia. Su objetivo, la recepcionista estaba sentada detrás de un escritorio. Escrutó el resto del lugar, desde las oficinas hasta la pista. Había observado dos aterrizajes, pero ninguno había dejado pasajeros en el lugar. Habían guardado las avionetas. Decidió irse por los mecánicos, era menos desgastante. Ellos salían en ese momento y se dirigían a una caseta de comida. No tendría una mejor oportunidad que esa.

Miguel Robles cerró el diario de la mañana. Los rayos del sol irrumpían por la ventana e iluminaban la mesa de comedor, estaba en su apartamento. Desayunaba café en leche, huevos con jamón y un plato de fresas. Su instinto le decía que algo andaba mal, pero no podría asegurar qué. Primero: había sido la llamada de su amigo de inteligencia de la policía que le comentó de un posible secuestro que estaba fraguando la guerrilla en la ciudad. Eso no era nada nuevo, con esos cabrones siempre debían ir con cuidado. Lo segundo era el cambio de vigilante en el edificio donde vivía su jefe. Nadie le había notificado. Había investigado al hombre sin encontrar nada fuera de lo común, pero algo en su mirada no le inspiraba confianza. Y en tercer lugar estaba la ida de Gabriel a Santa Martha sin escoltas. El creía que estaba sin escoltas, pero Miguel era zorro en su trabajo y había mandado a unos cuantos detrás de él, luego estaría protegido sin que se percatara. ¿Entonces por qué tenía esa sensación de sentirse acechado, vigilado?

Rato más tarde cavilaba sobre la llamada de su amigo oficial. Debería redoblar la seguridad, traer más gente de Barranquilla, pero probablemente a Amparo, la hermana de Gabriel, no le haría mucha gracia. La seguridad de los extranjeros no sería problema pero no quería descuidar a Gabriel.

CAPÍTULO IX

La Convivencia

Gabriel despertó solo en la cama. Con una sonrisa en los labios recordó la noche anterior. Se habían amado hasta la madrugada.

Se levantó, se colocó una pantaloneta y se dirigió a la parte de abajo. La descubrió en la playa sentada en un tronco, llevaba puesto el vestido de baño, observaba el mar. Se acercó lentamente, sin quitarle la mirada, y una dicha plena lo invadió. Era su mujer, su amor. Y con un fuerte sentimiento de posesión llegó hasta ella.

Melisa sonrió y volteó a mirarlo.

—Buenos días, marido mío —le ofreció la mano para que se sentara al lado de ella.

—Buenos días. ¿Huyendo de mi lado tan pronto? —se acomodó al lado de ella. Tenía la boca voluptuosa, hinchada por sus besos.

Ella rió:

—No, estabas profundamente dormido y yo no podía aguantarme. Quería ver el amanecer. Es hermoso.

—Sí, todo lo que estoy viendo es hermoso.

—Es un momento perfecto.

—Sí, totalmente de acuerdo —le acarició el cuello, justo en el sitio donde le había hecho un chupetón. Tenía la piel tan delicada...

—Vamos por un chapuzón.

—El que llegue último hace el desayuno.

—Es una apuesta.

Melisa salió corriendo. Él la dejó ganar. Prefería un buen vistazo a su trasero corriendo por la playa. Estaba dispuesto a preparar diez desayunos con tal de observarla. No entendía esa urgencia por fundirse en ella.

La noche anterior le había susurrado cosas que nunca le había dicho a ninguna mujer.

—Eres pura miel —le había dicho mientras bajaba por su vientre y se apoderaba de su centro—. Estás tan húmeda y al rojo vivo. Y enterraba su boca en ella saboreándola hasta la locura, hasta que sus gritos llenaban la habitación.

Vivía solo para oír sus gritos de placer.

—Me tienes loco —le susurraba y volvía a la carga embistiéndola—. Estoy loco por ti, te amo. Siéntelo amor mío, siéntelo en la forma en que te beso, no puedo apartar mis manos de tu cuerpo... ¿Te das cuenta? Muero de amor por ti. Y cuando estoy en tu interior, no tienes idea. Dios, es tan delicioso.

Y con esas palabras llegaron juntos al orgasmo, mientras él continuaba susurrándole sus letanías de amor.

Allí en la playa, mientras la observaba correr hacia el mar, sentía un estrujón en el corazón. Se habían mirado todo el tiempo, cuando habían hecho el amor la noche anterior.

Caminó a paso rápido hasta alcanzarla, la abrazó y la tumbó en el agua, besándole el cuello, sobándole los pechos, pero ella estaba resbaladiza como un pez y se liberó de su abrazo y corrió fuera del agua.

—Ajá, con que esas tenemos. No sabes lo que acabas de hacer —corrió detrás de ella para darle alcance.

—No será tan fácil —retrucó ella tomando impulso otra vez. Reía a carcajadas. Su marido cogió un puñado de arena.

—Oh no, eso es jugar sucio —le decía mientras él la alcanzaba y le refregaba la arena en los pechos y en la espalda. Ya tenía la respiración agitada y no era precisamente por la carrera. Empezó a refregarse en ella—. ¿Te rindes? —le preguntó con voz agitada.

—Nunca —se soltó como pudo, agarró un puñado de arena, y se la mandó con fuerza, cayéndole en el cuello y el pecho.

Él la asió del brazo otra vez y la pegó a su cuerpo. Se miraron jadeantes antes de terminar los dos en la arena.

Gabriel ya no estaba jugando.

Rato después, jadeantes y sucios de arena, se jugaron en una pequeña ducha que había a un lado de la cabaña.

—Tengo arena donde no te imaginas —dijo Melisa.

—Sí, lo sentí —dijo sonriéndole—. No te preocupes, te haré una limpieza exhaustiva.

Melisa soltó la carcajada. Era inmensamente feliz. No cambiaría esos momentos por nada en su vida.

Momentos más tarde, Melisa iba por la cocina de un lado para otro, preparaba el desayuno: ensalada de frutas, café solo, arepas con queso y huevos revueltos. Gabriel la miraba extasiado.

—¿Qué miras? —le preguntó curiosa.

—A ti. —Le encantaban sus movimientos, la manera en que fruncía el ceño cuando realizaba alguna labor—. Se supone que era yo el que tenía que preparar el desayuno.

—No, es nuestro primer desayuno como marido y mujer —lo miró con una risa picara—. Debo atender a mi maridito —dijo cambiando el tono de voz—. Es lo que hace una buena esposa.

—¿Quién lo dice?

—Mi abuela.

—Sabia mujer.

—¿Tienes hambre? Ya casi está listo.

—Sí, tengo hambre, pero no de comida —la miró intensamente y, poco a poco, se acercó a ella.

Melisa se sonrojó.

La abrazó por detrás y empezó a acariciarle los pezones. Se perdía en la tersura de su piel, en las sensaciones que recogía y prodigaba, en el aroma enloquecedor de su cuerpo.

—Tus pezones —le susurraba al oído—, ya están duros. Solo por mirarte, me di cuenta. Esa blusa muestra mucho.

—Cariño, debes comer algo —decía ella, ya poco convencida al sentir los labios de Gabriel en la nuca y los hombros. La envolvió con sus

brazos, recorrió con sus manos, la espalda, las nalgas, los muslos.

—Es lo que me dispongo a hacer enseguida —le decía—. Abre las piernas, amor.

Le masajeó los glúteos, exploró cada centímetro de ellos con su tacto. Alabó sus curvas, su tersura y su opulencia. Dibujó un camino de besos en la espalda, le prodigó caricias como vuelos de mariposa a lo largo de la columna, le mordió los hombros, sabía que era una de sus caricias favoritas. Ella se arqueó y trató de ponerse frente a él, no la dejó darse vuelta.

—Quédate así —imploró descontrolado sin dejar de besarla.

Lo enfebrecía, lo enardecía, lo trastocaba. La dobló y colocó boca abajo sobre la mesa de la cocina. Se acomodó entre sus piernas como pudo y la embistió por detrás. Abrumado por lo que sentía, oía a lo lejos el tintinear de los cubiertos sobre la loza, el rugido de las olas al rozar la playa y las respiraciones bruscas de los dos.

Le acariciaba los pezones duros como piedras. Bajó su mano para tocarle el punto que la hacía gemir de forma especial. Era un gemido único, solamente para él.

Sí, pensaba fieramente, sus gemidos son míos. Sus besos, su espléndido cuerpo... Nadie ha oído sus gemidos jamás, nadie sabe cómo es la expresión de mi mujer al llegar al orgasmo. Era de él, solo de él, y así sería por siempre, pensaba, mientras el orgasmo de ella se sintonizaba con el suyo propio. Deseaba hacerla gozar hasta que no pudiera sostenerse en pie. Deseaba empacharla de orgasmos. Deseaba marcarla con su miembro, con su simiente, con su corazón. Nunca había estado tan caliente por una mujer en toda su vida, tan saturado de energía sexual. No quería salir de ella jamás.

Desde que estaban casados, y en un acuerdo tácito, ni se molestaba en usar protección.

—Están en Santa Martha —habló Martín a Reinaldo desde el celular.

Había sido fácil sacarles información a los hombres ante un pan con salchichón y una gaseosa. Se acercó a ellos con el pretexto de conseguir algún trabajo, en servicios varios. Los hombres le dieron información sobre quién era el que contrataba. A los pocos minutos hablaban de los clientes que abordaban las avionetas y obtuvo la información que deseaba cuando uno de los hombres habló de los ojos de la mujer que acompañaba al hombre que había tomado vuelo el día anterior. Llamó por teléfono a Reinaldo.

—Hablaré con la gente que tenemos allí.

—Debe tener una casa en el lugar.

—Ok.

Ansioso, llegó a la casa de Fontibón. Se simplificarían las cosas, donde pudieran hacerlo en otra ciudad.

—¿Qué pasó? —preguntó mientras observaba a Reinaldo y a las mujeres tomando café en la cocina.

—No han podido ubicarlo.

—¡Mierda!

—Es mejor esperar a que vuelvan —acotó Zaida—. En esto no se puede improvisar.

—Era una buena oportunidad —contestó Martín mientras se servía un vaso de agua—. Aquí nos respiran en la nuca.

Reinaldo observaba la taza de café que se había acabado de tomar.

—Zaida tiene razón, el plan aquí ya está adelantado. Esperaremos a que vuelvan, que se eche todos los polvos posibles. Le van a hacer falta.

Pasaron el resto del día tumbados en la arena en sendas toallas playeras. El sol brillaba sobre sus cabezas. Estaban en el paraíso, con arena blanca y mar azul. Divisaban una islita como a un kilometro. Las palmeras les daban algo de sombra.

—Amor mío, ¿sabías que contamos con la mayor reserva marina de la biósfera en el planeta?

—Sí, amor, sí lo sabía —le contesto él con sus manos entre las suyas.

—Colombia es un país tan rico, tan diverso, y no solo en recursos naturales —dijo mirando hacia el mar—. Su gente también es un activo muy grande.

—Tienes razón. El colombiano tiene una capacidad de trabajo muy grande. Dímelo a mí que he trabajado con gente de todo el mundo.

—No entiendo qué nos pasó. No entiendo el porqué de esta guerra tan absurda.

—A veces cuando no se pueden suplir las necesidades básicas de la vida, aparecen esos grupos como reemplazo de un gobierno ausente.

—Sí, lo sé. Pero así se acaben esos grupos al margen de la ley, será mucho el trabajo que tendrá el estado para encausar a la gente víctima de la violencia.

—Sí, se necesitará de grandes recursos económicos para que no se vuelva a repetir la historia.

—Un vuelco en la educación, en el manejo de los valores —lo miró seriamente—. Tu responsabilidad es mayor.

—Lo sé —sonrió él.

—Porque tienes los recursos y tienes en tus manos el dinero para hacer un país mejor.

Melisa tenía razón, pensaba Gabriel volviendo su mirada al mar. Se podía hacer algo, pero los cambios no solo debían provenir de la gente víctima de la violencia, sino que la misma clase dirigente tenía que ayudar, dejando de ser tan egoísta con el menos favorecido. Pero era difícil, una utopía. No todos tenían una Melisa al lado para despertar la conciencia social. Había gente que pasaba por la vida sin imaginar la tragedia de una familia para conseguir el sustento diario.

—Melisa, siempre habrá clases sociales, siempre habrá el que tiene mucho y el que no tiene nada. Ha sido así siempre desde el inicio de los tiempos.

—Lo sé, pero podemos hacer que nuestra gente tenga lo mínimo para sobrevivir. Una pobreza más digna —le acariciaba el pecho—. Si todos ponemos nuestro grano de arena, las cosas pueden ser mejor.

Gabriel lo dudaba.

—Eres una ingenua y una romántica soñadora, mi amor, y es otra de las cosas que adoro de ti —se quedó pensativo unos momentos, acariciaba distraídamente un mechón de su cabello. Luego añadió—: Siento no tener sentimientos más nobles, o no poder ser el dechado de virtudes y generosidad que te mereces.

—No digas bobadas —contestó con una sonrisa en sus labios—, para ser un gran empresario no sabes venderte nada bien. Tienes muchas virtudes y sé que no eres indiferente al dolor ajeno.

—¿Sabías que tu piel brilla de un modo especial cuando estás en el mar cerca de los corales?

Melisa bufó incrédula.

—¿Qué te gusta de mí? —le preguntó curioso.

Melisa soltó un suspiro y, mirándolo fijamente a los ojos, le dijo:

—Amo el hombre que eres. Eres íntegro, eres honrado y trabajador. Así vivas pateando traseros todo el día —él rió por lo bajo—. Eres un hombre muy hermoso. Me encanta cómo me besas, como si de verdad mi boca destilara miel y no pudieras vivir sin ella; y la manera en que recorres mi cuerpo con tus manos, como aprendiéndote cada rincón de mi piel. Amo cuando estás dentro de mí y cuando me llenas con tu semilla. Sé que podríamos estar haciendo un hijo y es cuando te siento totalmente mío.

Gabriel quedó mudo. No esperaba una declaración de sentimientos así.

—Te amo, Gabriel. Desde el momento en que te vi en aquel

restaurante, supe que mi vida no volvería a ser la misma, y por eso estaba muerta de miedo.

—Lo sé —contestó, recordó ese día, lo ansioso que estaba por verla llegar. Para él también había sido amor a primera vista.

—Encontré al amor de mi vida en la ciudad amurallada de Cartagena —suspiró ella perdiéndose en el verde de sus ojos.

—Yo te encontré a ti —sonrió sarcástico—. Tú ni siquiera estabas buscando. Eres mi otra mitad —concluyó solemne y sin dejar de mirarla.

—Quiero un hijo con tus ojos —le dijo ella acariciándole la mejilla.

—Te voy a dar gusto enseguida.

—Oye —reía ella—, no lo dije por eso.

—Tus deseos son órdenes para mí —replicó y cayó encima de ella.

—Me vas a matar, no creo que logre volver a Bogotá —dijo mientras le besaba el cuello y los hombros.

—Será la más dulce de las muertes. No te preocupes, será una pequeña muerte —le decía ya cambiando el tono de sus caricias.

Melisa no podía de la risa.

—Eres un retorcido —concluyó.

—No tienes idea.

Volvieron a Bogotá un día después. Sabía que su mujer estaba algo aprensiva del lugar en el que de ahora en adelante viviría.

—Todo es tuyo mi amor, lo que desees, solo tienes que pedírmelo.

—Te deseo a ti.

—Eres fácil de complacer.

Gabriel no se sorprendió al ver que a ella no le costó mucho trabajo ganarse el favor del par de empleadas. Tránsito y Consuelo, habían sido agradables con ella. Se habían sorprendido bastante con la noticia del casamiento del señor Gabriel, pero lo disimularon enseguida.

De modo sosegado y silencioso crearon hábitos que a él, hombre de índole poco repetitiva, lo tenían cautivado.

Nunca había vivido con una mujer, pero en menos de una semana Melisa se había hecho indispensable en su vida, en sus amaneceres cargados de besos y arrumacos, en las noches llenas de pasión y regocijo, en el dormir abrazados, en el espacio que ocupaba su ropa en el vestidor. Nunca había sido tan feliz. Melisa se apoderaba de su mente en el momento menos pensado. Si estaba en una reunión se distraía pensando en ella y en la manera en que se habían amado la noche anterior o en cómo lo sorprendía con detalles pequeños como una bufanda tejida por ella misma. Mientras pudiera observar sus ojos cada mañana sabía que podría contra el mundo.

Gabriel llegaba de trabajar y normalmente la encontraba en la cocina preparando algún plato para él o en el computador trabajando en su tesis. Ella soltaba lo que estuviera haciendo y corría a sus brazos. Él se aproximaba a ella, mientras la miraba con fijeza.

—Hola, mi amor ¿Por qué me miras así?

—Eres tan hermosa. Te pensé todo el día.

—También yo. —le decía mientras le apretaba la cintura y evidenciaba el frío del exterior en su ropa—. Estás helado.

—Tú me calentarás.

Los días previos a la reunión con los extranjeros estuvieron plagados de una sucesión de problemas y la solución de pequeñas crisis, cómo el cambio de unas cuantas cláusulas del contrato por parte de los negociadores extranjeros. Sostuvo reuniones tardías, con los abogados para allanar el camino de la negociación. Se plantearon algunos nuevos números, por parte del consorcio Preciado que demorarían unos días la firma del documento. Otro de los problemas fue la posible cancelación de un contrato a nivel nacional de su empresa de recursos humanos con una importante hidroeléctrica del país. Álvaro Tres palacios llevaba varios días en Medellín para tratar de calmar las aguas. Esa fue una de las razones de su ausencia el día del matrimonio de Gabriel.

La llamada de su hermana recriminándole el no haber sido invitada a la boda lo perturbo aún más.

—¿Cómo te enteraste? —quiso saber él.

—Llamé al apartamento y Consuelo me lo comentó. Es el colmo que no me hayas tenido en cuenta, Gabriel... ¿O es que tu esposa no quiere saber nada de nosotros?

—Cuidado, Amparo. Mi esposa no tuvo nada que ver, está tan ansiosa por conocerlos como tú. Simplemente queríamos esperar a que papá y mamá llegaran del viaje e ir a Barranquilla, para arreglar la boda por la iglesia.

—¿Por qué no esperaste, entonces? ¿Por qué todo este afán?

—Porque no puedo vivir sin ella.

—Nunca te había oído expresarte de esa manera.

—Tienes razón, nunca, hasta hoy.

Gabriel estaba preparado para la reunión con los extranjeros.

Melisa se llevó un gran disgusto cuando él sugirió una cena en el apartamento, sin avisarle con tiempo.

—No te preocupes, amor, el servicio te ayudará en lo que tú quieras.

—Lo dudo. El servicio me perderá el poco respeto que me tiene debido a mi ignorancia. Está bien una comida para nosotros, para tu

gente, me encanta preparar tu postre pero... ¿Cómo puedes hacerme esto, Gabriel? —iba nerviosa detrás de él, mientras se arreglaba para salir.

—Melisa, debes acostumbrarte a que cenas como esta harán parte de nuestra vida —se acercó, le dio un beso en la frente, luego en la boca—. Eres una mujer inteligente, por Dios, sé que nada puede quedarte grande. Solo sorpréndeme —dijo, y luego salió por esa puerta sin importar el estado de inquietud en que dejaba a su esposa.

Bien, pensó para sí. Estaba asustada pero no lo iba a demostrar.

¿Qué hacer?, se dijo. Antes que nada son extranjeros, entonces habrá que preparar una comida típica del país

—A ver, a ver, a ver —decía mientras tomaba asiento frente a su ordenador y buscaba en San google un plato especial.

Al cabo de dos horas logró organizar el menú.

Se lo leyó a las empleadas de cocina:

—Entradas: Empanaditas de carne con ají y cocas de plátano verde, rellenos de camarones en salsa al ajillo. Plato fuerte: Rollitos de robalo relleno de plátano amarillo en espejo de tamarindo, lomo de res en tiras delgadas bañadas en salsa. Ensalada de lechuga, romana y morada, manzana, pera, uchucas, con vinagreta de yogurt y papas gratinadas con queso parmesano. Postre: Napoleón o helado de feijoa en una cama de ponqué negro.

Transito, la encargada de la cocina, solo puso objeción a los rollitos de pescado.

—Transito —le dijo de forma amable—, ¿necesitaras ayuda? ¿Contrato a un chef?

—No, señora, cómo se le ocurre, sabré arreglármelas muy bien.

—Ok. Consuelo, quisiera revisar la vajilla y el cristal. No quiero que falte nada. Yo misma voy a seleccionar los vinos y a escoger los diferentes licores.

Decidió dejar tranquilo a Gabriel. Estaba tan preocupado por la marcha de sus negocios que lo menos que podía hacer ella era apoyarlo en esto.

Por la tarde, Carolina pasó a saludarla.

—Estoy sorprendida. Nos dejamos de ver solo unos días y qué encuentro —la miraba entre incrédula y envidiosa.

—Sí, Caro, estoy feliz. Aunque también algo nerviosa. Esta noche es la cena con unos socios de Gabriel. Será mi debut en sociedad, por así decirlo.

—¿Y cuántas personas vienen al evento?

—Seremos siete personas.

En ese momento sonó el teléfono.

—Sí, Miguel, la mitad de los escoltas para el hotel —dijo Melisa—. Sí claro, los espero.

—¿Qué fue eso? —preguntó Caro —¿Ahora eres jefe de seguridad?

—Oh, no es nada. Es que ellos necesitan protección y no pudimos conseguir más escoltas, entonces llevamos dos días utilizando algunos escoltas de su padre, pero ahora toca utilizar algunos de Gabriel.

—Ah, ya —contestó ella distraída.

Melisa le pidió concejo sobre la ropa a utilizar esa noche, estuvo un rato más y luego se marchó.

Javier conocía a Carolina, la mujer estaba asustada. Ella sospechaba de él, pero no le importaba. Sabía que Carolina haría cualquier cosa por complacerlo. A veces, cuando un atisbo de cordura inundaba su pensamiento se decía que las cosas hubieran sido diferentes si hubiera aceptado el amor de Caro, pero nadie manda en los sentimientos de la gente. Amaba a Melisa y le enfermaba su relación con ese tipo. Cuando Carolina le contó de la boda, quiso morirse, quiso matarla y con mayor ímpetu, afinó su venganza.

Sin perder un segundo, Javier contactó a Reinaldo para reunirse con él en el mismo sitio de siempre. Se reunieron al día siguiente a primera hora.

—¿Q'hubo hermano? ¿Qué noticias me trae? —le preguntó el hombre.

Javier procedió a explicarle todo lo que le había contado Carolina. El hombre escuchaba con atención.

—Bien, no haga nada más —le dijo Reinaldo—, desde este momento nosotros nos encargaremos.

—Quiero que le dé un mensaje cuando lo tenga en sus manos.

Javier se refocilaba, por fin se haría justicia.

—¿Qué será? —preguntó curioso.

—Que esto es cortesía de Melisa y Javier.

—O es un encoñado vengativo o un bruto. ¿No se da cuenta de que si esto sale mal puede ir a la cárcel?

—No me importa —señaló el muchacho, teniendo fe en que Gabriel no saldría vivo de esta.

—Como quiera —señaló el hombre mirándolo con reprobación—. Tendrá su dinero más adelante.

Se levantó de la mesa sin pagar nuevamente. Javier lo aferró del brazo y añadió:

—No quiero que a ella le pase nada.

—Eso no puedo garantizarlo.

—Pues hágalo o los sapeo.

El tipo soltó una risa malévola y se desasíó de forma brusca.

—Lo dicho, usted es un estúpido.

—Prométamelo —insistía Javier.

—Está bien.

El hombre salió del lugar como una exhalación. Esta vez, al tinto había adicionado unas empanadas.

La suerte estaba echada.

Cuando Gabriel llegó al apartamento se sorprendió. Todo estaba perfecto. Su mujer estaba hermosa con un elegante vestido negro, medias de seda y tacones altos.

—Estás hermosa. Dios, quisiera demostrártelo como mereces, pero me temo que no tenemos tiempo —dijo al tiempo que la besaba y entraba al baño por una ducha rápida. La ropa de él estaba arreglada encima de la cama.

El primero en llegar fue Álvaro Trespalacios, que quedó pasmado cuando Gabriel le presentó a su esposa.

—Es un verdadero placer conocerte al fin —dijo Álvaro, que le destinó un escrutinio entre azorado y curioso.

—Lo mismo digo, siéntate por favor.

Mientras Melisa se acercaba a uno de los empleados, que la inquirió en ese momento, Alvaro le dijo a Gabriel:

—Vaya sorpresa te tenías guardada —sonreía— tienes la cara del gato ante un tazón de leche.

—Sí, tienes razón —contestó Gabriel mientras observaba a su mujer ir de un lado para otro, el corazón se le encogía al verla.

—Es muy hermosa y tan joven —lo miró su amigo curioso—. ¿Cómo crees que lo tomaran tus padres?

—Cómo lo has tomado tú.

—Esta vez, estás atrapado.

—¿Desean tomar algo? —les preguntó Melisa mientras llamaba al mesero que los Preciado siempre contrataban para esas ocasiones.

—Un whisky en las rocas.

—Lo mismo para mí.

En pocos minutos llegaron el resto de los invitados.

Steve Bonner, un hombre de aproximadamente cuarenta años, rubio, ojos azules, algo pasado de peso, y su amigo Peter O'Brian, algo más joven, de ojos azules y cabello castaño, miraban a Melisa con franca admiración. En cambio, Fernando Rivera, que conocía el temperamento

latino, no se arriesgaba sino a mirar más de lo necesario; esto era, cuando ella se dirigía a él.

La cena transcurrió de forma tranquila. Hablaron de diferentes tópicos. Gabriel estaba gratamente sorprendido, y no solo por la cena sino por la forma en que Melisa manejaba el hilo de la conversación, sin dejar por fuera a nadie. Era una verdadera maestra integrando gente. Álvaro la miraba sorprendido.

—Señora, deliciosa la cena —la alabó Steve—. El filete de róbalo estaba exquisito.

—Muchas gracias, pero llámeme Melisa, por favor —le contestó ella amable.

—Sí, todo delicioso —la ensalzaron los demás, con lo cual ella sonrió satisfecha.

Después de la cena, pasaron a la sala para degustar un delicioso café. Ella los dejó solos unos momentos.

—Estoy sorprendido —comentó Álvaro—. Ya veo lo que viste en ella. Es muy especial. Te felicito de corazón.

—Gracias, hermano soy muy feliz —contestó él con sonrisa de enamorado.

Hablaron de negocios hasta que llegó Melisa.

—No hablemos más de negocios delante de una mujer tan hermosa —señaló Peter. Gabriel frunció el seño. Álvaro le lanzó una mirada de advertencia.

—Oh no, por mí no hay problema, todo lo que tenga que ver con el progreso de mi país me interesa —le señaló Melisa, invitándolos a continuar.

—Como les decía —Gabriel continuó—: La situación ha cambiado mucho, ahora hay mucho capital extranjero que desea entrar a nuestro país. Sabrán que me acerqué a ustedes por las grandes inversiones que han hecho en países de América Latina.

—Sí, todo eso está muy bien —contestó Steve—, pero la sombra del narcotráfico aún les pesa.

—El narcotráfico ha sido la plaga más grande que hemos debido sufrir en Colombia —contestó Álvaro—. Y la hemos combatido con ímpetu.

—Eso es algo que no nos compete discutir en este momento —volvió a la carga Gabriel—. Tenemos un gobierno sólido que apoya todo lo que sea inversión y bienestar en el país.

—Sí, eso no lo dudo. Su presidente ha hecho una excelente labor —dijo Fernando Rivera, que hasta el momento se había mantenido en

silencio—. Por eso estamos aquí. El camino es duro, los conflictos internos de este país no se solucionaran de un día para otro, pero van por buena vía.

— Sí, la inversión crece día a día —respondió Álvaro.

—Para nuestro país es importante la lucha que ustedes han librado, y estamos satisfechos de algunos resultados —volvió a la carga Peter—. Pero todavía falta.

Gabriel sabía que ellos se pegarían del narcoterrorismo para sacar ventajas económicas en la negociación. Él no era ningún imbécil y estaba más que preparado para sortear las diferentes situaciones.

—¿Cuándo dejará su país de producir y exportar coca? —le preguntó Steve mirándolo impasible a la espera de la respuesta. Pero no fue él quien contestó.

La respuesta vino de la persona que menos esperaban.

—Cuando ustedes dejen de consumirla —interpuso Melisa sin poder aguantar más—. Cuando sus políticas para evitar el consumo sean efectivas. Cuando la gente esté educada y convencida de los perjuicios que trae la droga, tanto su producción aquí como su consumo allá.

Todos se quedaron en silencio, sorprendidos por su declaración. Pero, cosa extraña, Steve la miró con respeto y luego le sonrió.

—Me place que sea defensora de su país.

—Somos muchos los defensores de nuestro país —los invitó a decir algo, pero ellos deseaban escucharla—. Y créame de corazón lo que le voy a decir —captó de soslayo la expresión de su esposo y tomó su mano en un gesto que le indicaba que confiara en ella—. Todos los colombianos hemos pagado caro la ambición de unos pocos seres inescrupulosos que desearon enriquecerse de forma tan vil. El narcotráfico, para nuestro país, no ha sido solo la siembra de coca y su perjuicio al medio ambiente. Es la sangre de inocentes, fue el auge de la guerrilla y los paramilitares en años pasados, pero gracias a Dios la guerrilla ya está más controlada y algunos paramilitares están a buen recaudo en su país. Es la cantidad de desplazados que pueblan nuestros caminos, la cantidad de soldados y campesinos lisiados por minas antipersonales.

La miraban concentrados en cada una de sus palabras.

Álvaro reía y susurró para sí. “Menuda mujer se ganó Gabriel”.

—Le pido, por favor, que no generalice sobre los colombianos. Tenga en cuenta que es más la gente de bien en este bello país. Y le aseguro que mi marido es un digno exponente de lo mejor que tiene nuestro país. Si usted hace negocios con él, no se arrepentirá.

Gabriel la miraba embobado. Su mujer no tenía ninguna necesidad

de defenderlo, pero ahí estaba ella.

Nunca la amó tanto como en ese momento.

—Vaya, Gabriel —le dijo Fernando—. No lles a tu esposa a las juntas, por favor, o terminaremos dándole todo lo que nos pida.

—Sí, es cierto —la miró con adoración, en tanto acariciaba su mejilla.

Charlaron de otros tópicos, se tomaron dos whiskys más y se despidieron pasadas la medianoche.

Álvaro los acompañó un rato más. Rato después, Melisa los dejó solos.

—En un rato estaré contigo, mi amor —expresó con tono de voz cariñoso—. Gracias por todo, fue perfecto.

—De nada, sabes que haría cualquier cosa por ti —añadió, le dio un breve beso en los labios y cerró la puerta del estudio tras ella.

Álvaro silbó por lo bajo.

—Hermano, tu mujer es especial. ¿Dónde la encontraste?

—La conocí en Cartagena, en el Hay Festival.

—Tus padres se sorprenderán.

—Sí, lo sé. No podrán creer que me haya casado con una mujer de distinta condición social. Pero ya la has visto. ¿Quién podía resistirse? Tenlo por seguro que yo no.

—Te entiendo. Deberás darles tiempo, aunque si ella riega su magia así como está noche, los tendrá comiendo de la palma de su mano en un abrir y cerrar de ojos.

Y diciendo esto se levantó dispuesto a despedirse.

—Steve, Peter y Fernando estarán en la ciudad cinco días más. Tenemos almuerzos programados con el Ministro de Minas y con un delegado del presidente. Haremos esos almuerzos en el Gun Club.

—Todo saldrá bien. Cuando lleguen tus padres ya los tendrás en el bolsillo.

—Dios te oiga.

—Si no, lleva a Melisa —dijo su amigo golpeándole el brazo y bromeando.

—Ni lo sueñes. Ese tesoro es todo mío.

—Vaya veta protectora —afirmó sorprendido—. Quién lo diría.

—Ni te lo imaginas, no te burles, te llegará en el momento menos pensado.

—No lo creo —espetó algo molesto—. Respecto a la seguridad, hay que redoblarla.

—Hablaemos de eso en la mañana.

Se despidieron. Gabriel tenía la sonrisa pintada en los labios cuando llegó ante su esposa, la respiración de ella le indicó que se había quedado dormida. Se desvistió con celeridad y en silencio. Se acostó al lado de ella, y con el codo apoyado en la almohada, y gracias a la luz de la luna, la observó largo rato. Su esposa no tenía idea de la colección de sentimientos que despertaba en él. Los celos, el anhelo, la ternura. Deseaba acariciarla, pero sabía que cuando empezaba no terminaba ahí, así que mejor sería dejarla descansar esa noche.

CAPÍTULO X

El secuestro

—¿Ya te vas? —murmuró Melisa a su marido, en medio de los efluvios del sueño.

Gabriel se sentó en la cama para colocarse las medias. Eran las cinco y treinta de la mañana. Iba a jugar tenis en el club con Fernando, el inversionista mexicano. Lo recogería en el hotel. Quería dejarla descansar, había tratado de no hacer ruido, pero por lo visto sus movimientos habían sido pesados.

—Sigue durmiendo amor, voy a jugar tenis —le contestó Gabriel algo afanado.

Melisa se sentó de rodillas en la cama. Estaba desnuda, pegó su cuerpo al de su marido, colocó las manos en el pecho y lo acarició de arriba abajo de forma suave, lo besó en el lóbulo de la oreja y le murmuró: —No te vayas, hace frío.

—Son negocios, amor. Y también quiero hacer ejercicio.

—Yo te prometo ejercicio —sonrió contra su espalda—. No quemarás tantas calorías como en el tenis, pero te doy mi palabra de que disfrutarás más.

Gabriel cerró los ojos sonriendo. Estuvo tentado. Se había excitado al sentir el cuerpo tibio pegado a él y el aliento en su oreja. Nunca tenía suficiente de ella, era como un ciclo interminable de necesidad y complacencia que solo ella le ofrecía. Una mirada, una caricia y después la

pasión y cada encuentro mejor que el anterior y lo luego todo volvía a empezar. Se levantó renuente. Tenía obligaciones que cumplir.

—Cuando vuelva, te compensaré, amor mío.

—No. Dame dos minutos y te acompaño.

—¿Segura que deseas salir con este frío?

—Sí.

Saltó de la cama enseguida, entró al vestier, hurgó entre la ropa y salió con un pantalón y un buzo de lana grueso.

Al pasar, Gabriel le dio un suave beso en la boca, le palmeó y acarició la curva de las nalgas. Melisa hizo trampa y lo acercó más a ella, le acarició la entrepierna con intención.

—Mi amor, tengo afán —se quejó él débilmente, ya excitado otra vez.

Ella le soltó.

—Está bien, minuto y medio.

Entró en la ducha y segundos después se vistió con rapidez.

—Te demoraste más del minuto y medio.

—Míralo como algo positivo, tendrás tu propia asistente, te pasaré agua, te limpiaré la frente, te vitorearé los triunfos y pondré nervioso a tu oponente.

—¿Y cómo piensas ponerlo nervioso?

—Algo se me ocurrirá.

Gabriel la observaba, colocarse el par de tenis. La notaba algo pálida, y estaba seguro que el día anterior se había indisputado en el baño por culpa de una sorpresiva náusea. Deseaba tanto hacerle un hijo, siempre era su último pensamiento en el momento de la culminación. Esto era de barbaros, de cavernícolas. No quería profundizar mucho en sus sentimientos, lo dejaría pasar. Melisa lo aceptaba tal y como era, con sus exabruptos, con su posesividad, era mansa en el amor y lo hacía inmensamente feliz.

Sonrió ilusionado.

Le preguntaría esa noche, después de que conociera a sus padres.

—Mis padres llegan hoy.

—Sí, estoy algo nerviosa. Todo está organizado. —dijo ella cuando terminó de amarrarse uno de los cordones del zapato.

—No quiero que te afanes por nada. Todo saldrá bien.

—¿Me lo prometes?

—Te prometo lo que quieras.

Salieron abrazados. Al abrirse las puertas del ascensor, los guardaespaldas los esperaban a lado y lado para custodiarlos hasta la

parte trasera de la camioneta. Era el vehículo que estaba sin blindar, pues los blindados estaban con los extranjeros. Por su mente se filtró un atisbo de preocupación al llevar a Melisa en un auto sin todas las medidas de seguridad y se arrepintió de haberla traído. Conducía Oscar, uno de sus escoltas, y a su lado estaba Sergio Díaz, el jefe del grupo y capitán retirado del ejército. Detrás de ellos los seguía una camioneta con otros dos custodios. Se acomodaron detrás del acompañante. Los demás ocuparon sus lugares.

Aún estaba oscuro cuando salieron del edificio. A tres cuadras del lugar, y bajando por la carrera quinta, un camión pequeño, que les seguía disimuladamente, se atravesó detrás del automóvil, apartándolos del campo de visión del segundo auto.

—Esto no se ve nada bien —dijo Sergio, llamando por radio a los escoltas de la camioneta. El otro escolta desenfundó su arma enseguida.

—¡Verifiquen qué pasa! —exclamó Sergio, en tensión.

—Nada, capitán —le contestó Carlos —. Es un pequeño camión, pero parece que ya nos está dando vía.

—Bien, estén atentos a reaccionar en caso de necesidad —dijo Sergio—. Esto no es normal, me da mala...

Y antes de que pudiera concluir la frase, otro camión algo más grande, viró, y frenó en seco frente a ellos, cerrándoles el paso.

—Oscar, sácanos de aquí enseguida así tengamos que devolvernos o por entre las aceras, no me importa. —manifestó Gabriel con semblante agobiado y nervioso por la seguridad de su mujer.

Se oyeron varios disparos de parte de los escoltas de Gabriel que fueron silenciados por ráfagas de metralleta.

—¡Es un secuestro! —bramó Sergio el capitán. Al ver que la puerta trasera del camión se abría y salían cuatro hombres armados que se dirigían con paso resuelto hasta la camioneta. Uno de los asaltantes portaba una metralleta, los otros dos miniuzis con silenciador capaces de disparar tiro a tiro o por ráfagas.

—¡Hagan algo! ¡Maldita sea! —espetó Gabriel mientras aferraba a Melisa y la llevaba hacia el piso del auto—. Mi amor, por favor, agáchate ¡Sergio!, dame un revolver de los que hay en la guantera.

En cuestión de segundos, ocho hombres rodearon la camioneta. A Gabriel todo le parecía que sucedía en cámara lenta. Entrevió que Oscar trató de dar la vuelta en su eje para saltar sobre un andén pero fue infructuoso. Le habían bloqueado la salida y, además le habían disparado al adivinar lo que pensaba hacer, hiriéndolo en el hombro.

Al capitán que iba al lado del chofer lo acribillaron con saña. Gabriel

se dio cuenta de que el uso del arma era inútil y la tiró debajo del asiento. Lo único que le importaba era la seguridad de su mujer. El pánico por lo que le pudiera ocurrir a Melisa le nubló el juicio por un segundo. Se recuperó enseguida.

—¿¡Que carajos quieren!?! —gritó furioso mientras dos hombres se acercaban a la parte trasera de la camioneta. Los hombres permanecieron callados, abrieron la puerta y lo agarraron para sacarlo a empujones. Mientras trataba de oponer resistencia les espetó: —¡Díganlo!

Pero el hombre no le contestó.

—¡No me toque, hijo de puta!

Un puño en la mandíbula fue la respuesta del captor.

—No oponga resistencia, hombre, y todo acabará ense-guida. ¡Bájese!

Otro par de hombres abrió la puerta del lado donde estaba Melisa. Gabriel se desquició al ver las manos del tipo aferrar los brazos de Melisa y apuntarle con una pistola en la sien. Se percató de que el miedo estaba a punto de vencerla, le temblaba todo el cuerpo. Él imaginó que nunca había estado tan expuesta a un peligro como en ese momento. ¡Dios! Tanto que la había atacado por ir al refugio de niños desplazados, por puro y físico terror a que le pasara algo, y mira dónde venían a ocurrir las cosas.

—He dicho que se baje, hijo de puta o me cargo a su mujer.

Qué sería de Melisa ahora, pensó consternado. La miraba aterrado. Ella estaba pálida, solo murmuraba asustada.

—¡Tranquilo, hombre! —le gritó Gabriel al darse cuenta de que el hombre estaba nervioso y podía dispararles en cualquier momento—. Lléveme a mí, a ella no le hagan daño.

Lo arrastró a una camioneta que estaba detrás del camión.

Se monta al carro y se tira al suelo —le dijo—. ¡Rápido!

Gabriel se dedicó unos segundos para regalarle a su mujer una mirada de amor y de angustia que ella le correspondió con un llanto desgarrador.

—No, por favor, déjenos en paz —le murmuraba Melisa al hombre que aún no había aflojado el amarre.

Los delincuentes habían acibillado a los otros guardaespaldas. No pudieron hacer nada. Los superaban en número. Eran ocho guerrilleros vestidos de paisanos los que actuaron, y otros cinco que prestaban seguridad mientras efectuaban el plagio.

A Gabriel lo acomodaron en el piso de la camioneta y le pusieron una capucha mientras los diferentes automóviles empezaban la marcha.

En dos minutos había ocurrido todo.

Al ser tan temprano, las calles estaban vacías. Rodaron a toda velocidad hasta llegar a la avenida Boyacá. Gabriel escuchaba con atención las llamadas que hacía el hombre que tenía a su lado y más que todo eran instrucciones para llevarlos a su destino por las calles menos concurridas. El desconcierto de Gabriel crecía a pasos agigantados, empezó a sentir que se ahogaba. Aspiró fuerte e intentó tranquilizarse. Los hombres tomaron una avenida y en poco tiempo llegaron a lo que parecía su destino.

—Llegamos —soltó uno de ellos.

Gabriel dedujo que el viaje había durado alrededor de quince minutos.

Entraron en el lugar y lo bajaron de la camioneta enseguida. Gabriel se sentía como en un sueño. Le indicaron por dónde podía moverse, trastabilló en un par de escalones y siguió por lo que pensó él era una especie de corredor. Lo hicieron entrar en un cuarto, lo amarraron de pies y manos a una silla. No tenía la menor idea de donde se encontraba. Por algunos ruidos que había escuchado, sabía que la casa quedaba a un par cuadras de una avenida transitada, porque por la parte de atrás le llegaban ruidos de transporte público.

¡Melisa, mi amor que será de ti!, pensaba Gabriel angustiado.

Mis padres, mis sobrinitos, mi hermana, todos ellos van a sufrir.

¡Dios mío! ¡Ayúdame por favor!

Era tanta la angustia que se obligó a controlarse enseguida.

—Señor Preciado, somos integrantes de las milicias urbanas de la guerrilla. Desde este momento está en nuestro poder.

—Lo que tengan que hacer háganlo enseguida.

—No queremos matarlo. Está en nuestras manos para lograr un acuerdo económico con su familia.

—Me secuestraron, querrán decir. Pero en nada les estarán pisando los talones —les espetó furioso.

—Señor Preciado —le dijo nuevamente una voz algo cultivada—. En este momento, nosotros tenemos todas las prerrogativas. Agradecemos nos colabore.

—Sí amigo, así que calladito estará mucho mejor —le espetó otra voz.

A Gabriel lo atormentaba no poder ver sus rostros. Se enfureció aún más. A su oído llegaron los susurros de un par de mujeres. El guerrillero las calló enseguida.

—Solo los cobardes tapan el rostro a sus víctimas —les respondió

él.

—Lo hacemos más por su seguridad que por la nuestra—. La voz se acercó. Un aliento pestilente le provocó a Gabriel náuseas —Quiero advertirle una cosa, nuestras armas tienen silenciador, si nos dificulta la convivencia, lo cuajó a tiros y lo desaparezo.

—¿Mi mujer, donde está mi mujer?

—Ella no nos interesa, señor Preciado, cumplió su objetivo, debe estar con los suyos.

—¿!Qué objetivo!?

—¡Vamos! —lo levantaron y, a rastras, lo llevaron por unos escalones a lo que parecía un sótano, lo sentaron en una silla plástica igual a la anterior, lo amarraron nuevamente y salieron dejándolo en soledad.

Melisa estaba aún en el lugar donde había ocurrido todo. Como entre un sueño observaba a los diferentes policías que llegaron a auxiliarlos. Lo ocurrido solo le confirmaba el dicho de que “la vida puede cambiar en segundos” Sí, era certero. Contenidas en sus retinas estaban las últimas imágenes de Gabriel, la última mirada esmeralda llena de amor y desconcierto. La policía había tardado más de cinco minutos en llegar, un regalo para los secuestradores que ya se encontrarían lejos del lugar. Melisa trataba de dar un relato coherente de los hechos pero cuando en un momento dado recordó la forma en que los habían sacado del auto, la banda de acero que protegía sus emociones se abrió, dando paso a la angustia y al pavor, que se desató en un llanto histérico y convulso.

Entre lágrimas se percató de la ambulancia que llevaba a Oscar al hospital, de los cuerpos de los escoltas sin vida y del joven policía que trataba de calmarla. Todo era caos y desorden. Los curiosos, el ruido, el olor a humo de carro y a gasolina, la obligaron a ir bajó un árbol y vomitar lo que no tenía en el estómago.

Miguel apareció casi al mismo tiempo que las autoridades. Pálido como un muerto, se acercó a ella:

—Melisa, lo siento...

Ella se imaginó lo peor, al ver la expresión del hombre, y le dio la espalda tapándose los oídos.

—Oh no, Dios mío...

El la aferró del brazo en el mismo lugar que los secuestradores la habían sujetado. Le dolió, seguro mañana tendría morados.

—Tranquila, no sabemos nada aún.

Melisa se llevó una mano a la boca para sofocar el grito que sintió

venir.

Finalmente se sentó en el piso, sin dejar de llorar.

Con el rostro totalmente desencajado, lo miró aterrada. La expresión que Miguel le devolvía atestiguaba la angustia que él también estaba viviendo. Los ojos de él iban de ella, al cadáver de Sergio, y luego al otro auto, donde los cuerpos de los escoltas esperaban a las autoridades forenses. Melisa podía adivinar todo lo que pasaba por la mente de él.

—Eran demasiados, nadie podría haber hecho nada.

—Fue una masacre, —murmuró Miguel aterrado— ¿Te lastimaron?

—No, yo estoy bien.

Se levantó de un salto y, cogiendo a Miguel por las solapas, gritó desesperada:

—¡Búsquenlo, por favor! ¡Encuéntrenlo! Oh Dios, oh Dios.

Miguel la miraba impotente y sin saber qué hacer para calmarla. En ese momento uno de los agentes se acercó con una botella de agua. Melisa lo rechazó.

—Cálmate, Melisa, por favor. Por el bien de todos debes calmarte. Necesitamos que recuerdes cada detalle, es importante.

Álvaro llegó al lugar casi veinte minutos después. La noticia ya estaba en todos los medios de comunicación. Empezó a hacer algunas llamadas y, en menos de quince minutos, había gente de la fiscalía, el Das y el ejército. Al fin y al cabo, no era cualquier parroquiano el que había desaparecido.

La ciudad estaba rodeada de retenes. Tan pronto las autoridades se enteraron del siniestro, desplazaron a sus hombres a todas las salidas que tenía la capital.

Melisa tomó del brazo a Álvaro, que se había adueñado de la situación.

—Pero lo pueden matar, oh, Dios. Le dije que no fuera, que nos quedáramos en la casa —les decía totalmente sobresaltada.

—Eso no los habría detenido. Debemos esperar, saber qué grupo lo tiene. Aunque por lo que nos dijeron algunos curiosos, parece que es la guerrilla.

—¡Sus padres! —Melisa se levantó nuevamente angustiada—. Llegan hoy.

—Estarán aquí en tres horas. Rafael sabrá qué hacer. Debemos tener fe en que todo se solucionará —repuso Miguel.

Llegaron a la casa minutos después. Melisa abrazó al par de empleadas, que estaban angustiadas por lo ocurrido. Trató de serenarse, pero fue imposible. No deseaba imaginar lo que estaría sintiendo su

Gabriel en manos de esos hombres. De pronto recordó que no había llamado a sus padres.

—¿Puedo llamar a mis padres? —le preguntó a Álvaro con la cara totalmente pálida y desencajada.

—Claro que sí, más que nunca necesitas el apoyo de tu familia.

—Gracias.

Gabriel oía retazos de conversaciones que le llegaban por detrás de la puerta.

—Socio, no pasaron veinte minutos y ya estaba plagada la ciudad de tombo de toda clase.

—No podremos sacarlo de la ciudad en esas circunstancias— le espetó el hombre de voz cultivada.

—Debemos tenerlo aquí por lo menos hasta que baje la alerta.

—No hay problema, este sitio está frío para los tombo, podremos estar tranquilos.

—No hay que bajar la guardia. A la primera nos marchamos.

—Bien.

Pasaron horas hasta que volvieron a abrir la puerta.

Alguien entró.

—Le voy a quitar la capucha —el hombre procedió a retirarle la capucha. Gabriel tardó en acostumbrarse a la oscuridad.

—Voy a prender la luz, le traje algo para que coma.

—Quiero ir al baño —le espetó Gabriel sin interés por la comida.

—¡Socio!, ¡socio! —llamaba el hombre que estaba encapuchado. Al momento llegó otro hombre con capucha.

—Hay que desatarlo, quiere ir al baño.

—Ok. Tranquilito mi amigo —decía mientras lo apuntaba con un calibre treinta y ocho.

El otro hombre lo desató y lo llevó a un minúsculo baño que había allí mismo en el sótano. Por lo visto era un sitio preparado para que alguien viviera un tiempo. El lugar era sombrío, sin ventanas y con un triste bombillo en el techo. Tenía un camastro de metal y un colchón sin sábana, cubierto con una cobija vieja que Gabriel no supo si era blanca o gris de lo percutida de mugre. Le entregaron una sudadera azul oscura cuando salió del baño, se desvistió delante de los hombres. Hacía un frío atroz. El calorcillo de la prenda fue bienvenido.

Gabriel no sabía qué pensar, se percató que era el primer día de un futuro incierto, tenía la certeza de que si se lo llevaban para la selva sería mucho tiempo el que estaría en manos de la guerrilla. No se hacía ilusiones de un pronto rescate. Mientras estuviera en la ciudad sería

posible alguna acción de las fuerzas armadas, pero si los guerrilleros tenían éxito en sacarlo de aquí poco se podría hacer...

Una honda pena lo embargó.

—Lo peor de todo es no saber que nos deparará el futuro cercano —pensaba él atormentado—. ¿Cómo estaría Melisa? Mi amor ¿Tendría el coraje para aguantar la dura prueba que Dios le había puesto a su amor?

Rafael Preciado y Amalia de Preciado entraron en el apartamento con rostros pálidos y desencajados, en medio de media docena de maletas Louis Viutton. Melisa se percató de la mirada de curiosidad a ella y a sus padres, que habían llegado algo más temprano.

Álvaro se ocupó de hacer las presentaciones.

—Rafael, te presento a Melisa, la esposa de Gabriel.

—¡Esposa! ¿Qué diablos significa esto? —espetó confundido.

—Mucho gusto, señor, soy Melisa Escandón. Gabriel y yo nos casamos hace más de una semana. El almuerzo de hoy era para conocerlos y darles la noticia —dijo Melisa adueñándose de la situación enseguida.

—Señora, mucho gusto —le dio la mano a una confundida Amalia que la miraba con curiosidad—. Les presento a mis padres. —Los padres de Melisa respondieron el saludo, observando preocupados a los papás de Gabriel.

—Mucho gusto.

—Mucho gusto.

—¿Por qué nos estamos enterando de esto ahora?— quiso saber Rafael.

—¡Dios mío! Y en estas circunstancias —concluyó Amalia, que la miraba de arriba abajo.

—Ha sido todo repentino. Gabriel y yo nos conocimos en Cartagena hace casi dos meses —lo miró fijamente y luego de una pausa añadió—: estamos enamorados.

¡Dios mío! ¿Por qué tenía que pasar por esto sola?, pensaba Melisa afligida. La noticia del secuestro los había destrozado, pero la noticia del matrimonio, tenía el presentimiento de que no les había caído nada bien. Decidió pensar que era por los nervios y la impotencia por todo lo que estaban viviendo en ese momento.

Rafael miró a Álvaro significativamente.

—Quiero que entiendan que mi prioridad es saber de mi hijo. Si me disculpan —miró nuevamente a Álvaro—, vamos al estudio.

El par de hombres salieron dejando a Melisa y sus padres en compañía de Amalia, que los miraba consternada y apenada por la actitud

de su esposo.

—Discúlpenlo —se secó las lagrimas de su mejilla—. Está muy angustiado. Ven, hija, siéntate aquí, que quiero saber de ti.

Los padres de Melisa se tranquilizaron al ver la actitud amable de Amalia.

En el estudio, Rafael miraba a Álvaro furioso.

—¿Qué diablos hizo esa mujer para agarrar a mi hijo? —espetó Rafael tan pronto cerró la puerta del estudio, miraba a Álvaro como si este tuviera la culpa.

—Se enamoró, no puedes culparlo —le dijo Álvaro señalando lo evidente.

Notaba a Rafael, angustiado, impotente ante lo que estaba viviendo. Para un hombre de su determinación, que no tiene pelos en la lengua para cantarle la tabla al que sea y sin remilgos, lo que a veces lo hace rudo en el trato, pensó Álvaro que lo conocía muy bien, debía ser muy duro no tener el control absoluto de las cosas. Tenía el imperio casi mágico de atender varias cosas a la vez, sin equivocarse en ninguna.

—¿Quién es esa mujer? ¿Quiénes son sus padres? Me imagino que por lo menos la mandó a investigar —sus ojos interrogantes fueron de él, al escritorio saturado de documentos. Álvaro sabía que dentro de un momento se apersonaría de la firma de los papeles que reposaban encima del escritorio. Era una costumbre arraigada.

—No, Rafael, lo siento, pero Miguel me dijo que no lo había hecho.

—¿Firmó capitulaciones? —y, con un lapicero, corrigió una carta y la colocó en la bandeja de papeles del lado izquierdo.

—No, Rafael lo siento.

—Pero ¿que le pasó a mi hijo? Apenas lo reconozco —se lamentó. De pronto levantó la vista con furia hacia Álvaro—. ¿Dónde estabas tú? Si puede saberse.

—Melisa es una buena mujer, es especial. Yo estaba en Medellín. Cuando me enteré, ya se había casado—. Además, Álvaro pensaba, que su opinión sería irrelevante. Gabriel siempre había hecho lo que le había dado la gana.

—Que especial ni que ocho cuartos —le habló con rudeza mientras soltaba el lapicero y se refregaba los ojos con los pulgares—. Quiero hablar con Miguel.

—Está encargado de la seguridad de los extranjeros —lo miró preocupado.

—Es la guerrilla, estoy seguro. —El tono de Rafael evidenciaba desesperación por la suerte de su hijo—. ¿Qué dicen las autoridades?

—Se ha hecho un peinado de las zonas donde fuentes de inteligencia saben que se resguardan esos cabrones, pero no han hallado nada aún.

—Comunícame con el comandante de las fuerzas armadas.

—Sí, enseguida, él desea hablar contigo también.

Álvaro marcó el número en su celular, lo saludó brevemente y le pasó la llamada a Rafael.

Rafael habló largo rato con el General, colgó el celular y se lo devolvió a Álvaro.

—Ya es un hecho, lo tiene la guerrilla, ya se adjudicaron el secuestro. Si no lo rescatan en las próximas horas... —Se sentó abatido en una de las sillas del estudio—. ¡Dios mío! Cómo se lo digo a Amalia.

Ambos sabían sin necesidad de palabras que, si Gabriel salía de la ciudad, no lo volverían a ver en mucho tiempo, si es que alguna vez lo volvían a ver. El poco de gente que llevaba en manos de la guerrilla por más de diez años lo atestiguaba.

—Lo siento mucho, Rafael, sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Lo sé, y ahora lo que quiero es que investigues a esa mujer que está en la sala con cara de yo no fui.

—Está bien, lo que tú digas.

Salieron nuevamente a la sala. El ambiente no podía estar más lúgubre.

Se sentó al lado de Amalia.

—Tengo noticias.

Todos los miraron con expectación.

—Lo siento —dijo mientras tomaba a su mujer de las manos—. Lo tiene la guerrilla. Se atribuyeron el hecho hace unos minutos.

—¡Oh, Dios mío! —Amelia rompió a llorar.

—Búsquenlo, por favor —decía Melisa llorando desconsolada—. No lo puedo creer. —Luis Eduardo la abrazaba—. Apenas esta mañana estaba aquí conmigo.

—Debemos tener cabeza fría para lo que viene —concluyó Rafael.

—Las autoridades lo están buscando, me imagino —dijo Mariela.

Álvaro no la conocía, pero percibía que estaba ante una mujer de talante fuerte, con su mirada le transmitió la fuerza que sabía su hija necesitaría de ahí en adelante.

—Tienen invadida la ciudad, y retenes en todas las salidas. No podemos hacer más sino esperar —contestó Álvaro.

La noticia del secuestro estaba en los noticieros de la noche. Álvaro

habló con Amparo que llegaría con su esposo al día siguiente, para acompañar a sus padres.

Los teléfonos no dejaban de sonar. Pero a ellos solo les interesaba una llamada, la de las fuerzas armadas con noticias de que habían liberado a Gabriel o, en su caso, la de las exigencias de la guerrilla.

Gabriel tampoco pudo dormir. A la angustia del secuestro se le sumó el colchón lleno de nudos y los pasos que sentía en toda la casa. A veces oía voces, pero éstas se acallaban enseguida. Llegaba hasta él el ruido de un televisor, pero no entendía nada.

—Compañero, debemos sacarlo por la vía a los llanos —decía una de los captores.

—No —contestó rotundo otro—, hay que esperar a que se calme la marea. Será por Sumapaz.

—El camión ya está preparado —decía otro.

—No importa, esperaremos. Estamos más seguros aquí que en cualquier parte.

El camión en que pensaban llevarlo tenía un compartimento falso donde cabía una persona bien estirada. El plan era llevarlo a las montañas de Sumapaz y ahí lo entregarían a los compañeros del frente; de ahí en adelante, ellos lo llevarían para uno de los campamentos en la selva.

Al día siguiente le ofrecieron un café con leche y un pan blandito.

—Quiero agua, por favor.

—Está bien —le alcanzaron un vaso de plástico con agua fría.

Lo desamarraron para llevarlo al baño. Siempre eran dos y con un arma apuntándole a la cabeza. Hizo sus necesidades y se aseó un poco. Se dijo que tenía que comer lo que le ofrecieran. Quería estar fuerte por si se presentaba la oportunidad de escapar. Se percató de que estaba cerca del aeropuerto por el zumbido de los aviones al despegar y al aterrizar. Se oían ladridos en la distancia seguro el perro de algún vecino. Le ordenaron acostarse en el camastro nuevamente.

En su apartamento, Javier se regodeaba con la noticia. Ya estaba en todos los noticieros de las principales cadenas del país. Deseó de corazón que Gabriel Preciado no saliera nunca del cautiverio, que se pudriera junto con la vegetación de la selva. Compró una botella de aguardiente y después de tres tragos se le coló en el pensamiento la imagen de Melisa y lo que estaría sufriendo en ese preciso momento. Se lo merecía por faltona. Por separarse de su lado. Por dejar que ese hombre recorriera con sus manos lo que le debió haber pertenecido a él.

Carolina llegó rato después.

—¿Espero que tú no tengas nada que ver con esto? —le dijo

asustada.

—A ti qué te importa.

—Me importa porque puedes ir a la cárcel. ¿Qué has hecho, Javier?

—Se lo tenía bien merecido, por quitarme a Melisa.

—En primer lugar, ella nunca fue tuya.

—¡Tú qué sabes! —explotó él.

—Nunca te amó, nunca te miró como mira a ese hombre.

Javier con ira le atravesó la cara de una bofetada. A él nadie lo cuestionaba.

—¡Que estúpida soy! —le decía llorando.

—¿Hasta ahora te das cuenta? Tú solo me interesabas para follarte y para sacarle información a Melisa —la miraba con furia—. No le llegas a Melisa ni a la punta de los pies.

—No seas cruel, Javier, yo te amo —lo agarraba de las solapas de su chaqueta, trataba en vano de acariciarle el rostro, pero Javier con sus lapidarias palabras la alejó de un empujón.

—Pues yo no. Y ya no te necesito, así que lárgate —le abrió la puerta para que saliera. Deseaba estar solo. Seguir deleitándose con lo ocurrido, regocijarse en la sensación de que por fin, algo le había salido bien en la vida.

—¡Oh, Dios mío! Qué va a ser de ese hombre ahora.

—Ojalá se pudra en la selva. Y cuidadito si le vas con el cuento a alguien, porque estás muerta.

Carolina salió con el alma destrozada y envuelta en llanto.

CAPÍTULO XI

La Sospecha

Esa noche nadie pudo dormir.

Melisa lloró todo el rato.

A nadie le había pasado desapercibido el rechazo de su suegro. En cambio su suegra, bendita fuera, se acercó a ella y así pudieron darse algo de consuelo. Las nauseas conspiraban para evitar dejarla en paz, había ido al baño varias veces durante el rato que permaneció en la cama.

Tenía miedo. No quería pensar qué sería de su vida donde algo le llegara a pasar a Gabriel, estaba segura de que no lo soportaría. Sentía un peso en el corazón y una piedra en sus entrañas.

¡Gabriel! ¿Dónde estás, amor mío?

Le hablaba a la noche.

Melisa durmió unos minutos en la madrugada, cansada de caminar y de recostarse por ratos. Aún en sueños la asaltaban las lágrimas.

Se despertó apenas comenzó a clarear. ¿Qué sentido tenía seguir en la cama si no podría dormir más? Llevó su mirada al lado de la cama donde hasta hacía dos días había compartido brevemente con Gabriel, su amor, su hombre. Acarició la almohada como si estuviera acariciándolo a él; pegó la nariz y al percibir rastros de su olor, se le nubló la visión de nuevo por el llanto que le fue imposible contener.

Hizo a un lado las mantas y se levantó a mirar por la ventana. El día era lluvioso y hacía mucho frío. ¿Cómo la estaría pasando? ¿Estaría abrigado? ¿Habría comido algo? ¿Estaría herido?

Con el alma oprimida, se arregló a desgana y, al llegar a la sala, sus suegros la esperaban con cara de no haber pegado el ojo en toda la noche.

—Buenos días —saludó ella amable.

—Buenos días —contestaron ellos.

Una de las empleadas llegó con una bandeja sobre la que reposaban tazas de café y agua aromática.

Melisa sintió un ligero rebote con el olor del café, pero lo supo disimular.

—¿Se ha sabido algo? —preguntó con algo de esperanza.

—Nada aún —soltó Rafael, mirándola concentrado. Amalia la exhortó a sentarse a su lado.

En ese momento llegaron Álvaro y Miguel, con caras de apenas haber dormido la noche anterior. Todos se miraban expectantes esperando noticias, pero ninguno tenía nada que decir.

—Hoy entregan los cuerpos de los muchachos en medicina legal. Oscar ya está mejor —les informó Miguel.

—¡Dios mío! Había olvidado a esa pobre gente —exclamó Melisa—. ¿Cómo están sus familiares? —inquirió preocupada.

—Pueden imaginarse la pena. Todos tenían familia.

—¿Qué será de ellos ahora? —preguntó angustiada.

—Ellos recibirán una indemnización por parte del seguro y otra por parte de la familia —contestó Rafael petulante.

—Deseo ir al entierro, quiero acompañar a las familias. —Melisa los recordaba bien, eran oficiales del ejército; retirados hacía algunos años. Sergio era algo rudo en su trato pero educado y permanecía con el ceño fruncido—. ¿A qué hora será?

—No hay necesidad —retrucó Rafael—, tenemos gente que se encarga de eso.

—No me importa, voy a ir igual —insistió Melisa midiendo voluntades con su suegro—. A Gabriel le gustaría acompañar a las familias en este momento de adversidad.

Podía ser su suegro y un hombre poderoso, pero de ninguna manera se iba a dejar acobardar por él.

—No voy a discutir contigo sobre eso —le habló Rafael, con ese tono autoritario e insensible con el que solo parecía dirigirse a ella—, teniendo tanto de qué ocuparme en este momento.

—Déjala tranquila, Rafael —dijo su suegra, que había permanecido callada todo el rato con cara de disgusto y las manos entrelazadas—. Si Melisa quiere ir, pues que vaya, si eso la hace sentir mejor.

—Gracias, Amalia.

—Acompáñala, Miguel, por favor —insistió su suegra.

—El entierro es a las dos.

—Muy bien, estaré lista a esa hora.

El tiempo pasaba lento, como si las manecillas del reloj estuvieran en huelga. Rafael estuvo reunido con Álvaro y otros ejecutivos casi toda la mañana. De Gabriel no se sabía nada aún.

Melisa se cambió para la ceremonia y salió para el entierro en un cementerio al norte de la ciudad. La familia de Gabriel había corrido con todos los gastos. Con el corazón en un puño, se acercó y les dio el pésame a todos los familiares. Luego entró en la capilla que estaba abarrotada de gente. Se sentó en una de las sillas de la mitad y se perdió en las palabras del sacerdote.

Por Cristo, con Él, y en Él —invocaba el sacerdote.

Melisa oraba de rodillas y con todo el fervor de su corazón. *“¡Dios mío! por favor, por lo que más quieras devuélvemelo, te lo suplico de rodillas”*.

—A ti Dios, padre omnipotente...

“Voy a tener a su hijo Señor, por favor. Merece estar con su padre, devuélvemelo Señor”.

—En la unidad del Espíritu Santo...

“Sé que para ti nada es imposible e ignoro el porqué de tus designios”.

—Todo honor y toda gloria...

“Pongo mi matrimonio en tus manos señor, te lo entrego todo, solo tú sabrás lo que deseas para nosotros, y trataré de aceptarlo, Señor”.

—Por los siglos de los siglos. Amén.

Todo esto repetía Melisa en medio del llanto, ante la mirada curiosa de los asistentes. El olor de las flores le trajeron de vuelta las náuseas. Se sentó un rato y aspiró profundo para sosegar. La ceremonia terminó minutos después. Algo más calmada se acercó a la madre de Sergio y la abrazó.

—Yo, por lo menos, sé donde estará él en todo momento —decía la

humilde mujer—, pero para usted, señora, empieza un calvario —la miró con pena—. Es como una muerte en vida. No lo digo por atormentarla, ni más faltaba —le dio unas palmaditas en la mano que le sostenía—. Pero debe prepararse y fortalecerse para lo que vendrá.

—Yo confié en que las autoridades me lo traigan en cualquier momento.

—Nunca pierda la esperanza, pero la espera puede ser larga. Confiemos en que esta vieja esté equivocada.

Al salir del cementerio, le dijo a Miguel:

—Por favor, deseo ir donde mis padres.

—Claro que sí, Melisa.

—¿Se ha sabido algo? —lo miró implorante.

—Nada. —la miró por el espejo retrovisor, preocupado.

—Hija mía —salió Mariela a recibirla. Invitó a Miguel a seguir, pero el hombre rechazó la invitación, alegando motivos de seguridad.

—Ya le traigo un cafecito para el frío, con un pedazo de torta de zanahoria que acabé de sacar del horno —se dirigió diligente a la cocina para preparar café y cortar el pedazo de torta.

—Gracias señora —sonrió Miguel—. Es usted muy amable.

Melisa fue a su cuarto enseguida, mientras su madre le ofrecía el café a Miguel.

Se sentó en la cama observando todo lo que le era familiar.

Su escritorio abarrotado de libros y de apuntes, un afiche de Alejandro Fernández de la época del bachillerato, la colcha de su cama; gruesa y abrigada, la lamparita de noche con piedras de vidrio de colores que daban un ambiente festivo al cuarto. Le parecía una eternidad el día que llegó de Cartagena enamorada hasta el tope y convertida en mujer.

Mariela la encontró acurrucada en la cama, como cuando era una niña y alguna pena le atenazaba el alma.

—Mamá, no sé qué hacer —le decía Melisa consternada.

—Menuda familia te echaste encima —dijo su madre al pasar, mientras colocaba un vaso de leche y un pedazo de torta en la mesa de noche.

—Están sufriendo mucho —contestó Melisa discul-pándolos.

—No es solo eso hija —le acarició la mejilla—. Ustedes, en medio de la nube de amor en que estaban, no sopesaron a la familia de Gabriel.

—No entiendo —la miró confundida, cogió el plato con la torta, partió un pedazo con el tenedor y tragó con dificultad.

A Mariela no le pasó desapercibida, la palidez de su hija, las profundas ojeras y el esfuerzo que hacía por pasar los pedazos de torta.

—Cuídate mucho, no quiero que salgas más lastimada de lo que ya estás.

Melisa soltó el plato, abrazó a su madre y lloró hasta que no le quedaron más lágrimas. Mariela la consoló, como solo ella sabía. Elevó una plegaria al cielo por su hija, rogó por Gabriel, para que tuviera la fortaleza necesaria para superar el duro trance en esa situación tan injusta que unas personas sin escrúpulos de ninguna clase le estaban haciendo vivir.

Mariela la siguió abrazando sin hacerla partícipe de las dudas que le carcomían el alma con respecto a la familia de Gabriel. No le había pasado desapercibido el trato que recibió su hija el día anterior. Ojalá estuviera equivocada y todo saliera bien. Pero el papá de Gabriel era un hombre implacable, como esos guerreros de vieja data. Al conocerlo el día anterior, se dijo que era mejor tener a ese hombre de amigo que de enemigo. Le había sentado mal el matrimonio de su hijo. En condiciones normales se imaginaba una situación algo difícil, tirante tal vez, al fin y al cabo Gabriel no era una perita en dulce, pero con esta nueva situación, se daría por bien servida donde su hija no saliera más lastimada de lo que ya estaba.

Gabriel estaba desesperado. El encierro lo ahogaba.

Le habían traído un caldo de costilla grasiento y algo salado. Se había obligado a tomarlo. Estaba acostado en la cama, su mirada iba del techo lleno de humedad a la puerta mal pintada y sucia.

La incertidumbre era mayor a medida que pasaban las horas.

“Melisa, Melisa”.

No quería imaginar cómo se estaría sintiendo ahora. ¿Cómo habrían tomado sus padres el casamiento?

La espera iba a acabar con sus nervios. Gabriel no escuchaba ningún ruido desde hacía rato. Trataba de dormir sin conseguirlo. Su mente volaba hacia ella una y otra vez, rememoraba todos los momentos de felicidad que su esposa le había brindado.

“Te compensare amor mío, lo prometo”.

Recordaba la primera mañana de su corta luna de miel, cuando despertó y encontró a Melisa sentada en un tronco en la playa. Evocó cada detalle de esa dulce mañana.

Sintió pasos. Alguien abría el candado de la puerta. No le habían vuelto a poner la capucha. Se levantó enseguida del camastro, lo que le produjo un dolor en la espalda debido a la tensión sufrida y al “Maldito colchón lleno de nudos” caviló él.

Entró uno de los encapuchados, seguido de otro hombre. Era Martín Huertas, con la cara encapuchada. Sabía el nombre porque al joven que le traía la comida se le había escapado.

—Vaya, vaya. Parece que me lo han atendido bien —dijo con tono de voz sarcástico, se acercó a él. El otro hombre lo sentó en la silla. No lo amarraron.

—No puedo quejarme. El servicio a la habitación no está tan mal —le contestó Gabriel lleno de furia.

—No se le han bajado los humos —rió burlón. De pronto poniéndose serio, le dijo—: Espero que disfrute el resto de sus vacaciones.

—Eso lo veremos —le respondió Gabriel con el alma en el piso.

—La situación es ésta, señor Preciado: mañana saldremos para el monte, así que trate de dormir porque el camino es largo.

—Hijos de puta —les contestó ya sin importarle nada.

—Y me va a putear mucho más cuando le entregue el mensaje.

—¿¡Qué mensaje!?

—Estas vacaciones son cortesía de Javier y Melisa —se le llenó la boca al tiempo que pronunciaba sus nombres y esperaba la reacción.

—¡Hijos de puta! ¡Melisa no! —gritó enfurecido y empezó a forcejear con el par de hombres que se acercaron y trataron de controlarlo. Las palabras del guerrillero habían tenido el poder de clavarse en su cuerpo como si de cuchilladas se tratara.

—Ya le dije que me iba a putear más. ¿Cómo cree que nos enteramos de que su equipo de seguridad andaba cojo por estos días —lo miró con odio—. No sería precisamente en las noticias.

El guerrillero tomó un sobre y sacó unas fotografías. Se las entregó, eran fotos de Melisa y Javier tomados de las manos, otras caminaban frente a la universidad, en algunas fotos Carolina los acompañaba.

—Estás fotos son de hace tiempo.

Las repasaba una y otra vez, con la duda carcomiéndole las entrañas.

—Crea lo que quiera ¿Quiere más detalles?

Gabriel les tiró las fotografías a la cara y les espetó:

—¡No!, ¡no! Me niego a creerlo.

—Pobre huevón. Eso le pasa por encoñarse.

Gabriel se puso fuera de sí. Gritó, rugió y pataleó maldiciendo a sus captores.

—¡Cobardes! ¡Eso es lo que son, unos hijos de putas cobardes! —Martín le dio un puñetazo en pleno rostro—. En ese momento sintió que

su corazón se rompía en pedazos, y una amarga pena que nunca en su vida había sentido, lo invadió por completo.

No, no podía ser, no sobreviviría al secuestro con una pena tan grande.

Su familia. Creía que se ahogaba y unos temblores fríos lo invadieron. Ni siquiera al momento del secuestro sintió lo que estaba sintiendo ahora.

El sentimiento de traición era inmenso. No podría vivir enterrado en la selva, después de saber que la mujer a la que le había dado todo de sí, lo había engañado como a un crío.

Lo dejaron solo y, en ese momento, lloró como un niño, mientras rememoraba las falsas promesas de amor, la expresión de sus ojos !No; Tendría que borrarlas a la brava. No deseaba recrear en su mente la imagen de la playa !La olvidaría! Lloró de pena moral, de angustia y desesperación.

No, no podría vivir así.

¡Dios mío! ¡Ayúdame!

Le gritaba a la noche.

Rafael caminaba a lado y lado de la sala cuando Melisa regresó al apartamento ya entrada la noche. El ambiente estaba tenso. Amalia estaba más pálida que el día anterior. Rafael observó a su nuera con detenimiento; era una mujer hermosa, con una mezcla de sensualidad e inocencia que seguro había jugado un papel importante en los sentimientos de su hijo.

Amalia la saludó amablemente.

—¿Cómo estás, hija?

—Bien, Amalia, gracias. ¿Se sabe algo? —preguntó mirándolos expectante.

—Nada aún —respondió su suegro de forma brusca, y luego como si se percatara del tono utilizado, suavizó la voz y añadió—: Espero la visita del Comandante de las Fuerzas Armadas en cualquier momento.

—Ojalá hubiera noticias.

—Eso es lo que queremos todos.

Al llegar el comandante de las Fuerzas Armadas, el general de tres soles Henry Suarez, Melisa se incorporó y salió a recibirlo en el hall e inquirió noticias de su marido.

—Señora, estamos haciendo todo lo humanamente posible por ubicarlo.

—Deseo hablar con usted a solas, señor Preciado —le dijo el serio y apuesto general a Rafael.

—Sí, claro. Vamos al estudio, por favor.

Se dirigieron al estudio. Prácticamente había sido la oficina de Rafael todo el día. Aparte del computador había dos ordenadores portátiles. En otro cuarto estaban ubicados dos detectives del Das con aparatos sofisticados para interceptar alguna llamada que se presentara. A Rafael le molestaba tener el apartamento invadido por extraños, pero no había nada que pudiera hacer.

Los extranjeros habían cancelado la negociación y habían vuelto a su país en horas de la tarde. No creían que hubiera garantías suficientes para seguir adelante con el proyecto y ¿quién podría culparlos?

Pero eso no le importaba a Rafael en ese momento.

—Siéntese, general, por favor —se dirigió al bar—. ¿Desea tomar algo?

—No, gracias. —Lo miró fijamente, y con tono de voz ronco, le dijo—: Me temo que no tengo buenas noticias.

Rafael alzó la vista sorprendido y, soltando el vaso que iba a coger, se apresuró a sentarse en una de las sillas tapizadas de puro cuero color marrón. Quedó frente al general.

—Hable, por favor —lo miró angustiado y con el alma en vilo.

—Hace una hora detuvimos a Javier Cortés. Inteligencia tenía conocimiento de una reunión de él en Cartagena con Martin Huertas, importante miliciano. Es él quien recluta profesionales universitarios en todo el país para servicio de la guerrilla.

—¿Quién es Javier Cortés? —inquirió intrigado.

—Tengo entendido que fue novio de su nuera, antes de conocer a Gabriel.

—¡Dios mío! Lo sabía, sabía que esa pécora estaba involucrada —se palmeó las piernas y se levantó furioso.

—No nos adelantemos. Nada parece indicar que ella esté involucrada —contestó el General.

—Pero no están seguros.

—Parece que el joven vendió a Gabriel a la guerrilla, pero los motivos están por conocerse. Lo único que le digo es que a ese joven no le gustó para nada que su nuera lo hubiera cambiado por Gabriel.

Rafael, bufó incrédulo.

—¿Qué piensa hacer General?

—Estamos interrogando a Javier en la fiscalía. Me gustaría que la señora Preciado compareciera mañana para declarar.

—¿La detendrán?

—Eso depende del interrogatorio.

Ya se encargaría él de hacerla detener. Rafael Preciado no se detenía ante nada.

—Muchas gracias por su ayuda, general.

—De nada, espero que todo salga bien.

Al salir del estudio encontró a Amalia y a Melisa en la sala.

—El General no tiene nuevas noticias, pero hay un detenido —dijo con intención, y esperó alguna reacción de su nuera. Aparte de una genuina preocupación porque se descubriera la verdad, ningún otro gesto la delató. Era una estupenda actriz o era inocente, le susurró su conciencia.

—Ojalá sepa algo —contestó ella, sin añadir más.

—Eso esperamos todos —miró a su mujer enviándole una mensaje con la mirada—. Vamos a retirarnos, Amalia.

—Buenas noches, Melisa —se despidieron dejándola sola.

Rafael puso al día a Amalia en la conversación con el General.

Ella lo escuchaba silenciosa. Cuando se dispuso a acostarse, se acercó a su marido y, colocándole los brazos en los hombros, lo miró a los ojos y le dijo:

—No lo hagas Rafael, por favor.

—¡Que no haga qué! ¡Es nuestro hijo, por Dios! —le espetó furioso y sacándosela de encima.

—Es la mujer que tu hijo ama. No creo que Gabriel haya sido tan inconsciente de enamorarse de una delincuente.

—Créeme, cuando un hombre quiere meterse entre las piernas de una mujer pasa por alto muchas cosas.

—¡Se casó con ella! —le insistía Amalia.

—No me importa. La haré investigar y, si está involucrada, las pagará.

—Mírale sus ojos, son inocentes.

—He dicho que la mandaré investigar y eso haré —se acostó de su lado de la cama dándole la espalda—. Nuestra lealtad es para con nuestro hijo, no con cualquier aparecida de tres al cuarto.

—Cuando Gabriel se entere no te va a perdonar —dijo Amalia, y ahogada en llanto, apagó la luz de la lámpara de su mesa de noche.

—Corro el riesgo. Lo único que quiero es que vuelva con vida. Y si hay una mínima posibilidad de que esa mujer sepa algo, pues la fiscalía la hará hablar.

—Ojalá no te arrepientas —concluyó Amalia aún consternada.

—Ya te dije que lo único que quiero es que Gabriel regrese. Deberías pensar lo mismo que yo y apoyarme.

—También deseo que Gabriel regrese. No quiero que sufra.
—Créeme, ya está sufriendo. Y si esa mujer tuvo algo que ver, me las pagará.
—No dejes que la angustia te ciegue a lo evidente.
—Va lo mismo para ti.

CAPÍTULO XII

La Acusación

Estaba asustada.

—¿Qué querían de ella en la fiscalía? —pensó preocupada. Había tenido náuseas y vomitado el desayuno más temprano. En dos días tenía cita médica.

Se acercó al vestier. El aroma de la ropa de Gabriel le impregnó las fosas nasales lo que desató de nuevo el llanto. Se acercó a una chaqueta de cuero, aún recordaba el día que la había usado, aspiró su aroma y la estrechó, como si lo estuviera abrazando a él. Se iba a enloquecer de tanto extrañarlo, el desaliento causado por la incertidumbre le drenaba las fuerzas y no lograba dominar la desesperación y la pena. Se separó renuente y alcanzó un vestido sastre azul oscuro de pantalón, se vistió enseguida.

Sus suegros la estaban apremiando. Se recogió el cabello en una moña y salió a su encuentro. La severidad en el semblante de su suegro ya no la afectaba tanto como el día anterior.

Amalia rehuía su mirada.

—Vamos, se hace tarde —espetó su suegro molesto por la espera.

En el automóvil apenas le dirigieron la palabra. Miguel la miraba consternado.

Llegaron a la fiscalía. Un edificio grande e impersonal, ubicado en el occidente de la ciudad. El lugar hervía de gente: abogados, estudiantes, guardias penales, auxiliares, secretarias, etc. Les solicitaron un documento personal y los guiaron a la oficina del fiscal de turno, que los atendería enseguida.

—Señora Melisa Escandón de Preciado —llamó una secretaria a los cinco minutos de haber llegado.

—Sí, soy yo —contestó ella expectante.

—Sígame, por favor.

Melisa decantó la mirada en su suegro y, en una fracción de segundo, se dio cuenta de sus intenciones.

—Usted piensa... —dejó la frase sin terminar.

Rafael rehuyó su mirada.

—De prisa, por favor —volvió a hablar la mujer.

Siguió a la mujer y atravesó una puerta que daba a una oficina provista de una mesa con dos asientos a lado y lado. Había otra más pequeña con su silla, donde se sentó la mujer que la llamó, frente a un ordenador.

Un hombre de unos treinta cinco años, con bigote y gafas estaba detrás del escritorio y observaba unos papeles. Era de estatura baja y constitución delgada, vestido de traje entero y corbata. Cuando ella entró, se levantó de la silla. La saludó amable, lo cual la tranquilizó algo. Todavía estaba en shock y con el ánimo encogido al saber que sus suegros sospechaban de ella. Todo ese tiempo de convivencia con ellos, y ellos pensaban lo peor de ella. ¡Por Dios! ¿De dónde habían sacado la idea de que ella podría hacerle algo malo a Gabriel? Era el hombre que más amaba en la vida, daría su vida por él.

¿Por qué? ¿Es que no se daban cuenta de lo destrozada que estaba?

—Buenos días, señora Preciado, soy Felipe Castillo, fiscal encargado de la investigación en el caso del secuestro del señor Preciado.

Sabía que estaba ante un abogado sagaz, de lo mejorcito que había en la fiscalía, había comentado su suegro en la camioneta, cuando iba rumbo al lugar. Tenía fama de duro, pero a la vez era un hombre justo e incorruptible.

—Mucho gusto, señor fiscal, no sé qué hago aquí exactamente, pero en lo que le pueda colaborar, cuente conmigo —señaló ella, fingiendo valentía.

Estaba impresionada.

Pero no se dejaría amedrentar.

“El que nada debe, nada teme.”

Sí claro, pensó para sí. ¿Cuántos inocentes culpados injustamente habrán tenido en cuenta esta frase?

—¿Su nombre completo, por favor? —preguntó el hombre.

—Soy Melisa Escandón de Preciado —recalcó el último apellido, de algo tenía que servir. Dio todos sus datos, número de cédula, dirección de domicilio y teléfono.

—Sabe que puede tener un abogado presente —señaló él mirándola por entre las gafas.

—No creo que lo requiera —contestó ella, más segura de lo que en realidad se sentía.

—¿Cuál es su relación con el señor Javier Cortés?

—Salí con él hace unos meses, antes de conocer a mi esposo —le contestó ella. ¿Qué diablos tenía que ver su relación con Javier, con el secuestro de esposo?

—¿Cómo es su relación en este momento? —inquirió el hombre sin quitarle la vista de encima y observándola en detalle.

—No hay relación —contestó cortante.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con él?

Melisa recordó el día en que le mostró la revista.

—Hace mes y medio en la universidad, discutimos por una revista en la que estaba mi esposo en compañía de una mujer.

—Explíquese.

—Él estaba resentido porque habíamos terminado en Cartagena, donde conocí a Gabriel, y quería sabotear mi relación con él. Javier pensó que yo terminaría con Gabriel por aquella fotografía.

—¿Por qué terminaron su relación?

—Lo encontré en la cama con mi mejor amiga en ese momento.

—¿Cómo se llama esa amiga?

—Carolina Rojas.

—¿Volvió a frecuentarla?

—Sí, claro que sí. Me dijo que Javier la había utilizado, que se arrepentía de lo sucedido y que le diera otra oportunidad.

—¿Y usted se la dio?

—No vi el problema. No tenía nada con Javier y, además, es mi amiga.

—Entiendo.

El fiscal hizo una pausa sopesando la información.

—¿Conoce a Martín Huertas?

—No. ¿Quién es él?

—Un amigo de su novio y militante de la guerrilla.

—No es mi novio. ¿Y qué tiene que ver conmigo? —preguntó ella asustada y empalideciendo de repente.

—Su ex novio tuvo una reunión con él en Cartagena.

¡Dios mío!, pensó para sí. ¿Qué hiciste Javier?

De pronto entendió todo, y unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—¿Desea tomar algo?

—No, gracias —contestó ella con la voz entrecortada por el llanto.

Miró al fiscal. Estaba atormentada. Quería preguntar tantas cosas, pero el miedo le atenazaba las entrañas.

—¿Nunca oyó nombrar a Martín Huertas? ¿Ni por casualidad?

—No, para nada.

—¿Qué la hizo acercarse al señor Preciado en Cartagena?

—Yo no me acerque a él. Gabriel fue el que se acercó a mí.

El tono del interrogatorio cambió enseguida. Se tornó un poco más agresivo por parte del fiscal.

—Explíquese.

—Me insistió en que tomara un café con él, pero yo no accedí.

—¿Por qué?

—Estaba con Javier, no soy una desvergonzada —retrucó ella algo molesta.

—¿Y qué le hizo cambiar de opinión?

—Él me insistió y me invitó a cenar esa noche. Me dijo que si iba al restaurante Donde Olano esa noche, allá lo encontraría.

—¿Qué le hizo aceptar la invitación?

—No la acepté —le contestó digna—. Al otro día me insistió y acepté salir a cenar con él.

—Ya veo.

El fiscal hizo una pausa, tomó agua y le ofreció a Melisa. Ella se negó nuevamente.

—¿Tuvo algo que ver con el secuestro de su esposo?

—¡No! ¡Cómo se le ocurre! —lo miró asustada—. ¡No sería capaz de hacerle daño a nadie, mucho menos a él! ¡Lo amo! —lloraba descontrolada.

—¿Cuánto dinero le ofreció la guerrilla por entregar a su esposo?

—¡He dicho que no tengo nada que ver con el secuestro! —gritó Melisa desesperada.

—¿Lo planearon antes o después del matrimonio?

—Váyase al diablo —contestó indignada.

—Javier está detenido —le dio la noticia esperando el impacto en ella.

—¡Hágalo hablar! Si él tiene algo que ver con el secuestro de Gabriel, debe obligarlo a decirle donde lo tiene —explotó ella enseguida.

Ése era el problema, el chico no quería soltar prenda. No decía absolutamente nada, estaba ganando tiempo.

En cuanto a esta mujer, era inocente. No tenía nada que ver con el secuestro de su esposo. Él era un experto en delincuentes, y esta mujer no tenía ni un palmo de maldad en su interior. Era transparente en sus

emociones.

Así y todo la detendría.

Él había conducido el interrogatorio de Javier Cortés, y el único momento en que vislumbró algo de vida en sus ojos, fue cuando nombraron a Melisa.

Tenía una corazonada y la utilizaría a ella para convertir su corazonada en certeza.

El fiscal había tomado una decisión.

—Señora Preciado, me temo que debo detenerla —le dijo el fiscal a Melisa, que abrió los ojos asustada.

—¿Por qué? —preguntó ella insegura.

—No le voy a formular pliego de cargos, pero necesito investigarla más.

—No entiendo, señor fiscal. Cómo puede estar perdiendo el tiempo conmigo cuando los verdaderos culpables están haciendo de las suyas con mi esposo —retrucó ella.

—A más tardar en tres días se aclarará todo.

Eso esperaba. La presión era grande, y sabía que a cada día que pasaba, más difícil sería encontrar a Gabriel Preciado.

De arriba había venido la orden de detenerla para quebrarla y para que confesara su participación.

Bueno, él pensaba otra cosa.

La detendría, pero por una razón diferente.

Miguel estaba preocupado. Llevaban una hora interrogándola. Rafael y Amalia esperaban en una salita cercana. Álvaro se les había unido hacía un rato.

Miguel tomó una decisión. Sabía que si los padres de Gabriel se enteraban, le costaría el puesto, pero alguien tenía que ayudar a Melisa.

Llamó a casa de sus padres.

—Sí, buenos días, familia Escandón —saludó Mariela amable.

—Buenos días, señora, habla Miguel, ¿cómo está usted? —inquirió el joven pensando en la mejor manera de darle la noticia.

—Menos mal que llamó Miguel. He tratado de comunicarme con Melisa toda la mañana. ¿Se encuentra bien?

Miguel procedió a explicarle a Mariela la situación de Melisa y la detención de Javier Cortés y su posible vinculación al secuestro. Le manifestó que en ese momento Melisa estaba compareciendo ante el fiscal. Miguel se sentía mal ante el llanto de la buena mujer. La actitud de Rafael era excesiva, estaba tan equivocado, pero su prepotencia le nublabla el juicio. Entendía su angustia. Rafael Preciado amaba a su familia

en exceso y el pensar que su hijo estuviera en peligro sacaba lo peor de él. Sin pruebas concretas seguiría pensando que Melisa era culpable.

Pobre muchacha, no tenía nada que ver con lo sucedido y mucho menos con el cabrón de su ex novio. Eran como el agua y el aceite.

Le aconsejó en voz baja para evitar que Álvaro —que era el que estaba más cerca— lo escuchara, que le avisara al papá de Melisa y que de ser posible trajeran un abogado. Miguel estaba seguro que Melisa no saldría del lugar así no hubiera una sola prueba. Rafael no lo permitiría, se le notaba la inquina hacía la muchacha. Mariela le aseguró que enseguida se pondría en contacto con su esposo para apoyar y ayudar a su hija en todo.

Cuarenta minutos más tarde se presentaron en la fiscalía los padres de Melisa y un abogado. Miguel los esperaba en la puerta. Acompañó al abogado hasta la puerta de la oficina de interrogatorios. Y les indicó a los papás de Melisa, la sala donde podían esperar.

Melisa respiró algo más tranquila en cuanto Esteban Trujillo asomó la cabeza por entre la puerta entreabierta que sostenía la secretaría, para evitarle el paso.

—Esto es un atropello —repuso el abogado.

—Pase abogado, por favor —le contestó el fiscal.

—A mi cliente se le debió informar que debía traer un abogado y prepararla para el interrogatorio.

—Ella misma accedió a contestar las preguntas sin un abogado.

—Podrá irse a casa, me imagino.

Melisa observaba el intercambio entre los dos profesionales, esperanzada. Esperaba que el abogado convenciera al fiscal de su inocencia.

—No, creo que no. Le estamos investigando, me temo que tardaré algunos días.

—Es un atropello.

—Denúnciame, si lo desea. Pero me imagino que usted sabe que este caso tiene a la fiscalía parada de cabeza.

—Aún así, es injusto para con la señora Preciado.

—No se preocupe, no le pasará nada.

Melisa en medio de lágrimas habló unos minutos con el abogado y lo puso al tanto de todo lo que había ocurrido en el interrogatorio. El abogado la tranquilizó y le dijo que sin pruebas, la fiscalía no podría hacer nada. Le recomendó que se cuidara, que se abrigara y que al día siguiente a primera hora, resolverían el entuerto. Melisa no se sintió más tranquila, ni por asomo. La venganza de Javier había sido maquiavélica, le parecía

imposible reconciliar la imagen que tenía de él, con la de un frío secuestrador. Pero en el fondo de su conciencia, percibía un sustrato malévolo en él. El solo hecho de compartir unos días con la novia y con la amante no hacían delincuente a un hombre, pero tampoco alguien íntegro. Melisa no le había dado tanta importancia a lo ocurrido porque gracias a esa traición había conocido al hombre de su vida. Pero por lo visto para Javier las cosas habían sido diferentes.

Luis Eduardo entró con porte digno y furioso a la sala donde estaban los padres de Gabriel reunidos. Aún tenía el estómago hecho un nudo de pensar que algo le fuera a pasar a su hija. Desde el comienzo sabía que la alianza con esa familia tan lejana a la de ellos solo traería dolores de cabeza. Bien, el tiempo le había dado la razón.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué está siendo interrogada mi hija?

—Pregúntele a ella —contestó de mala manera Rafael.

—Vamos, Rafael, cálmate —le suplicó Amalia.

—El noviecito de su hija vendió a mi hijo a la guerrilla.

—El ya no era el noviecito de mi hija —contestó indignado Luis Eduardo.

—Mi hija no tiene nada que ver con el secuestro de su hijo —espetó Mariela en tanto celaba a Rafael con dureza.

—Eso lo decidirá la fiscalía.

Luis Eduardo echaba chispas.

—Hijo de puta prepotente —exclamó Luis Eduardo con odio—. Cree que porque tiene dinero puede tratar como se le dé la gana a gente honrada e íntegra.

—¿Honrada... íntegra? —le escupió Rafael usando su peor tono despótico—. Quién sabe de qué artimañas se valió su hija para agarrar a mi hijo.

—¡Cómo se atreve! Desgraciado.

El disgusto de Luis Eduardo se equiparaba con el de Rafael. Se acercó a él, lo agarró de las solapas, dispuesto a increparle por el atropello a su hija. Rafael levantó el puño.

—¡Rafael! —exclamó Amalia, al tiempo que lo agarraba del brazo y lo llevaba a un extremo de la sala.

—¡Suéltame! —espetó furioso.

—Deja de portarte como un soberano cretino, Rafael —lo miró incrédula—. ¿Dónde está el hombre honorable con el que me casé?

—Pues búscalos donde se te dé la gana —le contestó lívido de furia—. ¿Cómo te atreves a ponerte de parte de esta gente?

—Alguien tiene que guardar la compostura —lo miró dolida —.

¿Crees que todo esto que estás haciendo nos devolverá a nuestro hijo?

—Ya lo creo que sí —contestó él convencido.

—La vida se encarga de cobrar todas las injusticias que cometemos, y se las cobra en los seres que más amamos. Ten cuidado, Rafael.

Luis Eduardo escuchaba la discusión de los padres de Gabriel, sin dejar de lado la angustia que le oprimía el pecho. Vio como Amalia se acercaba a ellos y trataba de disculpar la conducta de su esposo. Pobre mujer, quien sabe con qué ogro se las vería en su hogar, pero a él eso le importaba un bledo. Era su hija la que estaba a punto de ir a la cárcel. Caminaba con pasos apresurados por toda la sala, evitando a Rafael.

—Ustedes perdónenlo. Está fuera de sí por el secuestro. Él ama mucho a Gabriel.

—Es su hijo —contestó Mariela, con algo de enten-dimiento.

—Maldita sea la hora en que su “distinguido” hijo puso los ojos en mi niña —le dijo a Rafael—. Yo sabía que esto iba a terminar mal.

—Ya cállate, mi amor —rogaba Mariela.

—En cuanto lo vi en la sala de mi casa y vi la manera en que la miraba... Sabía que le devoraría el alma —se sentó derrotado y, con las manos en la cara, ocultó su pena.

—Es mi hijo el que está en peligro —le señaló Rafael, algo arrepentido de su arranque al ver el sufrimiento de los padres de Melisa.

—¿Y mi hija no? —le contestó Mariela con el rostro surcado de dolor.

Momentos después, entró el abogado de Melisa con gesto atribulado. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de baja estatura y delgado, con lentes de aumento y mirada sagaz.

—Van a detenerla aquí unos días —dijo a los padres de la chica que no podían ocultar su aflicción.

—Pero si ella no ha hecho nada —contestó Mariela con la voz entrecortada por el llanto.

—Ella es inocente, solo quieren una cabeza. —Luis Eduardo miró a Rafael con intención—. Si mi hija fuera de su misma clase social, esto no estaría pasando.

—Yo sé que es inocente, Luis Eduardo. Lo sé, pero de algo tienen que agarrarse. Se ve que han presionado mucho desde arriba —contestó el abogado de los Escandón.

—¿Ella está bien? —preguntó Mariela deshecha.

—Tu hija es fuerte, y está bien, dadas las circunstancias —los calmó el hombre.

—¿Podremos verla? —inquirió Luis Eduardo.

—Claro que sí, aunque solo un momento. Mariela, ella necesitará cosas, ropa, una cobija gruesa... aquí hace mucho frío.

Los padres de Gabriel no decían palabra. Luis Eduardo se dirigió a ellos.

—Espero que esté satisfecho, señor Preciado. Logró lo que quería.

—Solo quiero encontrar a mi hijo.

—Pero no a costa de mi hija. Sé que está cometiendo un grave error. Permiso —dijo, y salieron de la salita a enfrentar el incierto futuro de Melisa.

Rafael sabía que Amalia estaba furiosa.

Ella estaba segura de que la chica era inocente. ¿Cómo podía estar tan ciega?

—Espero que estés campante —le dijo furibunda.

—Hice lo que creí correcto —se excusaba él, mirándola confundido.

—Nunca, en treinta y tres años de matrimonio, había estado avergonzada de ser tu esposa. —Lo miró con la decepción en la cara—. Hoy ha sido el día Rafael.

Rafael se encogió en la silla.

Álvaro carraspeó incómodo y abandonó la sala.

Por primera vez desde que había vuelto al país y viendo la actitud de todo el mundo hacía esa muchacha, Rafael se preguntó si se habría equivocado ¿Con qué cara le respondería a su hijo cuando volviera? Cruzaría ese puente en cuanto llegara a él. Se paseó incómodo por el largo pasillo, a lo lejos observó a los padres de Melisa que hablaban con el abogado que los acompañaba. Melisa salió al momento acompañada de dos guardias. Ella lo observó de lejos con una mirada de pena que le hizo sentir insignificante.

No sabía qué hacer.

Los reclamos de Amalia tuvieron el poder de avergonzarlo.

—Me juraste que nunca ibas a actuar como él. —le dijo Amalia en cuanto él volvió a entrar a la sala.

Rafael palideció de repente.

—Y no lo estoy haciendo —le refutó enseguida.

—¿Ah, no? —Amalia bufó indignada—. Me parece estar oyendo a tu padre en la sala de mi casa, diciéndoles a mis padres que yo era poquita cosa para ti.

—No puedes comparar la situación. No había alguien de mi familia en peligro en ese momento.

Rafael se dirigió hacia la ventana. A lo lejos se observaba la calle

veintiséis, vía al aeropuerto. Veía pasar los automóviles, sumido en sus negros pensamientos. Lo hecho, hecho estaba, no se iba a echar para atrás. No señor. Primero, estaba en juego la vida de su hijo y parecía que todos lo habían olvidado. Pues bien, él estaba allí para recordárselo al que lo olvidara.

—Al ver a Melisa, es como verme a mí misma hace tantos años. Dios —se acercó a la ventana y quedó al lado de él. Pegó la frente al vidrio—. Tantos sacrificios, tantos sueños, ¿y todo para qué?

—No sabía que el haber estado casada conmigo fuera tanto sacrificio para ti —lo dijo en tono de voz dolido y con un atisbo de miedo.

—Renuncié a muchos de mis sueños por seguirte, Rafael. Y nunca lo lamenté... hasta este momento.

Se separó de la ventana y, con paso digno, se dirigió a la salida.

Se sentía derrotado.

Amaba a Amalia con locura, aún después de tantos años. Cuando cayó bajo el hechizo de sus ojos verdes, los mismos de su hijo, sabía que había encontrado al amor de su vida. Y no se equivocó.

Ahora todo lo importante en su vida tambaleaba. Sin su esposa no podía vivir. Era su aire y su polo a tierra, sacaba la mejor parte de él. Rafael lo sabía, como también sabía que con el trato a la esposa de Gabriel había abierto una brecha en su matrimonio que no se podría cerrar fácilmente.

CAPÍTULO XIII

El viaje

No sabía dónde estaba.

Todo era confuso, como entre brumas. ¿Dónde carajos estoy?, Se preguntó Gabriel en el momento en que sintió sus manos atadas. ¿Qué me pasa?

Estaba aterrado, no recordaba cómo había llegado a ese hueco.

—¿Dónde estoy? —inquirió gritando.

Abrieron la puerta enseguida.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué grita? —señaló un encapuchado.

—Quiero saber dónde estoy y por qué estoy atado.

El encapuchado soltó la carcajada.

—¿Se deschaveté, hermano? Lleva tres días en esas, ¿y hasta ahora le da por preguntar?

—¡Tres días! ¿Cómo llegué aquí? —preguntó deses-perado.

El tono del delincuente cambió enseguida.

—Ya vuelvo.

Volvió con el médico un momento después. Era un joven de no más de veintidós años, cabello negro, alto y delgado, y ojos amables. Se presentó como el doctor y le dijo:

—Tranquilícese, hombre. Lo voy a examinar, quédese quieto, por favor.

—¿Recuerda su nombre?

—Gabriel Preciado Lavalle.

—¿Recuerda el momento de la captura?

—No.

—¿Qué es lo último que recuerda?

—Salí de una reunión en mi centro de negocios.

—¿Qué día es hoy?

—Enero doce del 2007.

El médico echó un vistazo suspicaz al otro hombre, en tanto sacaba de un pequeño maletín un estetoscopio y un tensiómetro. Le tomó la tensión, le examinó la garganta y los oídos. Le examinó la cabeza y tanteó el cuero cabelludo en busca de heridas o chichones.

—No quiero asustarlo, señor Preciado, pero me parece que debe saber que es 28 de Abril.

—No puede ser —exclamó confundido.

—Parece que tiene un lapsus de memoria de aproximadamente tres meses.

—¿Cuál es la causa?

—Es un shock, seguramente debido a la experiencia del secuestro. A veces pasa.

—Estoy secuestrado, entonces —murmuró aterrado. No tanto por la situación en que se encontraba sino por haber perdido el control de su vida de esa manera tan lamentable. ¿Qué sería de su gente? Sus padres ¿y Miguel que habría ocurrido con él? Necesitaba serenarse, ayudar en la negociación, saber quien lo había secuestrado y en ese momento rogó que fuera la delincuencia común y no un grupo guerrillero.

—Sí, señor Preciado, por un bloque de las Farc —le dijo el médico mientras alistaba una ampolla y una jeringa para colocarle una inyección.

—¿Quién es el cabecilla? —exigió saber, antes de sentir el pinchazo en el cuello que lo llevó a la inconsciencia en segundos.

Era un sueño.

Gabriel, poco a poco recuperó la conciencia y también la frustración que lo embargaba. La incertidumbre y el miedo a lo desconocido lo habían

distraído por minutos del ardor en la garganta, de la sed que lo invadía. No entendía qué había pasado, ni cómo había ido a dar a manos de estos malnacidos. El sitio era horrible, no podía estirar bien el cuerpo, se le habían dormido los brazos y las piernas. El piso estaba cubierto de esteras y tenía dos cobijas gruesas. A sus fosas nasales llegó el olor a comida revuelto con el de la leña. A lo lejos oía como alguien golpeaba algo sobre una mesa.

—Hola —masculló y trató de elevar el tono de voz—, ¿alguien me oye? Agua, por favor.

El golpeteo cesó.

—No grite que ya lo oí.

Una mujer campesina le acercó una totuma con agua fresca. Bebió primero de a sorbos pequeños hasta que sintió que se le abría la garganta y tomó el resto de líquido de golpe. La mujer salió a la puerta y gritó:

—Efraín, el hombre ya despertó.

—Ya vamos —contestó la voz de uno de sus captores.

Entraron tres hombres a la vivienda. A dos ya los conocía, al otro no.

—Buenas, señor Preciado, vamos a darle de comer. Por favor colabore. Vamos a estar aquí un tiempo corto, así que pórtese bien.

Uno de los hombres abrió la reja de forma brusca, mientras el otro lo apuntaba con un arma. Una avalancha de punzadas le atacó las piernas cuando se incorporó. Lo desataron y lo llevaron a rastras a la mesa.

—Tómese esta sopa —le ofreció la mujer sin mirarlo a los ojos.

—Gracias, señora —contestó Gabriel.

Tenía hambre.

Trataría de sobrevivir. Gabriel, con todos sus sentidos alertas, analizaba la situación al detalle. Era una casa pequeña como muchas del campo. Con una cocina de estufa de leña, al frente una pequeña mesa de madera, rodeada de cuatro butacas. En una de las paredes colgaba un almanaque con la publicidad de cigarrillos Pielroja, y una mata de sábila, encima del marco de la puerta. Un par de puertas cerradas que se imaginó serían los cuartos, ubicadas a lado y lado de la vivienda.

El hombre que respondía al nombre de Francisco Carvajal, relató a la pareja de campesinos como había transcurrido el viaje. El camión lo habían llenado de abarrotes para abastecer una pequeña finca, se habían disfrazado de campesinos. Según ellos, era más fácil pasar los retenes con ese tipo de carga. Por radio les habían avisado que debían escampar en ese lugar, llamado El peregrino, mientras se hacía más tarde.

Lo que pudo deducir Gabriel de la charla, era que estaban en la

región de Sumapaz, una zona amplia y boscosa que la guerrilla conocía al dedillo. Estos campesinos eran auxiliares. Prestaba atención a todos los detalles mientras se llevaba la comida a la boca.

Tenía que huir, entre más se alejara de la ciudad, menos probabilidades tendría. Solo estaban la familia y los malnacidos. Algo había que hacer.

A pesar de las agujetas aún sentía las piernas dormidas.

—¿Puedo estirar las piernas un momento? —les dijo, y trató de ser amable.

—Si se porta bien, podemos ayudarlo —contestó Lucas.

Francisco se colocó detrás de él con el arma y Lucas, que así se llamaba el otro guerrillero, lo levantó de su silla; casi se cae, le temblaban las rodillas. Hizo el esfuerzo y se enderezó.

—Ni se le ocurra hacer una trastada, amigo, o lo jodemos.

—No les conviene joderme antes de recibir el pago —contestó burlón Gabriel.

—No nos importaría —le señaló Francisco—. Lucas, amárralo otra vez.

—Ya tendrá tiempo de hacer ejercicio más adelante. No se preocupe por eso —dijo Lucas en el mismo tono burlón utilizado por Gabriel.

Miró a la mujer, en busca de algo de apoyo, pero ella rehuyó la mirada enseguida. Lo ataron nuevamente y lo tiraron en el hueco.

Dos adolescentes de no más de quince años, entraron en la casa.

—Híjole, como han crecido estos muchachos —los saludó Francisco.

—Buenas —contestaron ellos, esbozando una tímida sonrisa.

—¿Cuándo se van pa'l monte, muchachos? —preguntó Lucas, y observó la reacción de los muchachos que miraron tímidos a sus padres.

La mujer se tensó enseguida y los miró con rabia.

—Uy, como que a tu mujer no le gustamos mucho —sentenció Lucas.

—No es eso, es que todavía no se quiere separar de ellos. Cosas de madre —concluyó Efraín, y cambió de tema enseguida, con una mirada de advertencia a su mujer.

Al día siguiente lo despertó el aroma a café recién hecho y el olor de las arepas asándose en el fogón. Había pasado una noche de perros, durmió incómodo por lo pequeño del lugar que le acentuó la sensación de ahogo.

—¿Señora, señora? —preguntó Gabriel. Sabía que la mujer estaba ahí.

—¿Qué quiere? —contestó de mal modo.

—Ayúdeme, por favor.

—No soy hermanita de la caridad —le contestó ella—. Tome.

Le pasó un pocillo de café negro por entre las rejas.

Gabriel sorbió el líquido que estaba hirviendo. Le supo a gloria.

—Gracias, ¿le podría enviar un mensaje a mi familia por lo menos?

En ese momento entró el marido, que la miró furibundo y le espetó:

—¿Qué estás hablando con ese tipo?

—Nada, me estaba preguntando cuándo vendrán esos a sacarlo al baño.

—Cuidado, Magdalena. Todo lo que tenemos se lo debemos a esta gente, no lo olvides.

—Sí, ya lo sé, es un pacto con el diablo —le espetó, y lo miró furiosa.

—Gente como esta —señaló a Gabriel—, no ha hecho nada por nosotros. ¿Dónde estaban estos ricachos de mierda cuando tuve que abandonar mis otras tierras?

—No empieces, Efraín, porque si no, todo el país a excepción de esos —señaló hacía afuera— sería nuestro enemigo.

—Se te olvidó muy rápido la muerte de tus padres a manos de los paramilitares, ¿eh? —le decía furibundo.

—Esta gente tampoco es la solución. No puedo cruzarme de brazos cuando desean llevar a mis hijos al infierno. ¡Antes muerta! Óyelo bien.

Efraín salió dando un portazo.

—Señora —suplicó Gabriel.

—¡Usted no diga nada! Qué mucho de lo que dice y hace mi marido ha sido por el abandono de la gente de su clase. No me venga ahora a convencerme de que haga algo por usted —lo silenció la mujer.

Al mediodía, emprendieron el viaje nuevamente. Lo amarraron y lo colocaron entre las dos paredes.

Gabriel no podía creer que esto le estuviera sucediendo. Viajar totalmente emparedado y atado de boca, pies y manos. Hubiera sido mejor que lo hubieran dormido. O que lo hubieran matado.

El camión tomó vías alternas y algo de trocha para evitar los diferentes retenes. Se detuvieron dos veces con un par de frenadas bruscas, y Gabriel se percató que eran producto del terreno fangoso que ocasionaba el traquido de los neumáticos. Al finalizar la tarde llegaron cerca de un sitio llamado El Cerro, en el departamento del Meta.

Allí, en un punto entre la montaña, en medio de árboles, vegetación tupida y caminos que parecían infranqueables, murieron sus esperanzas de salir pronto del cautiverio.

Lo entregaron a una columna del Séptimo frente de la Guerrilla.

Eran todos muchachos jóvenes, comandados por un hombre de nombre Aníbal Vásquez, alias “La Cobra”, llamado así por el poder de su mirada que, según se decía, hacía temblar a los más fuertes.

Vestían camuflados del ejército. La única diferencia con estos eran las botas pantaneras, el cabello largo y las gorras de diferentes formas y colores.

—Gabriel Preciado Lavallo —se acercó a saludarlo. Era un hombre alto con barriga incipiente y medio calvo. Gabriel se limitó a observarlo.

—Le comieron la lengua los ratones, por lo que veo.

—No, solo lo estaba escuchando.

—Yo no soy como mis compañeros de la ciudad. No me interesan las tertulias. ¡José! —gritó el hombre.

—A sus órdenes, comandante.

—Denle un par de botas pantaneras y requísalo ense-guida. Quítale esa ropa.

José hizo lo que su comandante le pidió. Hizo desnudar a Gabriel, sin importarle que estuvieran algunos jóvenes y muchachas observándolo. Le revisó detenidamente los bolsillos de la ropa, las medias, los zapatos. Como si en Bogotá no le hubieran quitado lo que llevaba de valor.

Después de la requisa lo dejó en paz. Le dieron nueva ropa y unas botas que le quedaban chicas.

—Vamos a caminar un rato, necesitamos alejarnos de aquí.

Los guerrilleros caminaban sin tropezarse. Llevaban provisiones, toda clase de comida, ollas, morrales y enlatados. Delante iba un guía con una pequeña linterna. Se conocían el sitio a la perfección.

En cambio Gabriel tropezaba con todo, con piedras, con pequeños huecos, con raíces de árboles salidas, que eran trampas letales para sus pies.

Un muchacho le dijo:

—No se preocupe. Aprenderá.

A media noche llegaron a un río. Los guerrilleros se pusieron ropas de paisano. A Gabriel le dieron una camiseta amarilla.

Los estaba esperando una lancha. Gabriel estaba cansado, tenía hambre y quería dormir, pero el temor a lo desconocido le impidió pegar el ojo. Oyó decir el nombre del río, pero no le prestó atención. Sentía ampollas en los pies, las manos acalambradas y un frío siniestro en todo el plexo solar.

El amanecer los sorprendió en medio del agua. Gabriel caviló, que hubiera admirado la salida del sol por entre la cadena de montañas azules

que daban majestuosidad al paisaje, si el temor que lo invadía no estuviera presente en su vida.

Desembarcaron cerca de La Uribe. Desayunaron tinto y unas galletas saladas, rancias y blandas. Borearon a pie el río hasta llegar a una bifurcación.

No estaban en la selva todavía, pensaba Gabriel.

La zona era boscosa. El terreno era pendiente y desigual. Caminaron largo rato, la falta de ejercicio de los días anteriores le estaba pasando factura.

Además de su estado de ánimo, confuso y vulnerable, se preguntaba una y otra vez si su corazón y su mente sería capaz de soportar la nueva vida que se avecinaba. Un guerrillero prácticamente lo arrastraba, no era fácil seguirle el ritmo. Sentía que se ahogaba.

A media mañana, sintieron ruidos de bestias a lo lejos. Lo acostaron en el piso y le exigieron silencio.

Se replegaron por el lugar y empuñaron sus armas, escondidos en la vegetación, cuando las bestias se acercaron. Eran dos humildes mulas: la primera la montaba un campesino y la otra llena de cajas de mandarinas. Éste no se asustó cuando vio a los muchachos, ya estaba acostumbrado. Les mostró el salvoconducto que repartía la guerrilla para la gente de la zona que deseaba movilizarse, les dio dos cajas de la fruta y siguió su camino sin dignarse a mirarlo.

¡Mierda! Gabriel no podía creer tanta indiferencia.

Después del medio día pararon a almorzar. El almuerzo era una lata de atún con vegetales y dos tajadas de pan. De beber, refresco de mora.

Siguieron caminando. Al caer la tarde tomaron una lancha nuevamente a pocos kilómetros de un sitio llamado La Ilusión. Ya de noche se apearon de la lancha y los recibió un grupo que los guió montaña adentro, en La Serranía de la Macarena.

Fue el primer campamento del cautiverio de Gabriel.

Le llamó la atención el ruido de los insectos y que se le acercó un perro a saludarlo, junto con un marrano pequeño. Había una construcción de madera, era como una sala de entretenimiento. Había guerrilleros que iban de un lado a otro, con camuflados y camisetas de colores. Lo llevaron a un cambuche con un plástico agujereado; le cabía la mitad del cuerpo, ahí se tendió extenuado, y con un dolor físico y emocional que no sabía si sería capaz de superar en medio de ese aislamiento.

Su primera noche...

Los minutos se le hicieron interminables, y a pesar del cansancio, el sueño le era ajeno. Era una noche oscura, sin luna. En medio del ruido de

búhos y demás sabandijas, cerró los ojos.

Le dolían terriblemente las heridas de los pies, algo más temprano había pedido agua para lavarlas, se le habían reído en la cara. Calmó en algo el dolor del alma y el cuerpo, perdiéndose en vivencias de trabajo y en viajes. No podría recordar sus vivencias familiares. No. Todavía no.

CAPÍTULO XIV

El Encierro

Estaba muerta de frío.

Pero no tanto por el frío exterior. Era un frío que le invadía el espíritu, se extendía por todo su cuerpo y la dejaba expuesta a sus más profundos miedos. ¿Qué sería de ella ahora? ¿Qué pasaría con su bebé?

La despedida de sus padres había sido traumática. Los papás de Gabriel ni siquiera le habían dado la cara.

Álvaro y Miguel la abrazaron y prometieron ayudarla. Estaba agradecida con Miguel, esa llamada a sus padres había sido una bendición. Era el único aparte de sus padres, claro está, que creía en ella.

Sentada en el borde de la cama, miraba en torno, preguntándose qué sería de su vida de ahora en adelante. Había dormido mal, se sentía angustiada, asombrada y el miedo la traspasó sin piedad. Se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar durante algunos minutos, hasta que recordó a su hijo y eso la fortaleció. Se enderezó, barrió las lágrimas con las manos y trató de mantener la cabeza fría.

Hacía dos días que estaba encerrada en esa celda. La cama estaba pegada a la pared, el colchón era algo duro, las cobijas que le había traído su madre y un buzo de lana grueso no evitaba que le tiritaran los dientes. No podía decir que la habían tratado mal, ni nada parecido. No. La gente era amable.

Era la situación lo que la atormentaba. Su futuro tan incierto, el saber que no había noticias de Gabriel. Estaba segura de que ya estaba en la selva, o por lo menos en camino. Y su bebé... Dios, tantas lágrimas y tanta pena podían afectarlo.

No deseaba que su niño fuera un niño triste, pero ¿cómo podía tener mejor ánimo, dadas las circunstancias? Por él y por Gabriel tendría que hacerlo.

Javier estaba siendo interrogado por el fiscal. Llevaban una hora y apenas había pronunciado palabra.

—Déjeme decirle algo, señor Cortés... Ya detuvimos a la señora

Melisa por posible complicidad en el secuestro.

—¿Cómo? —preguntó Javier anonadado.

—¿Quién más lo pudo ayudar? Se necesitaba una persona dentro de la casa, para recabar el tipo de información que les facilitaría el trabajo a sus compinches.

Ya habían tirado el anzuelo.

Loco de celos por su amor no correspondido, Javier no había medido en justa causa las consecuencias de sus actos.

Estaba metido hasta el cuello. Serían mínimo treinta años de condena y todo por su “maldita obsesión”.

Ya no se graduaría, ya no podría volver con Melisa. Con sus actos la había perdido irremediamente. Pero lo atenazaba el miedo a lo desconocido y a pasar parte de su vida en prisión.

Quería que ella sufriera. ¿Pero hasta el punto de atarla a su mismo destino?

La respuesta fue concluyente.

—Sí, sin ella adentro no habría podido recabar la información.

Felipe Castillo lo miraba sin poder creer lo que oía. Así que el muy estúpido la iba a involucrar.

Se le había volteado la torta.

Había jugado sus cartas y sentía que había perdido la mano.

Sus informantes dentro de la guerrilla sabían que él estaba involucrado, pero no Melisa.

A estas alturas ya sabía que no encontrarían a Gabriel en la ciudad. Él solo quería la cabeza de los cretinos que lo habían secuestrado. Quería la cabeza de Martín Huertas. Porque sabía que detrás de esa cabeza vendrían otras más que tenían azotada la ciudad. Sería un gran golpe para la guerrilla.

El tipo estaba en la clandestinidad y sin pruebas fehacientes, nada podía hacer. La detención de Melisa había obrado en contra de sus intereses y le complicaba las cosas aun más.

El quería a los compinches de Javier y pensó que con la detención de Melisa podría presionarlo. Pero no, el tipo hizo lo que él más temía.

Felipe no era una persona injusta, y al contrario de lo que podían pensar algunas personas, era muy concienzudo a la hora de reunir pruebas. Sabía que era el mejor.

—¿Dónde está el señor Preciado?

—No lo sé.

—¿Cuánto le ofrecieron?

—Varios millones.

—¿No puede precisar la cifra?

—No.

—¿Cómo pensaba repartir el dinero con la señora Preciado?

—Mitad y mitad —dijo sin mirarlo a los ojos.

—¡Usted miente! —le explotó furioso. Se obligó a calmarse—. ¿Por qué quiere involucrarla a ella? Está haciendo esto por despecho, ¿no es cierto?

Javier Cortés lo miró con rabia y bramó:

—¡Eso no es asunto suyo!

—Sí, señor, claro que lo es —moduló muy bien sus palabras—. Acaba de condenar a Melisa a una vida en prisión.

Javier se encogió enseguida.

—Dígame el nombre de sus cómplices.

—Está loco ¿verdad? —lo miró sarcástico—. Sería mi condena a muerte.

—Pues si no me colabora lo hundo, cretino. ¿Entiende lo que le digo?

—Sí, que me está amenazando.

—Tómelo como quiera. De todas formas no voy por ahí a meterme detrás de las faldas de una mujer para esconder mis acciones.

Javier se le rió en la cara.

—Señor Cortés, le formulo cargos por su participación en el secuestro del señor Gabriel Preciado Lavallo —lo miró esperando su reacción—. Hoy mismo será trasladado a la cárcel Modelo, mientras se reúnen pruebas y testimonios para su juicio. Tendrá una vista preliminar en una fecha acordada.

Javier se aclaró la voz.

—¿Qué pasará con Melisa? —preguntó Javier, y miraba por la pequeña ventana de la sencilla oficina donde había estado Melisa en días anteriores.

—Será acusada formalmente de complicidad en el secuestro, y llevada a la cárcel de mujeres El Buen Pastor.

El fiscal detectó una nube de tristeza en los ojos de Javier.

—Aún está a tiempo de hacer lo justo —le dijo con firmeza.

—No sé de qué diablos habla.

—¡Llévenselo! —ordenó y pulsó un intercomunicador. En ese momento entraron dos policías para custodiarlo a su nuevo hogar.

—¡Hijo de puta! —exclamó el fiscal tan pronto cerró la puerta. La secretaria se sobresaltó.

En horas de la tarde, y después de una visita lagrimsosa de sus

padres, Melisa era trasladada a la cárcel El Buen Pastor.

Su abogado no pudo hacer nada por ella. Le comentó que la fiscalía tenía pruebas muy débiles contra ella. La reconfortó, y le dijo que estaba seguro de que ella era inocente y su boleto de libertad dependía de encontrar un testigo confiable que pudiera absolverla de tan penoso incidente.

En cuanto las puertas de la cárcel se cerraron tras ella, se sintió morir.

¡Dios mío! ¿Hasta dónde había llegado por el amor a un hombre que no era para ella?

Si ella no hubiera ido a ese restaurante, nada de esto habría pasado. Pero si era sincera consigo misma, no cambiaría los momentos vividos con Gabriel por nada del mundo. Además llevaba a su hijo en las entrañas.

Hicieron su ficha de ingreso, le tomaron fotografías de frente y de perfil, y luego las huellas.

Un par de mujeres guardias, ajenas a su dolor o quizás demasiado acostumbradas a las escenas caóticas y de llanto, la escoltaban. Ingresaron en uno de los patios. Las mujeres chiflaban al verla pasar con sus cosas.

—Mañana le harán el examen médico —le dijo una de las guardias.

—¡Mamacita! —gritó alguna de las presas.

—¿Qué hacen esos hombres en este lugar? —preguntó curiosa, al mirar un corrillo de tres en una esquina.

La guardiana que la llevaba simplemente sonrió: —No son hombres, mírelos bien, son mujeres que se cortan el pelo, se fajan los senos y se enrollan una toalla para emular un pene.

—¡Uy, uy! Carne fresca, y linda, además —le dijo una de aquellas mujeres.

“Dios mío en que hueco del infierno he caído” pensó Melisa; al momento dejó de mirarlas y con la cabeza baja siguió a la guardiana.

—Venga, mamita, compartamos celda que yo la caliento —le decía otra.

—No les preste atención ni les demuestre miedo, solo quieren asustarla —dijo la guardia, y abrió la reja de una celda individual. Por lo menos su abogado se había encargado de eso.

—Quisiera ir al baño, por favor.

—Esto no es un hotel. Los baños están al final del pasillo a su derecha.

Los baños eran un desastre. Vomitó prácticamente nada; no había comido en todo el día, debido a la angustia. Al salir del aseo, la guardia la

esperaba impaciente, con ganas de encerrarla enseguida.

—Buenas noches —se despidió la guarda, y cerró con un golpe seco las rejas, unas rejas que la miraron con ironía.

El lugar era minúsculo, con un camarote y un colchón duro. Tendió la cama de abajo con todo lo que le había llevado su mamá, y se acostó en ella e intentó dormir en vano. Sus ojos se posaron en el techo mientras cavilaba sobre la mezquina venganza de Javier.

Iba a llorar, pero se reprendió enseguida. ¡Ya basta Melisa! Tienes que sobreponerte. No eres la primera persona que pasa por esta situación. Estás embarazada, debes cuidarte por él, se repetía a sí misma dándose valor.

Esa noche maduró de golpe y toda la inocencia de su juventud quedó enterrada en un desván en el fondo de su alma. La oscuridad se le hizo eterna, oía ruidos de las demás presas, gritos, malas palabras, llantos.

Se levantó temprano, lista para iniciar su nueva vida.

No se dejaría amedrantar. Saldría adelante por ella y por su hijo.

—Estoy embarazada doctor —le dijo Melisa al médico general que le realizó un examen ginecológico después de recibir una ficha en una larga fila.

—Sí, ya me he dado cuenta. Está aproximadamente de seis semanas. Melisa sonrió.

El doctor la miró sorprendido.

—Aquí está la orden de los exámenes de laboratorio. Debe cuidarse —la miró con curiosidad nuevamente—. ¿Por qué está aquí?

—Yo...

—Aunque déjeme decirle, oigo cada historia... —dijo, y elevó los ojos al cielo—. Los años trabajando en esta cárcel, me han enseñado que es muy poco el porcentaje de mujeres que asumen sus errores.

—Yo ya he asumido los míos, aunque no son los que usted piensa —contestó ella con una sonrisa sarcástica.

—La cárcel está llena de inocentes—. Le entregó un papel—. Mañana haga fila para estos exámenes.

Salió al patio con algo de miedo. Era el patio número cuatro. Había reclusas sindicadas y condenadas. Lo primero que la sorprendió fue la cantidad de mujeres jóvenes que pululaban alrededor. Y más, cuando alguien la llamó por su nombre.

—Melisa, Melisa. ¡Virgen Santa! ¿Qué haces tú aquí? —Se le acercó una jovencita de no más de veinte años, de estatura media, delgada y con cabello corto, de ojos vivaces.

—Ana, ¿eres tú?

Melisa la abrazó. No lo podía creer. Estaba contenta de encontrarse con alguien, así fuera en esas circunstancias.

—Sí. Melisa soy yo. ¿Dime qué te pasó? Eres la última persona que pensé ver en este lugar.

—Lo mismo digo, amiga —la miró con tristeza y, aguantándose las ganas de llorar, le preguntó—: ¿Por qué estás aquí?

Ana Rojas era hermana de uno de los niños que iban los sábados al refugio, y prima de María Teresa, la mujer que manejaba dicho lugar.

Ana era parte de una familia desplazada por la violencia. Lo último que había sabido de ella era que trabajaba en el reciclaje, junto con su mamá y sus dos hermanos.

—Ay, Melisa, es una larga historia.

Se dirigieron a una mesa con dos sillas que estaba desocupada en ese momento.

—Tiempo es lo que nos sobra.

Las demás mujeres del patio observaban a Melisa con curiosidad. Ana empezó a hablar, en medio de suspiros.

—Estaba haciendo mi ronda de recoger material para vender en el depósito de don Daniel, cuando se me acercó un joven de buena presencia y me pidió un pequeño favor. Conocía mi ruta y me pidió que le llevara un pequeño paquete a la calle Setenta y dos con Avenida quince. —Sus ojos se entristecieron—. Me pagó diez mil pesos, llevé el paquete a la dirección, y en ese momento cayó una redada de la policía y me arrestaron por transportar drogas —concluyó Ana.

—¿Tú sabías lo que había en el paquete?

—¡No! Melisa, cómo se te ocurre —la miró con ojos desesperanzados.

Melisa no soportaba esa mirada. La había visto cientos de veces en los rostros de algunos de los niños aquejados por la violencia o por la falta de oportunidades.

—¿Qué dicen las autoridades?

—Estoy a la espera del juicio, mi defensor es de oficio —contestó ella resignada.

—Entiendo.

No quería ahondar más en su pena.

—¿Qué te pasó a ti?

Melisa trataba de contener el llanto, pero las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Tranquila, no necesito saberlo —dijo Ana—. Cual-quier cosa de la que estés acusada, sé que eres inocente. Tú eres una mujer buena e inteligente.

—Para lo que me ha servido.

—No pierdas la fe. Yo no la he perdido. —Se levantó de la silla invitándola a acompañarla—. Aquí no te pasará nada, yo te cuidaré. Estaba en el patio dos, pero por el hacinamiento me enviaron a este patio. Es temporal.

—No quiero problemas con nadie.

—Lo primero que debes hacer es realizar alguna labor. Yo estoy estudiando para validar mi bachillerato y, aparte de eso, tomo lecciones de modistería.

—No sé en qué podría ayudar.

Melisa miraba de lado a lado. Las mesas, algunas sillas, varios corrillos de presas, que charlaban y la miraban con curiosidad. En otra esquina de la cárcel había un par de presas besándose mientras una manoseaba los senos de la otra por entre el suéter que la cubría

—Ya lo iras viendo a medida que vayas conociendo como es todo por aquí. Lo mejor para que pase el tiempo es mantenerte ocupada. Eso impide que pienses pendejadas.

Una pequeña idea empezó a germinar en su mente.

—Lo sé.

Rafael Preciado sentado al frente del escritorio, del estudio, observaba los papeles que había preparado para la firma de Melisa.

—¿Quieres que firme las capitulaciones? —Álvaro no podía creer hasta dónde había llegado el padre de Gabriel.

—Sí, necesito que la convenzas.

—Pero Rafael, éste no es el momento.

—Lo sé, solo los estoy preparando para cuando haya una oportunidad.

—No me gusta tu tono.

—Ya estás igual que Amalia —le contestó con una mirada de censura en sus ojos.

—No es eso Rafael, pienso que deberías apoyar a Melisa —le dijo el joven tratando de convencerlo—. No has actuado bien en esto.

—¡Qué carajos les pasa! —explotó él indignado—. Amalia me mira

como si estuviera oliendo mierda, Amparo, que ni siquiera conoce a la chica, piensa que debería ayudarla por Gabriel. Y ahora tú me vienes con reclamos pendejos.

—Hoy hay visitas. Ya lleva una semana en esa cárcel. Iré a hablar con ella. Por Gabriel, necesito saber que ella está bien.

—Haz lo que quieras —bufó indignado—. A ustedes se les olvida lo que hizo.

—Ella no es culpable. Ese cretino la implicó por ven-ganza, estoy seguro.

—Eso lo veremos.

—La prensa está presionando para publicar la noticia de que Melisa estuvo involucrada en el secuestro —concluyó Álvaro levantándose.

—No quiero escándalos. Cuando se compruebe su complicidad, con mucho gusto la tiraré a los leones. Pero no antes.

—Es la única decisión sensata que has tomado respecto a esto.

—No me digas.

Ya lo habían amenazado.

Llevaba una semana en la cárcel y ya había recibido dos amenazas de muerte si se le ocurría abrir la boca.

¿Cómo estaría ella? Hoy vendría Carolina. Le pediría que averiguara por la suerte de ella.

No era capaz de nombrarla. No podía imaginarla pasando el mismo infierno que él.

Lo habían golpeado una vez. Tenía un ojo amoratado por culpa de un par de rateros. Le vaciaron los bolsillos de lo poco que le había traído su madre, para poder sobrevivir. La cárcel era costosa, por lo menos si se requería de ciertas cosas a las que estaba acostumbrado.

Carolina llegó, y miró todo con ojos asustados. Cuando lo vio, lo abrazó y besó en la boca. Javier correspondió fríamente al saludo.

—¿Cómo estás, amor? —lo miró con tristeza, y tomó su mano.

—¿Cómo crees? —contestó él, y se soltó enseguida.

—Yo sé que estás pasando por un mal momento, Javier.

—Melisa está en prisión.

—¿Cómo?! ¿Por qué?

—Es sospechosa del secuestro.

—Pero si ella no hizo nada... Por Dios, Javier, no puedes permitirlo.

—Debes ir a verla, necesito saber cómo está.

—Valiente amor que le profesas para haberla enviado a la cárcel —lo miró, con la decepción pintada en la cara—. Eres un cretino.

—Por favor, Caro —la miró implorante.

—Iré a verla, pero no por ti sino por ella.

—Gracias, Caro, gracias.

Cuando Carolina atravesó las puertas de la prisión, le cayó todo el peso de la culpa por sus acciones.

Aguantó las requisas sin chistar. Con el remordimiento a flor de piel, atravesó los diferentes pabellones de largos corredores. Estaba aterrada, no se imaginaba pasar sus días encerrada en esas cuatro paredes, observó las reclusas de reajo, le silbaban y le hacían gestos obscenos al pasar.

Le traía lo único que le alimentaría el alma: libros. En cuanto la vio, la abrazó y lloró en su hombro.

—No llores Caro, por favor, tengo fe en que todo se arreglará.

—Estás muy bien, qué patética soy —la miró abatida mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano—. Vengo a darte consuelo y eres tú la que termina dándome consuelo a mí.

—No seas boba, aquí hay mucho que hacer. Lo he tomado como una práctica más de mi profesión —le decía mientras observaba el entorno: los niños corrían por el patio, las madres y demás familiares que ese día visitaban sus hijas o hermanas.

—Ay, Melisa, solo tú puedes sacar algo positivo de una experiencia así.

—Gracias a Dios que puedo hacerlo. De otra manera me volvería loca —dijo. De pronto los ojos se le iluminaron y con una gran sonrisa anunció —: Caro, estoy embarazada.

Caro la miró entre consternada y arrepentida.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Nada, cuidar lo más precioso para mí en este momento —dijo, y se llevó una mano al vientre.

—No puedo creerlo.

Caro no podía controlar el llanto. Melisa la tomó de la mano.

—No llores, no seas boba.

En ese momento irrumpió Álvaro, que había entrado con un permiso especial. Ya que ese día solo visitaban las mujeres. Traía un par de paquetes y una caja de postres. Todas las mujeres en el patio empezaron a chiflarlo, le mandaban dulces y papelitos con los niños que pululaban por ahí.

—Hola, Melisa ¿Cómo estás?

—Muy bien, Álvaro. ¿Hay noticias de Gabriel? —pre-guntó esperanzada.

—No Melisa, lo siento —contestó, y miró a Caro con curiosidad.

Melisa hizo las presentaciones. Charlaron de trivialidades, como si estuvieran en algún restaurante. Al rato Carolina se despidió.

Melisa añoraba a Gabriel como un dolor físico. Era peor que estar encerrada en esas cuatro paredes, pues su alma, estaba rodeada de barrotes de soledad y sufrimiento que la atenazaban aun más, al no tener noticias de él. Contuvo el llanto por ella y por su hijito.

—¿Cómo están todos? —inquirió ella.

—Bien, en la medida de lo posible.

Ambos se quedaron en silencio un rato. Percibía la congoja de Álvaro, pero no tenía deseos de consolarlo.

—Melisa yo... En lo que pueda ayudarte, cuenta conmigo, por favor.

—Hay algo que puedes hacer —contestó ella serena—. Tan pronto sepas algo de él, ven a avisarme, por favor.

En ese momento irrumpió una jovencita.

—Esto es para tu bebé —dijo y le entregó un pequeño muñeco de felpa.

Melisa enrojeció enseguida.

—¿Estás embarazada!? —preguntó Álvaro sin ocultar la sorpresa que le ocasionaba la noticia.

—Sí.

Ahora sí, estaba de verdad asustada. ¿Y si se refundía en ese lugar y sus suegros le quitaban a su hijo?

—Por Dios, Melisa, es una gran noticia.

—Estoy muy feliz, dadas las circunstancias —lo miró con lágrimas en los ojos.

—No llores. Esto supondrá una diferencia.

—No lo creo —miró a Álvaro largamente—. Yo solo quiero salir de aquí cuanto antes.

En ese momento se acercó otra joven con un libro en sus manos.

—Mira lo que me trajeron.

La chica le mostró un libro de Paulo Coelho.

—Este libro está muy bien para el club de esta semana —señaló Melisa a la chica—. Debes empezar a leerlo para prestarlo a las demás.

—Sí, eso haré.

Notó el asombro de Álvaro.

—Eres muy especial —le dijo con un deje de admiración en su voz—. La vida te recompensará esto de una o de otra forma.

—No lo creo —deseaba cambiar de tema—. Dile a Miguel que disfruté mucho los libros que me trajo.

—Está bien —contestó él. Por su gesto, Melisa se percató de que estaba algo sorprendido de que Miguel la visitara. Se levantó para despedirse—. Prométeme que te cuidarás.

—No necesitas decírmelo. —Se llevó una mano a su vientre—. Él estaría feliz.

— Sí, tienes razón.

CAPÍTULO XV

La libertad y la pérdida

Rafael caminaba de un lado a otro del estudio, anonadado por la noticia que les había traído Álvaro, si ese bebé era de su hijo no podría estar de brazos cruzados en cuanto a la situación de Melisa, su deber era protegerlo en honor a Gabriel. A pesar de su duro temperamento, era arcilla en manos de sus nietos. Amparo proclamaba a los cuatro vientos que sus dos hijos estaban malcriados por él.

—¿Cuántos meses tendrá? —preguntó Amalia con lágrimas en los ojos.

—El médico de la cárcel dijo que aproximadamente mes y medio.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Será de Gabriel? —preguntó Rafael frunciendo el ceño.

—¿Cómo te atreves? Solo tú tenías que preguntar eso —le contestó Amalia decepcionada.

—Podría ser del tal Javier Cortés.

—Ese bebé es de Gabriel —apuntó Álvaro con certeza—, Melisa tenía poca experiencia cuando se enredó con tu hijo.

—Está bien, yo sé que para ustedes el cretino soy yo y que santa Melisa es todo un dechado de virtudes. Pero por algo está en la cárcel.

—Solo la están investigando. Además creo que el fiscal se trae algo entre manos.

—Quiero ir a verla —dijo Amalia de pronto—. Llevarle algunas cosas. Nos necesita.

—¡No pondrás un pie en esa cárcel! —Rafael explotó furioso.

—Ya lo veremos —contestó ella plantándole cara.

Álvaro los dejó solos.

—No entiendo nada, Rafael —suspiró ella mientras se dirigía a una mesita que había en la esquina de la habitación. Las empleadas acababan de dejar allí el café—. Deberíamos estar unidos y mira lo que nos pasa.

—Me miras como si yo tuviera la culpa de todo.

Seguía cada uno de sus movimientos, sus hermosas manos que servían el café en una taza, y luego lo endulzaban con una cucharadita de azúcar. Era la única mujer que lo conocía a la perfección. La necesitaba más allá de todo. No le gustaba perder su norte emocional. Primero había sido su hijo, ahora sentía que la perdía a ella, después de todas las batallas que habían sorteado juntos. La última batalla; la desaparición de su hijo amenazaba con llevarse todo por lo que luchó durante años y no era propiamente el dinero o las empresas.

—No es eso Rafael, lo que sucede es que has sido un déspota con esa pobre muchacha y tu terquedad te lleva a cometer error tras error —le pasó el pocillo de café preparado como a él le gustaba.

—No me entiendes. Juzgas todo lo que hago —le dijo él derrotado.

—Me siento identificada con Melisa. Así era yo cuando te conocí —dijo, y torció la boca en un gesto mientras sorbía su café—. Tuve que abandonar muchas cosas para convertirme en la mujer que querías para ti.

—¡Estás loca! No quería eso, fuiste tú la que te empeñaste en cambiar.

De pronto recordaba a la deliciosa muchachita sencilla y sin artificios que lo volvió loco de amor y lujuria. Recordó el día en que la conoció en una fiesta de remate del carnaval en la casa de sus amigos Aljure, la sonrisa que le brindó cuando se acercó a sacarla a bailar. Desde ese momento, ella había sido el centro de su vida.

—Necesitaba encajar en tu medio. Pero ahora no vamos a hablar de eso, no es importante. Primero está Gabriel.

—Me gustabas por tu espontaneidad —dijo él con algo de nostalgia. Sabía muy bien que había temas álgidos en su matrimonio—. En cuanto a Gabriel, no sabemos si volverá algún día.

Un quejido angustioso, resonó en su garganta y se tapó la cara con las dos manos.

—Has hecho lo humanamente posible, Rafael. No podemos hacer más. —Su mujer lo miraba con lástima—. Solo te repito que has actuado mal en lo que se refiere a la mujer que Gabriel escogió como compañera.

—No me vengas con esas. Sabes que debo proteger a mi familia.

—Deber, deber y más deber. ¿Hasta cuándo, Rafael? ¿Hasta cuándo crees que tienes que actuar como Dios en la vida de todos?

—Vete al diablo.

Salió dando un portazo.

—No puede ser, dime que estás de broma —la miró con ojos atormentados.

—Sí, Javier, Melisa está embarazada.

—He sido un estúpido, quisiera devolver el tiempo.

Carolina estaba angustiada por la reacción de Javier a la noticia del embarazo de Melisa, y todavía más por lo que deberían hacer a continuación. En el joven notaba el resentimiento, la pena y el remordimiento en plena ebullición, como olla de agua a punto de hervir.

Javier fue hacia la pared más cercana y empezó a golpearse la cabeza.

—Para, Javier, para, te vas a hacer daño —se acercó ella por detrás, colocó sus manos en los hombros de él y trató de brindarle algo de consuelo.

—¡Qué he hecho! —se repetía con voz atormentada—. ¡Ojalá tuviera el valor de acabar con mi vida!

Carolina emitió un siseo y trató de calmarlo. Él no la rechazó.

—Hay que hacer lo correcto, Javier.

A Carolina le había costado mucho reunir el valor suficiente para enfrentarse a Javier. Siempre le había tenido terror a sus ataques de ira, pero ya no más.

Se enfrentaba a una disyuntiva en su vida. Si él no le colaboraba, se vería en la penosa obligación de delatarlo. Y si él colaboraba sabía que la vida de Javier valdría cinco si la fiscalía no lo apoyaba.

Así las cosas tenían que hacer lo correcto. Ya estaba bueno de tanta perfidia hacia Melisa.

—Lo sé —dijo apenado—, aunque me cueste la vida.

—He estado investigando. En este punto podrías tener algunas ventajas. Rebaja de la pena, sentencia anticipada por colaboración, no sé, algo se podrá hacer.

—Déjame pensarlo. Gracias, sé que he sido un cretino contigo —se acercó y la abrazó.

—La culpa no es solo tuya, yo también estoy involucrada —le contestó ella llorando en su hombro.

—Pero tú no sabías nada.

—Pero eso no me excusa del daño que causé.

—No quiero verte en una situación delicada.

—Debo correr el riesgo, no podría vivir conmigo misma si no reparo el daño que he hecho —se despidió de él asustada como nunca en

su vida.

La vida le pasaba factura por sus malas acciones. Ya era hora de pagar.

En una esquina del patio estaba Melisa con algunas de las chicas, comentaban el último libro leído.

Todas eran muy jóvenes y la mayoría estaban por delitos relacionados con el narcotráfico.

Había cada historia: las de las mulas eran las que más la impresionaban. ¿Cómo podía una chica tragarse paquetes pequeños de cocaína o, en su defecto, heroína, y viajar a otro país o continente?

Algunas lo hacían por pura y física desesperación, pues tenían a su cargo hijos pequeños o padres o hermanos enfermos. Pero otras lo hacían porque les gustaba el dinero fácil, tener los últimos jeans de marca o el último celular.

Pero todas habían sido traicionadas en su momento por los propios narcos, que deseaban desviar la atención a cargamentos más grandes o por el propio nerviosismo de ellas, que la policía y los perros entrenados detectaban a la perfección.

También estaban las guerrilleras sindicadas de rebelión. Eran las más rebeldes y con miradas duras en sus rostros. Habían perdido la inocencia muchos años atrás.

Y por último, estaban las que delinquían porque no sabían hacer otra cosa. Estas mujeres eran las que entrarían y saldrían de prisión toda su vida.

Melisa les brindaba a las que lo deseaban, una nueva forma de ver la vida. Las instaba a capacitarse para poder hacer algo diferente con sus existencias. Para ella la educación lo era todo.

Así pasaba sus días, entre charlas de libros y clases de bordado. No era lo ideal, pero al menos ella y su bebé estaban bien.

Aunque no todo era color de rosa, tampoco podía engañarse. Las circunstancias de la mayoría de las reclusas no eran las mejores; la comida era pésima, el hacinamiento terrible.

A las duras condiciones de reclusión se sumaban los conflictos familiares, los conflictos pasionales. Muchas mujeres vivían angustiadas por el futuro de sus hijos.

El tema de la drogadicción en el penal también era algo para tener en cuenta. Se vivía en un ambiente de tensión constante. El dinero que se manejaba por culpa de la droga no era cualquier moco de pavo.

Para Melisa, lo más duro de todo eran las visitas de sus padres. Ellos la visitaban por separado un determinado día de la semana. Luis Eduardo

parecía haber envejecido de repente. Y su madre tenía una mirada de tristeza que le partía el corazón.

—Quisiera cambiar de lugar contigo —le dijo Luis Eduardo con la mirada nublada de tristeza.

—No creo que te lo permitieran —señaló Melisa, que trataba de bromear y señalaba la cantidad de mujeres que estaban recibiendo visitas ese día. Solo le arrancó una sonrisa triste a su padre.

—Solo tú eres capaz de bromear en una situación así —le contestó él admirado—. Cómete la torta, por favor —dijo señalándole el plato.

Melisa no podía comer, sentía un nudo en la garganta al observar el rostro apenado y envejecido de su padre. Sacó más fuerzas aún y le dijo— : Todo saldrá bien, no pongas esa cara.

—Como padre, uno nunca se imagina atravesar una situación como ésta —comentó Luis Eduardo mientras partía un pedazo de torta y se la brindaba a un chiquillo que la observaba.

—Melisa —dijo con voz trémula en el momento de la despedida—. Nunca olvides quién eres. Tú no perteneces a este lugar, no caigas en su juego.

—Lo sé papá, lo sé —dijo ella en el momento del abrazo, cerró los ojos. No quería llorar.

En ese momento Esperanza, una de las reclusas, se acercó a una muchacha y cruzó unas palabras con ella. Enseguida Elvira, la compañera sentimental de ésta, se levantó de su silla amenazante.

—Es mi mujer y con ella no te vas a meter —le susurró furiosa a Esperanza—. No quiero escándalos hoy.

—¿Esto ocurre todos los días? —le preguntó Luis Eduardo alarmado.

—La verdad, no. Sabemos quiénes son pareja, pero mientras que nadie se meta con nadie no hay problema.

Luis Eduardo hizo un gesto de reprobación.

—Papá, muchas de estas mujeres han sido abandonadas por sus familias y crean lazos emocionales de esa forma. Es la única manera que tienen de superarlo.

—Lo entiendo, hija.

Luis Eduardo se despidió.

Su abogado la había visitado en la mañana. Al día siguiente tenía una audiencia en la fiscalía. Los permisos para su salida al día siguiente ya estaban tramitados.

Debía tener valor.

Era su mantra para los momentos angustiosos, que eran bastantes

desde el secuestro de Gabriel. Sintió náuseas arriba del transporte que la llevaba a la diligencia judicial. Junto a ella, había otras tres reclusas y también tres guardias. Las náuseas no se debían tanto a los nervios, sino al perfume dulzón que en ese momento usaba una de las mujeres.

Descansó cuando llegó a su destino. En la entrada de la fiscalía, se encontró con su abogado.

—Melisa, esta audiencia será definitiva para tu caso. Están citados tú, Javier Cortés y una amiga tuya, Carolina Rojas.

—¿Por qué Carolina? —Se sorprendió Melisa al oír el nombre de la chica.

—Es lo que ahora vamos a averiguar.

Entraron en La Fiscalía. El abogado presentó los documentos pertinentes y accedieron a la sala continua a la oficina donde se iba a realizar la vuelta.

Melisa iba vestida con sencillez, llevaba el mismo traje que traía el día su detención.

Los llamaron a los diez minutos. Entraron en una sala algo más grande que la anterior. El fiscal Felipe Castillo ya estaba sentado detrás de un escritorio. A un extremo estaba Javier Cortés y al lado Carolina Rojas.

Melisa se sentó, saludó al fiscal y a Carolina, a Javier ni lo miró. Éste la miraba con ojos arrepentidos y atormentados.

—Bien, ya estamos todos. Podemos iniciar la diligencia.

La secretaria era la misma del interrogatorio anterior. Tomó los datos de todos los acusados. Melisa se sorprendió al ver que tomaban también los datos de Carolina. ¿Qué significaría esto?

—Estamos reunidos porque hay nuevas pruebas en la investigación —señaló el fiscal—. El señor Javier Cortés decidió colaborar con la justicia, como debió haberlo hecho en un primer momento. Hubiéramos evitado molestias a personas que nada tenían que ver con la investigación.

—Estamos impacientes por oírlo —dijo el abogado de Melisa, alentado por el comentario del fiscal.

—Hable, señor Cortés —miró a Carolina—. Después será su turno señorita Rojas.

—Antes que nada quiero decirles que la señora Melisa de Preciado... es inocente de todo lo que dije de ella en su momento.

Melisa levantó la mirada y lo observó sorprendida.

—Perdóname, por favor —suplicó con la mirada.

—Continúe, señor Cortés—. Le espetó el fiscal, al joven.

—Melisa y yo éramos novios. Y por un error de mi parte la perdí.

Fui un mal perdedor y me llené de rencor hacia su nueva pareja. Decidí venderlo a la guerrilla. Contacté con Martín Huertas. El me dijo que necesitaría ayuda desde adentro —miró de nuevo a Melisa con vergüenza—. Obligué a Carolina a que te sacara información. Ella no quería, pero aprovechándome de sus sentimientos hacia mí, logré convencerla.

La expresión de Melisa se congeló. Sin embargo, su mente trabajaba a toda máquina, tratando de acomodarse a la nueva situación.

Traición.

Esa era una palabra ajena al vocabulario de Melisa, pero siempre había sido traicionada por este par. ¿Hasta cuándo? Por lo menos Javier ya había recapacitado. Era lo correcto y no le iba a dar las gracias por ello.

En cuanto a Carolina, ella era su amiga y no podía creer hasta qué punto había llegado por un hombre que sería capaz de venderla a la menor ocasión.

—Carolina me contaba absolutamente todo lo que pasaba en el hogar Preciado y yo le pasaba esa información a los contactos de la guerrilla aquí en la ciudad.

—¿Quiénes son sus contactos?

—Marín Huertas y Reinaldo Acero.

—¿Dónde viven?

—Sé dónde vive Martín, no sé el otro hombre.

Con la dirección de Martín Huertas y los datos del otro hombre, tenían trabajo que hacer.

—Son dos de los milicianos más importantes de la capital—. Soltó el fiscal mirándolo fijamente. Le pasó el papel con la dirección de Huertas a uno de los policías, que llegó en ese momento. Empezarían el operativo enseguida.

Javier alegó que Carolina no tenía idea del macabro plan. Sabía que algo se cocinaba, pero no hasta el extremo de querer que secuestraran al hombre.

Felipe no creía que la joven estuviera involucrada. La investigaría, pero todo saldría bien.

—Así las cosas, y acogiéndose a sentencia anticipada, podemos hacer algo por usted. Tendrá que ser traslado a una prisión de máxima seguridad donde no lo alcance la venganza de esa gente —lo miró fijamente—. Lo ayudaremos, no se preocupe.

Después vino el interrogatorio de Carolina. Ésta relató cómo fue reuniendo información para pasársela a Javier. En el relato se hizo evidente el resentimiento hacia Melisa.

Sería difícil volver a confiar en alguien después de esto, pensaba Melisa consternada.

Javier miraba a Melisa, deseaba tener unas palabras con ella.

—Respecto a usted, señora Preciado, mañana mismo podrá volver a su casa, en cuanto su abogado llene las formas que se requieran.

Melisa estaba muda, incapaz de dar las gracias.

La vista había concluido.

Libre, era libre. ¡Dios mío! Te debo una, pensó Melisa exultante. Le pidió a su abogado que llamara a sus padres para darles la noticia.

—Melisa, por favor —dijo Javier—, deseo hablar contigo.

Melisa se acercó reticente.

—Perdóname. Si pudiera devolver el tiempo todo hubiera sido diferente.

—Yo quisiera perdonarte, Javier, pero es difícil —lo miró con resentimiento—. Destruiste mi vida en segundos. Te erigiste en Dios para cambiar nuestros destinos, el de Gabriel y el mío. No esperes clemencia de mí en este momento... Lo siento.

Le dio la espalda y por primera vez en un mes enderezó los hombros y con paso digno, pasó por el lado de Carolina sin destinarle un vistazo. Después de un par de palabras con su abogado, abandonó la sala.

Al llegar a la cárcel el ambiente podía cortarse con la hoja de un cuchillo.

—Ana, ¿qué pasa? —preguntó Melisa preocupada.

—Encontraron un paquete con drogas en una de las celdas —le informó, en tanto alternaba la mirada de lado a lado preocupada.

—¿En la de quién?

—En la de la gorda Elvira —contestó la joven.

—Parece que una de las mujeres de la celda la chiveó.

—¿Esto ocurre muy seguido? —preguntó Melisa preocupada. Veía malas caras por todas partes.

—Sí, Melisa, la dirección tiene soplones en todo el penal.

—¿Entonces por qué se arriesgan?

—Por dinero, ¿por qué más? Además había una venganza por celos.

—Explícate.

—Parece que la gorda Elvira le quitó la mujer a Esperanza, su otra compañera.

—Ojalá no haya problemas.

—Los va haber. Hoy hay que tener cuidado.

Melisa no le prestó atención, feliz de poder darle la noticia.

—Te felicito, mujer, te lo mereces —dijo Ana con una sombra de pena en su semblante.

—Haré lo que pueda por ti —le habló Melisa al percatarse de lo que sentía la chica.

Te sacare de aquí, lo prometo, se dijo a sí misma.

—No te presiones por eso. Con que vengas a verme de vez en cuando y ayudes en lo que puedas a mi familia, con eso tengo.

No había terminado Ana de hablar cuando se armó la trifulca a pocos pasos de ellas.

Una de las presas, agarró por el cabello a una de las mujeres que estaban en el rincón. Ésta, para defenderse, le dio un codazo a la mujer aflojando el amarre del cabello.

Llegaron casi al lado de Ana y Melisa.

Éstas ya no se pudieron mover por la cantidad de gente agolpada alrededor. Una de las mujeres se soltó y la otra le propinó una patada en la pantorrilla, lo que ocasionó que la oponente le rasguñara la cara.

Elvira le estaba dando una verdadera paliza a Esperanza.

Melisa quedó paralizada, con la respiración suspendida y la vista clavada en el par de reclusas que se acercaban a ella. No reaccionó a tiempo.

Por entre un túnel oía la voz de Ana.

—¡Quítate de ahí! —trató de agarrarla del brazo.

Las guardias venían corriendo por el patio.

Todo ocurrió rápidamente, la mujer quiso darle una patada a la otra, con tanta mala suerte que la patada la dirigió al abdomen de Melisa.

—¡Bruta! —gritó Ana, y se enfrentó angustiada y furiosa a la mujer—. ¡No ves que está embarazada!

Melisa sintió que le faltaba el aire, como si un tractor se hubiera aparcado en sus entrañas, se retorció del dolor y una ligera hemorragia empezaba a surcar por sus piernas.

—¡Ayúdame, por favor! —suplicó angustiada mientras cerraba las piernas como si con ello pudiera evitar el sangrado y la pérdida—. Mi bebé, mi bebé...—repetía Melisa llorando —Sácame de aquí, Ana.

La reyerta se disolvió de repente ante lo sucedido. Varias presas se acercaron y la alzaron lo más suavemente posible. Al momento se aproximaron las guardias y entre varias la llevaron a la enfermería.

El dolor era inmenso.

Podía sentirlo...

Se había ido.

Palpaba un vacío en medio de la oscuridad. Los sedantes la atraían

hacia la inconsciencia pero la sensación de pérdida ganó la batalla e hizo que recobrase el conocimiento. Sentía agujetas en todo el cuerpo, le dolía el abdomen y la desolación le surcaba el alma. Sabía que su bebé ya no estaba con ella. Con un gemido lastimero abrió los ojos. A medida que la vista se tornaba más nítida, el llanto y la tristeza la invadieron por completo.

—Chiss, chiss, no llores —le decía su madre mientras presionaba con un paño húmedo la frente. Su padre la observaba desde una esquina del pequeño cuarto.

—¿Dónde estoy? —preguntó en medio de la bruma.

—En el Hospital San Ignacio, amor —le decía su madre.

—Mamá, lo perdí. Perdí a mi bebé —lloraba desconsolada. Ni siquiera el secuestro de Gabriel le había hecho perder el control de esta manera—. ¡Mi bebé! ¡Mi bebé! ¡Quiero a mi bebé! —gritaba desesperada, al tiempo que aferraba a su madre de las manos—. ¡Es lo único que me queda de Gabriel! ¡Mi bebé!

El llanto lastimero de Melisa podía oírse por todo el piso. En ese momento entraron dos enfermeras. Le colocaron un sedante suave.

Pronto la invadió la falsa tranquilidad de los medicamentos, y se perdió otra vez en sus sueños.

Amalia y Álvaro se miraban conmocionados al otro lado de la puerta.

La sala de espera quedaba pegada a la habitación de Melisa. Las luces de la sala acrecentaban la palidez de sus rostros. Álvaro y ella estaban sentados en un par de sillas. Las paredes eran blancas, en la esquina había una maceta con una planta artificial.

El consabido cuadro de la enfermera instando al silencio y la placa de PROHIBIDO FUMAR. Y con las ganas que tenía Álvaro de prender un jodido cigarrillo en ese momento. Rafael había ido a la cafetería.

Álvaro observaba a Amalia cariacontecido.

—Es culpa nuestra —afirmó ella desconsolada.

—Sabes que no es así —le contestó él.

—Melisa tiene razón, era lo único que nos quedaba de Gabriel.

—No digas eso —le suplicó Álvaro—. Gabriel está vivo, él no se ha muerto.

—Está muerto en vida y quién sabe por cuánto tiempo. — Se limpiaba las lágrimas afligida—. Ese bebé era la alegría en medio de tanta pena, lástima que Rafael no hubiera pensado igual.

Álvaro caminaba por el hall del hospital. Les habían ofrecido pasar a Melisa al mejor piso o trasladarla a una clínica privada, pero Luis

Eduardo los despachó sin contemplaciones.

—El hombre está desesperado por su hijo —dijo él, y trató de aliviar la tensión vivida por este par—. No puedes culparlo de todo. Rafael es el tipo de hombre que ha visto pasar la vida y todos sus deseos satisfechos. Es una sensación nueva para él saber que no puede controlar el mundo y que también él puede perder.

—¿Cómo le responderás a Gabriel por esto? Se supone que tú eres su mejor amigo. Te reprochará no haber cuidado mejor a su mujer.

—Créeme, Amalia, eso es algo que me aterra. Estoy en una posición tan difícil. Por un lado están ustedes. Los quiero mucho y me apena toda la situación. Por otro lado está Melisa que es el amor de Gabriel. Si los hubieras visto juntos... Si lo hubieras visto cómo la miraba, con adoración.

Rafael estaba en una esquina del parqueadero cuando se le acercó un enfermero con un tubo de ensayo dentro de una bolsa plastificada.

—Aquí está la muestra de parte de los restos fetales del bebé de la señora Preciado.

—Gracias —respondió éste dándole un fajo de billetes por la ayuda. El enfermero se internó en la noche.

—No puedo creerlo —Miguel salió de las sombras.

—¿Qué haces vigilándome? —le espetó beligerante.

—¿No es acaso ése mi trabajo? —le contestó él aparentemente tranquilo y sin dejar de mirar el paquete en las manos de Rafael.

Rafael lo guardó en uno de los bolsillos de la chaqueta.

—No me vengas con sarcasmos —dijo y se dirigió al interior.

—A Gabriel no le va a gustar nada esto.

—Lo hago por él.

—¡Una mierda que lo hace por él! Lo hace por sus prejuicios hacia esa humilde muchacha que en tan mala hora se fijó en su hijo.

—Estás despedido —espetó finalmente—. A mí nadie me cuestiona y menos un empleado de medio pelo.

—No hay necesidad de eso. Con gusto renuncio, no puedo trabajar cubierto de mierda.

Se alejó rápidamente, tirándole sus credenciales.

Rafael estaba sorprendido por el exabrupto de Miguel. Pero no cejaría en su empeño de averiguar la verdad.

Si estaba equivocado, lo repararía de alguna forma.

Más temprano había detectado al enfermero en cuestión. Había salido a su encuentro en la estación de enfermeras, con el pretexto de averiguar por la salud de su nuera.

Le ofreció dinero a cambio de los restos fetales.

Algo más temprano, tan pronto supieron de la pérdida del bebe, había hablado con su amigo y genetista, Rubén Díaz Cruz. A grandes rasgos le había explicado la situación.

Solo una gran amistad haría posible un favor de ese calibre.

No quiso involucrar a Álvaro, que ya estaba empezando a cuestionar cada una de sus acciones.

Rafael rogaba al cielo que Amalia nunca se enterara o lo colgaría de las pelotas.

CAPÍTULO XVI

El perdón

Llevaba una semana en casa, casi no comía y hablaba solo lo necesario.

“No quiero vivir así”, le dijo a la imagen que le devolvía el espejo esa mañana. Su rostro había perdido todo rastro de inocencia, los pómulos destacaban en una fisonomía demacrada. Hacía tiempo que no lucía una sonrisa. Sus ojos azules, antaño llenos de vida eran como vidrios opacos, que encerraban la oscuridad de su alma. Se cepilló el cabello. No quería recordar. Lo único que deseaba hacer era raparse la cabeza en señal de duelo y luego abrirse la garganta para acabar con su vida. No encontraba las ganas de salir adelante, ni en sueños hallaba la paz que necesitaba su alma. Lo veía en todas partes, lo sentía en cada centímetro de su cuerpo. Era un amor que iba a acabar con ella. La gente decía que de amor nadie se moría, en ese momento no estaba tan segura. Ella podía perfectamente morir de amor. ¿Qué tenía que perder?

Luis Eduardo y Mariela estaban contentos de tenerla nuevamente en casa, pero también estaban preocupados por su recuperación. Parecía que la pesadilla de la prisión había terminado, pero en los ojos de ella estaba patente la pena y ella no se sentía con ganas de aliviarlos, de consolarlos.

Estaba sentada en su sitio favorito de esos días. En el patio de la parte de atrás de su casa, donde su madre tenía sembrados unos hermosos rosales. Allí, en una silla y cubierta con una cobija, pasaba Melisa las horas mirando el vacío.

—Mira quién llevo a saludarte —la sorprendió Mariela con ánimo festivo.

—Miguel, qué alegría verte.

Era su primera sonrisa en una semana.

Miguel se acercó y la abrazó. Le entregó una caja de chocolates, que Mariela recibió. Se acomodó en una silla compañera al lado de la chica.

—¿Cómo estás Melisa? —le preguntó con una sombra de pena en su mirada. Melisa sabía que tenía pesimo aspecto, había perdido por lo menos cinco kilos, tenía unas profundas ojeras alrededor de los ojos y una palidez extrema.

—Fatal —contestó ella—. ¿Han sabido algo de Gabriel? —preguntó con desgana, no con la ansiedad de tiempos anteriores.

—Renuncié a mi trabajo con los Preciado hace una semana.

—¿Por qué? —le preguntó ella sorprendida y con una chispa de interés en sus ojos.

—Digamos que diferencias irreconciliables con el padre de Gabriel —le contestó, y no quiso ahondar en el tema.

—Sí, te entiendo.

—¿Qué vas a hacer, Melisa?

—Morirme —contestó ella contundente.

—No digas eso. Dios te ha puesto muchas pruebas, eres una mujer fuerte —le dijo dispuesto a ayudarla a superar la depresión en la que se encontraba.

—No creo que pueda soportar una pena más —contestó mientras observaba un colibrí que chupaba concentrado el néctar de una rosa, ajeno a todo lo que lo rodeaba.

—Melisa, hay gente que te necesita. Tus padres, Gabriel, así no esté contigo, los niños a los que les enseñas a superar cosas. Yo también necesito tu amistad.

Melisa estaba demasiado centrada en sí misma pero alcanzó a detectar el deje de desesperación en la voz de Miguel.

Cerró los ojos. No quería oírlo. Sabía que Miguel tenía razón.

En ese momento entró su madre, llevaba en sus manos una bandeja con un café, un vaso de leche y dos pedazos de una deliciosa torta de queso.

—Gracias, señora —exclamó Miguel y recibió la bebida espesa y humeante y la porción de torta.

—Hija, debes comer algo —le suplicó Mariela.

—No tengo hambre —miró la comida con desgana. Sentía una piedra en la garganta que le impedía tragar.

—Te vas a secar —señaló su madre preocupada.

—Perdón, señora, déjeme a mí —Miguel soltó lo suyo, tomó el vaso de leche y la torta, y se dispuso a alimentar a Melisa como a una niña.

—Ay no, ni se te ocurra —le dijo ella sonriendo.

—Come entonces, o te daré hasta la última migaja —le entregó el plato con la torta.

Melisa no quería comer. ¿Por qué no entendían de una vez que lo único que deseaba era morir?

El amor de su vida estaba refundido en la selva y su hijito ya no era de este mundo. No se sentía con fuerzas para seguir viviendo.

Ellos insistieron en que se llevara un bocado a la boca. Finalmente comió a desgana. Tomó tres sorbos de leche y merendó casi la mitad de la torta.

Mariela los había dejado solos.

—¿Cómo va tu tesis? —preguntó Miguel sin darle tregua.

—No he recibido la nota todavía.

—¿Cuándo la recibirás?

—En una semana, los grados son en dos meses. —De pronto lo miró con atención—. ¿Qué vas a hacer Miguel?

—Tengo varias propuestas de trabajo, pero creo que aceptaré ser jefe de seguridad de una pequeña petrolera que está entrando al país.

—Qué bien —le sonrió Melisa.

—Además de visitarte, venía a despedirme. Mañana salgo para Houston, donde haré la capacitación en mi nuevo empleo.

—¿Cuándo volverás? —preguntó ella con curiosidad. Miguel era el único amigo que le quedaba.

—En un mes, pero estaré pendiente de ti. Hablaré con tu madre todos los días. Prométeme que te cuidarás —la miró con cariño—. Si no comes, vendré enseguida y me tendrás que dar trabajo como niño.

—No te preocupes —le dijo ella, más por tranquilizarlo que por cumplir la promesa.

Miguel no podía seguir engañándose. Sentía una atracción por Melisa. Pero le parecía una traición hacia Gabriel. Le gustaban sus ojos, su cabello y su sonrisa. Sobre todo le gustaba su forma de ver la vida. Pero sabía que esa emoción se quedaría sepultada en lo más profundo de su alma. Esos nuevos sentimientos eran una afrenta para Gabriel, además de que Melisa solo lo veía como a un amigo.

Miguel pensaba que su viaje no había podido llegar en mejor momento. Necesitaba poner distancia a lo que estaba sintiendo, por él, por la propia Melisa y por su gran amigo. Se sentía culpable; de haber estado allí con él, seguro no lo habrían secuestrado. Una vez más le había fallado a alguien que estimaba como un hermano y eso no lo dejaba estar en paz.

Se despidió unos minutos después. Intercambiaron correos y

números celulares, estarían en contacto.

Poco a poco Melisa fue saliendo de su caparazón y empezó a vislumbrar algunos colores en el horizonte, antaño negro como la noche. Las semanas pasaban y no había noticias de Gabriel, pero llegó a la conclusión de que mientras su Gabriel respirara, ella seguiría haciéndolo, y eso le devolvió parte de la calma perdida. Ya se bañaba y se vestía, pero no quería salir de casa.

Estaba con su madre en la mesa del comedor. Mariela la había convencido algo más temprano de que le ayudara a hacer un par de collares y unas cuantas pulseras.

Mariela tomaba un curso de joyería en una caja de compensación de la que su marido era afiliado. Hacía algún tiempo ya que había renunciado a su trabajo.

Sonó el timbre de la puerta.

—Yo abro —dijo Mariela, y se dirigió hacia la puerta.

—Buenas tardes —saludó Amalia.

Melisa levantó la vista sorprendida.

—Buenas tardes, Amalia —contestó el saludo Mariela.

Ambas recordaban el bochornoso incidente en la clínica, cuando su esposo los había culpado de la pérdida del bebé de Melisa, y luego los echó sin contemplaciones y con un brillo de satisfacción en la mirada.

Amalia estaba asustada, no sabía cómo la iban a recibir.

Melisa se levantó enseguida, se acercó a su suegra y la abrazó. Amalia se desató en llanto. Lloró como no lo había hecho en todo ese tiempo; lloró por el cautiverio de su hijo; lloró por su marido ese hombre al que ya no reconocía, y al que el secuestro había sacado lo peor de él; y lloró por Melisa y el bebé.

—Ya, ya, ya —la consolaba Melisa.

—Me siento tan apenada. Vengo a brindarte mi ayuda y aquí estás tú dándome fuerza.

—No ha sido fácil para ninguno —contestó Melisa y la llevó hacia el comedor. Le ofreció una silla.

Amalia observaba lo que estaban haciendo las mujeres. En la mesa estaban extendidas bisuterías de vivos colores, piezas de diferentes materiales, hilos de tela, filamentos de nailon, alambres, cordeles de cuero, broches y dijes de metal y de pasta, pequeñas pinzas y alicates. Inconscientemente, sus manos volaron a un collar hecho de piedras sintéticas que estaba extendido sobre la mesa, sin mucho valor pero de agradables tonalidades.

—¿Puedo? —preguntó a las sorprendidas mujeres. Enseguida alzó

una pinza y se puso a trabajar con destreza y tan concentrada que ni siquiera hablaba.

Amalia había retrocedido en el tiempo hasta la época en que su padre, un artesano de la joyería, tenía su humilde mesa en un rincón de la casa y Amalia lo observaba trabajar por horas, estirando, fundiendo y mezclando el oro, para luego, como en un acto de magia, ver ese pedazo de oro convertido en anillos, cadenas o pulseras.

Pero también le vinieron a la mente la palabras de su padre: “No te acerques a esta mesa”, “Tu iras a la universidad”, “Serás alguien importante”, “No quiero verte ni jugar con mis herramientas”.

Todo eso venía a su mente mientras trenzaba un alambre. A su padre no le importaron las humillaciones sufridas por los Preciado con tal de que su hija fuera una señora bien.

Aún recordaba cuando un día quiso darle la sorpresa. Había realizado unos hermosos diseños en un cuaderno. Pensaba que su padre los podría utilizar en su trabajo. Su papá, en cambio, se enfureció e hizo pedazos el cuaderno. A partir de entonces no había vuelto a diseñar.

—Miren —les decía a las sorprendidas mujeres—, si combinan esta piedra y le dan esta forma —le había dado la vuelta a un diseño haciéndolo más llamativo y moderno—, cambia el diseño enseguida. ¿A que quedó más bonito? —dijo con una sonrisa triste.

—Eres toda un experta —dijo Mariela que observaba el diseño sorprendida—. ¿Tomaste clases?

—Del mejor —lo dijo con orgullo y sin resentimientos—. De mi padre.

— ¿Tu padre tiene joyería en Barranquilla?

—No... —sonrió ella con benevolencia—. Mi padre era artesano de la joyería. Yo soy de Mompo, llegamos a Barranquilla cuando yo era una adolescente.

Las mujeres no preguntaron más. Se instalaron en un cómodo silencio.

Hasta que Amalia interrumpió su labor y, mirando a Melisa, dijo:

—No sé qué decirte o cómo aliviar en algo la pena que sientes. Han sido varios los golpes que te ha propinado la vida. —Soltó lo que estaba haciendo y, tomó la mano de Melisa, continuó —: Eres una mujer fuerte y tienes un corazón de oro, te quiero mucho. Gabriel no ha podido escoger mejor compañera para su vida.

Melisa la miraba pasmada y sin saber qué decir. Amalia continuó:

—Pero no debes dejar que la pena te venza. Tienes mucho que ofrecerle al mundo, y debes estar ahí cuando vuelva mi hijo.

—¿Y si no vuelve? —señaló ella consternada.

—Debemos tener fe, es lo único que nos queda.

—Su esposo no me acepta —soltó Melisa preocupada.

—Créeme, Rafael está pagando muy caro el no haberte ayudado en esa situación tan bochornosa en la fiscalía, además del sufrimiento por Gabriel.

Se despidió un rato más tarde, prometiéndoles que cuando volviera de Barranquilla traería una buena provisión de materiales de joyería.

Era increíble, pensaba Amalia, cómo el trabajo de esa tarde había sanado en algo su alma atormentada.

“Gracias padre”, repitió en una oración, porque había sido un regalo de él desde el cielo.

Rafael se paseaba de un lado a otro del estudio, con los resultados de los exámenes de su nieto.

Se sentía como una mierda.

¿En qué momento había perdido el norte de las cosas?, se preguntaba angustiado. ¿Y cómo carajos podría repararlo?

Por culpa de su negligencia habían perdido a su nieto. Si él hubiera tenido la fe de su mujer; las cosas hubieran sido distintas.

Sintió una punzada en el pecho; de pena, de añoranza por lo que pudo haber sido y no fue, de culpa. A este paso sufriría un infarto ¿Cómo le respondería a Gabriel? No lo perdonaría. Algo haría, debía compensar a la esposa de su hijo de alguna forma.

—Álvaro, necesito que vengas, por favor —habló Rafael en el celular—. Ok, aquí estaré. —Rafael dejó el aparato encima del escritorio. Si tenía el mismo toque que había tenido con Melisa para los negocios, iba listo, pensó irónico. A lo mejor era hora de dejar en otras manos el conglomerado de empresas. No se sentía con ánimos de emprender absolutamente nada.

Solo quería que su hijo volviera. Nada más le pedía a la vida.

Álvaro llegó momentos después. Por el gesto en su semblante; Rafael sabía que no estaba en su mejor momento, estaba pálido y unas profundas ojeras surcaban sus ojos. Estaba despeinado y sin afeitarse, algo anómalo en él, que siempre se arreglaba así estuviera encerrado en las cuatro paredes de su casa.

—Perdona la tardanza. ¿Vas mañana para Barranquilla?

—Sí, aquí no tenemos nada más que hacer. Además, Amparo nos quiere allá.

—Entiendo.

—Quería hablarte de eso y de otras cosas.

Rafael no sabía cómo abordar el tema y eso le fastidiaba, es más, estaba seguro que Álvaro disfrutaba de cada segundo de azoro.

—Te escucho—. Lo observó expectante.

—Amalia y yo queremos que te encargues de todo aquí en la capital. Vendremos cada dos semanas para revolver las cosas y para que las autoridades no se duerman en los laureles.

Estaba nervioso.

Álvaro lo observaba en silencio.

—¡Está bien! Sé que actué como un hijo de puta con esa muchacha.

No estaba acostumbrado a aceptar sus errores, reconoció el suspiro de alivio en el mejor amigo de su hijo.

—Todos cometemos errores —le contestó con cautela.

—No seas tan condescendiente.

—No lo estoy siendo.

—Quiero hacer algo por ella.

—¿Entonces renunciaste a lo de las capitulaciones?

—Eso lo arreglará Gabriel cuando vuelva —dijo con algo de miedo—. Quiero hacer algo más por ella —lo miró expectante—. ¿Hay algo que ella desee? Tenlo por seguro que lo tendrá.

Álvaro lo observó con un gesto entre pensativo y calmado, y luego le dijo:

—Gabriel me comentó una vez que Melisa estaba aplicando para una beca en la Universidad de Columbia. Una especialización en Literatura Infantil. Él se iba a vivir a Nueva York en septiembre con ella para acompañarla.

—Entiendo.

A Rafael se le aguaron los ojos. Su hijo tenía planes, sueños que involucraban a esa hermosa mujer de la que estaba tan enamorado. Se había equivocado tanto. Su mujer tenía razón, era prepotente y todos estaban pagando por ello. Tenía muchas cosas que arreglar, empezando por Amalia que estaba más distante que siempre. Suspiró. Deseaba volver a Barranquilla. El aire de la costa lo avivaba, le insuflaba energía. Tanto tiempo en la capital y ya se sentía viejo y mohoso. En Barranquilla arreglaría las cosas con su mujer. Pensó nuevamente en Gabriel y el estrujón en su pecho casi no lo dejó respirar.

—Entenderás que es difícil que le den la beca después de lo ocurrido.

—Pues nosotros le financiaremos el viaje. Tenemos que pensar en la forma de hacerlo sin que ella sepa de nosotros, porque estoy seguro de que no me lo perdonará.

—La vida te da sorpresas. Y además es una buena mujer. Dale tiempo.

Al salir de la universidad con su diploma y su tesis laureada, Melisa solo pensaba en Gabriel.

No tenían noticias de él todavía. Una compañera suya le había hablado de la emisora que tenía un programa para enviar mensajes a los secuestrados. Melisa haría la llamada esa noche, deseaba que él la escuchara.

Aún dudaba si aceptar la beca o no en la universidad de Columbia. Era lo que siempre había deseado, pero ¿qué pasaría si Gabriel volvía y no estaba ella aquí para recibirlo?

Su suegra le insistía para que aceptara. “Para eso están los aviones querida” le decía. “No puedes desperdiciar tu tiempo”. Sus padres se habían unido a ella, y por todos los medios trataban de convencerla para que aceptara.

Amalia había vuelto a Bogotá con frecuencia. Solían reunirse con Mariela y trabajaban tardes enteras en sus collares y pulseras. Estaban orgullosas de sus creaciones.

Melisa seguía indecisa acerca de si viajar o no.

—Es una oportunidad que te está dando la vida —le decía su padre que trataba convencerla con la perseverancia de un monje—. Puedes empezar de nuevo, olvidar todo lo que has pasado.

—No voy a olvidar a Gabriel.

—Melisa, sé realista. No sabemos que vaya a pasar. —Luis Eduardo pensaba que si se olvidaba de todo, Gabriel incluido, sería muchísimo mejor—. Hija, puede tardar años en volver. No puedes suspender tu vida.

—Papá, no entiendes que así yo esté al otro lado del mundo, no voy a olvidar a mi esposo.

—Pero puede que él te olvide a ti —la miró con pena—. Y si él cambia sus sentimientos hacía ti, ¿no te dolerá haber perdido esta oportunidad?

Corría el mes de Julio cuando recibieron la primera prueba de supervivencia. Amalia invitó a Melisa al apartamento a almorzar.

—No quiero que ese tipo te vaya a humillar —le decía Luis Eduardo refiriéndose a Rafael. Revoloteaba al lado de ella en la entrada de la casa mientras esperaba la camioneta de la familia de Gabriel que la recogería en cualquier momento—. No lo toleraría.

—Papá, ese señor no me importa. Lo que quiero es saber de Gabriel.

Se había vestido formalmente con una falda arriba de las rodillas, botas negras y chaqueta de cuero de gamuza, regalo de su madre por su

graduación.

Estaba hermosa.

Estaba nerviosa.

Tantos recuerdos... Los momentos felices, las peleas... Todo le vino a la mente al llegar al apartamento que había compartido brevemente con Gabriel. En el ascensor recordó los besos y la pasión que oscurecía sus ojos y cuando una vez ya casados, él había detenido el elevador y la había poseído allí, contra una de las paredes laterales, la forma en que la miró todo el tiempo, sus besos, sus caricias. Cuando se abrieron las puertas del ascensor y salió al recibidor; se quedó quieta y contuvo la respiración. Devoró el lugar con la vista. Recordó la noche de la cena con los extranjeros, la mañana antes del secuestro. Espantó un par de lágrimas antes de saludar a sus suegros.

La recibieron formalmente. Amalia, como siempre, cariñosa y un poco nerviosa.

No habían querido abrir las cartas y colocar el video hasta que ella llegara. Rafael se acercó y la abrazó brevemente. Melisa se separó sorprendida. Era lo más cerca a una excusa que iba a lograr de ese hombre.

Pasaron al estudio, donde Álvaro los esperaba.

—Melisa, qué alegría verte —se levantó, y se acercó a abrazarla.

—Hola, Álvaro.

—Estás hermosa.

—Gracias.

Rafael abrió el paquete. Había cartas para sus padres, para Amparo, y hasta para Miguel.

Ninguna para ella.

Un escalofrío la recorrió. Tenía una piedra en el estómago.

No le había escrito.

La había olvidado.

Colocaron la película. Ninguno se atrevía a mirarla a los ojos.

Melisa lloró tan pronto lo vio. Estaba demacrado, tenía el cabello largo y la barba muy crecida.

—Estoy bien, no quiero que se preocupen por mí — miraba fijamente a la cámara. El cautiverio no había podido doblegar la intensidad de su mirada—. Quiero comentarles algo, no se vayan a preocupar. Perdí la memoria por estrés postraumático, o eso es lo que dice el médico. No recuerdo nada hasta tres meses antes de mi secuestro. —Cambió el tono de voz enseguida—: Mamá, no quiero que llores, no quiero mensajes por radio. Me estoy alimentando bien. Aparte del

pequeño problema de la memoria —sonrió sarcástico—, no he estado enfermo de nada. Papá y Álvaro, cuiden todo por mí. Un abrazo a Amparo, a Omar y a mis sobrinos. Se despidió con un gesto de las manos.

Y eso fue todo.

Amalia lloraba a lágrima viva, Rafael tenía la cara cubierta con las manos. Álvaro era el único que reparaba en Melisa.

¿Qué hacer cuando sientes tu alma rota en más pedazos de los que ya está? La pena la barrió de golpe, fue como si un huracán entrara y arrollara todo a su paso, la sensación la dejó desmadejada y con la certidumbre de que de ese capítulo de su vida se acababa de cerrar.

A Melisa ya no le quedaban más lágrimas. Ya ni siquiera tenía la esperanza de que volvieran a estar juntos después de su liberación.

Amalia y Rafael la miraron con aprensión.

—Sé que es difícil, querida —le dijo su suegra, y se acercó a ella.

Melisa ni siquiera lloró.

—Quizás es algo temporal. Tendremos que consultarlo con un especialista —concluyó Rafael.

—No entiendo qué pudo haber pasado —les contestó Melisa en trance.

—He leído que algún golpe o traumatismo puede ocasionar eso —concluyó Álvaro, por agregar algo—. Las pruebas estaban en poder de las autoridades desde hace tres días.

—¿Por qué las entregan hasta ahora?

—Porque ellos les realizan una investigación exhaustiva para encontrar pistas —le dijo Rafael, y la miró apenado.

—No me lo esperaba —hablaba Melisa para ella misma.

En ese momento tomó una decisión. Lo hacía únicamente por su gran amor hacia él.

—Gabriel no tiene idea de que yo existo —les dijo, y su semblante adoptó una expresión seria—. Por eso quisiera... evitarle más sufrimientos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Álvaro.

— Si él no recupera la memoria... es mejor que no sepa que yo existo.

Todos la miraron como si de pronto le hubiera crecido la nariz o las orejas.

—Pero Melisa, no puedes hacerlo —dijo su suegra, y Melisa se percató de que su suegra en ese momento estaba cuestionando su cordura.

—Tarde o temprano recuperará la memoria y ¿qué pasará

entonces? Nos reprochará el no haberle dicho nada —le contestó Rafael—. Ya tengo varios cargos en mi conciencia, no quiero uno más.

—Es lo mejor —se levantó, y se dirigió a Rafael—. Usted tiene razón en culparme, si yo no hubiera entrado en la vida de su hijo, nada de esto habría ocurrido.

—No seas injusta, Melisa. Nunca lo vi tan feliz —concluyó Álvaro—, como cuando estaba contigo. No puedes quitarle eso.

—¿Injusta, dices? —exclamó con pena—. ¡Por Dios! ¡Perdí a nuestro hijo! —Se exaltaba más a medida que iba hablando—. ¡Está secuestrado! ¡No tiene memoria! ¿Y tú crees que es mejor que me hubiera conocido?

—¡Ya basta! Suficiente los dos —espetó Rafael, como si fueran unos niños.

—Nadie puede adivinar lo que pasará —continuó Rafael—. Se conocieron, se enamoraron... Ya pasó y no podemos retroceder el tiempo.

—No seas sarcástico —le señaló Amalia.

—No lo estoy siendo, de verdad.

—No podemos retroceder el tiempo, pero podemos mejorar las cosas.

—No puedes tomar esto a la ligera. Están casados ante un juez —le señaló Amalia.

—Si Gabriel sigue con amnesia una vez liberado, puede iniciar un tratamiento y, con el tiempo, recuperarse. Nosotros lo único que podemos hacer es esperar el día en que pregunte por ti. ¿Eso es lo que quieres? —le preguntaba Rafael, sin entender mucho lo que pasaba.

—Pues el día que pregunte... Ese día le dirán la verdad. Pero si nunca hace la pregunta déjenlo vivir su vida.

—¿Y qué pasa con el matrimonio?

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él —concluyó Melisa, más convencida a medida que pasaban los minutos.

Llegó a su casa en la noche y habló con sus padres. Les contó todo.

—Es lo mejor, hija —dijo Luis Eduardo, mientras la abrazaba y Melisa lloraba entre sus brazos.

—Debo hacerlo. Si no me quiere en su vida lo respetaré.

—Has sufrido mucho. Es hora de dar vuelta la página.

—Es muy difícil, papá, no creo que pueda.

—El tiempo todo lo cura.

Melisa estaba decidida. Viajaría a Nueva York a finales de agosto.

CAPÍTULO XVII

La rutina

Llegó a Nueva York a finales del verano. Recorrió casi todos los rincones de la ciudad como si tuviera la voz de Gabriel como un eco en la cabeza. Recordaba las charlas que habían tenido sobre este lugar que su esposo tanto amaba. Él había estudiado durante dos años en la misma universidad en la que estudiaba Melisa.

Nueva York.

Era una ciudad vibrante, llena de vida. “La ciudad que nunca duerme” debido al constante movimiento de tráfico y de gente. Melisa había llegado a quererla con el alma. La variedad de idiomas, las diferentes etnias, su expresionismo multicultural, sus espectáculos callejeros le encantaban.

“Te llevaré de paseo por Central Park y después iremos a la quinta avenida, te compraré toda la ropa que quieras”. Melisa sonrió al recordar sus palabras mientras caminaba por alguna de las abarrotadas calles. Recordó también su frustración ante el poco interés de ella por la ropa. *“Nueva York tiene los mejores restaurantes del mundo, mi amor, te va encantar, lo sé”.*

Con lágrimas en los ojos volvía a casa.

Deseaba en el alma haber atesorado más momentos con él. Los días no le alcanzaban para rememorar su vida compartida y sin embargo no le parecía suficiente.

Se adaptó a la universidad y la rutina de estudios para no enloquecer.

Cavilaba que debía agradecer a Dios la oportunidad de poder estudiar y profundizar en algo el tema que le apasionaba, pero estaba algo molesta con él. No había vuelto a pisar una iglesia desde el entierro de los escoltas de Gabriel. Aunque no podía evitar rogarle a Dios que ayudara de alguna forma a su esposo a superar ese trance y que lo mantuviera con vida.

Corría el mes de diciembre. El otoño y sus hermosos colores habían dado paso al frío invierno. Las luces de colores adornaban la ciudad. Sería la primera navidad que pasaría sola, lejos de su familia. El campus de la universidad estaba tapizado de nieve. Limitaba sus paseos a los fines de semana y a su sitio favorito: el parque Battery ubicado al sur de Manhattan. Caminaba por los alrededores, que estaban repletos de supermercados y mercadillos, donde compraba fruta y quesos, siempre vivía abarrotado de gente. Se sentaba en una de las bancas del parque que daban al río Hudson y a la estatua de la libertad, se comía un sándwich y se tomaba un café.

Era tan difícil deshacerse del implacable anhelo por su esposo. La

soledad la cubría como un sudario pesado y oscuro. Trataba de encontrarse a sí misma otra vez. ¿Pero dónde estaba realmente? Estaba en la selva, sintiendo el hambre, el frío y la incomodidad de su marido a todas horas del día.

La vida bullía a su alrededor como una de esas luces de bengala de colores que surcaban los cielos en las épocas festivas, pero ella era indiferente a su estela de matices.

Al salir de la biblioteca, y dispuesta a ir por un capuchino a Starbucks, oyó que alguien la llamaba:

—Melisa, Melisa —la alcanzó un joven becario como ella llamado Raúl Carvajal. Era periodista y veían algunas materias juntos. Era un muchacho alto, delgado y de ojos negros.

—Hola Raúl —saludó Melisa aterida de frío.

—Vamos por un chocolate caliente. Parece que lo necesitas —dijo el joven.

A melisa le castañeteaban los dientes.

—Está bien —le contestó como pudo.

—Y cuando entres en calor podemos ir a patinar. ¿Qué te parece?

—Primero el chocolate, luego ya veremos —respondió ella algo aprensiva. No quería darle falsas esperanzas.

Raúl Carvajal era un muchacho colombiano también. Había hecho amistad con Melisa un día de otoño en la biblioteca. Melisa sabía que el joven abrigaba sentimientos románticos hacía ella, pero su corazón no podía corresponderle. Era incapaz de involucrarse con alguien cuando sus noches estaban saturadas del recuerdo de las caricias de otro hombre. Su breve pero intensa vida al lado de Gabriel, le había dejado profundas cicatrices en todos los aspectos de su vida.

La había marcado.

Era lo que pensaba al ver cómo otros hombres trataban de llegar a ella y, en cada uno de sus avances, se topaban con una muralla infranqueable. A miles de kilómetros estaban la felicidad y el deseo, los besos y las caricias. Lo que necesitaba, no estaba ni mucho menos en Nueva York.

Estaban a la orilla del mar. Era la segunda noche de su luna de miel. Gabriel había hecho una fogata. Ambos abrazados contemplaban el firmamento. A lo lejos oían el ruido de las olas.

—Es la noche más hermosa de mi vida.

—Pensé que anoche había sido la mejor.

Ella soltó la carcajada y lo abrazó aún más.

—Es el mejor tiempo de mi vida.

—Así está mejor. —le ronroneó él en el oído y le dio un beso en la cabeza—. Hay pocas estrellas.

—No las necesitamos —Hizo una pausa y agregó—: Tú me haces ver galaxias enteras cuando hacemos el amor.

—Guau, qué cumplido.

Y aún no quería revelarse. Solo pensaba en él unas cientos de veces al día. Por lo menos, ya no eran miles, como le había ocurrido al principio.

En Barranquilla el ambiente no podía estar más tenso.

Aunque trataron de seguir con sus vidas, las secuelas del secuestro se sentían en las cuatro paredes del hogar Preciado.

A pesar de que Rafael trató de reparar en parte el daño que había causado, Amalia seguía alejándose emocionalmente de él.

—¿Otra vez para Bogotá?—le preguntó furioso Rafael.

—Sí, otra vez. ¿Algún problema? —retrucó Amalia.

—¿Se puede saber qué carajos se te perdió allá?

—Tú lo sabes muy bien —lo miró como se mira a un niño que es incapaz de entender algo.

—Ah, ya veo. Otra vez las famosas clases de diseño de joyas.

—Sí, Rafael —lo miró beligerante—. ¿Qué tiene de malo?

—Estás descuidando la casa.

—Sabes que no es cierto. Simplemente quiero darle un nuevo giro a mi vida.

—¿Y no puedes dar ese giro aquí en tu hogar? —explotó sarcástico.

—Rafael, al contrario de lo que puedas pensar, yo nunca te he pedido nada —lo miró decidida—. Cambié mucho al entrar en tu familia.

—Yo nunca te pedí que cambiaras.

Eso era cierto. Rafael la amó tal y como era desde el principio. Fue de esa mujer de la que se enamoró.

—Lo hice para encajar en tu familia. Tu madre fue la primera que me apoyó cuando decidí dejar de ser la chiquilla alocada para pasar a convertirme en lo que me convertí.

—Sí, te convertiste en la más elegante, la más instruida. Lo acepté como acepté muchas cosas tuyas — la horadó con la mirada—. Pero a mí no me vas a echar la culpa de tu cambio. Fuiste tú y solo tú la que decidió dar ese paso.

—O sea que preferías a la muchachita que no sabía servir una mesa para todos tus amigos importantes —explotó ella furiosa.

—No me importaba. Amaba tu espontaneidad, tu alegría, tu pasión. No sé en qué momento te convertiste en...

—¡No seas hipócrita, por Dios! —elevó los ojos hacia el cielo—. No puedo creerlo. Te habrías aburrido con el paso de los años, cuando pasara la novedad.

—No me vengas con esas. Siempre te he apoyado en todo, siempre has tenido mi lealtad, Amalia.

—Lo que pasó fue que dejé de vivir mis propios sueños para vivir los tuyos —dijo ella, y se dio cuenta en ese momento de todo a lo que había renunciado en su relación. Sentía que ya no se conocía. Y si de algo servían los años y la madurez, era para poder hacer y decir lo que le viniera en gana.

Aún estaba a tiempo de arreglar las cosas consigo misma y con el hombre que le había empeñado la vida.

—Pero no porque yo te lo pedí —le contestó él. Amalia sabía que se sentía traicionado.

—No necesitabas hacerlo. Era algo que venía con el hecho de ser tu esposa.

—Entonces haz lo que te venga en gana. Revive tus sueños, si eso te hace feliz y si con ello vas a dejar de mirarme como a una mierda.

Rafael salió tirando la puerta.

En ese momento entró nana Rosa. Era la empleada más antigua de la casa. Estaba con ellos desde que se habían casado. Solo contaba quince años cuando entró al servicio de la familia.

—Ay, mi señora —le decía con cariño—, no puedes dejar a tu marido cada dos por tres.

—¿Por qué negra? ¿Por qué debo hacer todos los sacrificios?

—Porque así sea el mandamás de todo, el dueño de cantidad de empresas, él no es nada sin ti. No lo olvides.

—Necesito espacio —decía Amalia mientras acomodaba la ropa en una pequeña maleta. Solo serían tres días.

—Aquí hay suficiente —respondió la negra, y señaló el contorno de la enorme habitación.

—No, negra, no es suficiente esta vez.

—Tú verás, mi señora —y salió con una blusa que necesitaba planchado.

Cada vez que Amalia viajaba sin Rafael era una puerta más que se cerraba en la comunicación de los dos. Cada uno de ellos inmerso en sus cosas, veían pasar los días sin saber nada de su hijo.

Miguel visitó a Melisa en Nueva York, al año siguiente. Era el final del verano.

La citó en Greenwich Village, en un primoso restaurante llamado

Córner Shop Café. El sitio se lo había recomendado uno de los botones del hotel donde se hospedaba. El lugar era agradable, con una decoración acogedora y grandes ventanales al exterior.

—Hola, Miguel —Melisa lo abrazó con cariño.

El establecimiento estaba repleto, era la hora de la cena. Los meseros iban de un lado a otro, recibiendo los pedidos. En cuanto desocuparon una mesa, el camarero los guió hasta el lugar.

—Pero mírate, Melisa —le dijo admirado de ver lo hermosa que estaba—. Estás preciosa.

Gracias a Dios, Miguel había sofocado sus sentimientos hacia Melisa. Aunque hacía tiempo que estaba en Estados Unidos, había evitado ir a Nueva York un par de veces. No quería evidenciar lo que sentía, pero ahora al verla se daba cuenta de que había sido una necedad y de que esos sentimientos estaban conjurados.

—Qué alegría sentí cuando recibí tu llamada. ¿Qué haces en Nueva York? —le dijo, y se sentó en una de las sillas que el amable mesero le abrió.

—Estoy haciendo un curso de actualización en mi trabajo —dijo Miguel observándola atentamente. Mariela le había pedido que tratara de averiguar cómo iba ella con su vida. Pues le había comentado que se había vuelto muy parca con ellos, que ya no era la chiquilla ilusionada de años atrás.

Ordenaron un par de aperitivos antes de la cena.

—No había estado antes en Nueva York, intimidada un poco.

—Pero es una ciudad hermosa. Vivo enamorada de ella.

—Me alegra verte tan bien —y mirándola fijamente, le preguntó—: ¿Por qué no me has llamado más seguido? Si no te llamo yo, no sé de ti. Y no eres muy adicta al correo electrónico. No he recibido más que cinco o seis mensajes en todo este tiempo.

—Sí, lo sé. He sido una ingrata, perdóname.

Llegaron los aperitivos. El lugar parecía cada vez más lleno.

Ordenaron enseguida, tan pronto uno de los ocupados camareros se acercó a la mesa.

—Las hamburguesas de aquí son las mejores —le dijo ella.

—Hamburguesas será. Y tú, ¿qué vas a pedir?

—Ensalada de la casa y, de postre, helado de canela.

—Bien.

—¿Cómo te has sentido durante este tiempo? —le preguntó Miguel con curiosidad, mientras le devolvía las cartas al mesero.

—¿Que cómo me he sentido, dices? —le preguntó ella a su vez,

fijando su mirada en la gente que pasaba por la calle.

Miguel acusó el momento exacto en el que un velo de tristeza y desolación cayó en sus hermosos ojos, oscureciéndolos. Era impresionante. Si no lo hubiera visto no lo hubiera creído.

—Sí, quiero saber cómo te has sentido durante todo este tiempo.

—Ahogada —dijo de pronto, mientras miraba hacia la calle, trató de despejar la sombra de tristeza, pero le fue imposible—. Sí, creo que esa es la expresión adecuada. No consigo superar su ausencia.

—Oh, Melisa...

Miguel le tomó una de sus manos con cariño y la miró con pesar.

—No puedo comer tranquila sabiendo que él puede estar pasando hambre, frío, incomodidad —empezaron a rodar lágrimas de angustia por su rostro, que se apresuró a retirar—, y saber que de pronto pueda estar enfermo. Y, mientras tanto, el mundo sigue girando como si nada — señalaba alrededor, hacia la gente que estaba allí por elección.

—Melisa, Melisa, debes hacer el esfuerzo —le dijo sorprendido. A este paso, pensó, nunca lograría superar lo ocurrido con Gabriel.

—No es fácil. Hay una parte de mí que sigue con él en esa selva. Mi corazón está secuestrado junto con el suyo. Y hasta que no lo liberen no podré seguir con mi vida.

—Lo siento mucho —le dijo el joven completamente atónito.

—Lo sé —observó a su amigo con cariño—. Tú eres el único que creyó en mí desde el comienzo. Así lo liberen y no desee saber de mí, el solo hecho de que esté en libertad, créeme, será un enorme descanso. Me siento tan culpable.

—Pero no debes sentirte así, tú no lo secuestraste.

—Si no hubiera entrado en su vida, nada de esto hubiera pasado.

—Eso es una bobada —le espetó furioso—. Eres lo mejor que le ha pasado, créeme. Yo estaba ahí antes de que tú llegaras.

—Ya tomé mi decisión respecto a esto.

—No estoy de acuerdo —dijo Miguel. Melisa lo miró furiosa. Él levantó las manos en son de paz—. Pero lo respeto —concluyó resignado.

Era una mujer terca.

Miguel había sido el que más la había atacado por su decisión de no decirle nada a Gabriel. Sabía que cuando la olla se destapara, su amigo tendría un ataque de furia. No quería estar en el pellejo de ellos cuando se supiera la verdad. Aunque estaba hermosa, no se engañaba, destilaba pena en cantidades. La bella mujer llena de sueños e ilusiones que se había casado con Gabriel, se había transformado en una persona dura, madurada a golpes.

—No sé cómo lo han hecho las esposas y las madres de todos esos soldados y policías que están en la selva.

—Es difícil.

—Cuando mataron a los diputados del Valle del Cauca, ¿cómo habrá sido para sus familias?

—El ejército está ahora más preparado que nunca gracias a un mayor presupuesto por parte del gobierno y sus políticas. Fíjate en la Operación Jaque.

—Sí, lloré dos días seguidos cuando liberaron a Ingrid, a los policías y a los oficiales y suboficiales del ejército.

—Debes tener fe, no lo han olvidado. Además tu suegro, Dios nos asista, no lo permitiría —le dijo él con algo de sarcasmo, y recordó su último incidente con Rafael.

—¡Por Dios, Miguel! Hay gente que va a completar once años en la selva —le decía ella totalmente descompuesta.

—Los milagros existen. Mira lo que pasó con Clara Rojas y su pequeño hijo —su deber como amigo era darle esperanza—. Dime si eso no fue un milagro.

Miguel recordó la historia de Clara Rojas: era jefe de campaña de la entonces candidata presidencial Ingrid Betancur. Ambas habían sido secuestradas por un retén de la guerrilla cuando intentaban hacer campaña política en el sur del país.

Clara Rojas tuvo un hijo en cautiverio de uno de los guerrilleros que la custodiaban. Al nacer la criatura, la separaron de ella. Lloraba y gritaba día y noche pidiendo que le devolvieran a su bebé.

Una labor titánica de los organismos de inteligencia hizo que localizaran al niño abandonado, que se encontraba en El Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, y así ella se pudo reunir con el pequeño.

Clara fue parte de un acuerdo humanitario de intercambio de prisioneros.

—¿Por qué no hablas con alguien sobre todo esto? —preguntó Miguel, tratando de ayudarla. —Deberías recibir ayuda psicológica, no es pecado.

—No gracias, estoy bien.

—Como quieras.

No le insistiría, pero tampoco le iría con cuentos a Mariela y a Luis Eduardo.

Comieron en relativa calma. Se pusieron al día en cuanto a conocidos, libros, música.

Melisa lo sorprendió con su pregunta:

—¿Tienes novia?

—No tengo tiempo para eso —contestó algo brusco.

—Algo hay, te pusiste a la defensiva enseguida ¿Te has enamorado alguna vez? —le contestó con ánimo de confianza.

El rostro de Miguel se transformó, no dio pie para ningún tipo de charla. Los invadió el silencio por completo.

Sus ojos se tornaron fríos y, segundos después, se avergonzó de su reacción.

—Lo siento —farfulló y escondió su expresión tras el vaso de refresco.

—Discúlpame, no quise molestarte.

Miguel supo que estaba sorprendida, y por su tono de voz avergonzada. Se sintió mal, era muy poco lo que ella sabía de él.

—No te preocupes. Discúlpame tú a mí, no debí ser tan brusco. Es que hay cosas del pasado que es mejor dejar ahí.

—Tienes razón. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo.

Salieron del restaurante y caminaron a lo largo de la calle Broadway, charlando de trivialidades. En una de las esquinas Melisa paró un taxi. Había llegado el momento de la despedida.

—Espero verte pronto otra vez —le dijo Miguel mientras le abría la puerta del vehículo.

—Lo mismo digo —lo miró ella con cariño.

—Que tengas buen viaje —la abrazó y se despidió de ella—. Hasta la próxima.

—Adiós.

CAPÍTULO XVIII

El presente

—Eres delicioso, Gabriel —le decía la mujer mientras besaba su pecho y bajaba por su abdomen.

—Sigue así, sigue así —le exigió Gabriel con gesto demandante, y trataba de concentrarse.

La mujer acogió con la boca el miembro ya totalmente erecto. Gabriel le aprisionó la cabeza con ambas manos, y le impuso su ritmo. Flexionó de nuevo las caderas, lo quería en lo más profundo de la

garganta de ella. Eso no representó ningún problema para la mujer de boca ávida.

Sus manos expertas le acariciaban los testículos. Gabriel intensificó las embestidas, una vez, dos veces, tres veces y... Ahhhhh, explotó finalmente gimiendo por lo bajo una y otra vez.

Saciado, se removi6 y se separ6 de ella.

Se sentía culpable.

Desde que había vuelto de su cautiverio se sentía culpable cada vez que intimaba con alguna mujer. Lo achacaba al secuestro, a todo lo vivido, pero en el fondo de su corazón sabía que había algo más...

Algo que se le escapaba.

No podía conectar con ninguna mujer. Cada vez le resultaba más difícil. Bueno, tampoco es que fueran muchas.

En las casi tres semanas que llevaba liberado, solo había estado con tres mujeres. La primera, en el complejo vacacional en Las Bahamas al que se fue durante cinco días. Era una hermosa francesa que había coqueteado con él durante dos días, hasta que se decidió a dar el salto.

La segunda era gerente de un banco. La había conocido en una exposición a la que lo habían arrastrado unos amigos. Con ella estuvo solo una vez y no fue nada memorable.

María Delia Castro fue la tercera. Era una activa empresaria del mundo de la moda. Tenía veintiocho años y estaba separada. Era atractiva y caliente, como le gustaban a él. Sin embargo, con ella tampoco había logrado conectar.

Deseaba una relación fuera de las sábanas, pero algo le impedía intimar con una mujer.

De pronto es mejor dejar las cosas así, pensaba abatido, mientras le acariciaba el cabello a Delia. Tenía el cabello castaño oscuro con algunos mechones rojizos, ojos color miel y unas curvas generosas. No era hermosa, pero era una mujer muy atractiva y sabía acentuar sus encantos.

Después de los chequeos médicos y de intensas reuniones con especialistas, llegaron a la conclusión de que no había sido un golpe el causante de su amnesia. Los médicos pensaban que era estrés postraumático debido a la situación de peligro en que se encontró durante tanto tiempo. Le ordenaron terapia. Y él contrat6 a la mejor.

Al sentir nuevamente las caricias de su amante, hizo el amague de levantarse. Pero ella lo retuvo.

—¿Te vas tan pronto? —pregunt6 ella sorprendida.

Gabriel sabía que estaba algo molesta al darse cuenta de que con él de nada servía presionar con pucheros de niña malcriada.

—Lo siento, mañana tengo que madrugar —contestó él contundente.

—Pues madruga aquí —le contestó ella con mirada seductora. Bajó la sabana y Gabriel contempló sus senos desnudos. No lo tentó— . Desayunaremos juntos.

Gabriel se sentía ahogado, quería salir corriendo. El perfume que usaba Delia y que más temprano lo había excitado, ahora le fastidiaba. Levantó la camisa que había dejado tirada encima de una silla. Los pantalones estaban enredados en el edredón de color blanco a un lado de la cama. Nunca pasaba la noche completa con una mujer. Además tenía un partido de tenis en la mañana. Estaba ansioso por el juego y por la primera cita para iniciar la terapia. “Quiera Dios que sirva de algo”.

Desde su liberación, vivía ansioso y a la vez eufórico. Una mala combinación para dedicarse a los negocios en ese momento. No le gustaba sentirse rodeado de gente, evadía fiestas e incluso restaurantes. El olor del prado recién regado le alteraba las pulsaciones y lo hacía sudar frío.

—No, preciosa, de verdad que no puedo.

—¿Vamos a Miami el fin de semana?

—Este fin de semana no, pero hagámoslo el próximo. ¿Te parece? —le contestó subiéndose los pantalones. Ni siquiera tomó una ducha. Ya lo haría al llegar a su casa.

—Está bien.

Gabriel se daba cuenta de los sentimientos de la mujer, sabía lo que quería. Tenía paciencia con sus cambios de humor y sus ataques de ansiedad. Pero había una parte de él cerrada a todo sentimiento. Él había sido claro con ella, no quería que se hiciera ilusiones.

—Adiós, Delia.

—Adiós, cielo —le respondió ella, y lo besó en la mejilla.

La doctora Julieta Sarmiento Latorre, psicóloga clínica de la Universidad de los Andes y con especialización en víctimas del secuestro, lo citó en su consultorio en el norte de la ciudad, en un complejo de servicios médicos especializados. La cita era en horas de la mañana.

La sala de espera era impersonal y elegante, con cómodos sofás de color gris y mesas a los lados, regadas por revistas de opinión y de farándula.

La secretaria de recepción lo recibió amable y lo invitó a sentarse.

Tomó en sus manos un ejemplar de una conocida revista de opinión con un amplio reportaje que le había hecho a él. Aún recordaba el ataque de ansiedad que trató de disimular todo lo posible, hasta que alegó un terrible dolor de cabeza para finalizar la entrevista.

En otra revista salía de un centro nocturno con Delia del brazo.

Aún rehuía los sitios concurridos, lo asfixiaban. El día de la foto en la revista había ido a ese sitio por insistencia de Delia. Recordaba que solo habían estado unos quince minutos en aquel lugar.

Diez minutos después lo anunciaron.

Al entrar se sorprendió, pues pensaba encontrar una mujer más acorde con su nombre y sus largos títulos.

—Buenos días, Gabriel —lo saludó una diminuta mujer, y extendió la mano.

No media más de metro y medio, cabello corto castaño claro y, detrás de unas gafas que Gabriel se figuraba serían permanentes, escondía unos inteligentes ojos cafés.

Parecía una estudiante universitaria, vestida con jeans y con un saco voluminoso.

Viéndola allí de pie frente a él, nadie pensaría que era la mejor profesional en su campo, con varios premios y menciones en su haber, con dos libros publicados sobre el tema que ya habían sido traducidos a varios idiomas.

—Mucho gusto, doctora —la saludó respetuoso, porque esa joven mujer le inspiraba respeto.

—Llámeme Julieta, por favor —le dijo, y con un gesto de la mano lo invitó a sentarse.

—¿Desea tomar algo? ¿Agua, café, algún refresco? —le ofreció amable, mientras ella iba y se servía una enorme taza de café.

—No gracias, estoy bien así —contestó Gabriel aún sorprendido.

Volvió y se sentó delante de él.

El consultorio era agradable, nada intimidante. Gabriel pensó que esa había sido la idea al momento de decorarlo. Estratégicamente ubicado, había un sillón de apariencia confortable que incitaba a las confidencias. Muy inteligente, doctora Julieta, pensó Gabriel, y sonrió para sí.

—Déjeme decirle que estoy muy contenta de que esté con nosotros nuevamente. Entre los dos trataremos de solucionar todo lo que lo afecta —empezó a hablar ella con una seguridad y una calidez que a Gabriel lo tranquilizó enseguida y le hizo ver lo acertada de su decisión al ponerse en manos de esta mujer.

—Eso espero, doctora. Es usted mi única esperanza —la miró ansioso y renuente a llamarla por su nombre—. Deseo retomar mi vida.

—Pero si ya la retomó, Gabriel —le dijo, y trató de tranquilizarlo—. Regresó a los suyos, a su vida. Lo que debe hacer ahora es encauzarla para

volver a vivir plenamente su libertad.

—No me siento yo mismo —exclamó totalmente perdido y vulnerable. Con su familia no podría actuar así, debía dar una imagen fuerte.

—Bueno, empecemos por el comienzo. Deseo conocerlo un poco, después le iré explicando la dinámica de las sesiones —explicó mientras tomaba una libreta de notas junto con un lapicero que había al lado—. Entre los dos hallaremos la forma de que asimile los cambios que hubo en su entorno durante el tiempo que estuvo en cautiverio.

Después de veinte minutos Gabriel le había hecho una radiografía de su vida, con las cosas generales, su edad, sus estudios y sus logros.

—¿Qué siente con su libertad adquirida de nuevo?

—Euforia, desconcierto, alegría, tristeza —la miró exasperado—. Ansiedad, mucha ansiedad.

—Es normal, son sentimientos encontrados por todo lo que vivió y dejó de vivir. Canalizaremos esos sentimientos con ejercicios de relajación.

—Bien.

Gabriel nunca en su vida había hecho ejercicios de relajación. No imaginaba cómo sería. Para relajarse utilizaba los deportes extremos, las mujeres hermosas y los viajes.

—¿Cómo se portan su familia y amigos ante el regreso?

—No es fácil explicarlo —contestó Gabriel—. Caminan a mí alrededor de puntillas. Me doy cuenta de su confusión, no saben si hablar de lo ocurrido o mejor no recordarlo. Amo a mi familia, pero hay una brecha tremenda ahí.

—Es normal, no se angustie por ello. Ellos tuvieron su vida suspendida todo este tiempo. No se extrañe de encontrar algunas cosas diferentes en su entorno familiar. Tuvieron que reacomodar su vida sin usted.

Gabriel sabía que Julieta tenía razón, empezando por la relación de sus padres. Su madre estaba diferente, y eso a su padre no le hacía mucha gracia.

—Necesito hablar con alguien de lo que me sucedió, quiero recuperar la memoria. Esos tres meses de mi vida están borrados de mi mente y no me gusta dejar cabos sueltos.

—Debe ser muy duro para un hombre como usted, acostumbrado a controlar todo a su alrededor.

—Si algo aprendí en mi cautiverio, es que no tengo control de nada.

—Pero desea el control otra vez.

—¿Y quién no? —le contestó él con una sonrisa.
Julieta dio por terminada la sesión de ese día.
Barranquilla.

—Rafael, debemos hacer algo —dijo Amalia ofendida y le tiró una revista en la mesa con la foto de Gabriel junto a una mujer voluptuosa.

—¿Qué quieres que le diga? —le contestó él impotente—. Hijo, no puedes acostarte con nadie hasta que recuperes la memoria —bufó incrédulo.

—Algo así estaría bien —señaló Amalia consternada—. Melisa debe estar muy triste por todo esto.

—Ella se lo buscó. Debería haberse quedado aquí, tratando de que su marido la recuerde y dándole lo que él necesita.

—Te pones de parte de él. Además, los médicos recomendaron calma en ese tema. No le podemos soltar las cosas de sopetón.

Rafael rememoró la última cita con los especialistas; ellos pensaban que Gabriel no debía ser forzado a recuperar su memoria. Ellos pensaban que aparte del trauma del secuestro, el revelarle todo enseguida podría ocasionar un shock del que podría no salir. Las medidas dadas por los médicos eran reposo absoluto y tiempo para que se estabilizara antes de poder abordar el tema.

— Ahí tienes. ¡Por Dios Amalia! El chico ni sabe que es casado.

—Sabes por qué lo hizo —dijo ella refiriéndose a Melisa—. En su momento estuvimos de acuerdo, pero ya no estoy tan segura. Siento que lo estoy engañando.

—¿Qué sugieres que hagamos? —Rafael expectante—. A lo mejor lo correcto sería dejar las cosas tal como están.

—¿Qué quieres decir?

—Que ese par nunca debieron estar juntos.

—Otra vez con tus prejuicios —soltó ella decepcionada—. Pero no estés tan tranquilo, cuando tu hijo se entere de todo...

—¡Ya, Amalia! Sé muy bien cuál es mi responsabilidad en esto, no necesitas refregármelo en la cara cada dos por tres.

—Pienso que deberíamos decirle la verdad.

—Dale un poco de tiempo, por favor. Por lo menos deja que se acomode al mundo.

—Se está acomodando demasiado —le señaló ella la foto de la revista—. De todas maneras hablaré con Melisa esta noche. Es hora de que piense en regresar.

—Le falta apenas un mes para terminar su especialización.

—Gabriel es más importante que esa especialización. Y además, como mujer que soy, sé lo que debió sentir al ver a Gabriel en esa revista. Debe querer volver a Colombia.

—A lo mejor ni siquiera ha mirado la dichosa publicación — contestó Rafael, ya harto del tema. Si su hijo quería echarse un polvo después de dos años de abstinencia, no sería él quien se lo impediría.

— Rafael, sé que ella todavía lo ama.

—Si no ha pasado nada en dos semanas, hablaremos con él.

Dos días después volvió Gabriel al consultorio de la sicóloga.

—Hábleme de los inicios del cautiverio.

Gabriel le relató lo que recordaba: su despertar en el cuarto del sótano, su emparedamiento en el camión y su llegada al monte y, posteriormente, a la selva, mes y medio después.

Se perdió en sus recuerdos.

¿En qué momento su vida se había convertido en ver pasar el tiempo observando una mariposa? Le vino a la mente un comentario, no sabía si alguien se lo había dicho o lo había leído en alguna parte. “Somos el país del mundo con el mayor número de especies de mariposas”. Y ésta era realmente hermosa, con las alas de color negro y manchas grandes rojas y amarillas. Nunca había visto un ejemplar así.

Los minutos se le hacían interminables...

Una serie de sentimientos encontrados poblaban su alma. Soledad, miedo, asfixia, se mezclan con la esperanza en el regreso y con el sueño que lo atormenta desde unos días después del secuestro. Una mujer en la playa, sentada en un tronco, su espalda pálida e invitándolo a acariciarla. Está seguro de que no la ha visto nunca. Sin embargo, los sentimientos que acompañan al sueño, sabe que nunca en su vida los ha sentido por ninguna de las mujeres que compartieron su pasado.

Hizo un repaso de las mujeres de su vida. Recordó a la muchachita con la que perdió la virginidad en un domingo de playa y a las diferentes mujeres que significaron algo para él.

Nunca ha sentido lo que siente por la mujer del sueño.

—Vamos, hermano, hora de ir al caño —se acercó un guerrillero llamado Carlos, que era el encargado de su “bienestar”.

—No quiero moverme hoy —le contestó Gabriel furioso. Estaba harto de las picadas de zancudos y hormigas.

—Mire, mano, si usted quiere morirse es su problema. El problema

mío es cumplir las órdenes que me dan. ¡Levántese! —Lo amenazó con un fusil.

—Hijo de perra —susurró entre dientes y en ese momento maldijo su suerte, maldijo el estar refundido en esa selva, a la que había llegado tres meses atrás. Maldijo a sus captores y maldijo el no poder recordar el momento de su secuestro.

Llegó al caño después de una caminata de cinco minutos por una delgada trocha.

El agua ese día estaba turbia pero, cosa curiosa, el baño logró despejarlo en algo. Al menos le quitó la sensación de impotencia que lo embargaba. Le ardían las heridas que se había hecho la noche anterior por estarse rascando las picadas de la nube de mosquitos que lo habían asaltado.

—Vamos, suficiente, que no es paseo —le dijo el hombre, sin dejar de apuntar.

Gabriel vio su oportunidad en el momento en que el joven se volteó a orinar. Sin hacer ruido, se alejó nadando a la otra orilla. Saltó y empezó a correr.

—¡Hey, se va a arrepentir! ¡Malnacido! —fue todo lo que le dijo el guerrillero al voltearse y no encontrarlo allí.

Media hora le duró la libertad. Los guerrilleros que lo cuidaban se extendieron por la selva como una cortina. Esto es, aproximadamente diez guerrilleros, uno al lado del otro, buscando huellas, haciendo el rastreo.

Lo encontraron trepado en un árbol.

Ahí empezó el verdadero cautiverio. Lo agarraron por el cuello y lo encadenaron a un árbol. El guerrillero que hizo la labor lo miró con tristeza. Gabriel percibía que no estaba de acuerdo con la medida. Suficiente tenía ya con estar en medio de la selva contra su voluntad y además, vigilado.

—Lo siento Preciado, si no lo hago me matan.

Gabriel no le contestó.

Eran unos niños. No se había percatado de la juventud de sus captores. Eran niños con armas, peligrosos y sumisos a las órdenes de sus comandantes.

Niños que deberían estar disfrutando de su juventud, de bailes, de fiestas y estudios; pero en vez de eso estaban ahí, en ese maldito lugar con un fusil al hombro.

No les importaba si llovía y él estaba debajo de un árbol. Una noche las hormigas hicieron de las suyas y eso se lo debía al tuerto Salvador. Era el guerrillero de más edad y era malo como el que más. Había dejado caer un

pedazo de panela al lado de Gabriel con toda intención. Al otro día amaneció como una mazorca. Tuvo fiebre tres días.

Una semana después del intento de fuga, el Tuerto Salvador se acercó al cambuche durante la noche y le dijo:

—Oiga, riquito de mierda, donde lo vuelva a intentar le pegamos un tiro. ¿Entiende? Conozco esa mirada.

Gabriel le hizo un gesto afirmativo, pero no le habló. Se encerró en sí mismo, y recordó las tardes en las que nana Rosa lo perseguía porque se escapaba a la puerta de la casa a esperar el carrito de los raspados. Le gustaban de color rojo y verde, y con el chorro de leche condensada encima. A la nana no le gustaba; les echaba la culpa de los dolores de estómago que después lo aquejaban. Lo que ella no sabía era que el raspado por sí solo no le causaba dolor. Pero cuando, goloso por naturaleza, lo mezclaba con chocolatinas y demás dulces, ahí sí no había nada que hacer.

Sus días mejoraron en algo cuando llegó otro secuestrado.

Era un importante político del Huila, secuestrado en medio de la carretera cuando se dirigía a su hacienda en las afueras de Neiva. Era conocido de su papá.

Mario Andrade era un hombre maduro, con algo de sobrepeso y problemas de hipertensión y diabetes. Se le hinchaban las piernas y debía tener cuidado con la sal y el azúcar. Necesitaba una dieta especial. Pero en la selva, y en manos de quienes estaba, era imposible lograr algo. La salud del hombre se deterioraba día a día.

Acostumbraban jugar largas partidas de ajedrez. Debatían sobre historia, política y libros, y cuando Gabriel podía lo ayudaba a dar pequeños paseos por el campamento.

—Gracias, hijo. No sé qué haría sin ti —le decía el hombre con lágrimas en los ojos.

—De nada, cuente conmigo —le contestaba Gabriel, y ponía su mano en una de las suyas.

Por las noches, una angustia le atenazaba el alma. Se perdía en sus vivencias y recuerdos, comenzaba a recordar a su familia. Pero había un recuerdo que le huía; algo que sabe que vivió y que no tiene en ese momento en su cabeza. Ese recuerdo está ligado a una opresión constante en el pecho, pero lo atribuye al cautiverio.

—¿Qué siente respecto a lo que me acaba de contar? —le preguntó Julieta, sentada frente a él.

—El día de mi fuga marcó un inició en mi cautiverio, aparte de las cadenas, claro —le sonrió irónico.

—¿Por qué? —inquirió ella mientras tomaba notas.

—Escapar se convirtió en una obsesión para mí.

—Explíquese.

—Observé por primera vez mi entorno, y no solo los árboles o los ríos. Empecé a observar a la gente y ese día me di cuenta de muchas cosas.

—¿Cómo cuales?

—Que estaba custodiado por adolescentes, hombres y mujeres de veinte años para abajo.

—¿Qué sintió?

—Muchas cosas —susurró confundido. Tras una pausa le dijo—: Rabia, impotencia. Pero a la vez se desató en mí una profunda lástima por esos niños que portaban armas, por esos adolescentes que se vieron obligados por las circunstancias a cargar un fusil a una edad en la que todo debería ser sueños.

Julieta lo miró sin decirle nada.

—No se confunda, doctora. Quería escapar y sentía que odiaba a mis captores, podían pegarme un tiro a la menor orden de algún comandante caprichoso.

—¿Entonces?

—Me dolió profundamente mi país.

CAPÍTULO XIX

La rabia

Quería regresar.

Estaba herida.

Estaba celosa.

Miraba la foto de la revista en su ordenador, una y otra vez.

Sus sentimientos encontrados no la dejaban en paz desde su regreso.

Ni siquiera se atrevía a pronunciar su nombre. Estaba furiosa.

Se levantó de la silla de su pequeño escritorio que daba a una diminuta ventana, que a su vez daba a una escalera de incendios. En tres pasos llegó a la pequeña cocina y calentó agua para un café.

Tenía tanto que hacer, pensó mortificada, tanto que estudiar, y aquí estaba, como una soberana imbécil, sin dejar de pensar en él.

Apoyó los codos en el mesón de la cocina y se dedicó a observar el vacío.

Su pequeño apartestudio era cálido y cómodo, con un sofá color verde lima, un puf comprado en un home-depot. No tenía comedor, solo el

mesón de la cocina con dos taburetes altos. Una delgada pared dividía el cuarto que tenía una cama semidoble, una mesa de noche con lámpara, y un baño y closet pequeños. Estaba ubicado a tres cuadras de la universidad, en el sector estudiantil.

Melisa sabía que Gabriel la culparía por su secuestro, y esa culpabilidad no la dejaba hacer lo que quería: volver a su lado de cualquier forma, volver a sentir sus brazos, sus caricias. Ser ella la que lo consolara.

Desde que lo liberaron, todas sus ansias reprimidas estaban ahí, a flote. La más mínima señal y haría combustión. Estaba segura de que si en ese momento él se aparecía por esa puerta, lo besaría como loca, lo desnudaría en segundos y se pegaría a él como una lapa... días enteros. Sin importar con cuantas mujeres se hubiera divertido y así estuviera furiosa con él.

No, no. No podía ser.

Contrólate, Melisa.

No se hacía muchas ilusiones respecto a volver a estar juntos.

Alguien se había conectado a MSN. Seguro era su madre.

Se sentó frente al computador. Era Amalia.

Encendió la cámara y, en ese momento, apareció por la pantalla del ordenador la imagen de su suegra.

—Hola querida. ¿Cómo estás?

La mujer la miraba preocupada.

—Bien, Amalia, gracias.

—Por tu cara veo que ya viste la fotografía.

—Sí, Amalia, ya la vi.

—Deberías volver, hija. Él te necesita.

—No parece. Lo veo muy cómodo con su vida —soltó ella, abatida.

—No es así. Yo lo conozco, ha sufrido mucho y necesita a su esposa a su lado.

—¿Qué dicen los médicos?

—Tú sabes que ellos son partidarios de esperar a que se adapte a su vida nuevamente antes de empezar a abordar el tema.

—¿Entonces debemos esperar?

—Los médicos dicen que sí. Pero mi instinto de madre me dice que es una bobada.

—No sé qué hacer —le contestó Melisa confundida.

—Piénsalo, voy esta tarde para Bogotá.

—Saludos a mamá.

Barranquilla

Gabriel y Álvaro estaban en unas tumbonas alrededor de la piscina, disfrutaban de una tarde sol y unos whiskys.

—No he podido comunicarme con Miguel —soltó Gabriel de pronto, y su mirada paseó por el bello atardecer que tenía enfrente; el color de las flores; a lo lejos el muchacho de oficios varios regaba las diferentes matas; nana Rosa llegaba por el camino con una bandeja de pasa bocas.

—Yo te conseguiré su nuevo número de celular.

—¡Ahí viene la mujer de mi vida! —exclamó Gabriel en tono fuerte para que ésta pudiera escucharlo.

—Te has vuelto más zalamero con los años —le contestó ella con una sonrisa pintada en la cara.

—Uy, negra, si tuvieras veinte años menos serías la madre de mis hijos —volvió a la carga Gabriel, y bromeaba con ella mientras recibía su ración de quibbes y los palitos de queso que adoraba. Nana Rosa lo alimentaba como si hubiera aguantado hambre diez años. Al paso que iba no cabría por la puerta cuando se parara de allí.

—Te hice postre Napoleón para más tarde. ¿Te vas a quedar o vas para tu apartamento?

Gabriel tuvo un pequeño chispazo de memoria en ese momento.

La mujer del sueño, como en una bruma.

Él la acariciaba.

“Es más, creo que tomaré el postre mezclándolo con algo de miel.”

Oyó una carcajada que le puso los pelos de punta.

Quedó desconcertado.

—Niño, ¿qué tienes? —le preguntó nana Rosa preocupada.

—¿Te sientes bien? —inquirió afanado su amigo.

Se había puesto pálido y tenía la respiración agitada. El malestar le duró unos cuantos segundos, luego se tranquilizó.

No quería comentar con nadie lo que le pasaba. Era como si la aparición fuera algo oscuro y tormentoso.

—No es nada, solo un ligero mareo.

—Ligero mareo dices, estabas blanco como un papel —decía nana Rosa preocupada, en tanto le colocaba un cojín en la espalda.

—De verdad, ya estoy bien.

Puso en práctica uno de los ejercicios de relajación que había aprendido de su terapeuta.

—No deberías tomar más licor —dijo Álvaro.

—Sí, creo que es suficiente por hoy —contestó, ya sintiéndose algo

mejor.

—Las caminatas eran impresionantes, doctora —hablaba Gabriel con la mirada puesta en el vacío—. Durábamos hasta dos semanas caminando largas horas.

—Cuénteme más —le dijo ella, sin dejar de observarlo y tomaba alguna nota de vez en cuando.

Era pleno invierno y, bajo torrenciales lluvias, emprendieron la caminata.

A Gabriel le dolían los pies y las rodillas pero no podía parar porque, si lo hacía, lo quebraban de un tiro, como lo había amenazado un guerrillero apodado Rambo por su musculatura y sus ataques de ira contra todo el mundo.

Al político lo llevaban en hamaca entre tres o cuatro personas.

El piso era blando debido al fango y a la cama de hojas de los árboles, lo que hacía que las botas se hundieran, esa eventualidad dificultaba la travesía. Si se caía, era más difícil la levantada debido al agotamiento por las largas distancias recorridas. Nadie lo ayudaba; su captor se limitaba a mirarlo con indiferencia.

A Gabriel lo abismaba el sentido de orientación de esa gente. Para él todos los sitios eran iguales, pero esos jóvenes andaban con la seguridad que da el haber andado por ese camino durante muchos años, y a lo mejor así había sido, pues eran expertos en llegar a las trochas. Jamás los había visto dudar.

—¿Por qué lo trasladaron de campamento?

—Porque les habían llegado rumores de que el ejército estaba cerca. Además, varios aviones de la fuerza aérea habían sobrevolado la zona.

—Continúe —lo invitó Julieta a seguir.

Gabriel frunció el ceño, y se transportó a sus vivencias.

Estaba cansado de tener la ropa mojada, llevaba una semana con la ropa así. En la espalda tenía un morral con sus pertenencias que eran: el plástico del cambuche, una toalla, dos pares de calzoncillos, dos pares de medias, un pantalón y una camiseta.

Todo estaba húmedo porque no se había podido secar nada en el campamento en las últimas semanas. Envuelto en el pantalón llevaba sus dos pertenencias más valiosas: una radio pequeña y un libro. Casi lloró cuando se lo entregaron. El libro era de Gabriel García Márquez y se llamaba Doce Cuentos Peregrinos.

Al lado de él, un joven guerrillero de no más de dieciocho años los custodiaba. Era el mismo al que no le gustaba ponerle la cadena al cuello.

Detrás de él, iba una joven guerrillera de no más de quince años.

Llegaron a un campamento después de todo un día de travesía por trochas inundadas y vegetación espesa. Ni siquiera les habían dado almuerzo, solo un poco de fresco Royal. Le ordenaron armar el cambuche. Gabriel lo hizo en un pequeño espacio que estaba seco por la sombra de un espeso árbol. Después le dieron un plato de sopa.

Había escampado. Sacó la ropa húmeda para ponerla a secar sobre un tronco. Vano intento. Casi enseguida empezó a llover. Furioso, la guardó nuevamente. Cuando le iban a poner de vuelta la cadena, algo dentro de él se reveló.

—Hermano —le dijo Gabriel al joven—, sé que no me la quiere poner.

—Toca hacerlo, o ya sabe lo que pasa —contestó el joven angustiado.

Se llamaba Joaquín Campos y era de una vereda de Cundinamarca. Había entrado a la guerrilla porque los paramilitares habían matado a su padre. En el momento del hecho juró venganza, y se enganchó con el primer frente guerrillero que pasó por allí.

Gabriel pensaba que el chico estaba arrepentido de su elección. No tenía estómago para las salvajadas de esa gente. Pero el miedo a morir ejecutado, lo volvía una persona obediente a las órdenes.

—No se me resista, mire que no lo quiero golpear —le insistía el joven por las buenas.

—Hágalo pues —contestó Gabriel, con su mente ya a kilómetros de distancia. Era la única manera de soportarlo, evadiéndose en sus recuerdos.

Al día siguiente, unos gritos de mujer lo despertaron enseguida. Era la joven guerrillera de quince años. Recordó su nombre, Paola Andrea; sí, así se llamaba la chica.

—¿Qué pasa? —preguntó Gabriel a un muchacho que pasaba por allí

—Paola Andrea está abortando.

—¿Cómo? —volvió a preguntar Gabriel, y el muchacho, que no tenía nada más que hacer, le relató la historia.

Paola Andrea, como casi todas las mujeres reclutadas, llegaban a la guerrilla ya sea por la pobreza absoluta de sus hogares y el maltrato de sus progenitores, o por venganza por la muerte de alguno de sus congéneres a manos de grupos al margen de la ley.

Paola Andrea había llegado a los trece años, y a los cinco meses de estar reclutada un comandante algo mayor se fijó en ella.

La presionó tanto que la chica terminó por irse a vivir con él.

Estuvieron juntos durante seis meses, hasta que a él lo mataron en una emboscada, y durante todo ese tiempo ella se cuidó de quedar embarazada. Era obligatoria una inyección por mes.

Meses después se ennovió con un muchacho y otra vez la misma historia. Lo mataron en combates con el ejército.

Las jóvenes dentro de la organización buscan afanosamente crear vínculos afectivos con un hombre, se sienten protegidas y solo mantienen relaciones con él. Pero cuando están libres de algún vínculo amoroso, deben turnarse para dormir con los guerrilleros que no tienen mujer.

Para algunas es más difícil que para otras. Unas nunca superan lo que les pasa, otras se vuelven manipuladoras y arteras. Ésas son las que logran escalar posiciones dentro de la organización, sin importar por encima de quién tengan que pasar.

Paola Andrea quedó embarazada en una de esas situaciones, pues el método anticonceptivo no había llegado ese mes. Ni siquiera sabía quién era el padre de su bebé. Le habían dado una pastilla abortiva el día anterior. Hoy estaba expulsando el feto de dos meses en medio del dolor y el llanto.

Gabriel no sabía qué decir, se encontraba en uno de los círculos del infierno. Estaba indignado por los vejámenes de esta gente hacia él y hacia todas esas jóvenes, que habían cifrado sus esperanzas en una mejor vida.

En ese momento se dio cuenta de que esos muchachos eran simples peones de carga, manejados por dirigentes malvados y ambiciosos a los que solo les interesaba enriquecerse a costa de ellos y sus delitos.

—Doctora, es terrible todo lo que viví. Son dos Colombias tan distintas.

—Lo entiendo —le contestó ella.

—Viví dos años en la otra Colombia, la atrasada, la olvidada, la de los más bellos paisajes, pero destruidos por la avaricia de unos cuantos, y con una generación de jóvenes marcados por la violencia.

—Y que todos sabemos que está ahí.

—Muy diferente a la Colombia que vemos usted y yo todos los días. Una Colombia pujante, hermosa y frívola a la vez. Con sitios elegantes, teatros, bibliotecas y todos los avances de nuestra época.

—Gabriel, ni usted ni yo tenemos la culpa de que eso sea así.

—No lo crea doctora, me siento muy culpable. Los colombianos de este lado negamos esa situación.

Él estaba dispuesto a poner algo de remedio a esa situación. Deseaba ayudar, pero no sabía cómo hacerlo. Primero tenía que arreglar su vida.

—Es un conflicto de muchos años y con raíces profundas.

No quería hablarle aún de ella.

Sus sueños estaban tomando otros matices.

Tenía miedo de estar volviéndose loco.

—¿Hay algo más de lo que desee hablarme? —preguntó ella, como adivinando que algo le ocultaba.

—No, doctora —contestó él, y evadió su mirada.

—Gabriel, me parece muy bien que su experiencia le haya despertado una nueva conciencia social. Pero...

—Siempre hay un pero...—contestó él molesto por la afirmación.

—No se ponga a la defensiva. No soy su enemiga.

—Lo siento.

—Lo que quería decirle es que si hay algo más, aparte de todo lo que vivió, me gustaría saberlo. Así lo podría ayudar a recuperar su memoria mucho más rápido.

Gabriel la miró vulnerable.

—No hay prisa.

Amalia y Mariela descansaron en las sillas de un conocido restaurante de la zona rosa al norte de la ciudad. Uno de los meseros las atendió de inmediato, les pasó un par de cartas que ellas se dispusieron a abrir enseguida. Era un agradable lugar, con decoración de los años cincuenta.

—El local es perfecto —dijo Mariela con ilusión. Se refería al local de la joyería que Amalia tenía pensado abrir en el norte de la capital.

—Te lo dije —señaló Amalia, le sonrió a su amiga, y le dijo—: ¿Quieres ser mi socia?

—¿Yo? ¡Por Dios! No tengo dinero, Amalia, lo sabes bien —dijo la mujer apenada.

—Llegaremos a un arreglo, no te preocupes. Quiero que la joyería sea tan mía como tuya.

—No es tan fácil, Amalia. Luis Eduardo no lo permitirá.

—Pamplinas, lo manejas a la perfección.

—Eso quisiera —contestó ella abatida.

Amalia sabía que Luis Eduardo la increpaba por la amistad que las unía.

—Trajiste a mi vida algo que había perdido, Mariela. Debo compensártelo —le señaló Amalia, pensando que si no hubiera tenido a esta mujer de amiga en la época más difícil de su vida, probablemente habría enloquecido.

—No hay necesidad, para eso son las amigas —le contestó ella firme.

—Déjame hablar con Luis Eduardo.

—No creo que lo convenzas —soltó Mariela alarmada.

—Ya veremos —objetó Amalia convencida. Si podía manejar al león que tenía en casa, podría manejar a cualquiera.

Comieron, hicieron planes y rato después, se fueron a desafiar al león del hogar de los Escandón.

Cuando llegaron a la casa de Mariela, Luis Eduardo ya estaba sentado hojeando un libro.

—Hola amor, ¿cómo estás? —le preguntó Mariela nerviosa.

—Bien —la saludó con un suave beso en la mejilla y algo extrañado por su evidente nerviosismo.

—Hola, Luis Eduardo —saludó Amalia, y entró en la pequeña sala—. ¿Cómo estás?

—Bien, Amalia, gracias —contestó ceñudo.

Amalia percibía que pasaría mucho tiempo antes de poder limar asperezas. Luis Eduardo aún no superaba todo lo ocurrido con su hija.

—Voy por un café.

Mariela se fue a la cocina dejándolos solos.

Amalia se sentó en un sillón frente a él. Era un buen hombre, lo estimaba ¿Cuándo podrían cerrar ese capítulo tan amargo de sus vidas?

Era difícil.

—¿Cómo va todo? —preguntó, y pensaba en la mejor manera de exponerle sus ideas.

—Bien. ¿Cómo anda tu hijo? Lo vi en una revista —señaló irónico.

—Luis Eduardo, por favor.

—Por favor nada —contestó él, y pasó enseguida al ataque.

—Sabes que no ha recuperado la memoria.

Amalia hacía grandes esfuerzos por no sulfurarse. Ahora lo importante era Mariela. Contó hasta diez, mientras apretaba los dientes, para evitar decir algo que lo predispondría aún más hacia ella.

—Bah, ésas son tonterías. Solo quiero que mi hija se vea libre del influjo Preciado lo más pronto posible.

—Pues va a ser muy difícil —respondió Amalia en el mismo tono y tomó el comentario al vuelo para exponerle su plan a Luis Eduardo—. Deseo que Mariela sea mi socia en la joyería que tengo planeado abrir.

—¿Cómo? —preguntó él, y tiró el libro a un lado. La miraba como si hubiera enloquecido.

—Lo que oyes. Tienes una mujer talentosa que se está desperdiciando en estas cuatro paredes. Le quiero dar la oportunidad de que haga algo diferente con su vida.

Luis Eduardo la miraba sin poder creer lo que oía.

—Nosotros no los necesitamos. Mi mujer está muy bien en esta casa

—alegó en tono indignado.

—Cómo puedes decir eso. ¿Piensas que ella no tiene sueños que quiere concretar?

—Yo más que nadie se lo que desea mi mujer, pero me corresponde dárselo a mí, a nadie más.

—Luis Eduardo, ella es muy talentosa y la necesito conmigo. Ya sabes lo especial que es.

—¡Lo sé! —la observó furioso—. ¿Qué es lo que quieres? Sabes que no tengo dinero, solo tengo esta casa.

—Deseo darle una participación en el negocio.

—¿Cuánto?

—El treinta por ciento.

Amalia sabía que Luis Eduardo amaba a su mujer y que mejor manera de retribuirle toda la dedicación y el desvelo por su hogar.

—Se que ella es muy talentosa. —reconoció en voz baja y carraspeó—. Haré un préstamo, no quiero nada regalado para ella. Si entra en la sociedad será con su propio dinero.

—No deseo ponerte en un aprieto.

—No te preocupes, haré una hipoteca.

De pronto a Amalia no le pareció tan buena idea. La casa era todo lo que ellos tenían.

—No era esa mi intención cuando vine a hablar contigo —le señaló preocupada.

—¿Cuál era entonces? —la retó a que le contestara—. ¿Regalarle algo a mi mujer? —Y con una sonrisa despectiva le espetó—: Ni lo sueñes.

—Pero Luis Eduardo...

—Es mi última palabra —la miró ceñudo—. Ella entra con su propio dinero o no hay trato.

—Eres igual de exasperante que Rafael.

—Ni Dios lo quiera —exclamó él haciendo la señal de la cruz—. Háblame del negocio.

Amalia soltó la carcajada.

Gabriel marcó el número celular de Delia. No quería verla esa noche, no estaba de ánimo para salidas o algo más, deseaba quedarse en su casa con un buen libro. Estaba tratando de ponerse al día con la lectura.

—¡Cielo! Qué alegría oírte.

—Hola, Delia.

—¿Vienes esta noche?

—Me temo que no puedo — se sintió como un cretino—. Tengo

varias reuniones.

—No sabía que ya estabas trabajando.

—Algo así —contestó evasivo.

—Te invito a Nueva York el viernes. Anda, vamos —insistía la mujer en tono zalamero.

—Ok, planifica el viaje.

Aceptó más por quitarse de encima el remordimiento por tratarla de la manera en que la trataba, que por verdaderos deseos de ir.

—Serán tres días.

—Bien, Nueva York será.

CAPÍTULO XX

La visión

—Amparo —dijo Gabriel al tiempo que entraba de pronto en la casa de sus padres—. ¿Qué carajos les pasa a papá y mamá que están tan tensos?

—No sé, falta de sexo, supongo —contestó Amparo en tono bromista. Gabriel se percató que deseaba cambiar de tema. Amparo era una las personas más directas que conocía, si alguien podía dar una luz era ella, pero lo evadía todo el tiempo.

—Si serás atrevida —se acercó éste sonriendo, y se sentó al lado de ella.

—Hermanita —le pasó el brazo por los hombros—. Cuéntame cosas.

—¿Cómo cuáles? —preguntó ella, de pronto preocupada. Se tensó enseguida.

—¿Lo ves? ¿Te das cuenta? Ya te pusiste como la cuerda de un violín.

—Son imaginaciones tuyas —contestó ella con su mejor cara.

—Quiero saber del tiempo en que no tuve memoria. Cuando le pregunto a mis padres es como si quisieran salir corriendo.

—No es así. Y además, no hay nada especial que contar —le dio una palmadita en la pierna y se levantó.

—Pero, dime algo, ¿con quién salía? ¿Qué hice en ese tiempo? Por favor, Amparo, necesito saberlo —fue tanta la angustia en el tono empleado, que Gabriel tuvo la certeza de que ella le iba a contar todo.

—Hijo, qué alegría verte —interrumpió su madre, lo abrazó y lo besó.

—Hola, mamá, llegué esta mañana. Qué calor está haciendo.

—Ya sabes, hasta noviembre que no entren las brisas seguirá este tiempo.

—Sí, este año ha llovido muy poco —soltó Rafael, que en ese momento entró a la sala y besó a sus hijos en la mejilla—. ¿Fuiste a la reunión que te pedí?

—Si papá, sí fui —le contestó él, algo molesto por haber perdido la oportunidad de hablar con su hermana.

—¿Cómo te sentiste? —preguntó su padre con curiosidad—. Quiero que te encargues de los negocios nuevamente. Gabriel, tienes una mente ágil y sagaz. Pienso que el trabajo puede conjurar en algo la desazón que sientes. Aún te noto perdido.

—Me sentiré bien papá, no te preocupes, dentro de pocos días reanudaré mis negocios —expresó en apariencia satisfecho, no quería preocuparlos.

—Me alegro, hijo.

—El viernes voy para Nueva York.

Los tres lo miraron como si de pronto le hubiera salido cuernos. Su papá se atragantó con el agua que estaba tomando.

—¿Qué vas a hacer en Nueva York? —preguntó Amalia con miedo.

—Voy con una amiga, de turismo. Serán solo tres días —respondió distraído e intrigado por su reacción.

—¿La misma de la revista? —se apresuró a preguntar Amparo.

—Sí, con ella —contestó reticente.

—Cuidate, por favor. Se ve que esa mujer quiere devorarte —volvió a la carga Amparo.

—Esperaré con ansiedad —dijo en broma, pero no se le pasó por alto las caras de preocupación de sus padres.

Los sueños con la mujer de la playa eran cada vez más reales. La noche anterior había soñado que la acariciaba en el jacuzzi de su casa en Cartagena. Lo que lo inquietaba era que todos los detalles del sueño eran vívidos, menos la imagen de ella.

—Amparo, voy para Bogotá esta misma tarde —dijo Amalia—. ¿Quieres ir ahora al salón de belleza?

—Está bien —se apresuró a levantarse. El ambiente estaba tenso.

—¿Por qué viajas tanto a Bogotá, mamá? —preguntó Gabriel con el ceño fruncido.

—A tu madre se le perdió algo hace treinta y cinco años, y está

tratando de recuperarlo —contestó Rafael queriendo sonar bromista, pero sin conseguirlo.

Estaba preocupado.

Cuando conoció a su mujer, su exuberancia y su originalidad lo impactaron, aparte de la sensualidad de su cuerpo, que lo encendió como una hoguera.

Por primera vez en su vida, el gran Rafael Preciado se sintió vulnerable por sus sentimientos hacia una mujer.

Contra viento y marea la conquistó y la hizo suya ante los ojos de una sociedad que no aceptaba que una advenediza les hubiera birlado el partido del momento.

Aunque le dolió la pérdida de su mujer cuando ésta se avino a todas las costumbres y comportamientos de una sociedad que la aceptaba a regañadientes. Cuando sucumbió a sus prácticas se tranquilizó. La había conquistado y sometido, y eso aliviaba en algo su desazón.

Pero al verla otra vez queriendo recuperar lo que había perdido, se sentía vulnerable nuevamente. Sentía el mismo fuego y la misma angustia de poder perderla que lo había atenazado décadas atrás, y no le gustaba la sensación.

—No entiendo. ¿Qué se te perdió?

—Nada, nada. Tu padre, que le gusta hablar cosas.

—Cuéntales —dijo Rafael, todavía molesto por la noticia de la joyería.

—Está bien —Amalia los miró expectante—. Voy a abrir una joyería en Bogotá, con una amiga muy querida.

—Vaya mamá, felicitaciones —su hija se levantó y la abrazó.

—¿Por qué diablos vas a trabajar? —espetó Gabriel molesto.

—Porque me gusta —replicó su madre con firmeza—. Porque disfruto creando joyas y diseños.

—¿Por qué no lo haces aquí en Barranquilla?

—Desea huir de mí —contestó Rafael tajante.

—Eso no es cierto —Amalia alzó la voz—. Porque quiero hacerlo en una ciudad donde poca gente me conoce. Quiero que compren mis joyas por sus diseños y no por ser quien soy.

—Vaya, vaya parece que las cosas han cambiado mucho en mi ausencia—, señaló Gabriel mortificado.

Rafael carraspeó.

—Te felicitó mamá, de corazón —dijo. Luego miró a su padre—. Espero que la apoyes.

Su padre lo miró con algo de reproche y salió molesto de la sala.

A Gabriel no se le escaparon los reproches velados de su padre. Ojalá pudieran superar todo lo vivido por su secuestro, pensaba mientras volvía en avión a Bogotá. Algo se le escapaba, no era normal esa frialdad entre los dos.

Horas después, estaba en el cuarto que ocupaba antes del secuestro. Al volver no había sido capaz de dormir en esa habitación. Aún recordaba el momento en que entró cuando volvió a Bogotá. Lo invadió una angustia y una desazón que hizo que utilizara el cuarto de invitados.

Ese día había entrado al lugar porque necesitaba una chaqueta que no encontraba en ningún otro lugar. Estaba haciendo su maleta.

Al entrar en el vestidor una imagen le vino a la mente. Era ahí mismo. Veía a la mujer de la playa envuelta en brumas, pero los detalles del sitio eran claros, solo que con ropa femenina en toda la parte izquierda del closet: sacos de colores, jeans, chaquetas, bufandas. Ella sacaba un vestido.

“¿Te gusta éste?”

“Me gustas más así”, contestaba él.

Otra vez la risa.

Se obligó a calmarse. Respiró profundo y se mandó directamente a la parte del closet en la que sabía que nunca había guardado ropa de mujer.

Estaba vacía.

Abrió cajón por cajón, buscando algo, indicios de lo que pensaba no eran imaginaciones suyas.

Nada.

De pronto la vio, muy en el fondo.

Alargó la mano con miedo, no se atrevía a tocar el objeto de su atención.

La tocó y la fue sacando poco a poco, como si con ese gesto pudiera recordar lo que pasó.

Era una bufanda de seda de color azul, rojo y blanco.

La llevó a la nariz y un aroma conocido le impregnó las fosas nasales. Sin saber por qué, los ojos se le llenaron de lágrimas.

Se dirigió hacia el cuarto con pasos pesados y se sentó en la cama. Con ambas manos tomó la bufanda, la llevó nuevamente a su nariz y se desató en llanto.

Lloró por lo que no sabía que había perdido en el secuestro; lloró por esos dos años que habían sido como estar en el infierno; lloró por sus padres y la forma en que el secuestro había afectado su relación.

—No creí que lo hicieras —le espetó Delia molesta.

—Créeme, es lo mejor. No estoy acostumbrado a pasar una noche completa con una mujer. No me parece una mala idea haber tomado las dos habitaciones.

—Quizás vaya siendo hora de cambiar tus costumbres. Además, ya había hecho la reserva de la suite —replicó dolida—. Siento que hice el papel de una tonta.

—Delia, no deseo cambiar —le contestó bruscamente. Algo arrepentido, enseguida añadió —: Me gusta mi intimidad. Lo siento. Debiste haberme consultado.

La discusión la tenían mientras iban en el ascensor del hotel Essex House de Central Park, ubicado al otro lado de la calle del famoso parque.

Habían escogido las dos suites en uno de los últimos pisos del hotel. La de Gabriel daba de frente al Central Park. Era cómoda, con una pequeña sala incluida, mobiliario lujoso y gruesas alfombras.

Se acercó a la ventana. La vista era hermosa, los árboles desnudos y el pulular de la gente y los majestuosos edificios. Era su estación favorita, pero le gustaba más en sus inicios, los diferentes tonos de amarillos, naranjas y ocres.

Se sentó en una de las sillas mientras una mujer del servicio arreglaba su ropa en el vestier. Sonó el teléfono de la habitación.

—Hola, cielo —le decía Delia al otro lado de la línea—. ¿Por qué no vienes a disfrutar de la vista?

Gabriel sonrió. Ya imaginaba cuál era esa vista.

—Estaré ahí en diez minutos —le dijo—, déjame ducharme y cambiarme.

—No tardes, esta noche hice reserva en Nobu.

—Ok.

No se equivocaba. Al llegar a la habitación de la mujer, ella lo esperaba en un seductor negligé. Lo sentó en uno de los sillones y él le dejó hacer todo el trabajo.

En medio de la pasión, vino a su mente un ligero recuerdo. Un largo cabello liso, negro, esparcido en su almohada, y él besando una piel dulce y fragante. El rostro de la mujer le huía.

Esa imagen lo encendió aún más. Empezó a embestir con más fuerza. El recuerdo había desatado una pasión que lo llevó a otro momento. Tomó los labios de Delia y, devorándolos, recordó otros labios voluptuosos y su sabor. Enterró su lengua en la profundidad de la boca de la mujer, como si degustando su interior pudiera llegar a la identidad de aquella que lo atormentaba en sueños.

Se perdió en esa sensación, llegando al orgasmo casi enseguida.

—Guau, me has compensado gratamente —lo miraba embelesada—, después de nuestro pequeño disgusto.

Gabriel sonrió a su pesar. Si ella supiera.

Se sentía como una mierda. ¡¿Quién es esa maldita mujer que me está volviendo loco?!

Se levantó de la cama enseguida, encerrándose en el baño. No podría tolerar un comentario más de Delia.

Era su tercer, y último, día en Nueva York. No se podía quejar, había disfrutado: buenos restaurantes, paseos agradables; hasta había disfrutado de algunas compras en Bloomingdale's.

Recordó sus paseos anteriores por Central Park. Deseaba quedarse unos días más, pero tenía que volver a la realidad. Ya era hora de afrontar la vida y develar los jodidos misterios que estrujaban su alma.

Dejó a Delia en el hotel haciendo las maletas. Las de él ya estaban listas desde la mañana. Quería dar una vuelta por Central Park, pero sin saber por qué, sus pasos lo llevaron a la Avenida Madison.

Eran las dos de la tarde y hacía algo de frío. Al fin y al cabo era la primera semana de noviembre. Se acomodó la chaqueta, alzándose el cuello, estaba arrepentido de no haber llevado una bufanda.

Empezó a caminar observando las vitrinas y a los turistas. Cuando llegó a la 56 Este, su pulso se aceleró y se le cortó la respiración.

Era ella.

La mujer del sueño.

Reconocería ese cabello y la forma de su espalda entre miles de mujeres.

Sin querer apretó el paso. Se concentró totalmente en ella. La gente, el ruido de los autos y el olor a perros calientes de un puesto que estaba en la esquina desaparecieron de repente.

Solo estaban ellos dos.

La observaba a unos cincuenta metros de distancia. Vestía una chaqueta negra ceñida y una bufanda de color lila, un jean entubado y unas botas a la rodilla; un bolso informal colgaba de uno de sus hombros.

La observó sin pudor: en el momento en que se puso de perfil, la blancura de su piel lo impresionó. La ansiedad por alcanzarla fue reemplazada por un sentimiento de anhelo tan fuerte que lo aturdió.

Caminó a casi diez metros de ella, le dolía la cabeza y una ligera náusea lo atenazó. Podía abordarla fácilmente, pero algo se lo impidió. La mujer cruzó la calle. En ese momento el semáforo cambió, dejándolo plantado en su lugar. Era imposible pasar sin quedar convertido en adorno del capó de algún taxi. ¡Maldita sea!, pensaba para sí. Tendría que

correr para alcanzarla. Miraba como loco la luz del semáforo mientras sudaba frío, la gente que tenía más cerca percibía su desazón y algunos lo miraban con algo de preocupación.

Sentía el corazón en la garganta.

Al cruzar la calle supo que la había perdido...

Otra vez.

Melisa había estudiado casi toda la noche, necesitaba despejarse. Estaba realizando su trabajo final. En dos semanas volvería a Colombia.

Decidió ir a caminar por la Avenida Madison. Era una hermosa tarde de otoño, aunque algo fría. Las calles estaban plagadas de gente y turistas de todo el mundo.

Caminaba, y observaba las vitrinas de los almacenes cuando un escalofrío la recorrió de repente. Se le secó la garganta y una sensación de tiempos pasados la hizo volver ligeramente la cabeza, como si él estuviera allí, cerca de ella. Esa sensación estaba relacionada con su tiempo junto a Gabriel.

Era imposible, pensó para sí. Él debe estar ahora con su amiguita, divirtiéndose.

Apretó el paso furiosa. ¿Qué diablos me pasa? Debe ser tanto encierro, pensó poco convencida. Se dirigió a la estación del metro sin voltear a mirar atrás.

Esa tarde al llegar a su apartamento, Raúl la esperaba al pie de la escalera.

—Hola, preciosa.

—Hola— lo saludó ella con una sonrisa—. Qué alegría verte, pasa por favor.

Melisa se dirigió a la pequeña cocina y puso a calentar agua en la estufa para preparar un té.

—Veo que has tenido trabajo —señaló el joven, se acercó al ordenador y observó los papeles desperdigados por todo el apartamento.

—Sí, al paso que voy me quedaré sin ojos.

—¿Quieres ir al cine? Están dando un festival de películas de Meg Ryan.

—Me parece fabuloso. Vamos.

Volvieron al apartamento bien entrada la noche. Habían comido pizza y pasado una tarde agradable.

Raúl veía a Melisa con otros ojos. Intentó un acercamiento, le prodigó una suave caricia en la mejilla, y ella no lo rechazó como tantas otras veces. Se animó un poco más y, sin más preámbulo, la besó.

Melisa estaba celosa, no podía dejar de pensar en Gabriel. ¿Se

estaría divirtiéndose con otra? ¿Por qué yo no puedo hacer lo mismo?, se preguntó.

Por fin se decidió a responder al beso de Raúl. Lo hizo con la rebeldía de la mujer despechada. ¡Oh Dios mío! Qué mala idea. No se sintió cómoda en lo más mínimo y eso la hizo enfurecerse más. Pegó sus labios aun más a la boca de Raúl, pero algo debió percibir el chico porque la soltó al momento.

—Ey, calma, no estamos midiendo fuerzas.

Melisa enrojeció de repente, totalmente apenada.

—Discúlpame, Raúl, no debí haberlo hecho.

—¿Qué pasa, Melisa? ¿Por qué de pronto pasé de ser un simple amigo a alguien a quien te interesa besar?

—No me hagas caso —sonrió mortificada—. No debí hacerlo. Y por más de una razón.

—Quisiera conocer al menos una.

—Deseaba saber cómo sería besar a un hombre después de dos años sin ni siquiera intentarlo.

—¿Por qué ahora? —le preguntó el chico confundido.

—Porque siento que he perdido mi tiempo.

—No es razón suficiente.

—Lo sé. Discúlpame, pero algo que ocurrió en mi pasado me impide seguir con mi vida.

—Debes intentarlo. Por ti misma.

—No puedo. Aún no, lo siento.

—¿Podría adelantarme la cita, doctora? —preguntó Gabriel a Julieta. La había llamado a su celular porque estaba desesperado y no sabía qué otra cosa hacer.

—Está bien. Lo espero a última hora de la tarde —respondió ella preocupada.

Había una extraña urgencia en el tono de voz de Gabriel que seguro jugó un papel importante en el cambio de la dichosa cita. No le importó, por lo menos, hizo que Julieta no pudiera negarse.

—Allí estaré, doctora. Muchas gracias.

—Hasta pronto.

—La comida era terrible —dijo Gabriel.

—¿Cuál era su dieta?

—En la mañana, café con un pan, y en el almuerzo arroz con lentejas o pasta, nada más.

—¿Se enfermaba con frecuencia?

—Sí. A los ocho meses de estar secuestrado me dio paludismo.

—Le dieron tratamiento, supongo.

—Sí, claro.

Estaba distraído. Gabriel quería y no quería hablar. Le avergonzaba relatarle el periodo más oscuro de su secuestro.

La mente de Gabriel voló al día en que la fatal idea del suicidio plantó su semilla.

Llevaba dieciséis meses secuestrado. Lo habían cambiado de campamento, está vez en la falda de una montaña. La travesía había sido ardua, y cada día se sentía más débil. Iba encadenado, un guerrillero lo llevaba casi a la rastra. Se sentía como un perro.

—Esos hijos de putas del ejercito otra vez hicieron de las suyas — exclamó el guerrillero que lo llevaba amarrado al entrar a un claro y ver una parcela con matas de coca totalmente quemada. La casa se caía a pedazos.

Gabriel no dijo nada. Entraron en la pequeña finca abandonada y cogieron una gallina que los dueños no se habían podido llevar.

—Pa'l sancocho, al menos —se la dio a otro joven guerrillero.

Siguieron caminando todo el día. Al menos no llovía.

Ya entrada la tarde llegaron a un campamento hecho de construcciones en madera. Allí le dieron el consabido plato de arroz con lentejas. De la gallina ni el olor le llegó.

Lo encerraron en una de las construcciones de madera. Le pareció que lo encerraban en un ataúd.

—Hombre, esto no tiene ventilación.

—Tranquilo, hombre. Por las ranuras de la madera entra el aire.

Sintió que no podía respirar. En la noche hubo una explosión a lo lejos, alertándolo enseguida. Después todo quedó en silencio.

Había explotado una mina anti-personas. Le llegaron a lo lejos los lamentos de un hombre. Ingresaron con él minutos después al campamento.

No había médico, nada se podía hacer. Los gritos del muchacho parecían no acabar. En la madrugada, sus lamentos ya no eran de este mundo.

No pudieron hacer nada para salvarlo. Sin medicinas para el dolor ni antibióticos, pronto tendría una septicemia.

Eran minas sembradas por ellos mismos.

¿Cómo podían erigirse en defensores de su gente y del pueblo cuando no eran capaces de proteger a su misma gente?

En los días sucesivos perdió la esperanza, no quería seguir viviendo. Pensó en cantidad de formas para acabar con su sufrimiento. ¿Porque no morirse de una maldita vez y no miles de veces cada día?

—Gracias a Dios esa semilla no germinó, Julieta.

—¿Qué lo hizo cambiar de parecer?

—Nada especial. Fueron más grandes las ganas de vivir, así fuera de esa manera.

—¿Qué lo atormenta ahora?

—¿Por qué cree que algo más me atormenta?

—No ha dejado de mover las manos. Nunca lo hace. Además, me acaba de llamar Julieta en vez de doctora.

Gabriel sonrió angustiado. Era hora de contarle a la buena doctora lo que le pasaba.

—Tengo un sueño.

—¿Cuál es?

—Desde mi secuestro sueño con una mujer que no he visto nunca, o al menos eso creo.

—¿Cómo es la mujer?

—Tiene la piel blanca, el cabello negro largo y siempre aparece de espaldas.

—¿Por qué me lo cuenta ahora?

—Porque vi a esa misma mujer en Nueva York.

Ya.

—¿Qué sintió cuando la vio? —le preguntó Julieta revolviéndose en su asiento.

—Ansiedad, anhelo.

—¿Nadie le ha dicho nada acerca de lo que ocurrió en los tres meses que estuvo sin memoria?

—Nadie habla del tema, se tensan como cuchillos —dijo él exasperado.

Pobre hombre, pensó Julieta para sí.

—A lo mejor no está preparado para saber lo que ocurrió, sus médicos en Barranquilla son enfáticos en tratar de que usted recupere la memoria poco a poco.

—¿Y usted que piensa?

—Antes que nada déjeme decirle algo. Examiné su historia clínica y traté de ponerme al tanto de esos tres meses pero me fue imposible. Esos tres meses están cerrados con candado.

—No entiendo por qué. Ni que me hubiera puesto a delinquir, o que hubiera cometido un pecado terrible.

—Tengo la impresión de que alguien lo está protegiendo.

—No me interesa que me protejan, Julieta. Quiero la verdad.

—Entonces debe investigarla por usted mismo. Averiguar qué fue exactamente lo que pasó.

—No es mala idea. En vez de auto compadecerme voy a tratar de llegar a esos tres meses.

—Le deseo suerte.

CAPÍTULO XXI

La revelación

Se necesitaba más que suerte para desentrañar este jodido misterio. Cavilaba Gabriel mientras sorbía su café.

Pero él no era de los que se echaba para atrás ante el primer obstáculo, así que decidió dejar a todo su entorno familiar fuera de la investigación. No quería inquietarlos aún más.

Podría contratar a alguien. Lástima que Miguel estaba en su nuevo puesto como jefe de seguridad en un campo petrolero en Irak. No lo había visto desde su vuelta a la libertad. Le había escrito un correo que él se apresuró a responder. Le escribió que hablarían largo y tendido en cuanto volviera al país en un par de meses.

Desde entonces no había sabido más de él.

El día estaba más frío que de costumbre. Los cerros estaban totalmente nublados, no se podía observar la iglesia del cerro de Monserrate.

Asomado a la ventana de su estudio podía ver la llovizna que azotaba a Bogotá. Volvió a su escritorio y leyó todo lo referente a su secuestro y la posterior captura de tres hombres con unos cabecillas más de la guerrilla.

Gabriel recordaba el nombre de Javier Cortés de alguna parte, pero no tenía idea de quién era ese tipo llamado Martín Huertas.

Llamó al despacho del fiscal que había llevado la investigación. Se encontraba fuera del país. Gabriel pidió igualmente una cita con él. Le informaron que dentro de diez días estaría de vuelta en su puesto.

Javier Cortés estaba en una prisión de alta seguridad en otro departamento del país. Martín Huertas, en cambio, estaba en la penitenciaría central La Picota. Podría hacerle una visita allí. Debía ir con sus escoltas de más confianza y pedirles total mutismo.

Contrató a Edgar Mauricio Aponte Ríos, un detective privado, dueño

de una de las agencias más prestigiosas de la ciudad, para que se encargara de las investigaciones inherentes a sus actividades en los tres meses anteriores al secuestro. Era un profesional con excelentes referencias.

Se encontraron en un restaurante en el parque de la 93 en el norte de la ciudad. El sitio le era familiar, pero ahora no estaba para adivinanzas.

Estaba únicamente para certezas

—Buenas tardes, señor Preciado.

—Buenas tardes señor Aponte.

Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, antiguo detective del DAS, bajito y de contextura delgada, de ojos cafés, vivaces e inteligentes. Vestía sin llamar la atención: traje azul oscuro, camisa azul pálida, corbata gris de pintas azules y rojas, le colgaba del brazo un sobretodo de paño grueso. Era de porte digno y serio en su trabajo. Además se había ganado una reputación en el medio en que se desenvolvía. Lo invitó a sentarse, el lugar estaba algo desierto. Gabriel pidió un café solo y el detective un capuchino. El mesero se alejó con la orden.

—Deseo saber qué ocurrió en mi vida durante los tres meses antes de mi secuestro. —Lo miró esperando preguntas, pero el hombre no las hizo, simplemente esperó que él siguiera hablando—. Perdí la memoria en algún momento de mi secuestro y deseo recuperarla.

—No recuerda nada del momento de su secuestro.

—Ni de tres meses atrás.

—¿Y su familia? —inquirió el hombre con curiosidad.

—No me quieren decir nada. Por eso estoy tomando la investigación en mis manos. Algo grave debió haber pasado. Tengo esa seguridad y necesito averiguarlo.

—Bien, deme algunos datos —sacó una Laptop de su bolsillo y anotó todo lo que le iba refiriendo Gabriel.

El mesero se acercó con las bebidas.

—Tendrá el cincuenta por ciento de sus honorarios en su cuenta.

—Está bien —contestó el detective con la mirada puesta en los datos que le acababa de entregar Gabriel.

El trabajo no era cualquier moco de pavo, pensó Edgar Aponte mientras se dirigía a su vehículo. Pero él se consideraba el mejor.

Tenía que organizar su trabajo y recurrir a antiguos empleados, autoridades y demás gente que quisiera ayudarlo para lograr desentrañar la maraña que fue la vida de ese pobre tipo.

Empezó por la visita a una antigua empleada de los Preciado, una

mujer de la cocina que vivía en el noroccidente de la ciudad, en una humilde casa, pulcra y bien arreglada.

—Pase, pase, señor Aponte —lo miró la mujer algo preocupada. — Deseo tanto ayudar al joven Preciado, es tan buena persona. Pero su esposa lo era más —la mujer hizo un gesto de pesar—. Lástima la manera en que se portaron con ella. Y luego con nosotros, como si hubiéramos tenido la culpa de la desaparición del joven.

El detective ya sabía que Rafael Preciado había cambiado todo el personal, y les había hecho firmar una clausula de confidencialidad. Ninguno de los antiguos empleados había soltado prenda. Estaba sorprendido por lo que la humilde mujer le contaba.

—¿Esposa? Se refiere a la madre del señor Gabriel, supongo.

—No, señor. Hablo de la muchachita que en tan mala hora se casó con el joven Gabriel, tan linda, tan...

—¿El señor Gabriel Preciado es casado?

—Claro que sí, se casó pocos días antes de ese maldito secuestro.

—¿Cómo se llama la mujer?

—Melisa Escandón.

—¿Dónde vive en este momento?

Esto se ponía cada vez más raro.

—Está estudiando en los Estados Unidos. Me mandó una tarjeta de navidad.

La mujer se levantó y fue hacia un mueble de madera oscura cubierto por una carpeta amarilla, seguro tejida por ella misma, caviló el detective y en donde reposaba la imagen de la virgen María y una veladora prendida. Abrió un pequeño cajón de la parte inferior de donde sacó una tarjeta con la dirección de la remitente.

—Ella me ayudó con mi nieto, a que le dieran una beca en una universidad. Es el mejor alumno.

—Ya veo.

El hombre se levantó rato después, le tomó algunos datos y se despidió de ella.

—Así que Melisa Escandón... ¿Quién eres, criatura? —dijo observando con curiosidad el nombre escrito—. Pronto lo sabré.

Descubrió sorprendido, que en los tres meses anteriores el señor Gabriel Preciado se las había arreglado para enamorarse de una mujer joven, universitaria, de diferente condición social que él. La conoció en Cartagena y al poco tiempo se casó con ella. La muchacha regresaría al país en unos cuantos días.

El detective estuvo en el colegio en el que se educó la chica. La visita

que más lo impresionó fue el refugio de niños desplazados por la violencia. Lo había recibido una mujer de aspecto fuerte y mirada dura. Se presentó como María Teresa Rojas, pero fue algo reticente en darle algún dato de valor.

—Señora, estoy armando un rompecabezas. Le suplico me ayude — dijo el detective con toda la cortesía de la que fue capaz.

—No quiero que Melisa tenga problemas por mi culpa. Bastante sufrió ya a manos de esa familia.

—¿Por qué todo el mundo me habla con rodeos y nadie me dice la verdad?

—A nadie le gustó que a Melisa la inculparan del secuestro de Gabriel —lo miró firme. La notó aun disgustada, seguro al recordar los malos momentos por los que había tenido que pasar una amiga tan querida para ella.

Y todo volvía a lo mismo: Melisa, inocente de la acusación.

Decidió llevar más lejos la investigación. Esto no se lo entregaría en el primer informe. Primero lo primero: los datos y los días. Después sí, la investigación, la inculpación, la liberación y por qué estaba en Estados Unidos en ese momento y no al lado de su marido como debería ser.

Días después, el detective se encontraba en una cafetería a la vuelta de la fiscalía. Una mujer, secretaria del fiscal que había llevado el caso del secuestro y la posterior detención de los culpables del cautiverio del joven industrial, se había aprestado a ayudarlo con algún beneficio económico. La había contactado y seguido para abordarla.

—Mucho gusto, señora. Edgar Aponte —saludó, y la miró fijamente a los ojos.

—Mucho gusto, señor Aponte. Soy Lucila Vargas.

La mujer se sentó en la silla que había frente a él. Era pequeña y anodina, con algo de sobrepeso, gafas, y vestía austeramente, sin llamar la atención. Estaba nerviosa, lo pudo detectar por el ligero temblor en sus manos al momento de saludarla.

Justo la persona que necesito, pensaba el detective satisfecho.

El primer informe ya estaba listo. Incluía un itinerario de sus días durante cada uno de los tres meses hasta antes del secuestro, la ida a Cartagena y los datos de Melisa, quién era ella y dónde vivía en ese momento.

Lo entregaría esa tarde.

El segundo informe se lo tendría listo a Gabriel cuando la mujer le entregara las transcripciones de los interrogatorios tanto de Melisa como de las demás personas vinculadas a la investigación.

—No entiendo, ¿Por qué vincularon a la señora Preciado en la investigación? —preguntó el detective a la mujer.

—Fue algo muy triste. Pero tuvo que ver más con una decisión del fiscal. Todo está en las transcripciones. Puede venir por ellas mañana en la tarde.

—Está bien, aquí estaré —dijo el hombre, y sorbió su café que ya estaba frío.

—Espero que esto no me genere problemas en el trabajo.

—No se preocupe, es una pequeña investigación, no es para perjudicar a nadie. Tampoco es nada político. Por ese lado puede quedarse tranquila. Las transcripciones se destruirán en cuanto cumplan su objetivo.

—¿Y cuál es ese objetivo? —le preguntó la mujer angustiada.

—Que mi cliente recupere la memoria.

Edgar Aponte se había hecho una idea de por qué su cliente había caído bajo el hechizo de esa dulce muchachita. No tenía mácula en su expediente y, además de hermosa, era una buena mujer.

Bien, se dijo.

No había sido tan difícil, después de todo.

—Hubo muchos jóvenes que se desmovilizaron de la guerrilla en los diferentes campamentos en los que estuve —hablaba Gabriel a la doctora, pensativo, mientras miraba uno de los cuadros que adornaban las paredes del consultorio. Era una mezcla de colores sin forma alguna, pero atractivos a la vista. Era malo opinando sobre el arte abstracto, pensó mientras trataba de ver alguna forma en la pintura, sin conseguirlo.

—Se dan cuenta de que la guerrilla carece de los ideales que, en su momento, pensaron que les haría tener una mejor vida —le contestó la psicóloga.

—Ojalá esta disputa se resuelva algún día.

—Todo el mundo tendrá que poner de su parte.

—Sí —quedó pensativo y dijo—: Los colombianos tenemos conflictos de identidad. Por un lado sentimos amor y lealtad por nuestra patria, pero por el otro sentimos vergüenza por todos los conflictos que la rodean.

—Créame que lo entiendo —dijo ella totalmente de acuerdo.

—A veces no sabemos quiénes somos, cuáles son nuestras raíces, ¿sabe? Creo que conocer mejor nuestra historia podría evitar repetir los errores una y otra vez.

—Algo difícil, créame.

—Lo sé, por eso quiero hacer algo por mi país, más de lo que he

hecho hasta ahora. Tengo el dinero para hacerlo. Deseo más educación para la gente menos favorecida. Ese será mi primer paso.

Se quedó en silencio, y volvió la mirada al cuadro.

Gabriel sabía que daba muchas vueltas para llegar a lo que verdaderamente quería expresar. Después de su secuestro le angustiaba la situación de su país. Julieta insistía en que podría hacer más por su patria si antes arreglaba sus propias rencillas interiores.

—¿Cómo va la investigación? —le preguntó ella sin poder aguantar más.

—Espero que bien. Contraté a alguien —la miró con algo de temor por su reacción a lo que le iba a decir—. Voy a entrevistarme con uno de mis captores.

Ella lo miró impasible.

—Tenga cuidado. Y no me refiero solo a su seguridad.

—¿A qué se refiere entonces?

—A que debe controlarse, no dejarse llevar por la ira o la ansiedad.

—Ellos son los culpables de que tenga mi vida patas arriba en este momento.

—Pero debe superarlo, por eso está aquí. La justicia se encargó de llevarlos a la cárcel.

—Pero no son todos —se enfureció él de repente, arrepentido de haberle contado—. Hay miles en esa selva, y secuestrando inocentes, además.

Esa era la herida que le supuraba todos los días.

—Gabriel, ¿usted no ha hecho un esfuerzo por recordar nada más?

—Algo se interpone, Julieta. En cuanto siento que voy por buen camino, me llegan atisbos de conversaciones, pero luego todo se disuelve.

—Con el tiempo ira recordando más cosas.

—Sé que hubo alguien importante en mi vida en ese momento. Tengo esa certeza.

—Gabriel, voy a pedirle un favor.

—Dígame, Julieta.

Gabriel la miraba con sorpresa por el tono de voz que había empleado. Ella era tan ecuánime que no se la imaginaba preocupada por algo.

—En cuanto sepa algo, hable conmigo, por favor. Es importante, no lo vaya a olvidar.

—No se preocupe, lo tendré en cuenta.

Sí, estaba preocupada.

La sala de visitas de la Cárcel estaba sola. Una mesa de madera y

tres sillas plásticas era toda la decoración del lugar.

Solo estaban Gabriel y dos de sus escoltas. Sintieron los pasos de los pies encadenados antes de ver a las personas que venían. Gabriel no se alegró por ello, sabía por experiencia cuánto pesaban esas cadenas.

—Vaya, vaya, qué sorpresa —saludó el hombre atado de pies y manos, y vigilado de cerca por un guardia de la prisión. Poco quedaba del hombre joven y atractivo que en su momento conquistaba a las jóvenes universitarias para la causa y para su cama. Ahora era un hombre en la treintena con calvicie incipiente y barriga prominente.

—¿Qué tal sus vacaciones, señor Preciado?

—Bien, muchas gracias —siseó Gabriel—. Un poco largas, pero bueno, no puedo quejarme por la hospitalidad, aunque algo inferior a la que está disfrutando usted ahora —sus ojos verdes se volvieron más brillantes.

—¿Qué quiere? —espetó furioso y con la curiosidad pintada en la cara.

Notaba al hombre mortificado, seguro pensó que deseaba que le pidiera perdón. Sonrió irónico. Gabriel no necesitaba que le pidieran perdón, deseaba algo más valioso: justicia.

—No vengo aquí por ver su linda cara— le contestó Gabriel mordaz. Esta gente sacaba lo peor de él—. Vengo porque necesito información.

—¿Y qué le hace creer que se la voy a dar?

—Beneficios, camarada, beneficios.

A un gesto de sus manos, uno de sus escoltas se acercó con un sobre de dinero. Gabriel lo puso en la mesa.

—¿Así que no recuerda nada aún? —dijo burlón.

—No haga que disminuya lo que hay en el sobre, camarada —espetó Gabriel con ganas de dejar la cara del tipo de adorno en la pared. Estaba haciendo un esfuerzo grandísimo para no saltar encima del malnacido.

—No puede hacerme nada, estoy protegido —señaló Martín adivinando las intenciones de Gabriel. —¿Qué putas quiere saber?

—Todo lo que no puedo recordar.

Martin le contó de mala gana los hechos de su secuestro. Miraba el sobre con curiosidad. Ojalá valga la pena, pensaba mientras le relataba al industrial lo que había pasado, cuidándose de nombrar a Melisa. A ella la dejaría para el final, cuando tuviera el sobre en la mano.

Nombró a Javier Cortés en dos ocasiones.

—¿Quién es Javier Cortés?

—¿Cómo, no lo sabe? ¿No le preguntó a su mujercita?

Martín Huertas ya se levantaba para volver a su celda.

—¿Cómo? —inquirió Gabriel confuso.

Huertas soltó la carcajada.

—Pobre riquito. Todo su dinero y en este momento no puede tener lo que verdaderamente quiere: la verdad —respondió burlón.

Gabriel no aguantó más.

—Hijo de puta.

—Pregúntele a Melisa, a su tierna mujercita.

Gabriel se votó a coger al tipo por las solapas, pero sus escoltas y el guardia de la cárcel se lo impidieron.

Cuando lo iban llevando nuevamente a su celda, Huertas no pudo evitar decirle a Gabriel:

—¿Es tan rica su mujercita cuando se abre de piernas como decía Javier?

—Púdrase, malnacido.

—Amalia, pero si es hermoso —dijo Mariela al pasar las manos por el papel que guardaba los diseños del local de la joyería que le había llevado un diseñador de interiores.

Habían extendido los planos en la mesa del comedor de la casa de Mariela. El sol entraba a raudales por entre la ventana del comedor iluminando aun más los pliegos.

—Sí, mira dónde va ubicada la luz.

—No creí que tuviera tantos detalles —le contestó Mariela sorprendida y algo apenada por su ignorancia—. En mi imaginación pensaba en un local pintado de blanco, vitrinas sencillas, los diseños y ya está.

Amalia reía con ganas.

—Quiero que sea hermoso en homenaje a nuestro trabajo —se quedó pensativa un momento y, acariciando el papel del diseño, dijo—: Y también en honor a mi padre.

—Será muy hermoso. Ya veo que mi participación solo cubrirá las vitrinas.

—No digas eso, sabes que no es cualquier centavo lo que has aportado.

—Lo sé.

Mariela pensaba que su marido había sido más que generoso al creer en ella. Recordaba el momento en que le había entregado el dinero. Cuánta emoción había en sus ojos. Lo amaba por eso mucho más.

—¿Averiguaste algo sobre las empleadas que tendremos? —le dijo Amalia, centrándose en el trabajo nuevamente.

Mariela sonrió. Amalia se portaba como un general. Si su marido la viera no lo creería... Bueno, eso era antes; ahora no estaría tan segura.

—Sí, todas las entrevistadas son de una fundación que cobija a madres cabeza de hogar desplazadas por la violencia. Es una recomendación de Melisa —soltó Mariela.

—Melisa estará feliz —señaló Amalia, mientras miraba a su amiga.

—Sí, sabes que vive para esas causas.

—Me pregunto cuándo se arreglarán las cosas.

—¿Entre quienes? ¿Entre mi hija y tu hijo, o entre tu marido y tú?

Amalia la miró sorprendida. Mariela continuó:

—¿Cuándo dejarás de pasarle cuenta de cobro por lo que crees que te hizo?

Mariela estaba dispuesta a retribuirle a su amiga todo lo que había hecho por ella, así fuera en consejos.

Amalia aún sorprendida por el comentario de Mariela, guardó los planos en el tubo en el que venían. Lo dejó todo en la mesa y nerviosa empezó a caminar por el lugar. Se acercó a la ventana del comedor de los Escandón que daba al patio de rosales de Mariela. Le llamó la atención una rosa amarilla con el orillo rojo. Eran los famosos injertos y revueltos con que pasaba su tiempo Mariela. La envidió. Tenía una buena vida, sencilla e inapreciable.

—No sé de qué estás hablando —soltó Amalia.

—Oh, yo sí creo que lo sabes.

—No sabes lo que tienes— le dijo mientras la miraba con atención.

—Sí que lo sé.

—Mi vida es tan complicada.

—¿Has dejado de amar a Rafael?

—¡No! —la respuesta fue tan contundente que ella misma se sorprendió.

—¿Él ha dejado de amarte ti?

—No.

—¿Entonces?

—Por Dios, Mariela, tú has estado ahí. El secuestro de Gabriel sacó lo peor de él. En vez de estar unidos, nos distanciamos como nunca. No pude conectar con él. Era como si no lo conociera.

—¿Nunca se había portado así?

—De pronto yo no lo quise ver —le contestó desilusionada.

—Amalia, solo era un hombre asustado de perder lo más importante en su vida.

—¡Yo también estaba asustada!

—Sí, pero él siempre se ha sentido más responsable de la vida de ustedes debido a todo lo que debió asumir cuando joven.

—Mariela, yo tuve que renunciar a mi vida anterior por amor a él.

—¿Y él te pidió esa renuncia? —preguntó Mariela dando en el clavo.

—No...Nunca lo hizo.

—Entonces asume la responsabilidad de tus actos. Quisiste darle un nuevo rumbo a tu vida porque te dio la gana, y ahora que quieres volver a tener el pleno control de tu vida, te sientes culpable y te resientes con la persona menos indicada.

—¿Cómo puedes decir algo así? Quiero tener mis propios sueños, y que no tengan nada que ver con mis hijos o mi familia y todo lo que representa.

—¿Y piensas que no puedes tener ambas cosas?

—No lo sé. Rafael me mira con miedo. No quiere que cambie.

—Tú no vas a cambiar. Tu esencia siempre ha sido la misma, que la hayas adornado para convivir con la clase social de tu marido es diferente.

—¿Entonces por qué me mira con miedo?

—Porque se siente amenazado, porque construyó su vida sobre una premisa, porque se acostumbró a ti. Y ahora que no esperaba nada más de la vida, vienes tú, la persona que menos imaginó que pudiera voltearle los esquemas, y pones su mundo patas arriba. Muy en el fondo debe estar fascinado.

—¿Fascinado dices?

—¡Claro! Se muere de susto porque siente lo mismo que sintió cuando te conoció. De repente vuelve a estar vulnerable, entiéndelo.

—Es todo tan confuso.

—¿Tu marido te maltrata de alguna forma?

—No, cómo se te ocurre.

—¿Te ha sido infiel?

—No que yo sepa.

—¿Se te hace difícil la convivencia?

—La verdad, no.

A veces Rafael era imposible y exigente, lo quería absorber todo de ella, pero, cosa curiosa, eso no le molestaba. Al contrario, le gustaba que la necesitara.

—¿Entonces?

—Oh, Mariela, eres imposible.

—Mira, Amalia, cuando se cumplen tantos años de matrimonio, es difícil no tener un gran porcentaje de ilusiones rotas y de sueños

incumplidos.

—Obviamente, el príncipe azul no existe.

—El príncipe azul es un aburrido —espetó Mariela contundente al tiempo que agitaba las manos.

Amalia reía de las ocurrencias de Mariela.

—Pero, a pesar de los sueños incumplidos, hay cantidad de momentos y de felicidad compartida. Y sé que no cambiarías eso por nada del mundo.

—Lo entiendo — le dijo, y observó a Mariela bajo una nueva luz.

—Así tenga todos los defectos del mundo y sea a veces una persona imposible, ustedes han creado lazos invisibles de afecto, de lealtad, de complicidad.

—Sí, tienes razón.

—Lo importante no es tener al hombre perfecto al lado tuyo — señaló con sabiduría—, lo importante es saber conservar lo bueno que la vida te dio.

Amalia la abrazó con los ojos llenos de lágrimas.

—Eres una gran mujer.

—Ya lo sé.

—Y muy modesta, además.

Ambas soltaron la carcajada.

Gabriel salió de la sala de visitas más confundido que antes, el sonido de la puerta al cerrarse, le recordó lo deleznable que es la libertad y lo poco que la había valorado hasta que había ocurrido todo.

—Melisa, Melisa, Melisa....

Repetía el nombre como un mantra. Tenía el corazón en un puño. Ese nombre evocaba muchas cosas.

Sabía que era su cielo y su infierno personal.

Al llegar a su casa se encerró en su estudio y no recibió ninguna llamada, hasta que uno de sus hombres interrumpió su retiro para decirle que el detective se encontraba en la sala. Caminó unos segundos por la habitación, trataba de calmarse, hasta que el hombre irrumpió. Gabriel farfulló un saludo y con un gesto de su mano lo invitó a sentarse.

Estaba aterrado.

Tenía miedo de corroborar lo que le decía su corazón.

Edgar Aponte, tenía en sus manos la carpeta con la información. Gabriel podría apostar la mitad de su patrimonio a que el nombre de Melisa estaría en ese informe. Algo le impedía arrebatarse la carpeta al detective.

No quería recibirla.

De pronto le entró un miedo irracional. Miedo de que lo que allí leyerá pudiera cambiarle la vida.

¿Y si había hecho algo terrible? ¿Y si esa mujer significaba algo más que un sueño?

Solo si recibía y abría la jodida la carpeta lo sabría.

Se levantó de repente, deseaba estar solo. No quería que el detective estuviera cuando él supiera de sus tres meses.

Se dirigió al bar.

—¿Desea tomar algo, un whisky tal vez? —preguntó Gabriel, e intentó aplazar el momento de la verdad.

—Preferiría un brandy, si no le molesta. Por el frío, ¿sabe?

—Ok.

“¿Sabes cuál es el origen de la palabra Ok?”

Le vino a la mente ese comentario. Al escuchar aquel tono de voz, su pulso se aceleró.

¡Dios mío! Estaba a pasos de develar ese misterio que no lo dejaba seguir con su vida.

Volvió en sus pasos tratando de controlarse. El detective no iba a presenciar nada más que una serena indiferencia. Por su bien tendría que ser así.

Al volver al escritorio y entregarle el brandy al hombre, éste lo miró preocupado.

—¿Se siente bien? —le preguntó dudoso.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo? —le contestó él, y aparentó impasibilidad.. Se bebió el trago de golpe.

Dejó el vaso en la mesa, tomó la carpeta que el hombre se apresuró a entregar. La dejó encima del escritorio y la acarició de arriba abajo con el pulgar, sin atreverse a abrirla.

—No es tan grave enamorarse —le dijo el detective. Gabriel levantó la mirada, gesto más que suficiente para que él hombre se arrepintiera en el momento de su imprudencia.

—Quisiera hacer esto solo, si me disculpa —respondió Gabriel más pálido que un muerto y con la frente poblada de sudor.

—Está bien. Solo déjeme decirle algo —le insistió el hombre—. La investigación aún va por la mitad. Mañana tendré las transcripciones de la fiscalía. Es importante que tenga esto en cuenta antes de actuar, por favor.

Pero Gabriel ya no le prestaba atención, absorbido por la carpeta que tenía delante.

—Lo esperaré mañana —dijo, señaló la puerta y añadió —: Ahora,

por favor...

Edgar Aponte se levantó con gesto resignado.

Al fin abrió la carpeta.

Era ella.

La fotografía lo corroboraba.

Melisa Escandón.

La sangre se le subió al cerebro y una catarata de recuerdos cayó sobre él.

Pensó que la cabeza le iba a estallar. Toda ella le vino a la mente: el día que la conoció, el día que la hizo suya, el matrimonio y su despedida.

El corazón le latía a mil, le sudaron las manos. El tormentoso día de su secuestro era el día en que sus padres llegaban de Europa.

Pensó en el día de la comida con los inversionistas. Su padre le había comentado que habían salido corriendo a raíz de su secuestro. No podía culparlos.

En ese momento le vino a la mente el olor de su piel, la dulzura de su boca, el aroma de...

Lo que sintió a continuación nunca lo había sentido en la vida. La consternación que se abatió sobre él era mucho más funesta que la del día del secuestro. Fue como si un rayo hubiera atravesado su corazón por la mitad, fragmentándolo en mil pedazos.

Ella lo había entregado a la guerrilla.

Se sintió ahogado y se levantó de golpe para tratar de recuperarse. Su orgullo hizo el trabajo. No lo habían acabado dos años en la selva en manos de unos malnacidos. No se iba a dejar acabar por la pena.

Gabriel leyó con avidez los datos reunidos por el detective, luego contuvo un gruñido de rabia y manoteó la superficie de madera. Tomó un cenicero de cristal pesado y lo tiró contra la pared con tanta fuerza que lo astilló en varios pedazos.

—¡Hija de puta!

Repasaba los documentos una y otra vez. Necesitaba regodearse en su odio para lograr cotas de rabia y aversión grandísimas, para así poder enfrentarla y hacerle pagar lo que le había hecho.

Había olvidado las últimas palabras del detective.

CAPÍTULO XXII

El encuentro

Después de beberse una botella de Whisky durante casi toda la noche y con un dolor de cabeza de los mil demonios, Gabriel estaba listo para empezar a actuar.

Se levantó en la madrugada luego de dormir la mona durante una hora. Empacó su maleta con lo necesario. Echaba la ropa dentro de ella de forma descuidada y con ademanes furiosos tiraba puertas y cajones. Se sentía traicionado, pero más que eso, burlado, herido en su amor vivo. Le habían visto la cara...

—Mierda. Mierda —vociferaba mientras que con un movimiento brusco cerraba la cremallera de la valija. Era un maletín de mano, mediano y de material impermeable, no tenía tiempo ni paciencia para largas esperas.

Rodó al suelo, donde se sentó con la espalda apoyada en la cama, y la cara en las rodillas. Apretaba y aflojaba los puños. El dolor y la ansiedad le atenazaban el alma. En ese momento deseó tener amnesia otra vez. Nada se comparaba con lo que se sentía ante un corazón astillado.

—Mierda.

Pero volvía la ira y opacaba en algo el dolor. Tendría que sostenerse con ella, para poder pasar ese trago tan desagradable. Aún no lo podía creer, esa muchachita sensible, hermosa y apasionada era tan incompatible con la imagen de mujer fría que le habían retratado los guerrilleros antes de sufrir la pérdida de memoria, ¿Cómo había sido capaz de una acción tan cruel? El informe presentado por el detective, solo rezaba datos personales, estudios, trabajo, familia, no mostraba sus inclinaciones subversivas. Se perdió en el recuerdo de su risa, sus gemidos. Un “te amo” musitado varias veces en medio de la pasión y la felicidad. Si cerraba los ojos le parecía sentirla cerca, aspiraba su perfume que lo había enloquecido desde el primer día. El dolor se tornó insoportable. Insultó sin importar quién lo escuchara y abandonó la habitación rumbo al estudio, donde habló con la aerolínea y se dispuso a ir a Nueva York.

Habló con su padre. No le dijo que había recuperado la memoria, solo que iría unos días a Las Bahamas. No quería que se entrometieran en este asunto, que era exclusivamente de Melisa y él.

—¿Por qué este viaje tan repentino? —preguntó Rafael.

—Deseo estar solo un tiempo, papá —le contestó él, algo inquieto.

—Gabriel, necesito hablar contigo de algo importante —soltó

Rafael, en tono perentorio.

—Tendrás qué esperar a que vuelva —no quería distracciones.

—Es sobre el tiempo que no recuerdas, hijo.

—No debe haber algo digno de mención, o que no pueda esperar —respondió Gabriel irónico.

—No creas, hijo. Es importante.

—A mi vuelta hablamos.

Gabriel salió para el aeropuerto El Dorado a primera hora de la mañana. Se registró sin problema, aunque ya el aeropuerto estaba congestionado. Observaba la gente, las valijas, tropezó con un hombre joven y su maleta de rodachinas.

—Disculpe.

Rostros y más rostros, todos iban a diferentes destinos, todos viajaban con un propósito especial. Pero estaba seguro de que ninguno viajaba por las mismas circunstancias que a él lo afectaban.

Pasó a la sala de espera VIP. No se atrevía a quitarse las gafas, asustaría a la gente con sus ojos rojos como los de un conejo. Le llegó el aroma del café recién hecho y se levantó sin titubear para agenciarse un vaso.

Después del café y dos aspirinas, empezó a remitir el dolor de cabeza. En lo único que pensaba era en arreglar cuentas con esa pequeña pécora y así poder seguir con su vida.

El avión partió del aeropuerto El Dorado hora y media después. Ya acomodado en primera clase trató de dormir. Se despertó cuando le pasaron el desayuno. Después de comer un poco, se sintió de regreso en el mundo de los vivos. Durmió un rato más y después trató de ver una película sin poder concentrarse.

Horas más tarde aterrizó en el JFK, con una vorágine de sentimientos confusos y poderosos a la vez. Estaba en un desequilibrio tal, que se arrepintió de no haber llamado a su psicóloga, antes de salir del país. Ni los ejercicios que le habían enseñado le ayudaban en ese momento. Se mostró impaciente con los funcionarios de inmigración, contestó de forma altanera y con afán las preguntas que le hicieron. Ya en el taxi, rumbo a la dirección que el investigador había averiguado, se dispuso a meditar su próximo movimiento.

Melisa se levantó algo tarde y desayunó una ensalada de frutas. Estaba expectante, debía ser la inminencia del viaje, caviló. Arregló el apartamento con esmero, llevaba días sin poder hacerlo. Ya se había agenciado unas cuantas cajas en un supermercado de la esquina, para empezar a empacar lo que dejaría y lo que se llevaría. Rato después, se

lavó el cabello, se lo arregló y se vistió con unos jeans y un saco de lana grueso de color rojo. El día no estaba tan frío, sacó unas zapatillas de deporte del armario.

Saldría de compras. En cuatro días volvería a Colombia y quería comprar detalles de regalo para todo el mundo.

Al salir no se dio cuenta de la persona que se apeó del taxi.

Gabriel posó su mirada furiosa en Melisa, y el corazón le dolió como si hubiera recibido un mazazo. Una contracción le apretó la garganta y parte del pecho, como cuando lo habían descubierto en su segunda evasión durante el secuestro, y uno de esos malnacidos había apoyado su bota en el pecho, y había presionado hasta sentir como si algo se hubiera roto. Era esa misma maldita sensación. El día estaba algo frío, pero a Gabriel le hervía la sangre.

Se colocó su maletín en el hombro y preso en un pozo de pensamientos sombríos, la siguió.

La estudió de la cabeza a los pies al verla caminar por la calle y la encontró tan apetitosa como recordaba. Con una rabia inmensa apretó ambos puños en los bolsillos de la chaqueta.

Melisa llegó a la esquina, le dio una manzana a un anciano que tocaba la armónica por unas monedas y siguió su camino.

Gabriel sonrió irónico. Deseaba besarla, abrazarla y, a la vez, retorcerle el cuello. Quería pegarla a su cuerpo y a la vez sacudírsela de encima y gritarle por su traición.

Estaba angustiado, y se sintió estúpido persiguiéndola con una maleta al hombro por todo Nueva York.

En ese momento ella se llevó una mano al cabello, y colocó un mechón atrás de su oreja en un gesto tan de ella, que todos sus demonios quedaron a resguardo cuando otros sentimientos lo asolaron de golpe.

Melisa se dirigió a la estación del metro. Gabriel no tuvo problemas en seguirla, conocía muy bien Nueva York, había estudiado un par de años en esa ciudad. Al subir al metro pensó que ella lo había visto, pero se camufló entre la gente.

Melisa sintió un par de ojos fijos sobre ella, al voltear la vista no vio a nadie conocido, solo gente trabajadora, hombres de negocios con sus maletines y algún que otro estudiante. Oyó una carcajada lejana. Al mirar se percató de que eran un par de adolescentes que chismeaban al parecer sobre un chico de ascendencia china que estaba frente a ellas.

Se apeó en la treinta y cuatro, cerca del Empire State, y caminó hasta MACY'S. Mientras recorría las diferentes secciones de gangas y ofertas que anunciaban para ese día, Melisa percibía el nudo en el

estómago ante la perspectiva de volver a Colombia.

El encuentro con Gabriel era inminente, pensaba preocupada. Le dolía que no recordara nada su relación, y más la atormentaba la relación de Gabriel con esa mujer de la revista y estaba segura de que no había sido la única. De pronto soltó furiosa el bolso que sostenía, causando un estrepito que hizo que la gente volteara a mirarla con curiosidad.

Rato después salió del almacén con algunas bolsas.

Dos cuadras más adelante, entró en una librería de aspecto antiguo, de un conocido de ella. El olor amaderado del papel, en conjunto con el de diferentes especias, canela, nuez moscada, sándalo y el piso de madera que crujía a su paso, le devolvieron a su alma la tranquilidad.

—Rasid —saludó amable al gentil hombre de origen indio dueño del negocio. Era un hombre en la cincuentena, que le devolvió el saludo con una sonrisa de afecto. Llevaba más de quince años en el negocio de los libros de segunda mano, le había conseguido a Melisa algunos textos imposibles de adquirir en la actualidad.

—Ya me llegó lo que me encargaste —le dijo con aire conspirativo.

—¡Que alegría! —soltó la joven, siguiéndolo a la parte de atrás de la tienda.

El hombre sacó una caja de uno de los cajones de su escritorio y la abrió, mostrándole orgulloso el contenido, como si fuera la foto de sus hijos.

Dentro de la caja, envuelto en papel de seda, estaba un ejemplar de *Novelas Ejemplares*, de Miguel de Cervantes Saavedra, editada en 1883 en el establecimiento tipográfico de Cristóbal Miró, en Barcelona.

—Es perfecto —lo examinó, extasiada por la calidad de sus hojas, el diseño de los dibujos y lo bien conservado que estaba. Inclino la cabeza, al pasar sus dedos por el título mientras lo acariciaba.

—Sí, está en óptimas condiciones gracias a que la persona que lo heredó no era muy amiga de los escritores españoles. Lo conseguí a buen precio.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó ella de forma mecánica. Lo compraría como fuera, era el regalo perfecto para él.

—Trescientos dólares —le soltó Rasid, con ánimo de regatear y mirada expectante.

Pero ella, sin más, le contestó:

—Me lo llevo.

—Tengo estos catálogos de joyería de mitad del siglo pasado— le dijo el hombre.

Melisa se percató de que estaba algo arrepentido del valor que le

había colocado al libro y también decepcionado por la conformidad de ella.

—¿Cuánto cuestan?

—Te los dejo a veinte dólares cada uno.

—Eso es un robo, exclamó Melisa lista para confrontación.

Rasid sonrió campante, estaba listo para entrar en la guerra del regateo.

Melisa salió rato después más que satisfecha de la librería. Entró en una cafetería, tomó un refresco, comió un hot-dog, y luego se dirigió a su casa.

Gabriel estaba en una cafetería desde la que se divisaba perfectamente la salida de la librería.

Algo la había perturbado cuando compraba en el almacén, intrigado se preguntó si lo había visto. La había seguido con más cuidado. La había observado en detalle, su cabello, el movimiento de sus caderas; cómo podía estar más bella de lo que recordaba... Se enfureció por el giro de sus pensamientos.

Gabriel se asombró por la rapidez con que escogió unas camisetas de diferentes colores y tallas sin dudar y sin perder el tiempo, acostumbrado como estaba a las largas horas de compras que había compartido con diferentes mujeres en el pasado.

Se sentía mal, el licor ingerido la noche anterior, el viaje y la impresión de ver a su esposa le habían pasado factura en forma de mareo y dolor de cabeza. Tomó una limonada y trató de comer un pie de manzana, pero casi lo devuelve. Solo quería que ella saliera de ese lugar y volviera a su casa, para poder hablarle de una vez y así poder irse a recuperar a un hotel. La siguió hasta que llegó al edificio de apartamentos donde vivía.

Gabriel substituyó su indisposición por un sentimiento de expectación. Bullía de curiosidad por saber cómo reaccionaría ella, con el corazón apresurado y un ligero sudor frío, se adentró por la escalera del lugar.

Melisa entró distraída en el edificio, subió las diferentes gradas, sin soltar los paquetes y, mientras buscó las llaves en su bolso, sintió unos pasos pesados a su espalda. Se apresuró a abrir la puerta de su departamento.

Al oír la voz que la saludaba, un tono de voz único en el mundo, un instrumento de inflexiones ásperas y profundas que le había regalado las más hermosas palabras de amor, un escalofrío en todo el cuerpo la barrió de golpe y el pulso se le aceleró. Tenía grabada esa frecuencia de onda en

lo más profundo de su corazón:

—Hola, Melisa.

Melisa cerró los ojos, apreció un ligero vértigo, los latidos del corazón los sintió en la cabeza y fue como si el piso hubiera desaparecido bajo sus pies, pensó que era una alucinación. No quería darse la vuelta y decepcionarse al no encontrar a nadie allí. Con gesto crispado se dio la vuelta.

Pero al abrirlos se dio cuenta de que no era un sueño.

—¡Gabriel!

Melisa soltó los paquetes y corrió a sus brazos.

“Gracias Dios”, “gracias Dios”, vino a buscarme, era todo en lo que podía pensar, mientras lo abrazaba y pegaba la cara a su pecho, no podía creerlo, estaba de nuevo junto a él, clamó a Dios de nuevo, y le dio las gracias, al tiempo que lo olía, lo tocaba, lo besaba y unas lágrimas surcaban sus mejillas.

—Mi amor, no sabes lo feliz que estoy de que estés aquí conmigo.

—Ya veo.

Melisa no podía ver los ojos de Gabriel en la oscuridad del hall, y tampoco se dio cuenta de que él no le devolvía el abrazo.

—Entremos, estamos dando un espectáculo —le dijo él al ver pasar a un par de jóvenes.

—No me importa —contestó ella sin soltarlo.

Entraron en el departamento, ella todavía lo abrazaba.

Gabriel observó el sitio con curiosidad, no lo impresionó, lo comparó con una ratonera.

—Es algo pequeño —comentó por decir algo.

—Es suficiente para mí —contestó ella emocionada. Lo contempló extasiada como siempre le ocurría con él y evidenció los cambios ocurridos, después de casi dos años en la selva. Estaba más delgado y sus ojos de jade tenían una expresión inescrutable, pero seguía igual de hermoso. Su cabello negro, se notaba recién peluqueado, su barbilla oscura sin afeitar, hizo que recordara cómo la refregaba en su cuello, en sus pechos, en su abdomen y una pesadez conocida se instaló entre sus piernas.

Se alejó unos pasos para levantar los paquetes que había tirado momentos antes, al tiempo que trataba de calmarse, porque lo único que deseaba hacer era abalanzarse sobre él y devorarlo a besos y caricias.

Cómo lo había extrañado.

—¿Cuándo recuperaste la memoria? —preguntó mientras se acercaba de nuevo a él.

—Ayer por la tarde.

—Me has hecho tanta falta —lo abrazaba, le acariciaba el pecho— .
¿Hablaste con tus padres?

—No, aún no lo saben, quería que fueras la primera en saberlo —
dijo en tono irónico.

Melisa se tensó. Gabriel no sabía aún lo del bebé. Decidió que no le
diría nada todavía.

Gabriel estaba petrificado. Podía esperar cualquier cosa del
encuentro, pero ciertamente no esperaba esto. Esperaba culpa, miedo o
algo de arrepentimiento, no esa alegría, como si de verdad ella estuviera
contenta de tenerlo allí.

La notaba sorprendida, al parecer no lo esperaba.

Sus ojos ardieron de furia, quería sacudírsela de encima y a la vez
quedarse así... junto a ella.

La mirada de rabia de Gabriel fue sustituida por una mirada
calculadora al notar la tensión de ella al mencionar a sus padres. Levantó
los brazos, renuente, y la abrazó débilmente.

Sentir el cuerpo de Melisa pegado al suyo cambió su índole
enseguida, y despertó sensaciones de otro tiempo, lo enloquecía la
expectativa de tocarla, de estar en su interior una vez más. Sus ojos, aún
oscurecidos por la rabia, la atravesaron de la cabeza a los pies. La notó
temblar.

“Eso es temblar, tenme miedo, porque no tendré compasión por ti”.

Se le ensancharon las fosas nasales y empezó a besar su cabeza y a
bajar por su cuello, donde se impregnó del aroma de su piel. Se odio así
mismo por el fuerte anhelo y el deseo que lo invadía todo, incluso las
ganas que tenía de hacerla sufrir. Melisa levantó la cara y Gabriel acaparó
su boca, besándola con hambre y de forma brusca. Le enmascaró la
cabeza con las dos manos, mientras la devoraba.

“Tan dulce como recordaba”, “su boca parece ajena a todo engaño y
traición”, pensaba furioso y excitado a la vez, mientras que con su lengua
empujaba hasta el fondo. No supo en qué momento sus instintos
primarios tomaron el lugar de la rabia y la traición, dejó de pensar y sus
entrañas tomaron el mando.

Totalmente excitado, la llevó hasta la pequeña habitación y la
desnudó en segundos. Reconoció su cuerpo ni bien comenzó a recorrerlo
con las manos. Melisa gemía de excitación y necesidad. Gabriel se quitó la
camiseta, se abrió la cremallera de los pantalones y empezó a acariciarle
los senos. Sus manos percibieron que seguían tan llenos, tan suaves, como
antes. Chupó sus pezones, y acusó cada gemido que inundaba el ambiente.

Sentía de todo al mismo tiempo: angustia por su traición, desesperación por necesitarla, celos inmensos de pensar que algún otro hubiera gozado así de ella y su deseo de poseerla por sobre todas las cosas.

La penetró enseguida, tratando de ahogar el gemido de placer que lo invadió. Fue brusco y poco delicado. Melisa gimió de placer y dolor. Embistió con violencia, una y otra vez, como si de cuchilladas se tratara. Al mirarla sentía el corazón desbocado, un corazón que estaba roto en mil pedazos y que sangraba por la perfidia de la mujer que tenía aprisionada bajo su cuerpo.

Embestía con dureza, quería que se quejara. Quería que ella entendiera su rabia, su soledad y la frustración de los años pasados en la selva. La cama chirriaba con sus embistes.

Lo enardeció con su fuego, sus jadeos, su respiración agitada, el vaivén de sus caderas, no podía evitar acariciarla toda, era como un imán, su piel tan suave, la forma en que lo recibía; temblaba al borde del abismo. A lo lejos oía el ruido de una sirena y algunos bocinazos, pero ese sonido fue reemplazado por su respiración agitada y sus fuertes jadeos. Arremetía con brutalidad, dos y tres veces. Abandonado sobre ella, era incapaz de frenarse.

Llegó a un clímax tan doloroso y violento que, al sentir las contracciones del orgasmo de ella, la sacudida lo desgarró y lo dejó más vulnerable y furioso de lo que nunca había estado en su vida. Cuando sus miradas se encontraron, la de ella expectante, satisfecha, un nudo le oprimió la garganta dejándolo sin respiración.

Se apartó de repente, como si se hubiera chamuscado, y en realidad así había sido.

Melisa era el cielo y el infierno a la vez.

Quería tomarla nuevamente y a la vez sacudírsela de encima. Quería volver a estar dentro de ella y a la vez salir corriendo.

Melisa mudó su expresión a una confundida. Gabriel se levantó enseguida y se encerró en el baño.

Melisa estaba lejos de los pensamientos que poblaban la mente de Gabriel. Achacó su brusquedad a la larga ausencia. Sus embistes le dolieron. Si no lo conociera, diría que la había lastimado, pero no le importó. Ese momento había sido de ellos dos, unidos en cuerpo y alma; después de una larga ausencia sus cuerpos se reconocieron nuevamente.

Pero algo no estaba bien, pensó ella preocupada. Ya no tenía dudas de que el secuestro lo había afectado sobremanera. En su encuentro había percibido cosas, no podía engañarse, sus temores se habían hecho realidad. Sentía a su marido lejos, todavía estaba refundido en esa maldita

selva.

Ella lo ayudaría a superarlo, no lo presionaría, lo consentiría, lo amaría más cada día, hasta que volviera a ser el hombre que había sido antes de la tragedia.

Se levantó de la cama resuelta, se colocó una camiseta que le llegaba a la mitad del muslo, y fue a la cocina a preparar algo de comer. Se sintió algo adolorida y percibía la pegajosidad entre las piernas. Gabriel debía de tener hambre, abrió el refrigerador y sacó los ingredientes con los que preparó unos sándwiches y una ensalada de las que a él le gustaban. Tarareaba una canción de Shakira mientras que partía el pan y escogía la verdura.

Con las manos apoyadas en el lavamanos y la mirada furiosa que le devolvía el espejo, pensaba que nunca ni en los momentos más duros del secuestro, a excepción del día en que se enteró de la acción cometida por Javier y ella, se había sentido tan poco dueño de sí. Las facciones que le mostraba el espejo en ese momento, eran las de un rostro que condensaba la rabia, la lujuria y una gran cuota de ansiedad. Gabriel no podía creer lo que acababa de suceder. Se sintió ahogado. Tenía el corazón desbocado y el cuerpo perlado de sudor. Contrólate, hombre, has pasado por situaciones más difíciles, se repetía. El baño se le hizo pequeño y la sensación de ahogo persistía, se obligó a cerrar los ojos y a respirar pausadamente. Necesitaba una ducha, sonrió irónico, ni siquiera se había quitado los zapatos. ¡Maldita sea!, se sentía física y emocionalmente enfermo. Se terminó de desnudar, abrió la ducha y dejó que el agua le enfriara las emociones.

—¿Amor, te sientes bien? —le preguntó Melisa detrás de la puerta.

—Sí, es el viaje, en un momento salgo.

—No hay prisa.

Tomó el jabón y, al empezar a esparcirlo por su cuerpo, se dio cuenta de que había sido mala idea. Era el jabón que recordaba. El jabón con aroma a flores. El que siempre usaba ella.

Que estúpido, se decía mientras con un puño golpeaba la pared.

Se acurrucó en el piso de la ducha, el agua le caía en el cuerpo, y con las manos en la cara repetía:

—Maldita, maldita, maldita...

Rato después pudo salir con sus emociones bajo control.

El mesón de la cocina estaba arreglado con dos individuales de tela de cuadros y dos vasos de gaseosa.

—Te preparé algo. Te sentirás mejor en cuanto comas —dijo, y pasó los platos al pequeño mesón.

Hasta que no vio los sándwiches y la ensalada, Gabriel no se dio cuenta del hambre que tenía. Empezó a comer en silencio.

—Está delicioso, gracias —dijo sin mirarla a los ojos.

—Menos mal. Por suerte tenía algunos ingredientes de la ensalada que te gusta —le comentó, se notaba que deseaba entablar algún tipo de conversación.

Gabriel no le contestó.

—Amor —insistió ella, y llevó una de sus manos a la mano de él—, deseo ayudarte a superar lo que pasó.

—Créeme, querida, me has ayudado bastante —dijo, y soltó su mano enseguida.

Sabía que a Melisa no le pasaron desapercibidos, ni el tono en el que fueron pronunciadas sus palabras ni el gesto brusco de su mano. Lo miró algo confundida y como si recordara algo de repente le dijo:

—Te tengo un obsequio —se levantó enseguida, para buscar el paquete, envuelto en papel regalo que Gabriel había divisado antes encima de una cómoda.

Se lo entregó.

Gabriel no sabía qué hacer con el regalo.

—Ábrelo, sé que te gustará —lo miró expectante.

Había un silencio infrecuente en la habitación, solo roto por el ruido del papel al rasgarse. Gabriel observó la caja con curiosidad. Al abrirlo tocó el papel de seda, lo apartó con delicadeza y se sorprendió.

Novelas Ejemplares.

Tomó el libro en sus manos, y lo acarició fascinado por todos los detalles. Su mente voló al día en que le había contado a Melisa cómo un estúpido inglés le había birlado el único ejemplar que había en Barcelona en ese momento.

—Gracias, lo aprecio mucho —se obligó a decir, sin mirarla.

Lo dejó de lado y retiró el plato.

Se dirigió a la pequeña ventana, asomó la cabeza por ella, observó la escalera de incendios y los demás apartamentos alrededor. Necesitaba distraerse, respirar el aire de la calle, para no ir directamente a la cocina, agarrarla y llevársela nuevamente a la cama.

Melisa dejó los platos en el lavavajilla y se puso a limpiar nerviosa el mesón. No sabía cómo conectar con él. En ese momento se arrepintió de no haber ido donde alguna sicóloga para asesorarse. Percibía que él no era el mismo y que no sería nada fácil el que las cosas volvieran a su cauce.

Dejó el limpión a un lado y se acercó a él. Lo abrazó por detrás,

pegando los pezones a su espalda.

Lo sintió tensarse.

Ella empezó a acariciarle el pecho, sus músculos definidos del abdomen, los tendones. Él la dejó hacer, y eso la complació. Decidió ser más osada y llevó su mano por dentro del jean y acarició su miembro. Deseaba tenerlo dentro de ella otra vez, quería perderse en sus brazos, en sus caricias, aferrarse a él con el alma. Gabriel se dio vuelta despacio, con la cabeza erguida y una línea extraña en sus labios, enterró la cara en su cuello. Lo notaba confundido y muy vulnerable.

—Mírame —rogó ella. Gabriel movió la cabeza con lentitud hasta que sus ojos atormentados se posaron en la mirada de ella—. Te amo.

Gabriel la aferró con vigor para pegarla aun más a su cuerpo.

—Eres mi perdición —le repetía atónito por todo lo que ella le provocaba, pasando en segundos de la sensatez al desenfreno con cada caricia de ella.

Le quitó la camiseta al momento.

—Engancha las piernas a mi cintura —dijo enardecido y sin importarle la ebullición de sentimientos encontrados que sabía estaban a punto de explotar. La llevó a la cama, mientras la besaba y le mordisqueaba el cuello y la clavícula. Quería meterse en su piel, que su aroma de macho la llenara para que nadie más osara acercársele. Era un deseo tan brutal y primitivo que le era difícil aceptar del todo el talante en que se encontraba.

En ese momento se percató de que ella miraba consternada la mancha oscura que tenía en el cuello, producto del roce del candado y las cadenas.

—¿Qué es esto, Gabriel? —le preguntó ella al tratar de acariciar esa parte de su cuello.

—No lo toques.

—¿Te duele?

—Más de lo que imaginas.

En la cama le dio la vuelta al ver sus ojos aguados de lágrimas y la colocó de rodillas delante de él. No podía observar su rostro en ese momento. “Es solo lujuria”, se repetía desesperado. Le abrió las piernas y se acomodó entre ellas. Una caricia en su centro le hizo saber que ella estaba lista para recibirlo.

—Mi amor, te necesito tanto —le susurró ella.

El sonrió irónico, le acarició la espalda y, al llegar a su cuello, le pegó la cara totalmente a la almohada, sus pechos rozaban el edredón. Melisa quería acariciarlo pero él se lo impidió, llevando las manos arriba

de la cabeza.

—No me toques, ahora no.

Él le colocó una mano en la cintura y, con la otra, le subió un poco las caderas, haciendo que se abriera más. Sabía que estaba ansiosa por recibirlo. Se movió un poco y se colocó justo en la entrada para penetrarla poco a poco, hasta quedar por completo en su interior.

Con un gemido ronco empezó a embestir, guiándola en su ritmo. Sí, pensaba él en medio de la neblina de lujuria que lo embargaba, podía poseer su cuerpo totalmente porque su alma era traicionera y nunca había sido de él. Estaba abierta, advertía como le temblaban los muslos, y ya presagiaba la inminencia un orgasmo turbulento.

Era una de las cosas que más lo enloquecían de ella, su entrega, su sumisión en el sexo. Eyaculó, totalmente perdido en sus sensaciones, embistiéndola sin querer acabar.

—¿Cuántos han disfrutado de mi trampa de miel? —le susurró en su oído con voz arisca, brusca, y aún con la respiración agitada—. ¿Cuántos han visto tu expresión al llegar al orgasmo? —preguntó mientras salía de su interior y la atrapaba con su cuerpo.

¿Habría oído bien?, pensó Melisa volviendo a la tierra. Lo miró confundida y con una opresión en el pecho que apenas la dejaba respirar, lo único que acertó a decir fue:

—¿Qué me preguntaste?

—Lo que oíste —le contestó él, y se puso de lado, sus ojos se habían vuelto oscuros y revelaban un profundo desprecio.

—Gabriel, soy una mujer casada, respeto mis votos —contestó, y se dio la vuelta cubriéndose enseguida.

—Demasiado tarde, querida, ya vi todo lo que tienes para mostrar —le dijo él en un susurro ronco. La sujetó a la altura de ambos brazos y le reveló una mirada que ella no le había visto en todo el tiempo que estuvieron juntos.

Melisa estaba asustada. Un escalofrío le recorrió la nuca al oír las palabras de Gabriel:

—¿Cómo me convencerás de que no tuviste nada que ver con mi secuestro?

—¿De qué diablos estás hablando? —soltó indignada y sin poder desasirse de los brazos de Gabriel.

—Anda, querida —le dijo con aparente tranquilidad. Su mirada, por el contrario, estaba llena de furia, de tormento y de deseo—. Estoy más que dispuesto a creerte en estos momentos.

Le acarició la nuca y la espalda con pasmosa tranquilidad. Luego se

colocó encima de ella, rozándole los pezones. La sabana con que había tratado de cubrirse yacía arrugada a los pies de la cama.

—Vamos —susurró él en su oído mientras acariciaba su centro con la palma.

Melisa quería ignorar la espiral de excitación de ese momento y trataba de desasirse, pero le era imposible.

—Convénceme de una vez y lo pensaré ¡para no refun-dirte en una cárcel! —explotó él enseguida, agarrándola del cabello. Sus ojos coléricos la horadaban con una intensidad tan agobiante, que pese a que trató de controlarse, los sollozos la atacaron de improviso.

—¡Eres un imbécil! —soltó ella furiosa en medio del llanto. Le dio un fuerte codazo que la pudo liberar de sus brazos—. ¿Cómo puedes creer eso de mí?

—¡Porque me lo dijeron! —la miró con odio—. Antes de refundirme en esa maldita selva.

—¿Y tu les creíste a esos malnacidos?

—Claro, tu amiguito Javier Cortés mandó el mensaje.

—No tuviste fe en mí —dijo decepcionada.

—En las condiciones en que estaba era muy difícil, créeme.

—¿Por qué te acostaste conmigo, si crees eso?

—Querida, eso no necesitas preguntarlo —le contestó con una mirada obscena—. Lo deseaba y puedo pagarlo.

—¡Tú no eres un imbécil! —exclamó furiosa y echando chispas por sus ojos. —¡Tú eres un soberano cabrón!

Melisa le dio una bofetada que lo tomó por sorpresa, dejándole las marcas de los dedos en la mejilla.

—¡Eres una mujerzuela sin corazón! —ladró Gabriel, y la tomó de los brazos hasta hacerle daño. Melisa percibía el sentimiento oscuro que lo traspasaba, y que lo haría capaz de hacer cualquier cosa—. No tuviste problemas para entregar toda la información que a esa gente se le dio la gana sonsacarte. —La soltó enseguida—. ¿Por qué lo hiciste?

—¡No sabes de lo que estás hablando! —lo miró más indignada a cada momento que pasaba—. ¡Tú no tienes ni idea de lo que tuve que pasar!

—Me importa una mierda. ¿Te acostabas con Javier al mismo tiempo que conmigo?

Melisa percibió en todo momento, cuánto estuvo en juego su integridad física dependiendo de la respuesta que le diera a Gabriel. — ¡Cómo se te ocurre! —lo miró con expresión de asco—. ¡Soy una mujer íntegra!

—¡Ja! Santa Melisa —la miró más furioso todavía—. No me lo creo.

—Habla con tus padres y luego emite tu sentencia —espetó ella aún furiosa y sin poder concebir que él, de verdad creyera toda la sarta de acusaciones que emitía.

—No los metas en esto —bramó él más furioso todavía.

—Oh sí, claro que sí, en cuanto sepas toda la verdad te vas a arrepentir de lo que estás haciendo —se apresuró a decir en un tono diferente del que había usado antes.

—Convénceme, dime cuál es tu verdad —le señaló desesperado.

—No me creerías y no voy a perder mi tiempo —al mirarlo a los ojos se dio cuenta de que este hombre no era su Gabriel. En su expresión no encontraba ni rastro del hombre que conocía y amaba. —Todo ha acabado Gabriel.

—Tienes razón, en cuanto miro tus ojos solo veo, selva, maltrato y cadenas.

—¡Lárgate! ¡No quiero verte más!

Algo se rompió dentro de ella, al darse cuenta de que en todo ese tiempo su temor más grande, la condena por parte de él, se había hecho realidad. En ese momento comprendió que todo estaba perdido, que no había marcha atrás.

—No he acabado contigo todavía.

—Ya has dicho todo lo que tenías que decir —lo miró con los ojos brillantes por las lágrimas que trataba de aguantar—. Yo te amaba Gabriel, nunca hubiera sido capaz de hacerle las atrocidades que dices a ningún ser humano.

—¡No te creo! —espetó con brusquedad—. ¡No te creo!

—No necesito que lo creas —su voz vaciló, luego añadió con tristeza—: De lo único que me arrepiento es de haber ido a ese restaurante en Cartagena. Si no lo hubiera hecho, nada de esto habría pasado.

—Fue arreglado, lo mismo que tu virginidad.

—No voy a contestar a eso —le señaló la puerta—. Lárgate —se colocó la camiseta—. Tú no me conoces.

—Yo te amaba con locura, Melisa —le dijo en tono apenado mientras miraba confuso su camiseta —. Te hubiera dado el mundo —en sus ojos brilló la rabia nuevamente y, en un tono diferente del que antes había usado, le espetó —: ¡Te di mi nombre! ¡Te di mi corazón! Y como una zorra fría y calculadora, lo devoraste.

—¡Lárgate! ¡Lárgate! O llamo a la policía —gritó Melisa descontrolada, atragantándose con lágrimas furiosas y con su voz. Corrió

al baño y cerró con llave.

Gabriel se vistió despacio y se sentó en la cama que aún guardaba el aroma del encuentro de los dos, por entre la puerta del baño escuchaba los sollozos de Melisa. Se levantó despacio y anduvo hasta el pequeño escritorio, acarició unos escritos que estaban al lado del computador. En ese momento su mirada recorrió el pequeño apartamento.

Con el ceño fruncido y una mano tocando su boca, se percató de la foto de su boda. Reposaba en un portarretratos al lado del computador.

En la pared del frente, una pintura que habían comprado en una feria callejera. En una mesa: una caja de madera tallada que le había comprado a un artesano en Barranquilla. Su corazón se encogió cuando divisó la foto del día en que le propuso matrimonio dentro del portarretratos que habían comprado en ese momento. La camiseta que Melisa tenía puesta era de él. Con un nudo en el estómago, entró en el pequeño vestier. Había tres camisetas suyas y su chaqueta favorita envuelta en una bolsa transparente.

Se acercó lentamente a la puerta del baño. Aún oía sus sollozos y la llave del agua del lavamanos correr.

¿Y si se había equivocado?

No, no y no. Era una traidora y se merecía su desprecio y algo más.

Pero algo no cuadraba, y en ese momento no se iba a preguntar qué. Solo sentía un desgarrón en el vientre ante los sollozos de ella. Colocó una de sus manos en la puerta e hizo el amague de golpear, pero la rabia se lo impidió. Abrió y cerró la boca varias veces, pero las dudas, esas sombras oscuras que siempre están al acecho del alma atormentada, le impidieron pronunciar palabra.

Salió del departamento con su maletín y, en un gesto de nostalgia, tomó la caja con el libro que le había regalado. ¿De verdad creía que podría tomar las riendas de su vida en ese momento?

CAPÍTULO XXIII

La Confrontación

Amalia iba de allá para acá, explicándole al jardinero qué plantas deseaba resembrar en el jardín que bordeaba el área de la piscina.

Rafael estaba leyendo el periódico en una de las tumbonas que estaban alrededor, sorbió el jugo de pomelo, que le pareció algo dulce. Dejó el vaso segundos después, en una mesa. El día no podía ser más perfecto, cielo azul y una ligera brisa que le recordaba que los días de

diciembre ya estaban cerca. Dejó el periódico a un lado y volvió la mirada hacia su mujer. Tenía puesto un pantalón de hacer deporte y una camiseta de tiras, acababa de llegar de caminar por los alrededores; estaba despeinada, le corría el sudor por la cara y el cuello, mientras le explicaba a Miguel, que trasladaría de lugar las Isabel II. Rafael no tenía ni idea de a que planta se refería ella, solo estaba pendiente de sus gestos y del tono de su voz. Con una pequeña toalla se limpió el sudor que le escurría por abajo del cuello, y lo único que quería hacer él era saltar sobre ella y llevársela a algún lugar para hacerle el amor de forma tórrida y salvaje, como hacía años no lo hacían. Al verla así no pensó en su amplia cama o en sus sábanas de quinientos hilos de algodón egipcio, no señor. Le vinieron a la mente moteles, camas deshechas con sábanas arrugadas y sudadas, y música de fondo.

Tenía miedo.

No le gustaban los cambios a estas horas de la vida en que se suponía que debían pensar solo en los nietos y en los viajes.

Ella estaba cambiada.

Y esos cambios lo asustaban y excitaban a la vez.

Amalia se acercó con el mismo balanceo de caderas de cuando era una jovencita. Al llegar al lado de él, tomó un poco del jugo que estaba en la mesa y luego se limpió los labios con la punta de la lengua. Eso bastó para llevarlo por un camino de lujuria que no sabía cómo controlar. “A estas horas de la vida”, pensó algo molesto.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella inocente de los pensamientos de su marido.

—Nada —carraspeó él, mientras volvía a su lectura para ver si podía dejar de pensar en ella. De pronto se acordó—: Gabriel llega hoy en el primer vuelo.

—Sí, es mejor hablar con él enseguida. Voy a cambiarme.

—¿Te acompaño? —le preguntó él con voz ronca.

La notó sorprendida por la propuesta. Hacía mucho tiempo que estaban distanciados, sus encuentros eran cada vez más escasos. Lo que alguna vez habían tenido, parecía que se lo hubiera llevado el viento.

—Gabriel no demora, espéralo mejor en el estudio, yo iré enseguida—dijo finalmente, alejándose de él.

—¡Niño! Qué cara tienes —lo saludó nana Rosa al verlo entrar. Gabriel sabía que tenía cara de muerto viviente, los ojos rojos y barba de tres días.

—Hola, mi nana favorita —la saludó el tratando de bromear.

—Soy la única que tuviste —soltó ella petulante.

—Por eso mismo, mi negra —le dio un suave beso en la frente y le preguntó—: ¿Dónde está mi padre?

—En el estudio —contestó ella—. Debes cuidarte, no te ves nada bien. Te traeré jugo y comida.

—Gracias negra, pero no tengo hambre.

—¡Ah, no! —contestó ella molesta—. Tendrás que comer así me toque sentarte en la mesa a darte los bocados—. Después de mirarlo un rato, le dijo—: Esa vida en la capital no te sienta, vente pa' tu tierra, niño.

—Qué más quisiera.

—A ti lo que te falta es la brisa del mar, el calor de tu gente. Me imagino la capital como una nevera.

Gabriel sonrió, adoraba a esa mujer.

—Bueno, no más charla, voy a la cocina. Ya sabes, prepárate.

—Ok.

Gabriel estaba atemorizado. Había llegado la noche anterior de Nueva York sintiéndose peor que cuando lo habían secuestrado. Estaba mal dormido y nada satisfecho por como había ocurrido su encuentro con Melisa. De pronto sentía que se había precipitado. Había hablado con su padre y tomado el primer vuelo de la mañana a Barranquilla. No quería pensar en lo sucedido porque sentía como un puñal clavado en el alma.

No, aún no.

Todavía lo sostenía el resentimiento con trazas de desesperación. Sabía que después vendría la pena. Estaba agotado, deseaba dejarlo todo atrás. Cerró los ojos un momento y la visión de los ojos azules de Melisa anegados de lágrimas, acentuó su desanimo.

Ella, la única mujer que había amado, lo había traicionado. Cerró los puños al mudar su temperamento hacía una ira ciega. ¡Cómo había podido ser tan imbécil! Nunca en su vida se había dejado idiotizar por una cara bonita, pero con ella... ¿Qué poder había detentado sobre él, para ofrecerle matrimonio, y lo más importante de todo, haberle entregado el corazón? Llegó hasta el estudio de Rafael, atravesó la estancia:

—Hola papá —saludó a Rafael con un abrazo.

—¿Cómo estás, hijo? —supo que su padre estaba preocupado por la manera en que respondió al abrazo, como si fuera el último gesto de cariño, por parte de Gabriel, que recibiría en mucho tiempo.

En ese momento Amalia entró en el estudio, elegante como siempre, con un conjunto de pantalón y blusa color hueso, y envuelta en una nube de Allure de Chanel.

—Hola, hijo —le puso la mejilla y luego se acomodó en el sofá frente a Rafael, que no le quitaba la vista de encima —. No tienes buena cara. ¿Te

sientes bien? —le preguntó preocupada.

—¿Qué mierda pasa con Melisa? —espetó él, con nubes tormentosas en los ojos.

Amalia palideció.

Rafael carraspeó.

—¿Ya te enteraste de todo? —le preguntó Rafael asustado.

—No, aún no. Y por eso vengo a que me digan qué diablos pasa.

Caminaba de lado a lado con las manos entrelazadas en la nuca y después las llevó a los bolsillos de sus jeans, mientras miraba a sus padres exigiendo respuestas.

—Hijo, la historia es larga.

Rafael se acomodó en su asiento, obviamente nervioso por lo que iba a revelar.

—No voy a ir a ningún lado.

Gabriel se acomodó en una de las sillas frente a su padre, que estaba detrás del escritorio. Estiró las piernas y las cruzó en un gesto propio de él. Los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Primero debes prometerme que, por tu bien, tomarás las cosas con calma.

—¡Mamá! No soy una maldita rosa a punto de deshojarse. Suéltenlo ya, por favor —no quería ser brusco, pero al ver sus caras sabía que no le iba a gustar nada lo que oiría.

Sintió una piedra en el estómago más grande de la que ya tenía.

—¡No le hables así a tu madre! —le espetó Rafael.

—Perdón, mamá, pero es que hace dos días estuve con Melisa en Nueva York.

—Entonces no había tal viaje a las Bahamas —concluyó su padre molesto.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —preguntó Amalia con voz trémula.

—Pagué a un investigador para que averiguara cosas, y estuve en la cárcel visitando a uno de mis secuestradores.

—¡Dios mío! —dijo Amalia en voz baja.

—Recuperé la memoria y fui a arreglar cuentas con mi mujercita —añadió con irritación, los ojos le brillaban de rabia—. Martín Huertas me dijo que ella y Javier me habían entregado a la guerrilla. ¿Por qué diablos no está en la cárcel?

—¿Por qué crees? —le respondió su padre.

—¿Qué hiciste, Gabriel? No me digas que la lastimaste —le preguntó Amalia angustiada.

—¡Y qué esperabas! Me traicionó —le soltó con brusquedad—.

¿Acaso la vas a defender? —sonrió irónico—. No creo que tu solidaridad de género llegue a tanto.

—Eso es falso, ella no tuvo nada que ver con lo que te pasó —le contestó Rafael apenado—. Y respeta a tu madre o sabrás lo que es bueno.

Gabriel oyó lejanas las voces de sus padres. Sentía que la sangre se le escapaba de la cabeza. Empezó a sudar, ya tenía empapada la camiseta y no era por la temperatura del estudio que estaba regulada por el aire acondicionado.

—¿Qué quieres decir?! —preguntó alzando el tono de voz, tan pálido que hasta los labios se le pusieron blancos.

—Yo también fui muy duro con ella. Tan duro que aún hoy me arrepiento de lo que hice.

—¿Es inocente? —preguntó Gabriel sin oír lo que acababa de decir su padre.

—Sí, hijo. Melisa es completamente inocente.

Gabriel miraba alternativamente a su padre y a su madre, consternado.

—¡Oh, Dios mío! —susurró apenado, se cubrió la cara con las manos y apoyó los codos sobre las rodillas.

Sus padres lo observaban en silencio.

—¿Qué le hiciste? —le preguntó Gabriel a su padre con la voz enronquecida.

—La hice llevar a la fiscalía donde la retuvieron. Luego el cabrón de Javier, por rabia, o por celos, o qué se yo, la implicó en el secuestro.

—¡Y tú no hiciste nada por ayudarla! —Era una afirmación, Gabriel no quería imaginar lo que debió sentir Melisa al tener que ser interrogada. Y su familia, además. ¿Cómo se habrían sentido ellos?

—Estaba como tú, creyendo que ella tenía algo que ver, entiéndeme —dijo su padre desesperado—. Era una aparecida en tu vida, te habías casado con ella sin tenernos en cuenta. Por eso sospechaba de todo lo que hacía.

—¿Qué pasó después?

—El fiscal formuló cargos y tu esposa fue a parar a la cárcel de mujeres durante dos semanas.

—No, no, no —gritaba Gabriel deshecho y con lágrimas en los ojos. Se levantó de golpe, era muy duro oír la verdad. Se mesaba los cabellos con las manos, mientras sacudía la cabeza de lado a lado y negaba la noticia que le había dado su padre—. Tu deber era ayudarla, tenía la protección de mi nombre.

—Yo no sabía quién era ella... y el fiscal lo hizo por hacer caer a los

malnacidos que te habían secuestrado en la ciudad. Él sabía que ella era inocente.

—Lo único que quería tu padre era que volvieras a casa —. Intervino Amalia angustiada.

—No entiendo.

—El fiscal había interrogado a Javier y pensó que podía presionarlo utilizando lo único que parecía interesarle.

—Melisa —dijeron al tiempo.

—Sí, pero resulta que él la implicó, algo que no se esperaba el fiscal.

—¿Qué sucedió después? —apremió Gabriel enfermo de pensar en todo lo que tuvo que pasar Melisa a raíz del secuestro. No podía suponerlo.

—Entró en escena Carolina, la amiga de Melisa. Parece que Javier la amedrentó para lograr que consiguiera información de Melisa.

Gabriel entendió todo en ese momento. La reconciliación con Carolina había sido una farsa de ese par para sacarle información a su esposa.

—Hay mas...—le señaló con voz ronca y rehuyéndole la mirada. Su madre se acercó a él.

—Hijo, lo que te vamos a decir va a ser terrible para ti —masculó acongojada.

—Carolina y Javier confesaron todo y eso libró a Melisa de la cárcel.

—Sigue.

—Melisa estaba embarazada.

—¿Cómo?! —gritó él—. ¡Embarazada dices! —le preguntó Gabriel con los ojos desorbitados y un puño en su corazón, su mente trabajaba frenética. Recordó que el día de su secuestro ya lo sospechaba. Se levantó de la silla, y retrocedió algunos pasos hacia la puerta. Necesitaba alejarse. Le hubiera gustado haber echado a correr. No quería escuchar lo que su alma ya sabía.

—Lo siento, hijo, lo siento —le decía su padre apesadumbrado y con todo el dolor del alma.

—¡Pero qué mierda me estás diciendo! —gritó Gabriel. Volvió sobre sus pasos y colocó ambas manos en el escritorio de su padre.

—Gabriel, contrólate, por favor —suplicaba su madre.

—¡Que control ni qué mierda! —ladró furioso—. ¡¿Qué pasó?! —gritó nuevamente, algo terrible había pasado, tenía esa certeza.

—El día antes de su salida hubo una reyerta en la cárcel. Por accidente la golpearon y perdió el bebé. Nosotros apenas nos acabábamos de enterar que estaba embarazada.

—¡Oh no! Mi Melisa no. ¡Dios mío! ¿Por qué? —gritaba Gabriel desconsolado, yendo de lado a lado de la habitación—. Mi hijo, mi hijo...

—Lo siento mucho —decía Rafael compungido.

—¡Tu deber era protegerla! Si hubiera sido una mujer de nuestra misma clase social, no habrías hecho lo que hiciste —lo miró echando chispas por los ojos.

—¿Crees que no lo sé?

—¡Esto no te lo perdonaré nunca! ¿Me oyes? —Lo miró con toda la rabia y el dolor de su corazón—. ¡Nunca!

—Sí, hijo, lo sé. Simplemente hice lo mismo que hiciste tú hace dos días.

Gabriel se encogió enseguida. Su padre tenía razón, pero ahora no era el momento de disculpar su comportamiento. Tal vez en veinte o cincuenta años. Observó a su madre y le extrañó que no estuviera calmando las aguas entre los dos. Pues ambos eran tozudos, discutían y ninguno de los dos cedía, así había sido toda la vida, sobre todo desde que Gabriel había llegado a la adolescencia.

—¿Por qué no hiciste algo, mamá?

—Tu mamá no tuvo nada que ver en todo esto —le espetó Rafael—. ¿Por qué crees que me mira como me mira? Ha sido así desde ese episodio.

Gabriel entendió todo: el alejamiento de sus padres, el no querer referirle la verdad y el porqué su madre no se había puesto del lado de su padre en ese momento.

—¿Cuándo pensaban decírmelo?

—No fue decisión nuestra ocultarte las cosas.

—¿De quién entonces?

—De Melisa —contestó Amalia—. Cuando se enteró de que habías perdido la memoria nos dijo que no te dijéramos nada. Que si la recuperabas, bien; pero que si nunca volvías a recuperarla, no quería causarte el sufrimiento por lo ocurrido al bebé y de lo que le había pasado a ella.

—Se sentía culpable por tu secuestro. Nos dijo que si nunca te hubiera conocido, no te habría pasado lo que te pasó —concluyó Rafael.

—Típico de ella —la voz de Gabriel se entrecortó con una mezcla de risa y desesperación—. ¿Ahora qué carajos voy a hacer? —se preguntó, y recordó la manera tan abominable en que la había tratado. Se encogió de remordimiento.

—Hay algo más que sucedió —continuó Rafael —, y esto no lo sabe tu madre. Pido perdón de antemano por mi precipitación y por lo cretino

que fui.

Amalia lo miró con miedo.

—Habla —le replicó Gabriel con una mirada turbulenta.

—El día que llevaron a Melisa al hospital —Rafael hizo una pausa y los miró aterrado—, le pague al enfermero para conseguir los restos fetales y hacer una prueba de ADN.

—No es cierto —señaló Gabriel, sin saber qué era peor, lo que su padre le había hecho a la mujer que amaba, o lo que le había hecho él hacía dos días.

—Estoy segura de que lo hizo. Tu padre era un demonio esos días —replicó Amalia con una mirada de decepción que no podría sustituir en mucho tiempo.

—Desconfiaba de ella y de Javier. Obviamente tú eras el padre.

—Pues claro que lo era. Melisa era virgen, papá. Yo había sido el único hombre en su vida —contestó él con voz rota.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó Amalia con lágrimas en los ojos al ver el sufrimiento de su hijo.

—Soy una bestia. Si hubiera hablado primero con ustedes, en este momento estaría con ella —se colocó la palma de las manos en los ojos—. Ahora ni sé si quiera volverme a ver.

—Ay, Gabriel.

En el vuelo de vuelta a Colombia, Melisa se permitió pensar en lo sucedido.

Rato después de que Gabriel abandonara su apartamento había dejado de llorar, pero la pena se había instalado en su corazón y se regodeó en ella un buen rato. Entonces la invadió una furia ciega. Estaba más que indignada por el comportamiento de él. Pero más lo estaba por el de ella. No podía negarlo, vivía subyugada por la apostura de su marido, su hermoso rostro, sus ojos verdes que variaban de color dependiendo de su ánimo, ese día habían ostentado el color de la selva tupida en la que había estado refundido tanto tiempo. Y ese cuerpo que acarició y besó a conciencia. Su olor entre todos los olores del mundo: a hombre, a loción, a sudor y hasta el aroma de su ropa que siempre relacionaba con su casa. Estaba enferma. Tan pronto lo había visto se le había abalanzado.

Se sentía avergonzada. No era sino ver a Gabriel y su corazón y su cuerpo tomaban la delantera sobre su mente. Era una descarada; eso era lo que pensaba cada vez que rememoraba los momentos vividos en el apartamento. Con razón se había tomado tantas libertades con ella, sin importar que estuviera furioso.

Y cómo no iba a ser así, si su rostro expresaba todo lo que sentía.

Estaba lista, pues. Los hombres detectan eso, pensó mortificada.

Tenía que controlarse. Lo más triste de todo fueron sus rudas acusaciones. Se le había encogido el corazón ante las palabras tan injustas que había proferido. Aún en ese momento, en el avión en el que viajaba de vuelta a su país, se preguntó si no sería una pesadilla todo lo que vivió ese día. Le parecía increíble que Gabriel la hubiera llamado todas esas cosas. Se percató de que no se conocían y que nunca tendrían la oportunidad de hacerlo. Eso era decisión tomada.

Lo único que lo disculpaba era que no tenía idea de la verdad, y cuando la supiera, sabía que iba a intentar hablar con ella.

Pero para ella ya no habría marcha atrás. Gabriel Preciado tenía que salir de su vida. Le sería imposible vivir con él sabiendo que cada vez que la veía, solo veía selva y cadenas. Eso era lo que más le dolía de todos sus insultos.

Al llegar al aeropuerto y después de pasar por inmigración, y recoger sus maletas, en la salida de pasajeros, la recibieron sus padres.

—Hija mía, estás hermosa —la saludó Luis Eduardo, mientras la abrazaba y la besaba.

—Hola, papá. Hola, mamá —abrazó a su madre.

—Qué alegría tenerte nuevamente con nosotros.

Melisa se dio cuenta de que alguien había tomado sus maletas y las llevaba a una camioneta que no conocía.

—Padre, ¿de quién es este auto? —inquirió preocupada.

—De Gabriel, hija. Lo puso a tu disposición durante todo el tiempo que sea necesario.

Así que había mandado a sus esbirros, pensó Melisa.

—Baja las maletas de ahí enseguida, padre —explotó indignada.

—Pero, hija... —soltó débilmente Mariela.

—Nada —espetó con expresión decidida—. Nos vamos en taxi.

—¿Pero, por qué? ¿Qué pasa, hija?

—Pasa que no quiero volver a ver a Gabriel nunca más. Eso pasa, papá.

El escolta que la acompañaba levantó la mirada ante los gestos y las palabras de Melisa.

—Señor, usted no tiene la culpa —trató de tranquilizarlo ella—. Simplemente baje las maletas y póngalas en aquel taxi.

—Pero, señora, mis órdenes son...

—Me importan cinco sus órdenes. Yo no me monto en ese auto —le dijo de forma obstinada.

—Ya basta, Melisa, vamos en el taxi —dijo su padre, atónito ante el

comportamiento de su hija.

Melisa los miró algo avergonzada por el abrupto estallido. Hacer un espectáculo en plena salida del aeropuerto, el día de su regreso al país, era lo último que quería.

Rafael y Amalia quedaron en silencio, el sufrimiento de su hijo les partía el alma. Todavía quedaban huellas de la explosiva despedida de Gabriel.

—Ya está —dijo Amalia, y miró a Rafael con lástima.

—Nunca me perdonará —le contestó él triste.

—No lo juzgues como si fueras tú —le espetó indignada—. Gabriel tiene buen corazón.

—¿Y yo no? —preguntó con el corazón en un puño, mirándola extraviado. Por primera vez en su vida se cuestionaba sus actos y se sentía verdaderamente avergonzado.

—Mi error, cuando me enamoré de ti, fue haber pensado que te podía cambiar —Le dirigió una mirada tranquila, de aceptación, de dolor—. Tu veta de dureza siempre ha estado ahí.

Rafael palideció de repente.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Pensé que la había arrancado con mi amor, pero simplemente estaba cubierta, lista para brotar a la menor provocación.

La miró atormentado y perdido, como a un niño que de pronto hubieran privado del amor fraterno.

—Tú me has hecho un mejor hombre, Amalia. No lo dudes nunca.

—Pues al parecer no hice un buen trabajo —dijo, y se levantó de la silla—. Me voy Rafael, necesito tiempo para pensar en nosotros.

—¿Qué carajos estás diciendo? —preguntó Rafael con miedo.

—Lo que oyes. Voy a estar en Bogotá hasta la inauguración de la joyería. Después hablaremos tú y yo.

—Haz lo que te dé la maldita gana, pero no estés muy segura de encontrarme aquí cuando vuelvas.

—Tomo el riesgo —se secó las lágrimas que rodaban por sus mejillas—. Adiós Rafael —se despidió con el corazón oprimido y lágrimas en los ojos.

CAPÍTULO XXIV

Las disculpas

—¿Eso dijo? —preguntó Gabriel al hombre que había presenciado el arrebato de Melisa en el aeropuerto. Apoyó los codos sobre el escritorio y apretó los dientes hasta sentir la presión como corrientazos.

—Sí, señor, ni más ni menos —contestó el escolta.

—¿Nicolás y Darío ya están en sus posiciones?

—Sí, señor desde hace una hora.

—Bien.

—Ella no debe saber que está siendo protegida.

—Sí, señor.

Ante un gesto de Gabriel, el custodio abandonó la habitación enseguida.

Se sentía agobiado.

Era su maldita culpa.

Y todo por su maldita impetuosidad.

Gabriel estaba sufriendo como un condenado. Ni en sus días más crueles del secuestro sintió el vértigo y la pena que lo acompañaban en ese momento.

Su hijo.

Tendría en ese momento un año largo, un niño con los ojos de su esposa o una niña que lo enloqueciera con sus datos curiosos, sonreía entre lágrimas.

El fruto de su amor.

El sufrimiento de ella.

Y él, como un soberano cabrón, había rematado la faena de la peor forma. Quería darse contra las paredes por su imbecilidad. Se ahogaba. Caminó por el estudio como león enjaulado. La necesitaba para respirar.

Le había mandado flores, pero ella las había devuelto con la amenaza de una caución. Sonrió irónico. No podía culparla. Estaba furiosa. Iría a verla así le cerrara la puerta en las narices. La precisaba para vivir, necesitaba amanecer todos los días con ella, a su lado era una mejor persona, solo con ella podría superar el infierno vivido en la selva. Melisa era su sanación.

Melisa no podía creer la cara dura de su marido. ¿Por qué la atormentaba de esa forma? Flores, mensajes de texto, el auto en la puerta.

—Melisa, escuchaste tu corazón. No te culpes más por lo sucedido.

—Sí, mamá, aprendí por las malas lo que sucede cuando se escucha al corazón.

—No seas injusta —le replicó Mariela mientras le servía un café en la mesa de la cocina.

Melisa estaba recién levantada. No había dormido muy bien la noche anterior, ni se había peinado. Sorbía distraída el líquido humeante.

—Él también ha sufrido mucho —la miró de reojo—. Fue solo su corazón roto lo que lo obligó a actuar así.

—¡Déjala en paz, Mariela! —dijo Luis Eduardo a su mujer cuando entró a la cocina para recibir el café que tomó a grandes sorbos antes de irse a trabajar.

—No quiero que se preocupen. Retomaré mi vida, evaluaré las diferentes propuestas que tengo para poner en marcha mis proyectos, y no pensaré en nada más.

—Me parece bien —concluyó su padre.

Luis Eduardo se despidió de sus mujeres con un beso.

—Mamá, no es que sea injusta —señaló Melisa mientras dejaba el pocillo en el lavaplatos—. Es que de pronto pienso que esta historia no debió haberse iniciado. Solo ha traído sufrimiento y dolor.

—¿Estás segura, hija? —la miró Mariela con sabiduría, al tiempo que organizaba algunos cacharros en las diferentes estanterías—. ¿Podrías jurar ante una biblia que no tuviste momentos felices, momentos que no cambiarías por nada?

—No puedo responderte a eso —le contestó mortificada.

—La vida de matrimonio está surcada de momentos felices y también de tristezas, no lo olvides. Dios solo manda pruebas fuertes a quien él sabe que puede superarlas.

Melisa no le contestó.

Mariela se dirigió al jardín del patio de atrás a regar sus rosas.

Ya subía las escaleras para ir a su habitación, dispuesta a alistar su ropa y darse una larga ducha, cuando sonó el timbre de la puerta. Las palabras de su madre la habían sumido en la melancolía. ¿Es que nadie entendía como se sentía ella?

Al abrir el portón, quedó tiesa en el umbral y contempló al causante de sus penas de arriba abajo, hasta fijar la mirada en sus tempestuosos ojos verdes que aún le hacían flaquear las rodillas.

—Hola, mi amor —saludó Gabriel asustado. Melisa reaccionó e hizo el amague de cerrarle la puerta en las narices, pero él la atajó—. No me cierres la puerta, debo hablar contigo —le dijo solemne.

—No tenemos nada de qué hablar —lo miró con sus límpidos ojos azules teñidos de tristeza—. Lo dejaste claro en tu visita a Nueva York —se sonrojó mortificada.

—Por favor, mi amor —le dijo apenado y en tono conciliador.

—Pasa. No quiero terminar dentro de tu auto en tres zancadas y dando un espectáculo —le contestó airada.

Por la mente de ambos pasó el recuerdo del día de su tormentosa pelea.

Gabriel pasó a la pequeña sala. Melisa le brindó asiento, pero él no se sentó. Estaba más delgado que días atrás. Tenía ojeras y unas ligeras arrugas en las comisuras de la boca. Todo el sufrimiento por el secuestro, y ahora el enterarse de la verdad, pasaban factura a un hombre que se creía invencible.

Melisa tuvo que sofocar el repentino anhelo de acariciarle la cara, de relajarle el ceño y las comisuras de la boca, de refugiarse en sus brazos y de decirle que todo estaría bien, que todo se solucionaría. Caminó hacia la ventana de espaldas a él. Observó a un par de niños que iban para el colegio de la mano del padre.

Gabriel nunca podría superar su amarga experiencia con ella a su lado.

Tenían que seguir adelante con su vida. Melisa sabía que estas sensaciones eran nuevas para él, la impotencia, la pérdida. En cambio para ella, habían sido dos años de luto. Recurrió a la ira y la indignación por lo ocurrido en Nueva York para sofocar sus otros sentimientos y con mirada dura lo enfrentó.

Él se paseaba de un lado a otro por la sala sin saber qué decir.

—No quisiste utilizar el auto que te envié, ni aceptaste las flores.

—No necesito ninguna de las dos cosas —no quería sonar brusca, pero no pudo evitarlo.

—Mi amor, perdóname. Sé que fui un cretino —le dijo con voz desgarrada—. No sabes cuánto lo siento.

Melisa lo miraba fijamente, no quería decir nada. Se percataba de que a Gabriel lo abrumaba la vergüenza.

—Cuando me enteré de tu estadía en la cárcel y de todo lo que pasó...Dios bendito —la miró con todo el arrepentimiento de su corazón—. No tienes idea de cómo lo lamento.

—Con el tiempo he podido superar en algo lo que pasó.

—Nuestro hijo —susurró acongojado, por la pena.

“Tiene roto el corazón” caviló afligida Melisa y con un nudo en el estómago.

Se arrodilló ante ella y empezó a acariciar su vientre, como si su bebé aún estuviera ahí. Melisa no lo esperaba.

—¿Qué haces? —le preguntó con voz trémula y sin fuerzas para apartarlo.

—Mi bebé —decía con la cara pegada a su vientre y lágrimas en los ojos—, mi bebé.

—Él ya no está ahí —dijo en voz baja y entrecortada. Refrenó el impulso de acariciarle el cabello y darle el consuelo que necesitaba.

—¿Sufriste mucho dolor? —inquirió sin apartar la mirada de ella.

“Quise morirme”, deseó decirle, “porque no estabas tú, ni mi niño”.

—La parte física no fue importante. Me dolía más el alma — contestó ella, no quería echarse a llorar y buscar el consuelo que aún necesitaba de él —. Levántate —le insistió —, levántate, por favor.

Gabriel se levantó renuente. Con un gesto atormentado, la tomó de ambos brazos, la arrinconó a la pared que tenía más cerca, la inmovilizó con su cuerpo y le acaparó la boca.

Ese gesto tomó a Melisa totalmente desprevenida. Ella le negó la boca, con lo que él, ya perdido en su aliento, le apresó la mandíbula y la inmovilizó. Insistía e insistía sobre sus labios, sin percatarse de los movimientos que hacía ella para soltarse. La besaba como loco, como si después de una larga sequía encontrara el agua que necesitaba para seguir viviendo.

Gabriel exigió con labios y dientes que ella abriera la boca. Ella cedió. Con su lengua invadió todos los rincones reconociendo lo que era suyo.

Melisa forcejeó, y trató de soltarse, pero él se lo impidió.

—Dime que me deseas —le susurraba como loco pegado a su boca—, dime que aún me llevas en tu corazón.

Melisa sabía que dentro de un rato se estaría dando contra las paredes por su estupidez, pero era algo que no quería negarse y se rindió a sus besos, como siempre le ocurría, perdía la capacidad de hablar, pensar y hasta de respirar. Solo quería sentir. Perderse en ese breve interludio de tiempo, y guardar ese beso en su memoria para repasarlo en las largas noches que vendrían. Su lengua salió al encuentro de la de él. Gabriel soltó un gemido desesperado y la apretó contra su pelvis. Melisa lo notó palmo a palmo y trató de separarse, antes de que percibiera su anhelo.

Gabriel llevó las manos al naciminetto del escote de la pijama, La acarició con ternura y besó ese espacio de piel.

—Para Gabriel, por favor —rogaba con la respiración entrecortada.

—Eres mía... mía... mía...—gemía sobre sus colinas de piel, erguidas de expectativa—. Estoy loco por ti, quiero hacerte el amor.

—No soy tuya —dijo con voz firme—. Acuérdate... cuando ves mi cara, solo ves selva y cadenas.

Gabriel la contempló, desorientado, con la boca entreabierta. Melisa se dio cuenta de que él no recordaba sus propias palabras.

—¡Era mentira! ¡Estaba como loco! Pensé que me habías traicionado, yo nunca pensaría así. Olvídate de eso, por favor.

—Ya es tarde Gabriel. Vete, por favor.

—Sé que estás algo confundida, pero lo arreglaremos —dijo él, y trató de tomarla en sus brazos otra vez.

—No, Gabriel, respeta mi decisión.

A Gabriel lo invadió la furia, los celos.

—¿Es que acaso hay alguien más?

Melisa recuperó su ira.

—No hablemos de eso, porque entonces tendrías que darme un par de explicaciones que no tengo ganas de escuchar en este momento.

La miraba desconcertado.

—Mi amor yo...

—No soy tu amor, que te quede claro. Ahora, por favor, te vas, tengo cosas que hacer.

—Esto no ha acabado, Melisa. Lo que tú y yo tenemos no acabará nunca —le señaló con un dedo la cabeza—. Grábatelo de una buena vez.

—Eres el mismo arrogante de siempre.

—Y tú eres igual de terca —la observó de arriba abajo, y demoró la mirada en sus pezones que estaban erguidos—. A tu servicio, señora.

Y con una sonrisa de suficiencia salió de la casa.

Tonta, tonta y más que tonta.

Ahí lo tienes: él llega, se acerca a ti y mira lo que pasa, pensaba avergonzada de su conducta.

Una mujer con un mínimo de dignidad lo mandaría al infierno —susurraba furiosa consigo misma—, pero no, yo simplemente me derribo en su presencia. Lo que debe estar gozando el muy cretino.

Gabriel estaba en su estudio donde se había encerrado desde que había regresado de la visita a Melisa en la mañana. Estaba echado en uno de los sofás que circundaban la estancia. Mantenía los ojos cerrados y el ceño fruncido, la mandíbula tensa y los labios en una línea delgada. Los brazos reposaban a cada lado de su cuerpo. La empleada le había llevado una bandeja con comida algo más temprano. Ya era entrada la tarde y ésta estaba intacta. Tampoco se atrevía a abrir la botella de whisky que tenía al frente. No deseaba beber solo. Escuchaba la letra de la canción que sonaba en el equipo de sonido con el corazón en un puño. Era una balada ochentera. Su mente rememoraba el encuentro en la mañana con Melisa, una y otra vez. Lo lastimó la mirada de dureza que cayó sobre él, en cuanto ella había abierto la puerta. A él le había dolido el corazón al verla. Estaba recién levantada. Había tenido el impulso loco de arrastrarla hasta su cama y arrojarse con ella en unas sábanas que, estaba seguro, aún estarían tibias. Pero ella no deseaba nada con él.

El dolor por la pérdida de su hijo era una herida que quemaba en su plexo solar. La necesitaba para superarlo, la precisaba para que sus caricias actuaran como bálsamo sobre las profundas heridas de su alma. ¿Y ella? ¿Cómo se habría sentido ella? Superarlo debió haber sido muy difícil, conociéndola como la conocía con su desmedido amor hacia las criaturas pequeñas. En Nueva York ella había buscado su consuelo, aún sin decirle una sola palabra, lo presentía. Soltó un gemido agónico al percatarse de lo imbécil que había sido.

Su mente le pedía que la dejara en paz un tiempo, por lo menos hasta que se calmara, pero su corazón y sus índole eran las que estaban al mando. Ella lo invadía por completo, ¡qué desastre el de Nueva York! “El maldito secuestro acabó con mi buen juicio”. ¡Cuánto la había lastimado! pensaba mientras llevaba su mirada a la botella. Le dolía que Melisa quisiera deshacerse él y de una forma tan serena ¿Cómo podía hablar de que no quería verlo más? Cuando ellos eran uno solo. ¿Es que no lo recordaba?

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus cavilaciones.

—¡Miguel! Amigo —Gabriel se levantó enseguida al ver la cara de su amigo asomarse por la puerta—. ¿Cuándo llegaste a Bogotá?

Se fundieron en un abrazo. A oídos de Miguel, llegó la melodía de una balada romántica. En la mesa de centro reposaba una botella de whisky sin abrir y un vaso limpio al lado sobre un portavasos de plata repujada.

—Anoche. Tenía que venir a verte, viejo amigo—. Lo miró atentamente—. ¿Cómo te encuentras?

—En forma, como antes.

—Me alegra.

Miguel observaba a su ex-jefe y amigo con detenimiento. Las sombras turbulentas en sus ojos denotaban estrés y las arrugas en su rostro indicaban pena, lo notaba tenso, atrapado. Ni de lejos había superado la experiencia. En el apartamento no había ni sombra de Melisa. Pero no deseaba atosigarlo con preguntas. Tenía curiosidad por saber sobre ese doloroso tiempo de su amigo, pero tenía que ser él, quien tomara la iniciativa.

La culpa lo azotaba como cada que recordaba el día del secuestro. Si él hubiera estado allí, no habría pasado aquello. Estaba seguro.

—¿Cómo te fue por Irak? —preguntó Gabriel mientras lo invitaba a sentarse—. ¿Deseas tomar algo?

Miguel negó con un gesto de la cabeza.

—Me fue bien, no me puedo quejar. Pagaron muy bien por mis

servicios.

—¿Por qué dejaste de trabajar para la familia?

—¿Recuperaste la memoria? —le preguntó con expresión ansiosa, al tiempo que evitaba su pregunta.

—Sí, amigo, sí. Hace pocos días —contestó con voz trémula.

—¿Estás enterado de todo lo ocurrido?

La expresión de Miguel cambió enseguida al ver la pena en el semblante de Gabriel. La mirada se le había nublado, ya no lo estaba mirando. Era como si observara un punto detrás de él.

—¿Entonces? —le preguntó Miguel expectante.

—Lo sé todo.

Se dio cuenta, de que Gabriel volvió a mirarlo como si quisiera reprocharle algo, pero se calló enseguida.

—Sabes que puedes preguntarme lo que quieras.

—Lo sé.

A Miguel se le ocurrió que lo mejor para conjurar esa tristeza era una buena borrachera, pero no en ese lugar.

—Vamos, te invito a tomar unos tragos fuera de aquí.

Gabriel lo miró sorprendido.

—Está bien.

—Pero no será en tu club, ni nada de esa mierda. Vamos a un bar quiero emborracharme con aguardiente y buena música.

—Amigo, me has hecho falta —se levantó y salió enseguida detrás de él.

Llegaron a un bar ubicado al norte de la ciudad, arriba de la carrera quince.

—El típico lugar para matar la tusa —comentó Gabriel, y miró el pequeño sitio con curiosidad.

—Y con aguardiente, además —sentenció Miguel.

El pequeño lugar daba la impresión de haber sido originalmente una sala de una casa de familia. La luz era tenue y el ambiente estaba impregnado de un ligero olor a aguardiente.

Apenas se veían las paredes decoradas con cuadros antiguos. Al fondo había una colección de autos en miniatura de hacía por lo menos cincuenta años.

Se dirigieron a la larga barra de caoba donde se alineaban varios taburetes tapizados en cuerina café. Miguel saludó al dueño que atendía el lugar.

—Horacio —le dijo—. ¿Cómo estás, hombre?

—No me puedo quejar —contestó el hombre—. ¿Cuándo llegaste?

—Anoche —contestó Miguel.

—Bienvenidos.

Un mesero los llevó a una de las mesas situada casi al frente de una vieja rocola. Cerca de ellos había un grupo de cuatro tipos que tomaban cerveza. Mas allá un par de parejas y un hombre solitario sentado en uno de los taburetes. Dos de los escoltas de Gabriel se sentaron en una de las mesas desde la que se observaba todo el perímetro del lugar.

—Tráenos una botella de Aguardiente, soda y dos naranjas partidas —pidió Miguel al mesero.

—Bien, ahora me vas a decir, ¿por qué, si ya recuperaste la memoria, Melisa no está a tu lado?

Gabriel se cubrió el rostro con las dos manos.

—Ella no quiere saber nada de mí.

—¿Por qué?

Gabriel levantó la vista, trató de hablar pero se quedó unos segundos en silencio. A Miguel le dolía en el alma ver a su amigo de esa manera. Dejó que él tomara la iniciativa en el relato.

—Fui un soberano cabrón, hermano. La traté muy mal —se reprochó Gabriel, y se llevó un trago doble a la boca.

—¿Pero qué dices? —le preguntó Miguel preocupado.

—Recuperé la memoria. Lo primero que hice fue ir a ver a Melisa sin decírselo a nadie.

—¿Qué pasó?

Gabriel cerró los ojos apenado, se sirvió otro aguardiente y, rememoró esos amargos momentos.

—Cuando me secuestraron, Javier y sus compinches me dijeron que Melisa era su cómplice.

—Hijos de putas —exclamó Miguel furioso, y luego lo miró confuso—: ¿Cómo pudiste creer en esa gente?

—Por Dios Miguel, estuve refundido en esa selva casi dos años y sin memoria. ¿Crees que no trataría de hallar algún culpable?

—Pero no la mujer que amabas y que te amaba.

—Lo sé, fue estúpido de mi parte.

—El que yo dejara de trabajar con tu familia, en parte tuvo que ver con Melisa.

En ese momento, el hombre que estaba frente a la barra, se acercó a la rocola y, con una moneda, colocó una canción, los acordes y la voz de Alci Acosta inundaron el lugar:

Me llevarás en ti, como las sombras,

que tienen en las tardes los ocasos,

como llevan las rosas sus espinas,

como los sufrimientos llevan llanto.

—¿Qué tuvo que ver Melisa en tu decisión? —le preguntó Gabriel.

Miguel supo con solo una mirada que estaba celoso.

Me llevarás en ti, aunque no quieras,

aunque pasen los días y los años,

aunque para olvidarme me maldigas...

—La forma en que Rafael la trató... fue tan injusto —dijo pensativo—. Yo no podía dejar de pensar en lo furioso que ibas a estar cuando volvieras.

—No sé si pueda perdonar a mi padre.

Nunca podrás negar que me has querido,

tampoco has de negar que te hago falta,

jamás podrás borrarame de tu vida...

—Él no lo hizo con maldad o con saña —señaló Miguel tomándose otro trago—. Simplemente era un hombre desesperado.

—¿Por qué no la ayudaste? —le preguntó con urgencia.

—Fui quien más la apoyó en esos duros momentos, Gabriel. —Se apesadumbró Miguel con el recuerdo—. Fui yo quien llamó a sus padres para que fueran con un abogado a la fiscalía. Fui quien la visitó en la cárcel. La ayudé en su depresión cuando volvió a casa.

—Entiendo —dijo Gabriel, y su semblante empezó a ensombrecerse.

—Melisa y yo nos hicimos amigos. La he visitado en Nueva York.

—¿Estás enamorado de ella? —dijo Gabriel abruptamente.

Una ola de furia lo invadía. Melisa le pertenecía, eso estaba fuera de

discusión. Que no quisiera volver a verlo en esos momentos, lo entendía, pero él era su dueño. Se refrenó de no saltar sobre su amigo que lo miraba con algo parecido al remordimiento.

—No niego que me sentí atraído por ella... Pero era algo que no iba a llegar a ninguna parte —le soltó avergonzado.

—Eres un cretino —explotó Gabriel agarrándolo de las solapas y levantándolo del asiento.

—Suéltame, déjame explicarte —le insistía Miguel mientras lo calmaba.

Los dos escoltas se acercaron pero Gabriel los despachó con un:

—¡Largo de aquí, déjenme solo, carajo!

— Fue algo mío, y gracias a Dios no progresó. Ella ni cuenta se dio.

La declaración de Miguel, ni de lejos lo tranquilizaba. Le soltó las solapas de la chaqueta y con una mirada de una intensidad abrumadora le dijo:

—Esa mujer es mía, y no querrás saber lo que soy capaz de hacer al que intente quitármela.

Gabriel tomó otra copa de aguardiente.

—Te aseguro que veo a Melisa como a una hermana.

—¡Que hermana ni que ocho cuartos! —exclamó con toda la jerga Caribe que se le acentuaba cuando bebía alcohol—. Ningún hombre que pase más de diez minutos con ella la consideraría una hermana.

—Gabriel, cálmate, estás loco —le decía Miguel sorprendido.

—¿La quieres para ti? —le insistía Gabriel.

—¡No! Sabes bien que no es así —lo miró molesto.

Gabriel lo miró poco convencido.

“Lo que faltaba”, caviló. A la pena por lo todo lo ocurrido le sumó los celos por ser Miguel el que hubiera estado con ella en esos duros momentos. Él fue quien la había consolado en la cárcel y luego cuando perdió a su bebé. Y él, en lugar de agradecerse, lo atacaba.

Miguel alzó los hombros y le contestó:

—Puedes creer lo que quieras.

—¡Dios! No sé qué hacer —le contestó desesperado.

—Lo primero que debes hacer es calmarte, y después dejar de mirar enemigos en todas partes.

—La amo hombre, la necesito —exclamó con talante consternado—. Discúlpame, esta situación me supera.

—Dale tiempo, conquistala por las buenas. Si eres igual de impulsivo con ella como lo has sido conmigo, saldrá corriendo.

—Tienes razón. Gracias por haber estado ahí cuando ella te

necesitó.

Se quedaron en silencio, se oía la música y las voces del grupo de amigos que estaban unas mesas más allá observánlos con curiosidad, después del exabrupto de Gabriel minutos atrás. Cada uno estaba sumido en sus pensamientos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó Gabriel—. Vuelve a trabajar conmigo.

—No puedo, me devolvieron la hacienda de mi padre. Tendré que encargarme de sacarla adelante, es lo que él hubiera querido.

—Sabes que cuentas conmigo para lo que necesites.

—Lo tendré en cuenta.

Rato después salieron del local.

Gabriel iba bien entonado, Miguel no tanto. Cuando se dirigían al encuentro del chofer y sus escoltas, observó una pareja que venía caminando. La cara del joven se le hizo conocida. No tenía más de veintitantos años. Venía con una muchacha un poco más joven que él y un niño como de dos años largos.

La calle estaba casi desierta, solo había algunos vendedores ambulantes de cigarrillos, y algunas niñas vendían rosas a las parejas que salían de los diferentes bares y discotecas.

Gabriel reconoció al joven enseguida.

—¡Joaquín Campos! —gritó fuerte—. ¿Qué mierda haces aquí en la ciudad? —Se acercó a él con dos escoltas detrás. Gabriel quería sacudírselos, pero la orden de ellos era la misma de siempre: pegados a él.

Joaquín Campos palideció de repente, al reconocerlo y trató de alejarse. Gabriel se movió con rapidez, lo tomó de las solapas y con una sonrisa hipócrita le dijo:

—¿A quién van a secuestrar ahora, malditos?

El muchacho estaba mudo por la sorpresa. La joven contestó por él:

—Somos desmovilizados, señor. Nosotros ya no hacemos eso.

—¡Desmovilizados! —lo miró de forma fiera—. No te creo.

Y en un gesto rápido le dio un puño a Joaquín en pleno rostro.

El muchacho seguía callado, solo se llevó una mano a la nariz que ya le empezaba a sangrar.

—Suéltelo, suéltelo, por favor —suplicaba la mujer, muy asustada. El niño que llevaba en brazos comenzó a llorar.

Los escoltas y Miguel agarraron a Gabriel que respiraba con dificultad sin quitar la vista al hombre que le había colocado el candado a la cadena que llevó al cuello durante tantos meses. Por fin lograron calmarlo.

—Gabriel contrólate. —La mirada de Miguel iba de Gabriel al joven ex guerrillero y su pequeña familia. Por fin dijo—: Ellos no le van a hacer daño a nadie.

—Perdóneme, señor Preciado, por todo lo que le hice —le dijo el joven con ojos sinceros—. Si pudiera cambiar las cosas, lo haría.

Gabriel lo miró con furia y desagrado, pero no dijo nada más. Se dirigió al auto seguido de cerca por Miguel y los escoltas.

—Gabriel, mañana voy a ir temprano. Necesitamos hablar.

Miguel estaba preocupado por su amigo. Se lo veía destrozado, viviendo sin rumbo. Precisaba encaminar sus pasos de alguna manera. Entendía su frustración y la confusión que lo embargaban. Él no era un dechado de buen juicio, y también tenía sus propios demonios que combatir. Pero veía a Gabriel con aspecto agobiado y cambios bruscos de temperamento. Además estaba lo de Melisa, no entendía la posición de ella. Sin importar lo que hubiera ocurrido, su deber como esposa era ayudarlo. El primer paso tendría que darlo con él, sería el inicio de su recuperación. Se lo debía.

—Levántate —lo despertó Miguel al día siguiente.

Se encontraba al pie de la cama de Gabriel, con un vaso de jugo en la mano.

—Vete al carajo —le contestó una voz cavernosa desde debajo de la almohada.

—Tienes que venir conmigo. Es un asunto que no admite espera.

El tono en el que Miguel había pronunciado aquellas palabras logró despejarlo enseguida. Se incorporó a medias y lo miró a los ojos.

Supo de inmediato que no podría escaparse de la reprimenda.

Que carajos, pensó. Me lo merezco.

—Está bien, ya me levanto. Ese brebaje de anoche era pésimo.

—Cuando se toma en las cantidades que tú tomaste, no hay nada que hacer. —Le contestó Miguel mientras Gabriel le recibía la bebida. Se dirigió a los ventanales y abrió cortinas y ventanas.

—Mierda, la luz me molesta.

—Es mientras te acostumbras.

Media hora más tarde, un Gabriel con resaca salía junto a Miguel en una de las camionetas. Se dirigieron hacia el sur de la ciudad.

—¿Adónde vamos? —preguntó Gabriel.

—En un momento lo sabrás —contestó Miguel, misterioso—. Primero déjame decirte algo.

—Ok, habla —le contestó Gabriel ajustándose las gafas oscuras. El dolor de cabeza era de los mil demonios.

—Gabriel, tú sabes que, aparte de un jefe, siempre has sido mi amigo —meditó con cuidado unos segundos las palabras que profirió—: No puedo evitar ver... que todavía no has podido salir de esa selva de la que tanto despotricas.

—Para análisis ya tengo sicóloga.

—Oye, me vas a escuchar aunque no te guste. El encuentro de anoche me hizo ver que todavía tienes una herida que está supurando. Si no lo superas, ¿qué le puedes ofrecer a la gente que te rodea? ¿Qué le puedes ofrecer a Melisa?

—A ella no la metas en esto.

—Pues claro que tiene cabida en esto. ¿Qué le puedes ofrecer a tu mujer? ¿Actos bochornosos como los de anoche?

Gabriel sabía que Miguel tenía toda la razón. Melisa le hubiera reprochado su comportamiento hacia ese muchacho y le hubiera exigido como mínimo que se disculpara. “Mi amor no vivo sin ti”. ¿Qué carajos voy a hacer? dijo para sí, compungido.

—Tienes la oportunidad de sanar tú alma, hermano. Debes ser capaz de perdonar. La vida te presenta una oportunidad única con ese joven.

—Estás loco —contestó Gabriel.

—No, no estoy loco. Te muestro una realidad que tarde o temprano tendrás que enfrentar.

—Es tan difícil...

—Eres un buen hombre... Quizás algo confundido en este momento, pero tienes buen corazón. Mañana podría ser Melisa la que reciba lo que ese muchacho recibió anoche.

—Nunca le haría daño a ella.

—¿No lo hiciste ya?

Gabriel se sintió mal por lo ocurrido con aquel joven. No podía echarle toda su furia encima, él solo seguía órdenes. Además, que quisiera rehacer su vida hablaba bien de él.

Es tan difícil darle la mano a quién me ha hecho perder mi dignidad, caviló Gabriel mientras se acercaban a un humilde barrio. ¿Cómo se hace? “Melisa, mi amor, te necesito”, solo tu alma limpia y pura puede abrazar la mía, negra y pecadora.

Entraron en el barrio y con un par de indicaciones, no fue difícil

encontrar el lugar. Había varias tiendas en el sector y un grupo de chiquillos que jugaban al fútbol y que dejaron de hacerlo ante la llegada del par de camionetas que frenaron frente a una casa situada en la mitad de una cuadra. El par de escoltas se replegaron en la pequeña acera y abrieron la puerta de la camioneta en la que venía el dúo de amigos con otros dos de guardaespaldas.

Gabriel se apeó de la camioneta, mientras observaba el lugar con curiosidad.

Miguel le señaló varios grafitis ofensivos, muchos de ellos alusivos a la presencia de los reinsertados en el sector.

El rechazo hacia esa gente no podía ser más evidente. Gabriel se sintió peor de lo que ya se sentía. Recordó las charlas con la psicóloga y pensó que el camino del perdón y la reparación era algo tortuoso y que había que despejarlo ensuciándose las manos.

—Tienes la oportunidad de disculparte ahora.

—¿Qué pasa si digo que no? —preguntó Gabriel con risa irónica y mortificada. Luego bajó la cabeza y dijo —: Vamos de una vez.

Los recibió una mujer. Gabriel dio el nombre de Joaquín y los hicieron pasar a una salita pequeña, con un sofá de cuero de imitación color verde y algunas plantas en la esquina. Era una estancia sencilla pero limpia.

Era una de las muchas casas donde los guerrilleros desmovilizados podían permanecer un tiempo mientras encaminaban sus vidas, retomando el estudio y el trabajo. Los gastos corrían por parte del gobierno como parte de un programa especial que brindaba cobijo, alimento y ayuda psicológica.

En aquella casa había por lo menos diez personas.

Salió Joaquín primero. Detrás venía su mujer con el niño en brazos.

Gabriel no pudo evitar pensar en su hijo, que hoy habría sido un poco menor que este chiquillo que lo miraba asustado.

—Señor Preciado —saludó el joven, aprensivo.

—Tranquilo, Joaquín, no te va a pasar nada —le dijo Gabriel—. Solo deseo disculparme por mi comportamiento de ayer.

Observó al joven con detenimiento. Tenía un ojo morado a causa de su golpe y la nariz hinchada. Se sintió mal.

El joven hizo un amague de interrumpirlo, pero Gabriel no lo dejó.

—Ambos fuimos víctimas de un mismo verdugo —expulsó el aire y fijo la vista en la familia del joven—. Con la diferencia de que tú tienes a tu lado a tu mujer y a tu hijo —sonrió—. Me alegro por ello.

—Gracias, patrón —contestó el joven en tono humilde.

—Discúlpame si te hice sentir rechazo o miedo ayer. De verdad lo siento.

—No se preocupe, patrón.

—El cautiverio me arrebató a la mujer que amo y no sé si podré recuperarla. —Con un acento que comunicaba una honda pena continuó—: A mi hijo nunca lo recuperaré.

—Lo siento mucho.

—¿Cuándo te desmovilizaste? —le preguntó para cambiar de tema.

—Hace cuatro meses. Unos meses después de que a usted lo cambiaran de campamento.

—¿Fue difícil?

—Sí. Vi mi oportunidad un día que estábamos haciendo un retén en una carretera no lejos de un batallón del ejército.

—¿Cómo lograste evadirlos?

—Fui al pueblo con la excusa de que quería llamar a mi casa, pero me enviaron acompañado.

—¿Por qué?

—No sé, algo se me debía notar en la mirada porque no me quitaban la vista de encima.

—¿Y qué pasó?

—En el momento en que mi acompañante entró a una tienda a tomar una gaseosa, yo me fui por una calle desierta.

Joaquín rememoró ese momento.

Es ahora o nunca, pensó mientras entraba en una humilde casa rogando a Dios que no fueran auxiliadores de la guerrilla.

Les pidió ayuda para poder llegar al batallón. Una humilde anciana le prestó algo de ropa para cambiarse y así pasar desapercibido.

Sabía que en menos de quince minutos estaría el pueblo rodeado de guerrilla. Caminó a prisa hasta el batallón. Apenas le creyeron la historia de que era guerrillero y que deseaba desmovilizarse. Sin embargo se comprometieron a ayudarlo.

Rato más tarde volvió junto con unos soldados a la casa de la anciana por el uniforme y el arma.

A lo lejos vio a su compañero que le hacía un gesto con la mano, como cortando su cuello.

“Eres hombre muerto.”

La suerte estaba echada.

Ya en el batallón entró en contacto con su familia. Después vino la reunión con su novia que, unos meses atrás, había tenido a su hijo.

Esa había sido la razón principal para dejar la guerrilla. Quería un

futuro para su familia lejos de tanta sangre y violencia.

Gabriel estaba sorprendido por la valentía del chico y eso allanó un poco su camino. Merecía una oportunidad. Se dijo que ésa sería una de sus cruzadas: ayudar a estos jóvenes a recuperar su vida. Con Melisa a su lado podía hacer grandes cosas. Ojalá lo perdonara algún día.

—¿Qué estás haciendo ahora? ¿Estudias o trabajas? —le preguntó Gabriel de pronto.

—Estoy haciendo un curso de computación en el SENA.

—Cuando lo termines, búscame. Tendrás trabajo en una de mis empresas.

—Gracias, patrón —le contestó el joven feliz.

La mujer se acercó y lo abrazó.

—Muchas gracias, señor. Pocos habrían tenido el gesto que usted ha tenido con nosotros.

—Bien, entonces ya sabes, a estudiar con ahínco.

—Claro, patrón, claro.

Ya en la camioneta, Gabriel miraba pensativo el paisaje de la ciudad.

—No fue nada fácil —soltó de pronto.

Miguel dejó escapar un suspiro mientras el chofer ponía en marcha el motor de la camioneta.

—El perdonar nunca lo es.

CAPÍTULO XXV

La sanación

—¿Se dio cuenta por qué era importante que me llamara tan pronto supiera algo o recuperara la memoria? —le increpó la sicóloga, preocupada por los últimos hechos en la vida de Gabriel.

—Sí, Julieta, ahora lo sé.

—De todas formas, lo único que lo disculpa es que usted deseaba saber sobre su tiempo sin memoria y estaba en su derecho de hacerlo. Pero los médicos no tenían la misma opinión. Discrepé con ellos en un par de cosas, pero sabía que había algo más.

—Primero, los médicos no querían ocasionar un shock traumático que empeorara mi situación. Eso puedo entenderlo.

Gabriel se quedó pensativo un momento.

—¿Y segundo?

—Mi esposa pidió que no me contaran nada de lo ocurrido.

—¿Por qué?

—Quería protegerme.

— Y protegerse ella también.

—¿Por qué lo dice? —le preguntó Gabriel, y se revolvió incómodo en la silla.

—¿Gabriel, no se da cuenta de que ambos tomaron decisiones algo extremas para poder sobrevivir emocionalmente?

—No entiendo.

—Piense un poco. ¿En qué momento de su captura se sintió más desesperado?

—Cuando me enteré de la traición de Melisa —dijo, y ahí lo entendió todo. Su amnesia había sido emocional; fue el muro con que protegió sus sentimientos para poder seguir viviendo—. Lo entiendo, pero, ¿y Melisa?

—Para ella no es fácil tampoco. Se siente culpable. Si usted no la hubiera conocido, nada de esto habría pasado. Además, está lo del bebé... Ella se siente responsable de su pérdida.

—¿Por qué? —le preguntó Gabriel abatido. Su angustia iba en ascenso.

La psicóloga se quedó pensativa durante unos segundos. Finalmente contestó:

—De pronto piensa que no lo supo proteger.

En ese momento Gabriel se dio cuenta de que su secuestro había tenido tentáculos muy largos. Aún los tenía; había afectado la vida de todos a su alrededor.

—¿Qué hago ahora? —Se llevó ambas manos a la cara y se levantó de repente. Empezó a caminar por la habitación—. La amo tanto.

—Ambos deben superar todo esto y aprender a vivir con el recuerdo de todo lo que pasó. Sin reproches. Sin culpas. Sin miedos.

—No es tan fácil —le contestó él, no de muy buena manera.

—Es lo que sucede cuando se vive una situación como la que ustedes vivieron. El secuestro afecta a todo el núcleo familiar. Las pérdidas no fueron solo tuyas. Pero veo que ya empieza a darse cuenta.

Estaba asustada.

Melisa suspiró con fuerza. Cerró los ojos unos segundos antes de atravesar las puertas de la joyería de su madre y su suegra.

En el fondo de su alma deseaba que Gabriel la acechara, la conquistara; pero tal parecía que se había olvidado de ella.

Dos semanas sin una llamada, sin recibir flores, tan solo dos escuetos mensajes de texto.

Había salido con Miguel en un par de ocasiones. Se alegraba de

tener a su gran amigo de vuelta en el país, pero estaba tan misterioso como Gabriel. No soltaba prenda.

Esa noche era la inauguración de la joyería de su madre y Amalia. Melisa sabía que Gabriel estaría allí.

Quería llamar su atención.

Quería que la deseara.

No quería sentir miedo.

¿Y si se había olvidado de ella? ¿Y si pensaba que ya no valía la pena?

Se moriría allí mismo si lo viera entrar con otra mujer. No, Gabriel no podía ser tan cruel. Estaba segura de que no le haría eso.

Melisa no había escatimado en su arreglo personal. Traía puesto un vestido negro de Carolina Herrera, que había conseguido a un precio irrisorio en una tienda de rebajas en Nueva York; arriba de la rodilla con un discreto escote en el frente y la espalda destapada, medias negras de malla y zapatos negros de gamuza de tacón alto. Se había peinado el cabello suelto y liso y se había maquillado.

Se sentía sexy, peligrosa... Y quería que su marido lo notara.

Era un hombre muy guapo, demasiado guapo, tal vez, pensaba admirada mientras lo observaba con disimulo, vestido con un traje completo color gris plomo, camisa blanca y una corbata que no le conocía. La mirada de felino de sus hermosos ojos verdes, su porte, su altura... Adoraba todo de él. A medida que completaba el examen, una opresión en el estómago, le impedía contestar las preguntas de una conocida de su madre. Caminó en sentido contrario de donde él estaba. Necesitaba calmarse. Deseaba con toda el alma poder olvidar sus palabras y su comportamiento, pero otra vez el maldito miedo hacía de las suyas.

Cuando Melisa entró en la joyería, a Gabriel casi le da un infarto.

Al paso que iba, si no arreglaba las cosas con su mujer moriría de un ataque. El corazón daba un fuerte golpe en su pecho y era la hermosa mujer que caminaba por entre los invitados la que se lo provocaba. O en el mejor de los casos, se ganaría una úlcera del tamaño de un cráter, pensaba irónico al tiempo que sufría un agudo y agonizante deseo al ver a su mujer totalmente hermosa, sexy, seductora...

Momentos más tarde estaba molesto. ¡Qué diablos! Molesto no, furioso. No le gustaba cómo los demás hombres devoraban a Melisa con la mirada. Inclusive sus amigos le echaban una que otra mirada de admiración.

—Tranquilízate, hombre. Deja de mirarla como un loco —le decía Álvaro risueño.

Miguel terció:

—Solo lograrás asustarla, y asustar a los demás. Es la noche de tu madre. No lo arruines.

—¿Pero qué carajo piensan ustedes que voy a hacer? —Aparte de sacarla de aquí y encerrarla en una cueva, pensó Gabriel mortificado. Dejó de mirarla un momento para contemplar a su madre. Estaba bella y elegante como siempre, pero con un toque de seguridad en sí misma que no le había visto nunca antes.

Amalia se veía más que satisfecha con el modo en que estaban saliendo las cosas y Gabriel se prometió en ese momento, acercarse más a ella, conocer a esta nueva mujer que ahora se le presentaba.

“Momentos” era el nombre de la joyería. Lo habían decidido entre las dos socias. El local era precioso, con una decoración moderna, elegante y sobria, y una iluminación al estilo actual, que permitía destacar el trabajo y la minuciosidad de las joyas. Gabriel no tenía idea de que su madre tuviera tanto talento, se sintió orgulloso de ella. Las diferentes vitrinas eran de vidrio grueso, con base en madera de color oscuro y un par de pinturas collage de diferentes joyas y piedras preciosas en una conjugación de colores. Las sillas, reliquias de los años sesenta, estaban tapizadas con telas modernas de colores sobrios, en un contraste de lo más elegante. Todo muy agradable a la vista.

Aunque no era un sitio demasiado grande, en ese momento albergaba alrededor de cincuenta personas que iban de un lado a otro admirando el trabajo de las dos amigas, y de otras cinco mujeres que habían contratado para el pequeño taller que estaba en la parte de atrás del local.

Gabriel observó a su suegra, esa sencilla mujer, que encerraba sabiduría sin hacer alarde de ello. Se notaba que no cabía en sí de la dicha, enfundada en un elegante traje rojo. Aunque algo tímida al principio, ahora no podía evitar sentirse orgullosa por todo lo que había logrado.

—Estoy muy orgulloso de ti, mi vida —le decía Luis Eduardo con una sonrisa enamorada.

—Gracias, mi amor.

Todo esto alcanzó a oír Gabriel mientras pasaba por su lado, no quiso interrumpir la intimidad del momento. Dejó la copa de champaña en una de las bandejas que tenía en sus manos uno de los meseros que pululaban por el lugar.

Rafael Preciado Lavalle hizo su entrada con una seguridad que estaba lejos de sentir. Esas semanas sin ella habían sido un infierno, y estaba allí esa noche para recuperar a su mujer.

Divisó a Amalia enseguida.

Estaba hermosa. Ese tono azul del vestido le sentaba de maravillas, pensó para sí.

Y el sitio era genial. Se sintió feliz por ella.

Algo debió evidenciar ella en su mirada, porque lo recibió con una amplia sonrisa.

—Hola, amor —la saludó él, dándole un beso en la boca que demoró más de lo habitual, como si no se hubieran despedido tan mal semanas atrás. En todo ese tiempo, él no la había buscado.

—Hola, Rafael, me alegra que vinieras —le contestó ella algo ofuscada y con un sonrojo que Rafael no le había visto en años.

Rafael se percató de su desconcierto y sonrió.

—Te felicito, el sitio es hermoso, aunque no tanto como tú. —Le sostuvo la mirada. Tomó su mano, le besó los nudillos y añadió —: Estoy orgulloso de ti.

—Gracias, eres muy amable —contestó ella, con una mirada especulativa.

Charlaron de trivialidades, pero Rafael no le quitaba la vista de encima. En un momento dado, puso su mano en la espalda de ella, y con un movimiento del pulgar, acarició su espalda. Amalia se estremeció.

—Voy a mezclarme con los demás invitados— le dijo ella nerviosa.

—Claro, querida, ve —le contestó él mientras la miraba con deseo—. Después me muestras todo lo que quiero ver.

Melisa estaba nerviosa.

Ya se había tomado dos copas de champán. Sabía que tendría que saludar a su marido de un momento a otro.

Podía advertir su mirada recorriéndola entera. Estaba observando un collar de piedras turquesa con unos aretes a juego, cuando, sin necesidad de voltear a mirar, percibió la presencia inconfundible de su marido.

—Tengo tantas ganas de ti —le susurró él al oído.

Melisa casi se derrite allí mismo. Se le pararon los pelos de la nuca al oír aquel tono de voz cuya frecuencia detentaba el poder de aflojarle las rodillas, levantarle el vello de la nuca, y alterar los latidos. Todo a su alrededor desapareció de repente, la gente, los ruidos de las conversaciones, la música suave, el entrechocar de las copas.

—Tengo ganas de desnudarte y besarte toda —le decía mientras le acariciaba el brazo de arriba abajo.

Dios...Este hombre me va a matar.

Sentía escalofríos que la recorrían de los pies a la cabeza.

—Hasta que llores de placer en mis brazos.

Durante unos enloquecedores segundos, quiso decirle que sí.

Lo anheló tanto...

Quería que se la llevara de inmediato, y que cumpliera cada una de sus palabras. Pero las dudas la asaltaron enseguida, y se encargaron de opacar su deseo de arreglar las cosas.

De pronto pensó que había sido una necedad haberse vestido de esa forma para incitarlo si ella no iba a ser capaz de dar ese paso. Le aterrorizaba que él la volviera a rechazar y que, al mirarla, solo pudiera ver la crueldad de su secuestro.

Le dolió tanto el corazón. Era incapaz de hablar, tenía un nudo atravesado en la garganta desde que la había abordado.

—Eres tan hermosa que me duele verte —le susurraba cada vez más pegado a ella, sin importarle la gente alrededor.

Seguía muda.

—Quiero acariciarte —le susurraba con la respiración entrecortada—, contemplar tu cuerpo y que me sientas muy dentro de ti...

—Gabriel, por favor... —le rogaba ella en un murmullo.

—¿Por favor qué? —le preguntó ansioso—. ¿Por favor, no pares? O, ¿por favor, llévame lejos de aquí?

Melisa no contestó.

—Siento tanta necesidad de ti, de tus besos con sabor a miel, de tus caricias... Sentir el roce de tus manos en mi pecho y en mi espalda.

Gabriel le acariciaba la espalda de arriba abajo, de forma lenta y sin pausa.

Nadie se fijaba en ellos. A la vista de todo el mundo, solo parecían una simple pareja cortejándose.

—La sensación de estar dentro de ti, ni te lo imaginas —sonrió él extasiado. —Si me preguntaran cuál es mi lugar favorito, aquel lugar que escogería para quedarme durante el resto de mi vida, sin duda alguna contestaría que mi lugar favorito eres tú.

Y allí, en medio de un salón abarrotado de gente, Gabriel le hizo el amor a su mujer, solo con su tono de voz y con un ligero roce de sus dedos en la espalda.

—Te pertenezco, amor... Soy tuyo en cuerpo y alma.

—Detente, Gabriel, por favor —le dijo Melisa al tiempo que lo miraba a los ojos—. Sabes que no puede ser.

Y por fin se alejó de él, sabía que lo había extraviado en el desencanto.

Mierda.

Tenía que salir a tomar aire.

La miraba desde la calle.

¿Qué más hacer Dios mío? ¿Cómo convencerla? Al relatarle a Julieta todo lo ocurrido en Nueva York, ella le hizo ver que Melisa, ahora más que nunca, trataría de permanecer lejos de él; sus palabras hirientes habían hecho el trabajo. Tendría que tener mucha paciencia para poder demostrarle a ella que esas palabras habían sido fruto de su desesperación por la supuesta traición.

No era tan fácil, pensó consternado. Una cosa es la teoría y otra la práctica. Melisa era terca. Debía tomar medidas drásticas, se dijo Gabriel resuelto.

—Hola, hijo —saludó Rafael. No habían vuelto a hablar desde aquel dichoso día de la confesión.

—Hola, papá —contestó Gabriel el saludo con gesto inescrutable. Otra cadena en el eslabón.

—Hijo, necesito hablarte.

—Yo también, papá.

Con un gesto le pidió que hablara primero.

—Tú sabes que soy un cabezota en todo lo que se refiere a la familia —colocó las manos en los bolsillos y lo miró consternado—. Estaba desesperado por ti, hijo, no podía tolerar que algo malo te pasara. Perdóname.

—Papá, yo entiendo la situación. Y claro que te perdono, eres mi padre. Pero debes darme tiempo para recuperar lo que teníamos, por favor.

—Claro, hijo, claro.

Era su padre y merecían un nuevo comienzo.

—¿Te lo está poniendo difícil, eh? —dijo de pronto Gabriel, al ver la mirada de su padre a través del vidrio de la ventana de la joyería.

—Sí, pero lo solucionaré, así tenga que pedir el divorcio —contestó Rafael en broma.

—Tú no te quieres divorciar —le señaló al ver cómo la mirada de su padre contradecía sus palabras.

—No, cómo se te ocurre. Solo quiero que acepte sus sentimientos. Tu madre es el amor de mi vida.

—¿Por qué no la convences con palabras? —le dijo, aunque a él no era que le hubiera dado mucho resultado.

—Hijo querido, a nuestra edad se necesitan más que palabras, y es

lo que me encuentre dispuesto a hacer en este momento.

—Parecen dos muertos de hambre mirando un pastel en la vitrina —señaló Álvaro al ver cómo los dos hombres miraban a sus mujeres.

Ambos se sonrojaron.

—Los dejo —dijo finalmente Rafael. Antes de volver a entrar añadió —: Chicos, aprendan del maestro.

Amalia charlaba con unos amigos. Rafael se acercó hasta el grupo, saludó, conversó y, muy sutilmente, la alejó del lugar, y la invitó a que lo llevara en un recorrido por todo el local. Amalia, con total inocencia, lo llevó al taller. Apreció que Rafael prestaba genuina atención a todo lo que ella le iba explicando, al tiempo que le hacía preguntas pertinentes de las empleadas y la aconsejaba sobre los diferentes seguros que debería tomar para proteger su negocio.

Al llegar a la oficina, Rafael la hizo entrar a ella primero. Luego entró él y se aseguró de cerrar la puerta detrás de ellos. Amalia se dio cuenta del gesto y empezó a recorrer el lugar, estaba algo nerviosa.

—¿Cómo te pareció todo?

—Todo es muy bello —se acercó a ella y la abrazó—. Te he echado tanto de menos —le decía con su boca pegada a su cabello.

A Amalia el corazón le palpitaba en el pecho.

—Han sido solo dos semanas.

Ella también lo extrañaba.

—No han sido solo estas dos semanas... Te he echado de menos estos dos últimos largos años, desde que empezó el infierno.

Amalia se tensó.

—No, no te pongas a la defensiva —la miró mientras le acariciaba un mechón de su cabello—. Sé que he sido un cretino. No puedo reprocharte nada.

—Oh, Rafael...

Pero él la interrumpió.

—He tenido tantas bendiciones en mi vida desde que te conocí —le habló con el corazón en la garganta y una sonrisa en los labios—. Recuerdo cuando nuestras miradas se cruzaron. En ese momento sentí que comenzaba una nueva vida para ti y para mí.

—Mi amor —dijo Amalia con lágrimas en los ojos.

—Aunque tú no lo creas, con tu amor, tu pasión y tu paciencia, curaste muchos miedos de mi corazón —dijo Rafael, y con un gesto de sus dedos borró una lagrima de la mejilla de su mujer—. En estos días me di cuenta de que aún no te he dado las gracias.

Amalia suspiró y lo miró: aquellos ojos hablaban también de sus

sentimientos.

—Gracias, mi amor, por tu entrega, por nuestros hijos, por nuestros amaneceres, por las puestas de sol, por el hogar que me diste, porque a pesar de todos mis desaciertos has sido un faro en mi vida.

Amalia lloraba tanto que necesitó un pañuelito, se separó un momento de él para buscarlo.

Él la siguió.

—Perdóname por mis exabruptos, por mis celos infundados, por mi egoísmo, por querer siempre todo de ti.

Rafael la abrazó y Amalia volvió a sentirse amada.

—Tú siempre has seguido mi camino. Es hora de que yo siga el tuyo. Quiero vivir tus ilusiones, quiero estar contigo en esta nueva etapa de tu vida. Lo quiero todo, quiero ser el hombre que acompaña a esta gran mujer. Solo soy un hombre lleno de defectos que lo único que quiere es hacerte feliz.

—No digas más.

Amalia lo abrazó y lo besó con toda pasión.

Rafael empezó a besarle el cuello mientras la aferraba a él. La acariciaba con urgencia. En cuestión de segundos estaban jadeando como dos adolescentes.

Amalia lo deseaba, y eso era algo que no había cambiado con los años. Ni la menopausia, ni los parches hormonales, nada había modificado el deseo por su marido. Y Rafael era consciente de eso.

—Vamos a otro lugar —le decía entre jadeos.

—Me temo que vamos a inaugurar la oficina, querida —dijo él sonriente, mientras se aflojaba la corbata; la chaqueta ya la había tirado en cualquier parte—. Cada vez que te sientes al escritorio, vas a pensar en este momento.

—Estás loco.

—Sí, loco por ti.

Amalia no pudo evitar sonreír mientras le rodeaba el cuello con los brazos para darle un largo y apasionado beso.

Gabriel no quitaba el ojo a su esposa desde afuera del local. Le llegó el olor a cigarrillo de un par de jovencitas que fumaban unos metros más allá. Su hombro estaba recostado en una de las columnas, tenía una de sus manos en el bolsillo del pantalón y el ceño fruncido por la tensión que lo habitaba. La observaba desde allí, por entre el mismo vidrio de la ventana donde la había observado hacía como media hora. La veía charlar con los invitados, sonreír y era como si un puño le atravesara el estómago, y sus ojos, sus malditos ojos que lo hacían tan vulnerable. ¿Quién sería el tipejo

con el que hablaba? Parecía muy cómoda, charlaba con todo el mundo. Se acercó a sus padres, abrazó como por decima vez a su madre. Era una mujer buena y Gabriel no sabía qué hacer para atraerla otra vez hacía él.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Álvaro al ver cómo Gabriel miraba a su mujer.

—No tengo idea... —dijo, quedándose pensativo por un momento—. Mi padre podría tener razón.

—¿Acerca de qué? —preguntó Álvaro.

Gabriel sonrió, ante el tono de voz empleado por Álvaro y al ver su cara que era todo un poema. Seguro que por todo lo que había vivido con su padre durante su cautiverio.

—No te preocupes. Simplemente fue un comentario que me dejó pensando.

—¡Dios bendito! —Suspiró Álvaro.

Rafael y Amalia salieron rato después de la oficina.

Gabriel los observó con envidia. Deseaba ser él quien hubiera salido de ese cuarto con Melisa. A leguas se notaba que sus padres habían estado pasándolo bien en la oficina.

Bien por ellos, pensó. Ya era hora de que dejaran la pesadilla atrás.

Observó nuevamente a su mujer, molesto por la sensación de impotencia que sentía crecer en su corazón cada vez que la miraba.

Melisa salió del local rato después. Respiró profundo al contacto del aire nocturno. Como si el interior la asfixiara, pensó Gabriel. Se colocó el abrigo y acomodó el sobre negro de fiesta en la mano.

La noche estaba algo fría, la oyó tiritar. La calle estaba en silencio, roto solo por el ruido del exhosto de un auto que la asustó. Hizo el amague de entrar otra vez. Él salió a su encuentro simulando una seguridad que estaba lejos de sentir.

—Melisa —la llamó Gabriel.

Ella no lo había visto, porque Gabriel estaba al pie de la columna que estaba en penumbras. La sintió tensarse.

—Me voy a casa —dijo mientras miraba hacia la calle con la esperanza de ver aparecer un taxi.

—Te llevo.

—No creo —le contestó ella, y evitó su mirada.

Gabriel no aguantó más, toda su frustración por la situación salió a flote. Con la desesperación en las manos, agarró a Melisa del brazo y la llevó a una de las camionetas.

—Suéltame —lo miró furiosa, con gesto nervioso se acomodó su cabello.

—¡No! —le contestó él con mirada malévola.

La subió a la camioneta y le dijo al chofer que dejara encendida la calefacción y lo esperara afuera. Quería increparla por su terquedad, y a la vez besarla como loco. Deseaba ponerse de rodillas, suplicarle que lo amara otra vez, y al mismo tiempo reñirle por su desconfianza. Pero al estar allí al lado de ella y sentirla tan cerca, la abrazó posesivo, le tomó la cara con las dos manos y la devoró en un beso que hablaba de deseo y desesperación.

—Mi amor, mi amor, mi amor —le susurraba en sus labios.

—No —la oyó murmurar—, Gabriel, por favor, suél-tame.

Melisa trataba de esquivarlo y eso lo enfureció aún más.

—¿Por qué no? —le aferró la cadera y con caricias bruscas la pegó más a él—. ¿Ya no me deseas?

—No —inventó—, ya no.

—¿Estás segura? —Con voz endurecida y mirada turbia le espetó—: ¿Algún otro te excita?

Melisa se movió indignada, mientras trataba de separarse de él.

—Estoy aburrida de tus acusaciones, primero en Nueva York y ahora esto.

Gabriel le invadió la boca con premura. Ajeno a los gestos de Melisa, devoró sus labios, los succionó hasta que ella abrió la boca, y con ello Gabriel inició una seducción diestra con la lengua y recorrió todo el espacio de su boca. La respiración agitada y los gemidos por parte de ambos le indicaron a Gabriel el momento en que su Melisa claudicó.

Quiso brincar de la dicha cuando Melisa le respondió, y le colocó los brazos alrededor del cuello atrayéndolo más hacia ella. Sin dejar de besarla, Gabriel la reacomodó en la silla y quedó casi acostada. La cabeza de Melisa presionaba contra una de las puertas. Le besó el cuello, le mordisqueó el mentón y por último chupó los lóbulos de sus orejas hasta que la boca buscó sus labios y ella le respondió con un beso matador.

El blindaje de la camioneta, los protegía de todo el ruido exterior, del arranque de los diferentes autos, de las puertas al cerrarse y de las conversaciones y despedidas de los amigos.

Gabriel deslizó las manos por entre las rodillas de Melisa, le subió el vestido y con caricias intensas y presurosas le sobaba los muslos. Era inútil frenar su impetuosa respiración. Soltó un gemido cuando se percató de que tenía medias de liguero. Tocó la piel entre el interior y la media, perplejo le farfulló:

—¿Para quién te vestiste así?

“Para ti”, quiso decir ella.

Gabriel intensificó sus caricias a sus muslos, y al centro de los muslos. Melisa soltó un gemido desmesurado.

—¿Quién te ha tocado así? —le susurraba mientras la acariciaba sin pausa.

Ella seguía en silencio. Él dejó de acariciarla al momento. Pero ella apresó su mano nuevamente.

—Nadie, nadie.

—¿Solo yo?

—Sí, sí, solo tú.

Melisa respondió con una cascada de placer. El interior de la camioneta fue testigo del tono de sus gemidos continuados.

Gabriel sonreía satisfecho mientras la calmaba. Sentirla así entre sus brazos, era todo lo que necesitaba para ser feliz. Como la extrañaba...

—Vamos a casa, mi amor.

—No puede ser. Quiero que te quede claro.

Gabriel soltó una carcajada irónica.

—¿Cómo me va a quedar claro? Si reaccionas ante mí como reaccionas.

Ella lo miró sonrojada y mortificada. Quiso increparlo, pero ¿para qué? Sabía que él tenía toda la razón. En cuanto Gabriel ejercía su magia con ella, se portaba como una desvergonzada.

—Te necesito —le decía él perplejo, besándole el cuello, el lóbulo de la oreja—. No puedes mostrarme el paraíso y después despacharme hasta el infierno, como si tal cosa.

Melisa sintió una presión fuerte en su corazón, ¿Por qué hago esto? ¿Por qué me niego a él? Porque te destrozara el alma, si no lo ha hecho ya. Y apareció el miedo como una ola y barrió con todo lo que sintió cuando estuvo en brazos de Gabriel. Se escabulló de la peor manera posible.

—Solo por esta noche —dijo ella—. Después seguiré mi camino.

Se percató que Gabriel palideció de repente. Se separó de ella enseguida, se pasó los pulgares por los ojos, se arregló la corbata y después la miró.

—No te quiero para una noche —le espetó ofendido. Se le notaba un gesto incrédulo en el semblante.

—Es lo que hay.

—Pues no lo quiero.

Se bajó del auto enseguida.

—Oscar te llevará a tu casa.

CAPÍTULO XXVI

La Conciliación

—La inauguración fue un éxito —le decía Amalia a su socia, con la satisfacción pintada en el rostro, mientras se tomaban una taza de café caliente alrededor de la mesita de la cocina de los Escandón.

La puerta al patio estaba abierta, y el aroma de las rosas y a tierra húmeda se colaba en la pequeña cocina.

—No puedo creerlo —dijo Mariela con mirada extasiada—. No pude dormir anoche pensando en todo.

—Yo tampoco —le contestó Amalia.

—Pero estoy segura de que no fue por la joyería —miró a su amiga con sonrisa pícara.

—¿Tanto se notó? —la miró apenada.

—No te preocupes por ello —le dijo tranquilizándola—. Todo el mundo estaba pendiente de las joyas.

Amalia sonreía satisfecha, pues los diseños y el material utilizados en la elaboración de las joyas habían causado sensación. Una periodista de una conocida revista de modas les había pedido una entrevista que les haría ese mismo día en la tarde. Mariela estaba algo nerviosa, como se pudo percatar Amalia.

En ese momento Melisa entró en la cocina. Iba con el cabello suelto, jeans descaderados y una blusa de cuadros suelta estilo hippie.

—Hola, Amalia.

—Hola, hija —saludó, revolvió de nuevo con la cucharilla el café mientras la miraba con curiosidad. No pudo evitar ver las ojeras en su rostro y que había perdido algo de peso.

—Buenos días, mamá —se llevó las manos a las sienes—. Tengo dolor de cabeza.

—Entonces no tomes café porque te irritará más.

—Tienes razón, voy a tomar una bebida aromática.

Mariela fue a la despensa a buscar una caja de tisanas de manzanilla, mientras Melisa ponía el agua en el fuego.

Amalia aprovechó la ocasión para preguntarle a quemarropa:

—¿Cuándo vas a arreglar las cosas con mi hijo?

—No hay nada que arreglar.

—¿Estás segura?

Miró a Amalia a los ojos y, con consternación, le contestó:

—Han pasado muchas cosas... En este momento no estoy segura de nada.

Le dio la espalda a las dos mujeres. Sacó un tazón del estante de los pocillos y se sirvió el agua aromática.

—Gabriel está sufriendo. Te ama.

—El problema nunca ha sido el amor.

—Pero no le quieres dar una oportunidad.

—Por favor, Amalia, sabes que te quiero cantidades, pero no puedo tener esta conversación contigo ahora.

Y salió de la cocina.

—Desde que estoy en el país, me siento perdida.

—Por favor —bufó Miguel—. Llevas... ¿cuánto? ¿Unas tres semanas? —le dijo Miguel, mientras partía un trozo de sus crepes.

Estaban en Crepes & Waffles del Centro Comercial Andino. Era sábado en la tarde y el sitio estaba abarrotado de gente. Se acercaba la navidad, las parejas y las familias iban y venían con toda clase de paquetes. Un par de jóvenes le coqueteaban descaradamente a Miguel, sin importarles la presencia de Melisa.

—Un mes —le contestó ella al tiempo que jugueteaba con el tenedor en la ensalada que había pedido.

—Tenías muchos planes definidos. ¿Qué pasó con eso?

—No lo sé —dijo pensativa. Desde su regreso no podía reencontrar su vida. Era una sensación de mierda. Todos sus pensamientos la llevaban a Gabriel —. Tengo que hacer algo con mi matrimonio.

—Ya has dicho algo en lo que estoy de acuerdo.

—Ay, Miguel... Si supieras lo que piensa Gabriel no verías tan fáciles las cosas.

—Eso no te lo discuto — le contesto él sonriendo—. Sin embargo, en esto creo que estás siendo algo injusta.

—¿Injusta yo?

—Sí, Melisa —la miró con seriedad—. Y perdóname que sea yo quien te lo diga, pero estás siendo egoísta.

—¿Perdón?

—Nadie te dice nada porque todos piensan: “pobrecita Melisa”.

—Vete a la mierda.

Hizo el amague de levantarse pero Miguel la aferró de la muñeca y la obligó a sentarse nuevamente.

—Tu marido podrá ser muchas cosas. Sí, a veces es como un dolor de muelas que ni te imaginas. Es prepotente y tiene un genio que tú ya debes conocer bien —dijo con la intención de pincharla—. Y trabajar con él, déjame decirte...— puso los ojos en blanco.

—Oye, estás hablando de Gabriel —le contestó ella sin darse cuenta

aún de que acababa de salir en defensa de su marido.

—Pero al mismo tiempo es el hombre más integro que jamás he conocido —la interrumpió Miguel con una sonrisa— Es excelente como amigo, como hermano y como jefe.

—¿A dónde quieres llegar?

—Desafortunadamente, como marido ha sido un desastre, pero no es por su culpa y tú lo sabes bien.

—No claro, toda la culpa es mía —le contestó ella sarcástica.

—¿Lo ves? Esa actitud no te llevará a ninguna parte. Debes tratar de arreglar las cosas.

—Estoy pensando en el divorcio.

Miguel la miró sorprendido.

—Si tú quieres el divorcio, yo quiero volver a Irak.

—No seas majadero —le contestó ella, y clavó la mirada en el plato.

Gabriel había llegado de viaje desde la ciudad de Medellín, estaba a cargo de la primera negociación desde que había regresado de su cautiverio, y no la había hecho nada mal. La negociación era con una empresa de software colombiana, liderada por dos jóvenes con pintas de nerd. Tenía buenos proyectos y la comercialización de un software que Gabriel estaba seguro daría de qué hablar en un par de años.

Llegó directo a la empresa, atendió un par de reuniones, y se reunió con Álvaro para finiquitar la firma de papeles con la empresa de Medellín.

¿Qué estaría haciendo su mujer? Se preguntó mientras se acercaba a una de las ventanas de su oficina, y observaba el paisaje de las montañas y las calles a lo lejos abarrotadas de carros. Gabriel aun no podía creer, lo ocurrido noches atrás en la camioneta. Ella quería utilizarlo. Ni de coñas, se dijo. Cuando vuelvas a mi cama, será para toda la vida, pensó para sí.

Ya era entrada la tarde, pronto la gente volvería a sus hogares, habría familias esperándolos en sus casas, pero a él... ¿quién carajos lo esperaba? Nadie. Álvaro y Miguel entraron a los pocos minutos. Gabriel ya estaba tras su escritorio, escrudiñando el ordenador. Charlaron de trivialidades hasta que Miguel le comentó su conversación con Melisa.

Una de las empleadas de oficios varios les trajo una bandeja con tres cafés.

—¿Entonces quiere el divorcio? —preguntó Gabriel con una sensación horrible en el estómago.

—Digamos que lo está pensando —dijo Miguel.

—Pues ya veremos —contestó Gabriel furioso. Se levantó del escritorio y empezó a caminar como fiera enjaulada por toda la habitación.

—Amigo...— soltó Álvaro.

—No —lo cortó tajante—. Vas a llamarla y a decirle que la espero aquí mañana a las ocho en punto para iniciar los trámites del divorcio.

—¡Gabriel! —gritaron sus amigos al unísono.

—No es que lo vaya a hacer —los miró llevando los ojos al cielo—. Pero debo hacerla reaccionar de alguna manera.

Llamó a uno de los escoltas que estaba a cargo de la seguridad de Melisa, inquirió por su paradero, luego cortó la comunicación.

—Puedes llamarla enseguida.

Melisa acababa de salir de una entrevista en el Ministerio de Cultura. Había quedado satisfecha con su desempeño. Al salir la golpeó un fuerte olor a escape de gas de algún carro que seguro acababa de pasar, lo que hizo que ajustara aún más la bufanda color café que llevaba enredada a su cuello. Pensaba que si obtenía el trabajo, podría empezar a llevar a cabo uno de sus proyectos.

Caminó por la acera hasta la parada de taxis, pasó por un puesto ambulante de venta de dulces y compró una caja de chicles. Apresuró el paso pues pronto anochecería. La gente saldría de sus trabajos y sería mucho más difícil encontrar transporte para su casa. Cuando sonó el celular, le repicó varias veces, pero el ruido de la calle y la gente le impedían escuchar. Cuando se paró en la esquina oyó el aparato sonar y se maldijo por no haberlo puesto en vibrador.

—Hola, Álvaro. ¿Cómo estás? —le contestó Melisa. Sabía que era él por el identificador de llamadas.

—Bien, Melisa. ¿Cómo estás tú? —preguntó amable.

—Ahí vamos —le contestó mientras observaba pasar los taxis ocupados.

—Bien. Te llamo para citarte mañana en la oficina de Gabriel.

—¿Por qué asunto? —preguntó ella con un nudo en el estómago.

—Es para iniciar los trámites del divorcio.

—¿Cómo? —preguntó aturdida. La calle, desapareció de su vista y apenas oía la voz de Álvaro a lo lejos.

—Creo que es lo que los dos quieren. Ya es hora de que cada uno siga con su vida.

—¿Y cuándo es la cita? —indagó ella con un tono de voz que intentaba ocultar su furia.

—Mañana, a las ocho en punto.

—Bien, allí estaré. ¿Necesito abogado?

—No lo creo, será algo amistoso.

—Amistoso una mierda.

Colgó indignada. Sentía que el mundo se le caía a pedazos.

¿Pero qué querías?, se dijo a sí misma. ¿No deberías estar contenta de que todo acabe de una vez?

Pues no, estaba lejos de sentir el más mínimo descanso.

Quiere el divorcio, se repetía. El divorcio. No supo como paró un taxi y como llegó hasta su casa.

Ya se debe haber hartado, y con razón, pensaba mientras iba de una punta a la otra de la sala de su casa. Estaba confundida por el nudo de sensaciones que la sacudían.

“Mierda. ¿Y ahora qué?”

A las ocho de la mañana, en un estado de alteración e incertidumbre, entraba en la oficina de Gabriel, ubicada en un centro de negocios en el norte de la ciudad.

Vestía con elegancia, no se iba a sentir menos que ninguna de las mujeres que él solía frecuentar. Tenía una falda negra, arriba de la rodilla, botas de gamuza de tacón delgado, abrigo de gamuza y blusa de seda. El cabello lo llevaba suelto, y se había maquillado suavemente para disimular las ojeras por su falta de sueño.

—Enseguida la anuncio, señora Preciado —le dijo una de las secretarias, y la repasó de arriba a abajo con curiosidad.

Melisa se alegró de que él hubiera podido reintegrarse a su trabajo.

Se sentó en un sofá, pero en menos de un minuto la hizo seguir a la oficina.

Gabriel estaba de pie ante un ventanal desde el que se divisaba buena parte de la capital.

Estaba hermoso como siempre. Elegante, en un traje entero de rayas delgadas, camisa blanca y corbata vino tinto. Suspiró embobada, como siempre que miraba a su marido.

La oficina era amplia, refinada, con un escritorio de madera oscura, dos sillas y una biblioteca. Melisa sonrió al verla. Más allá, en un ambiente separado por una puerta de vidrio, se encontraba la sala de juntas. Tenía todos los artefactos modernos, aparte de un gran sofá en cuero marrón. Dos cuadros de paisajes adornaban las paredes.

Él se volteó enseguida con mirada inescrutable.

—Melisa, ¿cómo estás? —le preguntó amable, conservando toda su seriedad.

—Muy bien, gracias —le contestó sin quitarle la mirada—. Hola, Álvaro.

—Hola, Melisa —saludó el hombre, algo apenado por la situación.

Allí estaba su mujer. Seguramente molesta por estar en sus

dominios, pensó Gabriel irónico.

La sangre le bullía de expectación. Como siempre, estaba preciosa, y a él se le encogía el corazón de solo mirarla. La amaba más allá de todo. Era una mujer excepcional, de gran corazón. Si ella se iba, sentía que perdería la mitad de su ser, sabía que quedaría amputado de por vida.

No podía vivir sin ella.

Se debatía entre un inmenso amor, una honda ternura y algo de resentimiento por el yo-yo emocional que asediaba su mente. Con ella era siempre así. Y tenía la certeza de que así sería siempre.

—Álvaro, déjanos solos un momento, por favor —dijo tajante.

—Claro que sí.

Álvaro le sonrió a Melisa como disculpándose. Antes de retirarse miró a su amigo a los ojos, pidiéndole paciencia.

Gabriel llamó por el teléfono interno a su secretaria.

—No me pases llamadas —ordenó.

Luego miró a Melisa. Estaba muda. Se acercó lentamente a ella.

—Antes que nada, quiero decirte que no deseo hacer esto. En tus manos está el hacer algo para arreglarlo.

—Tú fuiste quien citó la reunión.

—Y tú te apresuraste a venir —le contestó irónico.

—Bien, ya estoy aquí.

Ella lo miraba desafiante.

—Melisa, de corazón quiero que me perdones por lo que te dije y te hice en Nueva York.

—Gabriel, yo te perdono. Pero eso no significa que vayamos a estar juntos.

—¿Por qué? Dame una sola razón —le decía con sus ojos de musgo brillantes de cólera—. ¿Ya no me amas? Eso puedo perdonarlo. ¿Hay otro hombre?

—¡Yo no soy como tú, que te metes debajo de las faldas de cualquiera sin importar sus sentimientos! —dijo elevando cada vez más el tono de voz.

Gabriel la notó molesta consigo misma por dejar que sus emociones se desbocaran de esa manera. La conocía muy bien.

—¿De qué diablos estás hablando? —preguntó Gabriel, en el mismo tono utilizado por ella.

—Primero, de tu amiguita, aquella de la revista, y me imagino que no habrá sido la única —sonrió irónica. Enseguida añadió—: Segundo, no te importó meterte en mi cama pensando lo peor de mí.

—Primero, cuando me metí con esa mujer no sabía de tu existencia,

así que no puedes juzgarme por eso.

—¿Y segundo? —ella lo miró expectante esperando su respuesta.

—Solo soy humano, no puedo resistirme a tus encantos —sonrió irónico—. Cuando estoy contigo se me hace imposible pensar racionalmente.

—Qué disculpa tan patética.

—¡Melisa, yo te amo! —le habló desesperado.

—¡No lo digas! No te atrevas a decirlo después de haberme citado aquí para pedir el divorcio.

—¡Eres tú la que quiere acabar con todo! —la tomó de ambos brazos, deseaba zarandearla y abrazarla, todo a la vez—. ¡Tú, la mujer virtuosa! ¡Tú, que no cometes errores! ¡Tú, que te crees moralmente por encima de los demás! De hombres como yo, simples pecadores.

—¡No sigas! ¡No seas absurdo!

—¡Absurdo dices! ¡Eres puro pedernal! Eso es lo que eres. Tú, de frágil y blando solo tienes el nombre.

La soltó. No quería que su voz sonara tan amarga, pero no podía evitarlo.

Melisa le miró con un nudo en la garganta. Acto seguido, se dio la vuelta. Parpadeó con fuerza para evitar que las lágrimas la atacaran antes de hablar. Pero fue en vano ya estás, rodaban por su mejillas cuando lo miró nuevamente.

—¿Cómo crees que he podido superar todo lo que nos pasó? Fue el infierno. Y luego dices...dices... —se atacó en llanto sin poder controlarse—, que yo te recuerdo todo...lo que viviste.

—Melisa, mi amor, cálmate, lo siento, sigo siendo un estúpido.

—No te lo discuto —le contestó ella sonándose la nariz con un pañuelo que Gabriel le pasó.

—Ese comentario solo fue producto de mi rabia. Estaba como loco y cometí un error. No puedes sacarme de tu vida por eso, todo el mundo comete errores.

—No puedo —lo miró consternada.

—Está bien, Melisa. No puedo decir más. Se hará una repartición de bienes —dijo, y se levantó furioso.

—¡No deseo nada tuyo!

—¿Y yo qué? —preguntó él mirándola exaltado. Quería algún indicio de que no todo estaba perdido.

—No entiendo. ¿Qué quieres? No tengo nada —le contestó ella angustiada.

—Ya lo creo que sí —se levantó y, con las manos en los bolsillos,

caminó hasta volver a ponerse a su lado—. ¿Qué pasó con el día en que te vi la primera vez? ¿A quién corresponde ese recuerdo?

—No lo hagas, por favor —le dijo ella angustiada.

—Y nuestra primera cita... —la miró con ternura—. Estabas tan hermosa y tan nerviosa. Y la primera vez que te besé —le repetía en un susurro apasionado.

—Me lastimas, Gabriel —le dijo llorando otra vez.

—Y nuestra primera vez, el día que tomé tu virginidad —se acercó más a ella—. Recuerdo cada palabra, cada beso, lo que sentí al tocar tu cuerpo que ningún hombre había tocado.

—Gabriel, para ahora, te lo ruego —le decía ella melancólica.

—¿Quieres el recuerdo de la playa? Llevábamos dos días de casados, yo estaba descansando y tú venías hacia mí desde la casa, con el crepúsculo detrás, tu piel brillante, tu olor a bronceador, el aroma de tu pelo... Llegaste y te tendiste a mi lado. Nunca en toda mi vida me sentí tan en comunión con el mundo como en ese momento —la miraba con ternura—. ¿Es que no lo recuerdas?

Si Melisa salía por esa puerta sin él, se le iría la vida.

Ella lo hizo, caminó hacia la puerta, pero en el momento en que tomó la cerradura para abrirla, Gabriel la aprisionó en sus brazos.

—Por favor, amor, no lo hagas.

—Adiós, Gabriel.

La soltó. Nada podía hacer.

La había perdido. Otra vez.

Melisa salió de la oficina en un limbo y sin saber adónde ir. El frío gélido de la calle la recibió en cuanto atravesó la puerta del edificio. Lo sintió como una horrenda premonición del frío que se instalaría en su alma de ahí en adelante. Se imaginó los siguientes años de su vida sin Gabriel y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Se secó el rostro con el pañuelo de él que aún tenía aferrado a su mano. Lo olió, aún guardaba un atisbo de su aroma. Recordó sus bellas palabras, ¿A quién se le ocurría hacer una repartición de recuerdos? Solo a él, ese hombre sensible del que estaba tan enamorada. Se dirigió al refugio de niños, era el único lugar que podría brindarle algo de consuelo en ese momento. Allí se encontró con Ana Rojas, su gran amiga y compañera de cárcel. Se abrazaron.

Ana tenía seis meses de embarazo y se había casado con un buen muchacho, soldador de profesión. Melisa la había ayudado a salir de la cárcel. Fue una de las pocas cosas que le pidió a su suegro, y él le había cumplido.

—Hola, amiga —dijo Melisa.

—Uy, qué cara tienes.

Melisa no aguantó más y rompió a llorar. Entre lágrimas podía ver el refugio, cuánto había cambiado gracias a los aportes anónimos de un benefactor.

—Cuéntame. ¿Qué te pasa?

—Me voy a divorciar de Gabriel.

—¿Por qué?

—Es una larga historia.

—Tengo todo el tiempo del mundo.

Ana escuchó el relato de Melisa pendiente de cada una de sus palabras, mientras sus manos se movían mecánicamente en el cabello de una chiquilla; unas trenzas fue el resultado de la labor.

—¿Qué opinas? —le preguntó Melisa cuando terminó.

La niña que estaba en brazos de Ana se soltó impaciente. le limpió el rostro y la nariz y la aupó a que saliera a jugar. Ana finalmente dijo:

—No sé cómo puedes ser una de las mejores alumnas en eso que estudias.

—¡Oye!

—Estás mal, amiga. Hay gente que ha perdonado peores cosas que las que te niegas tú a perdonar.

—Pero... —volvió a la carga Melisa.

—Pero nada, deja de ser tan obstinada —la miró Ana con la sabiduría que da el haber pasado por muchas experiencias dolorosas—. Si no sabes perdonar, entonces no mereces su amor.

Melisa sintió como si le hubieran golpeado la cabeza.

—Sabes que tengo la razón. ¿Cómo puedes dejar pasar al amor de tu vida por una equivocación? Es absurdo. Además, no será la última vez que lo haga.

—No entiendo.

—En todas las relaciones siempre habrá algo que perdonar. Te volverá loca de muchas maneras y, aunque no lo creas, tú también lo volverás loco a él.

Todo el mundo le decía lo mismo, pero al oírlo de una persona que había tenido que perdonar cosas inimaginables, como el desplazamiento forzado y la pérdida de varios familiares a manos de los grupos alzados en armas, no pudo evitar conmoverse profundamente.

Se sintió estúpida. Ana tenía toda la razón.

Gabriel era el hombre de su vida.

A pesar de todas sus dudas y temores.

De pronto recordó sus promesas de amor hechas el día del matrimonio. ¡Dios bendito! Le había fallado a su esposo. Tendría que repararlo.

CAPÍTULO XXVII

La Reconciliación

Gabriel no había querido recibir a nadie. Con una botella de whisky en el escritorio y un vaso con licor en la mano, miraba a la pared, sin saber qué hacer.

Abrió el cajón del escritorio donde había guardado el regalo que tenía para ella.

Empacado en una caja estaba el libro que le había prometido hacer sobre todos sus datos curiosos. Era un libro pequeño, con tapa de cuero y letras doradas. No, no lo abriría; lo guardó nuevamente y lo colocó en el maletín, ya no tenía sentido guardarlo en su oficina. La tristeza, la impotencia y el resentimiento le quitaban las ganas de seguir adelante. Con los ojos cerrados de la misma manera que apretaba el vaso de licor entre sus manos, trataba de contenerse para no desatarse en llanto. Fue imposible. La angustia reprimida tanto tiempo dio rienda suelta, como una presa a la que le abren las puertas y arrasa todo a su paso.

Echó la cabeza hacia atrás y lloró penosamente. Recordó algunas de sus palabras: “Te amo, Gabriel. Desde el momento en que te vi entrando en aquel restaurante, supe que mi vida no volvería a ser la misma, y por eso estaba muerta de miedo”. Y el maldito miedo había ganado la partida.

Una hora después, levantó el teléfono interno y le dijo a su secretaria:

—Comunícame con Álvaro, por favor.

—Hola, amigo. ¿Qué pasó? —le preguntó Álvaro con curiosidad.

Gabriel se percataba de la preocupación de su amigo y sabía de memoria lo que él pensaba: que ya iba siendo hora de que retomara su vida; que sabía que nunca volvería a ser el de antes, pero por lo menos se merecía algo de felicidad después de tanto sufrimiento.

—Melisa no quiere nada conmigo —se quedó mirando la ventana—. Necesito salir de aquí, quiero estar solo unos días.

—¿A dónde vas? —preguntó nuevamente.

—Voy a la cabaña de Santa Martha, serán tres o cuatro días. Necesito pensar. Me llevaré algo de trabajo.

—Ok, no te preocupes, cubriré todo en tu ausencia.

—Gracias, amigo.

Cuando Melisa volvió a la oficina de Gabriel, éste ya se había marchado y no contestaba ninguno de los celulares. Sus escoltas tampoco. Deseaba componer el error cometido hacía algunas horas. Se atormentaba cuestionándose si no sería demasiado tarde.

—Lo siento, el señor Preciado salió hace hora y media, volverá en tres días —le decía la secretaria mientras miraba a Melisa con curiosidad. Seguro que no le había pasado por alto que había salido alterada de la oficina de su jefe, meditó Melisa.

—¿Melisa? ¿Qué haces aquí? —le preguntó Álvaro que salía de una de las oficinas y en un tono de voz no muy amable que digamos.

—Vine a buscar a Gabriel —le imploró ayuda con la mirada—, pero se fue de viaje.

—Ven, vamos a mi oficina —le dijo reservado y con el ceño fruncido.

—¿Para qué deseas hablar con él? —le espetó tan pronto cerró la puerta de su oficina.

La oficina era algo más pequeña que la de Gabriel, pero la decoración era más moderna. Un cuadro con un paisaje de casas de adobe decoraba gran parte de la pared. Y un escritorio con un vidrio grueso, sobre unas bases en madera, y silla ergonómica moderna.

Melisa bajó la mirada enseguida.

—Deseo arreglar las cosas —le soltó en un susurro.

—Ya era hora de que tomaras la responsabilidad de ayudar a tu marido a superar todo lo que le pasó.

—No tienes ningún derecho a hablarme de esa manera —levantó la cara sorprendida por el tono de Álvaro.

—Claro que lo tengo. Gabriel tiene secuelas que tú ni siquiera te has preocupado por averiguar. Estás tan concentrada en ti que no te importa lo que él sufre.

—Eres injusto —le espetó molesta. Pero algo de lo que había dicho Álvaro la hizo sentir culpable, sin que tratara de sonar a excusa continuó—: Yo también he sufrido lo mío y lo sabes bien.

—No te lo discuto, pero no fuiste tú quien debió pasar los meses amarrado a un árbol con una cadena. ¡Igual que un perro! —soltó indignado.

—¡Oh, Dios mío!

Melisa soltó el llanto enseguida.

—Si no vas a ser su apoyo, será mejor que te alejes de él. Esa propensión a la soledad... Aún le cuesta estar rodeado de personas. Son

las malditas secuelas del secuestro —concluyó con rabia.

—Lo amo, quiero estar con él. Por favor, dime, ¿dónde está? —le imploraba, destrozada al ver que había muchas cosas que aún ignoraba de todo lo que su marido había vivido.

Ambos se debían esa conversación, saber que ocurrió en la vida de cada uno durante todo este tiempo. Perdonar y aprender a vivir con ello.

—Está en la cabaña de Santa Marta.

Donde habían pasado su luna de miel.

Iría allá enseguida.

—No le digas que voy para allá —dijo ella, y lo abrazó—. Gracias, te prometo que lo haré feliz.

—Por el bien de todos, eso espero.

Melisa salió de la oficina optimista. Arreglaría las cosas con su marido. Cosa curiosa, ya no tenía miedo de sus sentimientos sino temor por el encuentro y por la reacción de él. Si bien ambos tenían vivencias tristes, también tenían recuerdos hermosos de su relación, y el profundo amor que se profesaban. Eso tendría que bastar.

Llegó a su casa e hizo la maleta de afán mientras se comunicaba con el aeropuerto. Separó una plaza en el siguiente vuelo. Estaría en Santa Marta a eso de la dos o tres de la tarde.

Colocó en la maleta dos bikinis, camisetas, pijamas, shorts y sandalias. Un vestido de lino de Olán blanco y dos pantalones de tela hindú, cosméticos y demás cosas.

Desde el aeropuerto llamó a su madre al celular y le comunicó lo que pensaba hacer.

—Me parece bien que arregles las cosas con él —señaló Mariela contenta.

—No será tan fácil.

—Debes dejar actuar al corazón. Ambos han sufrido ya lo suyo.

—Lo sé mamá. Lo amo y he sido una tonta todo este tiempo. Lo único que necesito es a él, y él me necesita a mí.

—Me alegro de que por fin hayas visto la luz

—Deséame suerte y saludame a papá.

—Hija, les deseo de todo corazón que encuentren el camino. No será fácil, pero el amor es un sentimiento que puede con todo. Hija...

—¿Qué pasa mamá?

—Recuerda que en la vida matrimonial, tendrás muchas etapas, y solo el amor y una profunda fe, serán lo que te sostendrá.

—Te quiero —dijo con un nudo en la garganta y ganas de llorar.

—Yo también.

Dos horas después se dio cuenta de que la ley de Murphy nunca fallaba para ella. Un desperfecto mecánico había retrasado el vuelo casi dos horas.

Cuando estuvo en el avión, la ansiedad por llegar le produjo mareos. No sabía cómo la iba a recibir. Estaría molesto. No podía abrazarlo de golpe y llevárselo a la primera cama que encontrara. Debían hablar. Debía escucharlo. Una hora larga después, cuando se asomó por la ventana y vio el mar y la playa antes de aterrizar, una cascada de recuerdos invadió su mente y una emoción honda caló en su corazón.

Al salir del avión y sentir el aire caliente y la brisa fresca del mar, suspiró feliz; respiraba su mismo aire.

A la salida de la sala de pasajeros tomó un taxi. El chofer, un hombre amable le relató anécdotas de viajeros, al tiempo que señalaba los puntos turísticos de la región. “La Perla del Caribe”, como la llamó con orgullo. Pero eso no la distraía del miedo visceral que sentía por el encuentro.

A medida que se acercaba sentía crecer un nudo en el estómago, y al divisar la cabaña donde le había hecho sus promesas de amor, no pudo evitar sentir los ojos llenos de lágrimas. Observó el paisaje, la playa con el mar en diferentes tonos de azul, las olas que lamían la arena, las palmeras que oscilaban con la suave brisa. Le pidió al taxista que la dejara en el camino. Quería llegar a pie para sorprenderlo.

—Como quiera —contestó el taxista—. Pero se cansará con esa maleta.

—No importa —contestó ella sin mirarlo, ya totalmente absorta en el paisaje y en sus recuerdos.

Como en una película recordó su luna de miel, los juegos en la playa, las promesas de amor. Detalle a detalle recordó el deseo, la pasión. Sus encuentros teñidos de amor y felicidad. Sintió un fuego en su vientre al recordar las caricias de su marido. Lo necesitaba, lo amaba. Era su hombre, su compañero del alma y se arrepintió de haberlo olvidado por semanas. El olor a mar y a salitre se intensificó.

Ya cerca escuchó la música. ¿Y si estaba con alguien?, pensó asustada.

Pues fácil, se moriría allí mismo.

Con su estela de sentimientos encontrados se acercó a la casa. La puerta estaba entornada. Al entrar se dio cuenta de que todo estaba tal como lo recordaba.

Era el sitio de los dos, nadie sabía de este refugio. Era aquí donde él podía prescindir de escoltas, choferes, sirvientas... Este sitio era el verdadero Gabriel.

Observó la cocina, donde habían hecho el amor, la sala donde también se habían amado. Con el alma en vilo, por el miedo de verlo aparecer de repente, se acercó al cuarto. No estaba allí.

De pronto sintió el chocar de un vaso contra una mesa; se encontraba en el balcón que daba a la playa, estaba segura de ello. De toda la casa, aquel era su sitio favorito.

Cuando terminó la canción, volvió a empezar nuevamente. Melisa se enterneció, era una hermosa canción que hablaba de amor, de obsesión y de lo imposible del olvido.

Se dio cuenta de que Gabriel no había arreglado sus cosas. Aún estaban en la maleta. Se acercó a la ropa con la que seguro había viajado y que estaba en una de las sillas. Tomó la camisa y se la llevó a la nariz. Aspiró con deleite. Su olor y su esencia era algo que llevaba en el cuerpo y en el alma. Con gesto cuidadoso la dejó en su lugar. Organizó todo lo de él, junto con sus pertenencias.

Tenía miedo.

De pronto la urgencia que sentía por verlo se convirtió en temor de ser descubierta. Quería ducharse, pero no quería alertarlo. Se cambió la ropa sudada por un bikini y se colocó un pareo. El cabello, nada que hacer, la humedad estaba haciendo su trabajo.

Se dirigió al balcón descalza; subió las escaleras despacio, con el corazón golpeteándole en el pecho, un nudo en el estómago y unas ansias por él que no había sentido en años, como en la época de la inocencia.

Ahí estaba. Hermoso y con los ojos cerrados, con una bufanda de ella que no veía hacía dos años. La tenía pegada a la nariz. Se sorprendió.

Gabriel estaba tumbado en una hamaca, en el balcón de la cabaña, el ruido del mar lo serenaba. Tenía puesta una pantaloneta de baño. En el equipo de alta fidelidad de la sala de la cabaña había colocado unos compact discs con música Vallenata.

El tema que sonaba en ese momento era Obsesión, en la voz de Peter Manjarres.

Qué dice tu mirada

Qué cosa extraña tus ojos tienen

Cuando miro tu foto

Una rara obsesión me detiene

Dios mío, tú que eres el creador

*De todas las cosas bellas
Que hay en el mundo
Por qué no escuchas hoy mis peticiones
Hiciste médicos pa' todos los males
Pero por qué no creaste uno
Que pueda curar un mal de amores
Yo quisiera que la tierra girara al revés
Para hacerme pequeño y volver a nacer
Y no tener que volver a extrañarte
Ni en tu fotografía mirarme
Ni llevarte fundida en mi pecho
Como si fueras parte de mí...*

Llevaba dos horas en esa posición, casi no se había movido. Estaba acostumbrado a largas horas de quietud, pero en ese momento la situación no le molestaba.

Sus tristezas eran otras.

Recordó los dos días de su luna de miel; cada promesa, cada palabra y los sentimientos que habían acompañado esos días, se irían con él a la tumba.

Añoraba a su mujer y no sabía qué carajos iba a hacer para recuperarla.

Intuía que había muchas cosas aún por recuperar de su vida, lo haría por el mismo y por ella.

Por lo menos habían menguado los ataques de ansiedad. Era un buen comienzo. Tendría que trabajar en otras áreas afectadas por el secuestro, acostumbrarse nuevamente a tener gente alrededor.

Tenía que recuperarla.

Se llevó a la nariz la bufanda que lo acompañaba desde que la encontró; era como si la hubiera encontrado a ella.

Recordaba todo de ella, sus risas, sus chistes, sus datos curiosos, su entrega a los demás... Bueno, con él no había sido tan caritativa, pero no podía ser injusto, ella también había sufrido mucho y, para colmo, él la había lastimado.

Cada vez que recordaba su comportamiento le provocaba darse de azotes.

—Hola Gabriel —saludó Melisa acercándose.

No la había sentido llegar.

Casi se cae de la hamaca de la impresión de oír su voz en ese lugar.

Gracias, Dios mío.

Sí oíste mis peticiones.

Gabriel se dio cuenta de tres cosas: primero, ella estaba asustada, lo leía en sus ojos. Segundo, su mujer lo tenía atrapado, en una mezcla de amor, ternura y deseo que lo hizo sonreír de manera irónica. Y tercero, se percató de que estaba algo despeinada y sudaba a mares por el cambio de clima. Nunca le pareció más adorable que en ese momento.

Por su mirada supo que había venido por él.

No se lo iba a poner tan fácil, bastante lo había hecho sufrir.

Se haría el difícil.

Al menos durante un rato.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él con ceño y no muy cordial.

—Quería verte —le dijo ella en voz baja.

Se levantó de la hamaca.

El estómago de Melisa dio un vuelco cuando vio a su marido de pie y sin camiseta.

Sí... todo musculo y tendones, suspiró sin importarle que él viera su reacción. Quería su sonrisa, sus caricias, acercarse y abrazarlo, pegar la cara a su pecho y refregarse en él, besarlo con pasión. ¿Cómo había podido olvidar todo lo vivido? ¿Cómo había podido dejarlo solo todo este tiempo? El remordimiento la asoló de repente y se dijo que le compensaría cada rato de amargura que le hubiera ocasionado. Añoraba todo lo que había vivido con él, y como eran antes de que esa tragedia hubiera dejado en suspenso sus vidas durante casi dos años. Ahora eran personas distintas, modeladas a base de sufrimientos y pérdidas, pero el amor estaba intacto, y ese sería el punto de partida. Allí, mientras se perdía en el color de la mirada de su marido, se despidió del dolor por la pérdida de su bebé, del dolor por la ausencia de él, y lo más importante se

despidió de su miedo y de la culpa y le dio la bienvenida a la nueva vida que crearía en torno a él.

Gabriel caminaba hacia ella. Era difícil mantener el ceño fruncido ante la mirada de ella, que era todo un libro abierto. Sentía deseos de soltar la carcajada, alzarla por los aires, besarla hasta quedar sin aliento y, después, llevarla a su cama y amarla de mil maneras distintas, hasta fundirse en ella. No quería menos.

Todo o nada.

Y aún no sabía cuáles eran sus intenciones.

—Gabriel, yo...

Se quedó callada sin saber por dónde empezar.

—¿Tu qué? —le preguntó él molesto.

—¿Qué haces con mi bufanda? —le preguntó curiosa.

Él enrojeció.

Se sostuvieron la mirada, cada uno esperando el siguiente movimiento del otro.

No le diría nada de la bufanda aún.

—¿Qué quieres, Melisa? Explícamelo, por favor, estoy algo perdido— masculló con las cejas enarcadas—. Hace unas horas no querías saber nada de mí y ahora estás aquí.

—Quiero hablar contigo —lo miró con ternura, la primera mirada después del desastre de Nueva York—. ¿Vamos a dar un paseo?

Salir a dar un paseo era lo último que Gabriel quería en ese momento.

Ya se sentía de un talante diferente y no hacía ni cinco minutos que estaba su mujer allí. Lo único que quería era demostrarle su amor, atarla a él de todas las maneras posibles para que nunca más lo abandonara.

Quería besarla, saborearla hasta que le dijera no más.

Pero era prácticamente imposible hacerlo, no sin antes arreglar las cosas, así que aceptó su sugerencia.

—Vamos —dijo secamente, y salió sin esperarla.

Melisa aceleró el paso, hasta que él se dio cuenta y se acomodó al ritmo de ella.

—Quise volver muchas veces a este lugar —le señaló Melisa mientras miraba el tronco donde se había sentado la mañana de su primer día de luna de miel.

Caminó hacia él, y con el semblante poblado de incertidumbre, lo tomó de la mano.

—Yo regresé aquí casi todas mis noches del cautiverio.

— ¿Cómo fue?

—Ni te lo imaginas —la miró, y se perdió en sus ojos, en aquel momento del color del mar, le relató algunos de los episodios más tristes de ese infierno.

Le contó sus penas, sus miedos, las enfermedades y los intentos de fuga.

Se sorprendió de algo que no le había pasado ni con sus amigos ni con la sicóloga. Al contarle todo a ella, por primera vez en años tuvo paz y sintió que su herida podía ser aliviada.

Ella era su sanación. Era ella la única que podía curar su alma herida.

Melisa se quería morir por todo lo que escuchaba, pero le debía su fuerza. Se aguantó las lágrimas como pudo, se acercó al tronco y se sentó.

—Yo estuve contigo en esa selva —lo miró con todo el amor del mundo—. Mi alma estaba contigo, ni una sola de mis noches tuve paz, pensando en si estarías bien o enfermo, si comerías o no.

—Yo sé que tú estuviste conmigo —le devolvió la mirada conmovido por sus palabras.

—¿Sabías que soñé contigo cada noche de mi cautiverio? Así como estás ahora, sentada en ese tronco, y con el brillo de tu piel. Mi cabeza no sabía quién eras, pero mi corazón sí.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas sin poder evitarlo. Gabriel le acarició la cara con ternura. El ánimo con el que había llegado se le precipitó al suelo. Las revelaciones la habían sumido en un hoyo de angustia. Quiso gritar ante cada escena que su mente conjuraba; de Gabriel amarrado a un árbol, encadenado, maltratado.

—¿Por qué lo hicieron, mi amor? —musitó con voz afectada.

—Porque podían, porque deseaban separarnos, porque para ellos esto es un juego.

Su cabeza era un remolino de imágenes de Gabriel durante el cautiverio, trató de controlar las emociones pero fue imposible, enceguecida por las lágrimas y ofuscada por la angustia, se aferró a él. El llanto la ahogaba. Gabriel la abrazó, le acarició el cabello, y siseó para calmarla como lo haría con un niño.

—Shhh, tranquila mi amor, ya pasó.

Pasaron los minutos y cuando pudo recuperar la voz, dijo:

—Me duele que hayas sufrido tanto.

—Vamos a la cabaña, tengo sed.

—Te haré una limonada —dijo ella solícita, se limpió la cara con ambas manos, y caminó rápido hasta la casa. Necesitaba calmarse. Quería recomponerse de todo lo que había escuchado. Inspiró mientras trataba

de normalizar la respiración.

Abrió la nevera que estaba equipada con toda clase de alimentos, colocó en el mesón de la cocina media docena de limones grandes. Los lavó y secó, y luego procedió a cortarlos por la mitad. Sacó un recipiente de agua de la nevera. Cuando se sintió dueña de sus emociones, levantó la mirada y dio de lleno con la mirada concentrada de Gabriel.

Él se acercó a ella por detrás. Colocó sus manos sobre las de ella, y siguió cada uno de sus movimientos mientras que con la boca le rozaba el lóbulo de la oreja.

Melisa sonrió ya más calmada, y disfrutó de cada caricia que le brindaba su marido, no se le ocurriría separarse por nada del mundo.

—¿Cuántos limones le echamos al agua? —susurró con la respiración entrecortada.

—Los que quieras —le respondió él, en un tono de voz que evidenció, que pensaba en todo menos en los dichosos limones.

—No hay exprimidor —comprobó ella, sintiéndolo, añorándolo como nunca. Él le respiraba en el cabello, en el hombro.

Gabriel tomó uno de los limones, siempre con la mano de él en la de ella, y lo exprimió en la jarra.

El jugo les rodaba por los brazos.

—¿Efectivo, no? —le preguntó con voz ronca pegado su cuerpo totalmente al de ella.

—Sí, muy efectivo —le contestó con un tono de voz sensual.

Al tercer limón, Melisa extendió las manos en el mesón, que era un estropicio de jugo y limones exprimidos.

Gabriel le acarició las manos de arriba abajo, una y otra vez. En un momento dado empezó a acariciarle los brazos, con las manos impregnadas de jugo de limón.

—¿Será suficiente? —le dijo, al tiempo que apretaba los labios contra su hombro y llevaba el beso hasta el nacimiento del cuello.

A Melisa se le doblaron las rodillas y la piel se le estremeció, como si ese beso hubiese tocado una parte de su alma.

Era dolorosamente consciente de él. La presión de su espalda. Su miembro lo sentía pegado a la cintura.

—Creo que no —dijo ella, dio la vuelta, muy despacio y quedaron frente a frente. Melisa levantó los brazos y lo abrazó con un ardor que crecía minuto a minuto. Plena de dicha y con las dudas enterradas, le abrió el corazón para sanarlo con su amor.

Acercó su boca a la boca de él y lo besó como quería hacerlo desde hacía mucho tiempo, lo saboreó y lo mordisqueó, chupándole los labios

hasta que él asedió el movimiento de su boca e introdujo la lengua.

La devoró sin tregua, y reconoció cada rincón con desconcierto, totalmente alterado. Al mismo tiempo tomaba posesión de cada curva y cada centímetro de piel hecha para el amor.

—¿Suficiente? —le preguntó él con un susurro apasionado y mirándola a los ojos.

—Ni de lejos —contestó ella en la misma tónica.

Cuando los pezones recibieron las atenciones de su boca, Melisa empezó a gemir. Se moría por sus gemidos, se moría por ella. Su corazón brincaba acelerado de la dicha, por tenerla allí de nuevo, por saberla de nuevo suya, por volverla a sentir.

Él intensificó las caricias totalmente enardecido. Agasajó su cintura y su abdomen. Con el pulgar le acarició el ombligo. Bajó las manos y le apretó las nalgas. En un solo movimiento brusco, la despojó del pantalón del bikini.

Melisa estaba excitada. Era puro fuego.

—Eres tan hermosa —lo dijo con algo de reproche en su voz, y la devoró con la mirada.

Para él era difícil darse cuenta cuánto dependía de ella para vivir. No quería sufrir más, la quería toda, en cuerpo y alma.

—¿Me perteneces? —preguntó inseguro todavía.

Melisa lo agarró del cabello, lo separó de ella unos centímetros, y le dijo:

—Soy toda tuya, mi amor —lo miró con sus transparentes ojos azules y con labios temblorosos le dijo: —No estoy completa sin ti. Estos dos años han sido una tortura. Te extrañé tanto...

—¿Cómo me extrañaste? —le exigió ansioso.

—Te extraña aquí —y se llevó una mano de él al corazón—. Extrañaba sentirte dentro de mí, extrañaba tus besos, tus caricias. En las noches soñaba que me acariciabas, y era tanto mi anhelo que me dormía llorando.

Gabriel empezó a acariciar su centro, con caricias suaves al principio, hasta que parte del fuego de ella lo quemó y, con desenfreno, fue bajando hasta tomar con la boca su centro. Gemía desesperado mientras enterraba la nariz y la boca en su femineidad, absorbiendo su aroma con deleite, repasándola, probándola una y otra vez. Con voz áspera y lujuriosa, le dijo:

—Miel y limón, delicioso —levantó la mirada, una mirada de llena de pasión, de promesas.

Le levantó la pierna, acomodándola sobre el hombro, y se perdió en

las profundidades de sus pliegues. Devoraba lo que era suyo con gula, con voracidad, para lograr lo que estaba logrando en ese instante; que su mujer perdiera el control. Ella acunaba la cabeza con sus manos, y le acariciaba el cabello. Cuando sintió los ramalazos del orgasmo, la colocó sobre el mesón, se despojó de la pantaloneta y le hizo abrir las piernas. No aguantó más y la penetró enseguida.

¡Dios! Pensó que iba a acabar enseguida; respiró agitado, y se obligó a calmarse.

Se miraron fijamente.

—Te amo, te adoro —le decía él en tono áspero y apasionado—. Eres mi vida.

Empezó a embestir suavemente, quería que durara. Pero su esposa quería otra cosa. Ella le presionó las nalgas y lo obligó a penetrarla más profundamente.

—Oh, Gabriel, por favor... —le decía en susurros—. Te amo tanto.

Lo besó con desesperación.

Las palabras de Melisa lo atravesaron de arriba abajo y gimió cuando sintió su pene crecer aún más dentro de ella. Con los ojos cerrados vio formas de brillantes colores que iban y venían al ritmo de sus pulsaciones. Gabriel se desbarrancó en embestidas fuertes varias veces, y clamó como condenado cuando alcanzó el orgasmo detrás del de ella.

Ninguno de los dos podía hablar.

Gabriel la tomó de las nalgas, y con las piernas de ella en torno a él, la llevó a la habitación, dejando atrás un estropicio de limones y jugo. Sus propios cuerpos eran mezcla de varios olores.

Volvieron a hacer el amor con necesidad. De forma fiera al principio, como si con eso pudieran conjurar su tiempo separados. Gabriel pronunció su nombre en una letanía que parecía no tener final. Después se amaron con más calma.

Melisa descansaba en los brazos de Gabriel, cuando le dijo:

—Al verte con la bufanda, recordé que todas las noches dormía con una chaqueta tuya a mi lado.

—¿De veras? —le preguntó él complacido.

—Sí, necesitaba tu olor para dormirme. Nunca la lavé, en el día la dejaba en una bolsa —reía al recordarlo—. No quería que se fuera tu aroma.

—Cuando encontré la bufanda, sabía que era especial. Ese día la olí y llore como no te imaginas.

—¿En serio? —sonreía ella.

—Sí, me has hecho pasar un infierno durante estos días, amor. Y

siempre llevaba la bufanda en mi bolsillo.

—Las cosas del corazón —señaló Melisa acariciándole el pecho—. No era mi intención hacerte sufrir. Simplemente tenía miedo de tus palabras.

—Eran mentira. Solo lo dije porque quería herirte.

—Ya no vuelvas a hacerlo.

—Te lo juro.

Se colocó encima de ella y la besó.

Ella se percató de la mancha que Gabriel llevaba en el cuello producto del roce de la cadena y el candado. La acarició con las yemas de los dedos, lo sintió escalofriarse. Llevó su boca y lo besó ahí.

—Desaparecerá.

Él se abalanzó sobre ella con mirada vulnerable y la besó con ardor. Ella no tenía idea de lo que sus gestos y sus palabras ocasionaban en él. Ella le correspondió con una ternura que estaba dedicada a sanar el cuerpo y el alma.

—Tengo algo para ti.

—¿Qué es? —inquirió sorprendida.

Gabriel se levantó de la cama sin decirle nada. Fue a su maletín de trabajo y sacó la pequeña caja con el libro.

—Toma, mi amor. —Se la entregó con esa mirada de ojos verdes que tenía un brillo especial solo para ella—. Lo prometido es deuda.

Melisa abrió la caja con curiosidad. Sacó el pequeño libro de la caja y lo miró sin poder creerlo.

Era una edición de lujo. Gabriel había editado ese ejemplar solo para ella. Leyó el título: “Para Melisa”. Y más abajo, el nombre de él.

Se le aguaron los ojos.

Abrió el libro en la primera página. En letra cursiva, estaba escrita una frase de William Shakespeare:

“Duda que sean fuego las estrellas, duda que el sol se mueva, duda que la verdad sea mentira, pero no dudes jamás de que te amo”.

Las lágrimas ya corrían por sus mejillas cuando abrió la primera página de lo escrito por Gabriel.

¿Sabías que mi corazón latió fuerte por ti desde la primera vez que te vi?

¿Sabías que en nuestra primera cita estuve rogando durante horas por verte aparecer?

¿Sabías que tuve en mi bolsillo el anillo de compromiso desde la

segunda semana de haberte conocido?

¿Sabías que cuando me miras tus ojos resplandecen?

Ella sonrió entre las lágrimas.

—Oh, mi amor —lo besaba, lo abrazaba.

—¿Te gusta? —le preguntó expectante.

Ella lo miró como si no entendiera.

—¿Cómo puedes preguntarme eso? Lo atesoraré siempre. Es el más bello homenaje a nuestro amor.

Lo abrazó totalmente rendida, era su amor, su vida, lo amaba más allá de resentimientos. Jamás podría volver a separarse de él. Era su otra mitad. Solo al volver a sus brazos se sintió completa otra vez.

—Mi amor, mi amor —le decía él mientras la besaba con pasión.

—Te amo, Gabriel.

Melisa le tomó la cara con sus dos manos y lo miró fijamente.

—Para siempre.

—Para siempre.

 FIN 

Sobre la autora

Isabel Cristina Acuña C.

Nací en Santa Fe de Bogotá, Colombia. Estudié Bacteriología, carrera que ejercí por más de 15 años. Actualmente estoy radicada en la ciudad de Barranquilla.

Soy una apasionada de la lectura desde los once años, cuando recibí mi primera novela de regalo: La María, de Jorge Isaac. Además de leer me encanta escribir. Sé que es un camino largo y de mucho aprendizaje, pero cuando amas algo tratas de vencer todos los obstáculos para cumplir tus sueños. Participo de forma activa en las redes sociales y tengo un blog en el que doy mi opinión sobre la literatura romántica: www.isabelcristinaac.blogspot.com.